

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Historia Antigua, Sección de Historia



TESIS DOCTORAL

**Romanidad e indigenismo en el norte peninsular a finales del
Alto Imperio : un punto de vista crítico**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Jesús J. Urruela Quesada

Madrid, 2015

Jesús Urruela Quesada

TP
1981
102



X-53-06547-X

ROMANIDAD E INDIGENISMO EN EL NORTE PENINSULAR A FINALES
DEL ALTO IMPERIO. UN PUNTO DE VISTA CRITICO

Departamento de Historia Antigua
Sección de Historia
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid
1981



ARCHIVO



© Jesús Urruela Quesada
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1981
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-13984-1981

JESUS J. URRUELA QUESADA

ROMANIDAD E INDIGENISMO EN EL NORTE PENINSULAR
A FINALES DEL ALTO IMPERIO. UN PUNTO DE VISTA CRITICO.

Director: D. J. M. Blázquez Martínez
Cat. de Historia de España Antigua

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
Facultad de Geografía e Historia
Departamento de Historia Antigua

1980

1

INTRODUCCION

El trabajo que aquí se ofrece es un intento de analizar el contacto de dos culturas: la romana y la de los Pueblos del Norte peninsular. El momento elegido es aquel que rodea el fin del Alto Imperio Romano, el siglo III y algunas décadas anteriores.

La Península Ibérica se encontraba en la órbita romana desde hacía, aproximadamente, seis siglos, pero no todas las regiones soportaban la presencia romana desde ese momento. Los Pueblos del Norte fueron incluidos en su jurisdicción en los últimos años del siglo I a. C. y, simplemente por este hecho, era de esperar que en ellos "lo romano" cristalizara mucho más tarde que en el resto de la Península.

Esta es, tal vez, la característica más significativa mediante la cuál Caro Baroja incluyó a estos pueblos en un área histórico-cultural: su parecida respuesta a la presencia romana. Las características etnológicas modernas y la alusión de Estrabón de que estos pueblos tenían formas de vida similares, el hecho de pertenecer a lo que, a grosso modo, puede ser denominada España Húmeda, decidió a Caro Baroja por un análisis en el que galaicos, astures, cántabros, austrigones, carístios, várdulos, vascones, berones y turmogos integran un área de cultura. Es casi innecesario decir que la obra de este investigador ha servido, y sirve aún hoy, como punto de partida para estudios como el presente.

Desde el momento de la conquista se inicia para estos pue-

blos un periodo de su historia, periodo que en modo alguno puede considerarse que significara, para los hombres que vivían entonces, recibir el soplo civilizador de los romanos. Roma no tuvo para con sus provincias una vocación de maestra. Sus intereses fueron los mismos que han tenido en la Historia los Imperio Colonialistas: la conquista para la explotación de recursos. La Península Ibérica en general, y el Norte en particular, poseían abundantemente esos recursos que Roma necesitaba.

Partiendo de esta premisa, se puede comprender que los habitantes del Norte Peninsular -Norte y Noroeste en sentido estricto, pero se utilizará generalmente la palabra Norte para abreviar- al entrar en la órbita romana no vieran mejorarse su nivel de vida, ni transformarse las condiciones físicas de su habitat. Tampoco puede pensarse que se integraran en la estructura social y económica de un Estado civilizado, dado que la civilización romana no produjo entre ellos frutos culturales sensibles y duraderos. Surge entonces una pregunta ¿que significado tiene aplicado a los Pueblos del Norte el concepto de romanización, empleado normalmente para expresar los resultados de la conquista en un territorio determinado?

Para poder responder a esta cuestión, clave en el enfoque del trabajo que sigue, hay que enjuiciar la utilidad del concepto para referirse a un proceso de contacto cultural. Porque -y aquí estriba el problema- romanos e indígenas en el Norte son dos culturas en contacto, y cuando dos culturas están en contacto se producen cambios en una o

en otra, o en las dos al mismo tiempo.

Por lo tanto, para comprender el resultado del hecho histórico hay que analizar los cambios sufridos en el seno de la sociedad colonizada a través de su contacto con la colonizadora. Este cambio cultural se da en el tiempo y en el espacio, es, por ello, un cambio histórico. Su estudio representa, lógicamente, parte de la Historia.

El punto cero del contacto es el momento de la conquista. Una visión, aunque breve, se hace necesaria para comprender cuáles son las circunstancias, enfrentamiento bélico, en que las dos culturas toman conocimiento.

La siguiente fase del estudio es la situación de romanos e indígenas a finales del Alto Imperio, situación que, por razones históricas y dificultades inherentes a la naturaleza del material, ha de contener referencias constantes a momentos anteriores.

El análisis de la sociedad romana allí presente implica necesariamente una observación sobre su implantación real, las razones intrínsecas de su presencia y la disección de las partes que la integran.

Seguidamente es necesario estudiar la sociedad indígena, sus características económicas y sociales, y la imagen proyectada en

las fuentes relativa a su pensamiento religioso.

Desglosados de esta manera, se está en condiciones de analizar con una mejor óptica los elementos en contacto, para así poder deducir los cambios habidos en la sociedad indígena tras el periodo Altoimperial, fin último del trabajo. Estos cambios serán debidos no sólo al contacto con "lo romano" sino también a la evolución interna, propia de la sociedad indígena en el periodo transcurrido.

En el proceso de elaboración se presentan algunas limitaciones propias del material a utilizar. Aparte de las escasas referencias al tema en los autores clásicos, el grueso de la investigación recae en el material epigráfico y arqueológico. Su discusión e interpretación ha producido un caudal bibliográfico difícilmente abarcable, dada la extensión territorial que cubre el estudio. Hay que señalar por lo tanto que de ninguna manera se pretende presentar un catálogo exhaustivo, ni de materiales ni de bibliografía, sino que, sólomente, se utiliza aquello que tiene relación directa con el contenido territorial y cronológico de la investigación y posee características que lo hacen interesante bajo el enfoque elegido. El material arqueológico es, por ello, línea de referencia para deducciones de carácter general y no objeto inmediato de estudio.

Con estos planteamientos, y todas las matizaciones necesarias que se abordan en los capítulos correspondientes, se intenta arro-

-5-

jar nueva luz sobre la situación del territorio Norte de la Península en ese momento importante de su Historia en el cuál se abre una nueva etapa de la misma: la Antigüedad Tardía.

oooOoooOooo

7

I

ROMANIZACION,
CONTACTO CULTURAL Y CAMBIO CULTURAL

Hablar de romanización es entrar en una vieja polémica. Polémica siempre viva porque constantemente se están cuestionando nuevos documentos cuyas consideraciones históricas llevan a los investigadores a plantearse el significado de los hallazgos en base a la romanización de la zona de que se trate.

Desde Bosch-Gimpera no se ha dejado de suscitar si tal o cual zona se romanizó más que otra, que ciertos pueblos se romanizaron antes que otros, o algunos no se romanizaron nunca, o que, por el contrario, nada queda en la Edad Media de su cultura y que por tanto su romanización fue tardía pero segura. La historia de esta polémica está recogida ampliamente en varios trabajos del profesor Blázquez y resumidos en su Romanización II (1).

La lectura y conocimiento de estos planteamientos hace abrigar, sin embargo, algunas dudas respecto al uso que comunmente se le da al concepto de romanización.

¿Qué se entiende por romanización?. ¿La adopción de formas de vida romana por parte de los habitantes de la Península Ibérica en el transcurso de los dos primeros siglos antes de la era y los tres o cuatro siguientes?. ¿Se puede entender como romanización la pérdida de la cultura propia, tradicional de los indígenas?. ¿Sería entonces justo

decir que lo que pervive es lo no romanizado?, ¿que la romanización es todo ésto al mismo tiempo y nada en particular?. Este camino no parece conducir a nada concreto.

A primera vista, y hojeando la bibliografía especializada, se desprenden dos usos frecuentes del concepto. El que se le da en aquellos trabajos de exposición de materiales romanos, de presencia en un lugar y momento de un objeto romano conocido. Si hay muchos objetos de este tipo se puede decir, o se dice comunmente, que el lugar está muy romanizado. Esto es, se les da a los objetos de cultura material la facultad de impregnar con su savia el terreno en donde se asientan (2).

Otro segundo aspecto del concepto viene señalado en los trabajos más generales o teóricos en el sentido, considerado más arriba como interrogante, de adopción de formas de vida romana. Tendría aquí la misma acepción que los antropólogos le dan al concepto de aculturación. Este concepto surge en antropología por la necesidad de evaluar los resultados del colonialismo moderno. Es un concepto general(3) y "comprende todos estos fenómenos que se derivan del hecho de que grupos de individuos que tienen culturas diferentes entran en contacto directo y continuado con los subsiguientes cambios en los modelos culturales originales de cada uno de esos grupos". Esta definición que Leclerc toma del trabajo de tres renombrados antropólogos (4) está impregnada de colonialismo y, en el sentido más frecuente que se le da en antropo

logía, implica la imposición de una cultura por parte de los colonialistas a un grupo humano colonizable. Otras muchas veces implica destrucción de la cultura indígena. En esta segunda acepción del concepto los matices pueden ser múltiples, pero por lo menos presenta la ventaja de dejar claro qué tipo de fenómeno cultural y social se tiene entre manos.

En algunas ocasiones podrá significar destrucción del grupo humano de que se trate, otras, por el contrario, una leve impregnación de los niveles supraestructurales de la cultura indígena, sin afectar profundamente ni sus instituciones sociales ni sus relaciones de parentesco, su producción o su modo de producción en sentido estricto. Esta gradación de posibilidades, "grado de romanización", es la que puede llevar a confusionismo cuando no se explica concretamente su alcance, o, como más frecuentemente ocurre, cuando se ignora, por falta de datos, el nivel en que se encuentra el cambio sufrido. Porque, y aquí está el verdadero problema, una aculturación supone un cambio en la vida de la sociedad aculturada. Depende del nivel o niveles a que este cambio afecte que se pueda hablar de un cambio profundo o de unos leves síntomas de contacto.

La relatividad de los conocimientos sobre algunos momentos y lugares de la Hispania Romana hacen a veces difícil precisar situaciones, pero, en general, se ha de huir de conceptos como éste acabado de citar de cambio profundo, en principio por las dificultades inherentes al material que se investiga y, en segundo lugar, por el mismo he-

cho de que al hablar se proyecta la concepción actual de los términos en la cultura del que los usa y, al nivel de aceleración histórica en que se movía la Antigüedad Grecorromana, decir profundo es, tal vez, decir demasiado.

En los trabajos generales sobre contacto de culturas, aculturación y cambio cultural estos conceptos tienen un sentido análogo, con la diferencia fundamental de que los distintos grados de aculturación expresan cambios culturales diferentes. Entonces no basta con hablar de aculturación profunda o de aculturación superficial. Con ello, refiriéndose al caso romano se expresaría uno de los aspectos utilizados empíricamente del concepto de romanización. Pero si se pretende dar a este fenómeno un sentido histórico esta expresión no basta. Es necesario conocer en que sentido se ha aculturado, es decir, a que niveles de la sociedad sojuzgada han ocurrido los cambios culturales. ¿Se han visto afectadas las instituciones?, ¿se ha visto afectada la producción y por ende las relaciones sociales dependientes de ella?. Si se pueden conocer cuáles elementos estructurales de la sociedad en cuestión han sido conmovidos, se podrá deducir la importancia del cambio sufrido, y este cambio será trascendente solo si, habiendo interesado a los niveles infraestructurales, se propaga a las otras esferas de la sociedad.

Recientemente se ha utilizado el concepto de asimilación y rechazo en el VI Congreso Internacional de Estudios Clásicos, en el

que se ha dado un repaso a las provincias del Imperio Romano (5). Ambos conceptos valoran muy acertadamente algunos de los aspectos del enfrentamiento de culturas. Asimilación puede ser usado frente a aculturación dándole a éste termino un matiz nuevo; en este sentido aculturación tendría valor de reciprocidad, intercambio entre dos culturas, y asimilación se presentaría como "el proceso por el cual elementos de una cultura conquistada o dominada (se) van transformando en un estado de ajustamiento relativo a la forma de cultura dominante (6).

Esta asimilación puede ser graduada y gradual; un grado total de asimilación sería equivalente a dominación o exterminio. Pero todas las sociedades primitivas (7) "han demostrado su capacidad para integrar el pasado por una interiorización de las "supervivencias", dan también prueba de sus posibilidades de integración de lo exterior, de lo extraño, en su presencia". Esto, que Leclerc (8) explica de forma algo intrincada, se puede comparar a la incitación del medio propuesta hace ya algunos años por Toynbee. A una alteración del medio, la cultura evoluciona en el sentido de adoptar la alteración segregando los medios de oponerse a sus efectos, es decir, integrándola.

Un ejemplo típico de la integración de lo exterior es el que presentan lenguas como la vasca, en la que se han integrado raíces de procedencia latina en gran proporción, asimilándolas al tipo de construcción propio del vasco. Pero así como en lingüística es un fenómeno perfectamente cuantificable, y los estructuralistas saben bien el por

qué, en otras esferas de la cultura de los pueblos la indagación sobre la procedencia de ciertos aspectos culturales, tras una etapa de contactos, no es tan fácil, sobre todo si las culturas que se intercambian son afines (9). Ahora bien, no es éste el caso que aquí se trata, y la cultura romana es la cultura de una sociedad civilizada que ha codificado el derecho, mientras que los indígenas del Norte se encuentran en un estadio tribal.

Así pues, romanización, aculturación, asimilación, rechazo e integración son todos ellos conceptos útiles aunque insuficientemente expresivos para referirse a un único fenómeno: el cambio cultural. El uso de cualquiera de ellos es incompleto porque no es en sí mismo significativo del grado que implica, y su uso generalizado lleva a error, confusión o simple inexpressión de intercambios efectuados entre las dos colectividades de que se trata.

Lo que interesa expresar, por tanto, al hablar del contacto de lo romano y lo indígena, son las circunstancias de ese contacto y, por añadidura, las consecuencias. Esas consecuencias son históricas, medibles en el tiempo y en el espacio, y su repercusión en los distintos niveles de la sociedad es lo que importa analizar (10).

En circunstancias normales dos culturas que entran en contacto no dejan de influirse mutuamente. Siendo así no será extraño encontrar ejemplos en los que se pueda probar una adopción de formas indíge-

nas en algunos aspectos de la sociedad romana en el Norte de la Península, aunque, lógicamente, serán los menos y más difíciles de constatar.

Llegados a este punto hay que precisar algunos de los problemas relacionados con la idea de cambio. En primer lugar, se trata de un fenómeno transcurrido en un tiempo determinado, entre dos momentos históricos. El primero de ellos, cronológicamente hablando, va a marcar la línea base de partida: situación de la sociedad en las circunstancias de su tiempo. El segundo es el momento en que se aborda el estudio, comparando los datos que impliquen diferencia. Esto se deriva de un hecho fundamental en Historia y es que para comprenderla no basta saber cómo son las cosas, sino cómo han llegado a ser lo que son (11).

Pero hay algunos problemas teóricos que inciden directamente en la elección, y consideraciones posteriores a la elección, de la línea de base o punto de partida. En estas consideraciones pueden repercutir ciertos prejuicios etnográficos que son peligrosos en Historia.

En primer lugar, hay que liberarse de prejuicios civilizados, es decir, dejar de plantearse en el contacto de culturas quién significa la civilización y quién la barbarie, no en el sentido que la definían Morgan y Gordon Childe, ni como lo plantean Terray y Godelier, sino en el sentido colonialista de que siempre se ha hecho gala en la bibliografía del XIX y aún del XX de que el colonizador viene a sacar al indígena de su salvajismo, cuando en realidad lo que viene es a explo-

tarlo y aún a acabar con él si ello se hace necesario. Seguidamente hay que partir de una situación real sobre las condiciones del punto cero o línea base. Esta situación real, en un momento determinado, puede no ser de estabilidad ni de equilibrio, y no por ello impide tomarla como situación ideal de trabajo(12). Un punto de partida para el estudio del Norte Peninsular romano puede ser perfectamente el momento de las guerras cántabro-astures.

Otro error en el que se puede caer fácilmente es el suponer a priori que la acción de un grupo militarista o colonizador opera drásticamente con la sociedad sojuzgada, aniquilándola por completo, o, por el contrario, sobrevalorar al grupo vencido concediéndole más fuerzas ocultas de las que tiene. La realidad frecuentemente posee muchos más matices y, así, en ocasiones se habla del colonizador colonizado culturalmente (se trataría en este caso de una aculturación biunívoca).

Es, muy posiblemente, en este sentido en el que hay que valorar ciertos datos sobre la presencia romana en el Norte, que están hablando de amalgamación de elementos romanos e indígenas, por ejemplo algunas lápidas en las que aparecen funcionarios romanos, correspondiendo los caracteres externos del epígrafe a un arte eminentemente indígena(13).

De lo visto en líneas precedentes se deduce que, bajo una influencia de tipo colonial, de los cambios producidos en la sociedad colonizada se pueden inferir transformaciones profundas de distinto tipo:

desde una transformación sin pérdida de identidad cultural hasta la adquisición de un trauma, pérdida de esa identidad y, como producto final, un mestizaje, pasando por una transculturación a todos los niveles.

Pero probablemente es ninguno de estos casos el que aquí se puede constatar. Para profundizar en ello es necesario ver aún algunos aspectos teóricos que ayudarán a explicar el fenómeno de penetración romano y los cambios que llevó consigo.

Hay una primera dificultad de orden práctico: el material con que se cuenta. En teoría, si las preguntas que se hace el investigador, relativas a todos los niveles de la cultura, están expuestas con suficiente claridad y profundidad, es muy posible que el material responda en mayor o menor grado a todas las cuestiones. Para ello los planteamientos han de ser sometidos a un análisis previo basado en los interrogantes que se desean hacer al material. El tanto por ciento de respuestas en relación con las propuestas dirá exactamente el grado de aproximación a la realidad, y los resultados tendrán un carácter de cientifismo que de otra forma no tendrían (14).

Pero en Historia Antigua, y con los datos aportados por la Arqueología española, las dificultades son de tal índole que estos métodos resultan difíciles de aplicar.

Como se indicaba líneas atrás, no basta saber cómo son las

cosas sino cómo han llegado a ser lo que son, y es ésta una realidad que en Historia tiene su máximo exponente. Los cambios sufridos por una sociedad deben ser analizados en todos los niveles de ésta pero, al mismo tiempo, considerar las interacciones entre las dos sociedades, la que incita al cambio y la cambiante. Para ello es necesario definir lo más precisamente posible la situación en que se produce el cambio (15), los condicionamientos que harán que ese cambio se oriente en uno u otro sentido. Todo ello considerando que una sociedad no tiene por qué ser estática a la fuerza y que en el propio seno de sus instituciones existirá una evolución natural cuyo ritmo puede verse alterado por los cambios inferidos, no queriendo esto decir que se modifique la dirección o el sentido de esta evolución. Se cuenta así con tres factores fundamentales a considerar: los cambios propiamente dichos, la situación histórica en que tienen lugar y la evolución natural de la sociedad en cuestión. Reconocer los aspectos que corresponden a cada uno de estos factores será plantear el estudio histórico propiamente dicho.

Se hace necesario separar claramente aquellos aspectos que por su evolución natural pueden significar un cambio social no impuesto por agentes externos (aunque sí puedan ser acelerados o retardados, siendo más frecuente lo primero; en este sentido el concepto de catálisis, tomado de la química, es perfectamente aplicable y su contenido semántico es lo suficientemente claro para los fines que aquí se persiguen, es por ello que se utilizará más adelante). Naturalmente, estos factores no se pueden concretar a priori, solamente indicar los niveles en que pue-

den tener lugar dado el corto espacio de tiempo de que se trata, apenas dos siglos, es decir, desde la conquista por Roma hasta finales del Alto Imperio.

Este espacio de tiempo es indiscutiblemente muy breve para considerar en él cambios evolutivos de gran alcance, por lo tanto puede ser útil indicar por donde iría la línea de evolución, o, mejor dicho, cuál sería el camino de mayor probabilidad y en cuáles aspectos o niveles no son de esperar modificaciones sustanciales. Todo ello referido a la evolución natural, no al cambio impuesto por la presencia romana.

Investigar cual fue la línea de evolución interna de los pueblos del Norte y Noroeste Peninsular es, en cierto modo, establecer un paralelo con lo que hubieran llegado a ser caso de no producirse la conquista romana. Es incluso posible que al final la incorporación de la población al sistema feudal hubiese tenido lugar de la misma forma. Pero esto es adelantar acontecimientos que se verán en detalle más adelante.

Tal y como se podrá apreciar en el capítulo IV, los Pueblos del Norte Peninsular se encontraban, a la llegada de los romanos, en una situación evolutiva de paso entre las tribus igualitarias y las sociedades jerarquizadas. Es difícil precisar la proporción en que esto ocurría, al margen de que no todos se encontraban en la misma situación. Así pues, dentro de cada "pueblo" (siguiendo la cadencia pueblo-tribu-

clan-linaje-grupo familiar) habría tribus o incluso sectores tribales en diferentes estadios más o menos avanzados, desde tribus nómadas a jefaturas pasando por organizaciones segmentadas y tribus jerarquizadas (16). Esto quiere decir simplemente que la evolución natural de estas gentes sería la de caminar lentamente hacia una sociedad estratificada, tipo de la feudal. En este sentido los niveles sociales que más afectados se ven por esta evolución son aquellos que hacen perder a las relaciones de parentesco su significado de instituciones jurídico-políticas, fenómeno éste complejo y de gran transcendencia y lentitud, tan lento que puede plantearse que Roma precipitará la reacción, y sin olvidar el epigonismo visigodo, pero no intervendrá implicándose en ella.

Tampoco serían de esperar cambios profundos, como de hecho no los hubo con seguridad, en los niveles técnicos de producción y, en este sentido, puede consultarse cualquier trabajo de etnografía y comparar el instrumental utilizado aún no hace mucho, que puede verse incluso en los museos, con los aperos típicamente romanos. Los trabajos de Caro Baroja en este sentido son determinantes (17). Roma no introdujo mejoras técnicas entre los habitantes, tal vez porque la población no le interesaba por ella misma (quizá podría considerarse como excepción el molino giratorio, difundido en las zonas de cereal).

Otro nivel del que tampoco pueden esperarse notables alteraciones es el que pudiéramos llamar ideológico. Una de sus manifestaciones

nes más evidentes, el aspecto religioso, las creencias tradicionales en sus dioses, algunas veces más o menos sincretizados, permanecieron hasta el final del Imperio y, en líneas generales, al igual que las lenguas vernáculas, durante bastantes siglos más. Todo ello, por supuesto, sobre la zona a estudiar y pasando por alto matizaciones locales suficientemente importantes como para no olvidarlas en otro lugar. La persistencia de los niveles ideológicos es algo lo bastante probado en ciencias sociales como para extrañar al historiador y aunque se ha insistido mucho sobre la importancia de la infraestructura tecno-económica en la reproducción de un sistema, en los estadios tribales los niveles ideológicos condicionan la reproducción de una forma tanto más efectiva cuanto se da el hecho de que los elementos sociales que funcionan como reguladores de lo social, lo económico y lo ideológico, es decir, los linajes, impiden separar estos tres niveles al igual que se haría en una sociedad estratificada (18).

Es aquí precisamente donde radica uno de los problemas teóricos más importantes, puesto que, como se indica en líneas atrás, las sociedades tribales de los Pueblos del Norte se debían encontrar en diferentes estadios de evolución dentro de los patrones que comunmente se denominan tribales en antropología y etnografía (19). Estos diferentes estadios o "líneas base" implicarán, lógicamente, una diferente influencia romana en regiones distintas e incluso en distintos grupos humanos dentro de una misma región. Asimismo, estas diferencias serán de enorme importancia en la consideración de los cambios que pudieran seguir ya que,

al reproducirse un sistema, su propio mecanismo reproductor condiciona esos cambios en una especie de selección natural, modificando tanto la producción como las relaciones de parentesco y los propios individuos; es en este sentido que hay que hablar de evolución social, económica o política. En un mismo intervalo de tiempo se habían de producir alteraciones por evolución natural en unos pueblos más que en otros, en unas tribus más que en otras e, incluso, determinados sectores tribales evolucionarán más aprisa que otros por causas naturales, causas que, al estar en contacto con lo romano, verán acelerarse su proceso.

Junto a estos cambios propios de la evolución natural de las sociedades aparecen otros, debidos a la influencia propiamente dicha, a los que el concepto de romanización se podría aplicar solamente de una forma muy indirecta, (de aquí la idea de que dicho concepto no es suficientemente preciso, aunque no por eso aparezca como totalmente inútil). Se trata, en síntesis, de procesos de transformación en los que la presencia romana juega un papel de influencia transcendental, aunque no directa. Es decir, los cambios no se han producido por una transferencia cultural sino por las consecuencias de ciertas "presiones", intencionadas unas y, a su pesar, incluso otras.

Este segundo grupo de transformaciones indirectas ha jugado un papel primordial en ese camino que lleva a los pueblos desde la organización primitiva de la subproducción opulenta (20) hasta la economía campesina de todos los Estados de la Historia (21). Ese camino va a es-

tar protagonizado por dos procesos particulares: el encumbramiento y elevación de determinados individuos dentro de cada núcleo aldeano y la transformación de los tipos de bienes de las comunidades.

En el primero de los dos procesos, la significación o elevación de determinados individuos dentro de la comunidad de aldea, van a intervenir factores muy diversos: aparición de la propiedad privada, ligada unas veces a la concesión de ciudadanía romana y otras no, aparición de un excedente de producción impelido por la propia presión fiscal romana, excedente que en un principio administrará y controlará el jefe tribal, individualizado; se podría apuntar, por último, la presencia de algún que otro esclavo que la aparición romana pudo motivar:

Cada uno de estos factores van a actuar de forma diferente sobre el proceso de individualización y no sólo sobre éste. La propiedad privada debe entenderse que, a priori, está ubicada fuera de los límites tribales, en tanto que éstos son, obviamente, propiedad comunal de la tribu. La aparición de dicha forma de propiedad, concesión romana a méritos cosechados en pro de la administración, el Estado o la milicia, plantea una indudable contradicción en el seno de la comunidad, en tanto que sus miembros son copropietarios comunales y alguno, o algunos, son además propietarios privados extratribalmente. Esta propiedad privada puede, naturalmente, perpetuarse y acrecentarse con la herencia, pero, lo que es más importante, también puede perderse por razones internas de conflicto con la comunidad, lo cual conllevaría, sin duda, desa-

justes cuyo alcance es difícil imaginar, pero que, en cualquier caso, ocasionan un antagonismo en el seno comunitario.

El segundo de los factores es de mayor trascendencia para la evolución posterior de las formaciones sociales. Se reduce, en síntesis, al hecho universal en la Historia de que la escasez produce desarrollo de las fuerzas productivas (22), pero cabe preguntarse cómo se interpretaría aquí este concepto de escasez. Puede partirse de un punto concreto, por ejemplo la presión tributaria romana. Aunque se desconozca la forma y organización concreta en que estos impuestos se recaudáran, una cosa es cierta y es que esta "recogida" de productos (dado que durante siglos la tributación se ceñiría a la recogida de productos naturales, aunque en el Bajo Imperio se incrementa el uso de la moneda) fue un hecho y así se puede apreciar en las fuentes.

A pesar de los datos aportados por Plinio y Ptolomeo resulta difícil creer que Roma conociera a la perfección el número de personas de la población indígena que, pese a las disposiciones romanas, debió de seguir ocupando, en cantidad considerable, zonas de habitat disperso, muchas de ellas difícilmente accesibles para recaudadores e incluso tropas. Siendo ésto así sería posible preguntarse si la recaudación de tributos estaría organizada de forma periódica o las tropas romanas se limitaban a incautarse de lo que las circunstancias exigieran en cada momento. Estas "esquilmaciones" más o menos habituales producirían una escasez primaria en el equilibrio de producción y consumo de la sociedad tribal. Roma, de

esta forma, y de una manera indirecta, indujo un cambio en la producción que tenía que orientarse ahora, ante la nueva situación, a producir tanto para la comunidad de cada célula familiar de producción como para un excedente que puede identificarse con el fondo de renta de la sociedad campesina feudal (23). Este proceso estimuló el desarrollo productivo aumentando el número de horas de trabajo y/o estimulando el progreso de los factores técnicos de producción. Pero no siempre la necesidad de un excedente para el fondo de renta "implica automáticamente un desarrollo económico y hay que tener en cuenta otro hecho y es que la movilización de ese excedente se realiza a través de un cambio en las relaciones sociales, como el desarrollo de una determinada competencia entre los individuos y los grupos" (24). Esta competencia es un factor más de desequilibrio y desigualdad social que funciona, evidentemente, potenciando la individualidad y haciendo evolucionar a las sociedades jerarquizadas (como pueden ser, por ejemplo, ciertos grupos tribales organizados como dominios o jefaturas al estilo celta y que aparecen emplazados en distintos enclaves del Norte) hacia la desigualdad de clases. Como muy bien señala Godelier (25) "la competencia en las sociedades primitivas representa el incentivo mayor para la producción del excedente e implica, a largo plazo, un progreso de las fuerzas productivas". Entendiendo todo ello, conviene insistir de nuevo en un proceso de siglos del que sólo es dado conocer un fragmento cronológico muy pequeño.

Así pues, a partir de una presión tributaria se pasa a la aparición de un excedente, excedente que puede ser administrado por alguno

de esos "grandes hombres" que los antropólogos descubren en los procesos de formación de desigualdad social y que concuerdan perfectamente con la "forma romana de hacer las cosas". La aparición de este excedente lleva, inexorablemente, a una mayor complejidad dentro de la sociedad (26). Esta complejidad puede adoptar salidas muy distintas y, aunque no se pensara en la existencia de individuos significados, llevaría igualmente a la aparición de jerarquías o grupos administradores de ese excedente.

La administración de los excedentes por "grandes hombres" o grupos familiares, surgidos del seno de la sociedad igualitaria, es un hecho doblemente importante por cuanto es el origen de una larga historia dentro de la evolución de las sociedades. Por lo que se refiere a la Historia de la Península Ibérica en la Antigüedad Tardía, el protagonismo de pequeños grupos, surgidos de la comunidad aldeana paulatinamente y a lo largo del Alto Imperio, va a constituir la trama de la Historia durante el Bajo Imperio y la Edad Media. El control de la comunidad por los grupos aludidos desembocará en la apropiación no sólo de los excedentes sino de la propia tierra que de antiguo constituía la circunscripción tribal.

Es interesante traer aquí la descripción que de este fenómeno hace Godelier para una comunidad de características análogas: en un principio "la producción se basaba en formas diversas de cooperación simple (...) La tierra era propiedad de toda la comunidad y el individuo no era más que poseedor de los derechos de uso sobre parcelas (...) Tanto en el

plano del proceso material de la producción como en el de la relación del individuo con el medio de producción esencial, la tierra, la comunidad existe y aparece como una realidad superior al individuo y como la condición práctica de su supervivencia". Más adelante indica: "el hecho de que la función de representar a la comunidad, de controlar el proceso de su reproducción en tanto que tal, es decir, en tanto que unidad superior a los individuos en la medida en que ella es la unidad de sus intereses comunes, pertenece a una familia particular y, en el seno de ésta, al individuo que mejor puede cumplir esa función. Este individuo es el jefe de la comunidad local o de la comunidad tribal, que es al mismo tiempo el jefe militar. Por esta función, este individuo y su familia personificaban más que cualquier otro la comunidad". De esta forma surgen unas ciertas relaciones de dependencia que, en función de la nueva situación social, van a incidir en la producción. De tal manera se va a organizar el trabajo que la comunidad emplea su fuerza de trabajo "por una parte, en forma de un trabajo necesario para reproducir su propia existencia y la de los miembros necesitados de la comunidad, y por otra, en forma de un trabajo suplementario destinado a reproducir la comunidad en tanto que tal. Este trabajo suplementario era invertido en cultivar la tierra del jefe. Este último tenía derecho, como cualquier otro miembro de la comunidad, a tierras en cantidad suficiente para el mantenimiento de su familia y a la ayuda comunitaria para trabajarlas. Pero también se le atribuían tierras suplementarias y se le proporcionaba trabajo suplementario para cubrir los gastos de sus obligaciones como representante y responsable de la comunidad en tanto

que tal. Según los casos, o según la amplitud de sus funciones (jefe de aldea, jefe de tribu), el jefe participaba todavía directamente en el proceso de producción, o bien había dejado de ser un productor directo y participaba únicamente en el proceso de producción por sus actividades de control del uso de las tierras, de dirección del proceso de producción y por sus actividades rituales y ceremoniales en cada fase del proceso de producción agrícola" (27).

Formenorizadamente, he aquí el complejo proceso de la significación de individuos o grupos a que se hacía referencia líneas atrás. Se trata, naturalmente, de un camino sin retorno, cuyo comienzo puede detectarse a partir del material epigráfico y arqueológico y de uno de cuyos hitos, la apropiación de las tierras comunales por parte de la aristocracia tribal, hay más de un ejemplo en la historia de Europa. Se trata siempre de la "transformación del antiguo derecho de tutela del jefe de linaje o clan, sobre las tierras comunales, en instrumento de posesión de la comunidad de sus tierras y de su apropiación individual" (28). De dicho proceso se pueden rastrear múltiples ejemplos hacia el final de la Edad Media Hispana.

Como puede aprechiarse fácilmente, es un proceso histórico de todos los lugares y todas las épocas, una de cuyas explicaciones cae dentro de la esfera de las instituciones. Visto desde esta óptica consiste en la confusión intencionada del "plano de la apropiación real de los medios de producción con el plano de la apropiación legal", por par

te de jefes de tribu, "que bajo la apariencia de ejercer su derecho de tutela sobre las tierras comunales de su tribu, derecho reconocido por la costumbre, se apropian de hecho de esas tierras y las colocan al servicio de intereses privados"(29). Estos individuos o grupos de control del excedente van a pasar, en un próximo hito de su ascenso social a desposeer a sus coterráneos del derecho de uso de la propiedad comunal, por el cual habían de pagar un fondo de renta (en especie prácticamente durante todo el Mundo Antiguo y la Edad Media). Se puede apreciar, de esta manera, cómo Roma, por el mero hecho de imponer un régimen de tributación acelerará el curso de las sociedades tribales hacia su conversión en campesinos dentro de un modo de producción que Samir Amín identifica claramente como tributario (30).

Otro de los factores desestabilizadores que hay que tener en cuenta es el de la esclavitud, pues sus rasgos específicos de polarización de la sociedad entre libres y esclavos es un elemento de competencia en la producción que las sociedades tribales igualitarias desconocen (31). Sin embargo, en el caso concreto de las sociedades indígenas del Norte no es de esperar que la incidencia de la esclavitud, y sobre todo su presencia dentro de las comunidades aldeanas, pueda tener una cuantía digna como para repercutir drásticamente. De todas formas, es un agente a considerar.

Hasta aquí los factores que se habían tenido como favorecedores de la creación de grupos o la significación individual en el seno de

las comunidades igualitarias tribales; pero se hablaba líneas atrás de otro proceso que tendía a subvertir el orden y las categorías de los bienes de una comunidad. En cierto modo se puede decir que este segundo fenómeno tiene su vigencia en íntima relación con el primero citado y que no puede separarse, y si aquí se ha hecho es por razones de claridad. Todas las sociedades primitivas lo mismo que en sociedades más complejas tienen "dos sectores de actividad económica a los que corresponde una división general de bienes en dos categorías jerarquizadas: bienes de subsistencia y bienes de prestigio. En el interior de cada categoría, cada bien puede ser fácilmente cambiado por otro, pero es difícil e incluso imposible e impensable, cambiar un bien de una categoría inferior por otro de una categoría superior". Así delimita Godelier (32) claramente uno de los problemas que más confusión producen en el estudio de las economías primitivas. La existencia de estos dos tipos de bienes explica que el funcionamiento de sus estructuras económicas, a diferencia de las economías mercantiles modernas, no hace prever un intercambio de bienes y servicios por lo cual la aparición de un objeto determinado puede no tener, a los ojos del arqueólogo, el significado económico que frecuentemente se le da.

Uno de los ejemplos más característicos es el de las joyas castreñas que, al igual que otras muestras de joyería antigua, con la llegada de los romanos desaparecen totalmente del suelo peninsular. J.M. Blázquez ha estudiado en profundidad la expoliación que de joyas y materias primas nobles hicieron los romanos en los primeros siglos de la con

quista (33) de tal manera que despojaron a los indígenas de la totalidad de sus bienes de prestigio y, lo que es más importante, de la posibilidad de conseguirlos, al apoderarse de las minas de metales nobles.

De esta "traumatización" de las esferas institucionales indígenas ha de surgir una crisis evidente (crisis de conquista, de la cual los pueblos indígenas sacaron los elementos para constituirse tal y como las fuentes los presentan; hubo, por lo tanto, una primera crisis antes de la situación que aquí se plantea) y los bienes de prestigio o bien de saparecerían sin más, con los cambios que eso conllevaría, o son paulatinamente sustituidos por otros más en consonancia con la realidad de la presencia romana. Estos "nuevos bienes de prestigio" son difíciles de identificar en su totalidad, pero los hallazgos arqueológicos y epigráficos pueden ayudar a determinar ciertos objetos, encontrados en medios rurales indígenas, como bienes preciados que no pueden entrar en la categoría general de bienes de subsistencia.

Ahora bien, la cuestión es más complicada en razón de la aparición paulatina y lenta de los excedentes y la presión tributaria romana constante y creciente. Ante la presencia de estos factores el paso a la sociedad campesina es un hecho incontestable.

Se ha citado líneas atrás lo que Wolf denomina "Fondo de Renta" que es sólo uno de los tres Fondos en que distribuye el excedente de producción. Los otros dos, el Fondo Ceremonial y el de Reemplazo, por su

propio nombre evidencian las funciones a que se destinan.

Estos "fondos" integran los antiguos "bienes de prestigio" diversificando sus funciones y ofreciendo un elemento nuevo a sustraer del excedente, el Fondo de Renta, fuente, en el caso que aquí interesa, del excedente propiamente dicho. No cabe duda de que aquí se encuentran integrados los distintos tipos de bienes que es dado pensar, salvo los de subsistencia, como es obvio. Dos tipos de bienes, por lo tanto, han pasado a integrarse en tres tipos de Fondos; esta visión permite darse cuenta de los medios y caminos mediante los cuales la sociedad indígena puede sufrir una transformación que la llevaría desde un estadio tribal hasta un sistema tributario, feudal, convirtiéndola en una sociedad de campesinos.

De lo hasta aquí expuesto se puede concluir que en el estudio de las transformaciones habidas en el seno de las sociedades indígenas hay que considerar como sujeto del problema el Cambio Cultural sufrido por dichas sociedades. Este proceso global de cambio se podrá desglosar en diversos cambios menores, producto de los diferentes mecanismos que intervienen en él.

Ciertas transformaciones serán debidas a la propia evolución interna de la sociedad indígena, otras aparecerán, en cambio, como producto del contacto con la romana.

Pero dentro de este contacto, y para valorar con nitidez el proceso general de trasculturación, hay que separar lo más claramente posible dos procesos diferentes, uno de difusión y otro de aculturación propiamente dicha (34). Del proceso de difusión dependerán préstamos culturales, adopción o rechazo de tipos de bienes que pueden registrarse incluso como modas relativamente duraderas, determinados usos y costumbres, etc. Cualquier cambio debido a este proceso no actuaría sobre las estructuras económico-sociales del grupo humano, por lo que se puede hablar entonces de vigencia o pervivencia de las instituciones, por citar un ejemplo.

La aculturación significa cambios más trascendentes puesto que implica convivencia de las dos sociedades en contacto. Sus efectos son diferentes porque la aculturación opera en otro nivel circunstancial que la simple difusión (35). Esta difusión, por otra parte, está presente en todo proceso de aculturación, pero la recíproca no es cierta.

Para poder valorar los cambios inducidos mediante estos procesos hay que separar en estudios aparte los dos sujetos del problema, la sociedad romana presente en la zona y la sociedad indígena que soporta la colonización. Como punto de partida se toma la conquista del Norte Peninsular. Desde aquí hasta finales del Alto Imperio la presencia romana se va afianzando, mientras se producen las interacciones mútuas entre las dos partes del contacto. La crisis del siglo III supone un corte en la evolución histórica del Mundo Romano y el Bajo Imperio

-33-

significa la desintegración de lo romano en núcleos autónomos cada vez más separados del cuerpo central. Pero para estudiar ese periodo habría que partir de otros condicionantes, de otro punto de salida que aquí es meta final del trabajo.

ooo0ooo0ooo0ooo

NOTAS AL CAPITULO I

- 1.- BLÁZQUEZ, 1975a, passim.
- 2.- Este aspecto del problema se puede apreciar en sus distintas facetas desde obras como la España Romana, de la Historia de España de MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 1935, hasta los últimos trabajos en los que se analiza material romano. Una buena síntesis bibliográfica es la contenida en TOVAR-BLÁZQUEZ, 1975, y en las recopilaciones recientes de BLÁZQUEZ, 1978b y 1978c. Indudablemente la presencia de material romano puede implicar vías de comercio, implantación rural, explotación minera, administración romana plena o simple avanzadilla. Un determinado lugar de explotación minera, con presencia militar, como pudo ser Las Médulas de Carucedo (Prov. de León), implica una presencia romana considerable y, sin embargo, los modos de vida romanos no tienen por qué impregnar a la población indígena, que allí es explotada posiblemente hasta su muerte. No hay, por lo tanto, "comunicación", solamente presencia, y esto no puede conllevar cambio cultural alguno.
- 3.- LECLERC, 1973, 93.
- 4.- HERSKOVITS-LINTON-REDFIELD, 1936, 149.
- 5.- Sobre la Hispania Romana interesan: BLÁZQUEZ, 1976, 63-94; ÉTIENNE y otros, 1976, 95-108; DÍAZ Y DÍAZ, 1976, 109-116; FONTAINE, 1976, 301-322. Destaca por su interés el trabajo de BÉNABOU, 1976a, 367-376, sobre la asimilación y el rechazo en Africa, que resume aspectos ampliamente tratados en su libro La résistance africaine à la romanisation, Paris, 1976, en él Bénabou analiza el proceso colonizador del Africa del Norte desde una perspectiva dialéctica, en la que lo romano se rechaza en base a una falta de conexión con el medio y las formas de vida africanas.
- 6.- Lesser en LECLERC, 1973, 98.
- 7.- A lo largo del presente trabajo se utilizará el concepto de primitivo con la equivalencia de "no civilizado". El hombre primitivo

será el de aquellas agrupaciones humanas cuya estructura socio-evolutiva no se encuentre aún en el nivel propio del Estado. En este contexto no tiene sentido el término "prehistórico", pues no implica nivel de desarrollo. Civilizado se reserva, entonces, para sociedades con una organización estatal y un alto nivel de desarrollo social, religioso, artístico o literario, encuadrados en una creación urbana.

- 8.- LECLERC, 1973, 89.
- 9.- Los teóricos de la evolución histórica, al igual que los antropólogos de la escuela norteamericana, han matizado ampliamente estos conceptos de pueblos, naciones, tribus, estados, dándoles un contenido preciso en los cuadros de la evolución cultural. Ver SAHLINS, 1977a; SERVICE, 1971 y 1975.
- 10.- En la praxis científica, el conjunto formado por el entorno, los hechos, las circunstancias, etc., reciben el nombre de Historia.
- 11.- BOAS, 1920, 311 ss., con toda una ideología sobre la investigación etnológica.
- 12.- MERCIER, 1976, 168. Parte de las teorías de antropólogos modernos de que la realidad es dinámica y la situación que sirve como punto de partida puede ser un momento de turbulencia. Esa línea cero sirve de base porque el conflicto es la situación habitual en el medio que se estudia. Este es el caso de muchas épocas de la Historia Antigua, y en el caso presente la línea base es también una situación de conflicto, el enfrentamiento de Roma y los indígenas de la Península Ibérica, habitual hasta época de Augusto.
- 13.- Sería el caso de ciertas lápidas funerarias realizadas en talleres locales o incluso de aras votivas a deidades típicamente indígenas. De todas formas, cabe la duda de si los tria nomina no ocultan a un indígena integrado en la vida romana.
- 14.- CHANG, 1976, 15 ss.; WATSON y otros, 1974, 164 ss.
- 15.- Vid. MERCIER, 1976, 158 ss.
- 16.- La tribu es un grupo humano de mayor complejidad que la banda. Desde un punto de vista evolutivo es el desarrollo del estadio de ban-

das en el cual aparecen nuevas técnicas para la integración de grupos locales en una sociedad más amplia. Puntos fundamentales son el igualitarismo socio-económico y las economías basadas en la producción de alimentos, así como el sedentarismo. Las relaciones de consanguineidad son substituídas en parte por relaciones de afinidad, pero el parentesco conserva aún una fuerza extraordinaria. SANDERS-MARINO, 1973, 14, matizan el tipo de asentamientos sea en poblados, es decir, núcleos compactos, sea en caserío disperso. Señalan, así mismo, la presencia de clubs de guerreros, fraternidades religiosas, grados de edad, etc... Dentro del seno de las comunidades tribales se carece de base para una economía que introduzca el ejercicio efectivo del poder. El espectro tribal es de gran complejidad, en Europa se caracterizan por la estructura clánica, de clan cónico; ver SAHLINS, 1977a, 49 ss.. Ocurre en general en los pueblos del Norte, Oeste y Centro de la Península Ibérica. La jefatura, llamada por otros autores "señorío", implica ya un elemento de rango. Sanders y Marino indican la presencia de la gradación de los linajes como elemento diferenciador y se "relacionan conforme a una escala de prestigio", dándose la primogenitura en la herencia del mando, por ejemplo. "No existe una verdadera estratificación en clases puesto que no hay grandes grupos compuestos por personas de rango equivalente". La sociedad sigue basándose en el parentesco, añadiéndosele los mecanismos de rango en calidad de principios estructurales nuevos. En tales sociedades el jefe es sacrosanto y desempeña una función sacerdotal fundamental. Hay normas suntuarias y la base económica del poder del jefe radica en su papel de redistribuidor de bienes. En las sociedades de señorío la especialización local en productos de artesanía y en la producción de comestibles y materias primas está muy desarrollada (...). El jefe deriva su poder de las prácticas suntuarias y redistributivas. En general no existen mercados o están escasamente desarrollados", SANDERS-MARINO, 1973, 15-17. Sociedades de este tipo son los celtas, como ejemplo más peculiar. Su situación evolutiva es inmediatamente anterior al Estado. Por ello se habla de

los celtas como de una Nación que no logró constituir Estados. Sobre sus clanes, llamados cónicos, ver SAHLINS, 1977a, 79 ss.

17.- CARO BAROJA, 1973 y 1976, esta última sobre todo.

18.- Ver en este sentido la exposición de SAHLINS, 1977a, 29.

19.- Se da la circunstancia, muy importante, de que en Historia Antigua el concepto de tribu está cargado de significado censatario, tal y cómo Roma lo estableció, y así lo ha subrayado CARO BAROJA, 1970, 13 ss. justificando el no utilizarlo para estos pueblos; pero, a pesar de las razones del ilustre maestro, no perjudica en absoluto que el nombre de tribu se aplique, puesto que implica un estadio evolutivo social, y así hay que entenderlo; por otra parte, y como señala acertadamente GODELIER, 1974, 200, "el latino tribus, en umbro trifú, en griego φυλή son términos que pertenecen al vocabulario más antiguo de las instituciones indoeuropeas. En su origen son conceptos empíricos y necesariamente han recibido un contenido diverso en el transcurso de la historia de esas poblaciones, pero en su capa más antigua describen una forma específica de organización social y política que existía en todas esas sociedades (...) antes de la aparición de la ciudad-estado. Reagrupaba unidades sociales elementales de menor tamaño, el genos y la fatría de los griegos, y la gens y la curia de los latinos. En este caso, lo esencial radica en constatar que todos esos términos (excepto el de curia) pertenecen, al mismo tiempo, al vocabulario del parentesco y al vocabulario de la política, lo que supone una relación interna, real o supuesta, entre parentesco y organización política (...), las principales lenguas indoeuropeas coinciden en establecer la pertenencia a una misma cuna como el fundamento de un grupo social. En este sentido, el concepto de tribu presentaba espontáneamente en el pensamiento y en el lenguaje de los indoeuropeos un dato de su experiencia, un hecho de observación". Y tan de este modo sucede esto que el propio CARO BAROJA en Los Pueblos del Norte utiliza el término algo modificado y pone tribual. De la misma forma se puede constatar que todos los autores que han tratado el te-

ma no se han podido sustraer de emplearlo, tal es la fuerza expresiva de su contenido semántico, Schulten, Bosch Gimpera, Sánchez Albornoz, etc.

- 20.- SAHLINS, 1977b, 22 ss. ha defendido un planteamiento de la subproducción opulenta del hombre primitivo que ha revolucionado los conceptos en materia de economía primitiva. El hombre de estas sociedades (como los bosquimanos, por ejemplo) dedica pocas horas del día a recolectar aquello que necesita y el resto del tiempo descansa o juega. Su nivel de necesidades es tan pequeño que "realmente" vive en la opulencia sin producir apenas.
- 21.- La llamada "economía campesina" propia de la Edad Media, con todas sus connotaciones feudales, ha sido estudiada por DUBY, L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'occident médiéval, Paris, 1962 (hay edición española: Economía rural y vida campesina en el Occidente Medieval, 2ª ed. Barcelona, 1973; y con caracteres generales, ahistóricos, por WOLF, Peasants, 2ª ed. esp.: Los campesinos, Barcelona, 1975, donde se hace un planteamiento claro y conciso sobre el más extenso sector productivo de la Historia y sus constantes universales de vida; estudio útil tanto para el historiador como para el antropólogo o el sociólogo.
- 22.- Ver GODELIER, 1974, 63.
- 23.- WOLF, 1975, 13 ss.
- 24.- GODELIER, 1974, 80. Cita el autor, a este respecto, el llamado efecto "chayanov", estudiado por Shalins en sociedades cuyas circunstancias son análogas a las aquí consideradas: SAHLINS, "The intensity of domestic production in primitive societies: social inflections of the Chayanov Slope", Studies in Economic Anthropology, Washington, 1971 (The American Anthropological Association Publisher), citado por Godelier.
- 25.- GODELIER, 1975, 135.
- 26.- La aparición de excedentes no siempre conlleva una ampliación del nivel de las fuerzas productivas, como señala oportunamente GODELIER, 1974, 36, en estos casos, cuando la aparición del excedente no viene

impelida por una presión tributaria, apropiadora del subsodicho, puede ocurrir la aparición de un determinado tipo de "bienes preciosos" o un aumento de la producción artística. Godelier concluye en que un progreso de las fuerzas productivas "se traduce frecuentemente por una ampliación de actividades no económicas improductivas", por lo cual es lícito decir que la sociedad se complejiza.

- 27.- GODELIER, 1973, 103. Aunque la cita es excesivamente larga ha sido incluida en tanto que ninguna síntesis podría explicar tan claramente el fenómeno que aquí interesaba señalar. Estas líneas las dedica el autor a describir el proceso de evolución de la sociedad inca, cuyo paralelismo con las sociedades tribales hispanas es evidente. Estos procesos de cambio se podrán comprender más fácilmente para las sociedades tribales hispanas al estudiar su organización social en el capítulo IV.
- 28.- GODELIER, 1974, 84 ss., donde se puede encontrar la descripción del proceso de apropiación, por parte de las familias nobles, de las tierras comunales de los clanes celtas irlandeses, a partir del siglo VI.
- 29.- GODELIER, 1974, 84.
- 30.- AMIN, 1976, 55 ss.
- 31.- Ver RIBEIRO, 1970, 57.
- 32.- GODELIER, 1975, 131.
- 33.- El caso es análogo al que significó la extracción de oro y plata de las zonas ya conquistadas y su impacto en Roma. La enorme cantidad de riqueza sustraída a la Península Ibérica queda de manifiesto, a través de las fuentes antiguas, en el análisis de BLÁZQUEZ, 1963a, 1 ss. y 1963b, 160 ss.
- 34.- La bibliografía específica sobre estos conceptos es amplia y parte ya se ha citado o se irá citando en casos concretos. Por lo que respecta a la implicación arqueológica es de suma utilidad el artículo de ALCINA, 1978, 85 ss. donde se analiza la integración del concepto difusión como un elemento más del proceso de aculturación. Puede con

-40-

siderarse como muy positiva la inserción del concepto dentro del problema del cambio cultural puesto que, como señala Alcina, se elimina así la vieja polémica entre difusión y evolución. Sobre las definiciones de los conceptos que aquí se utilizan ver el trabajo de Alcina.

35.- Ver RIVERA, 1975a, 71 ss., con una explicación pormenorizada del proceso de difusión-aculturación.

oooOoooOoooOooo

41

II
EL PUNTO CERO
DEL
CONTACTO

1.- Introducción.

Se han esbozado en el capítulo anterior, y a nivel teórico, las condiciones generales del proceso de cambio cultural previsible en la sociedad indígena bajo la presencia romana. Pero hasta llegar a esa circunstancia hay que considerar previamente las condiciones de la penetración romana, su relación con el ambiente y las dificultades de la implantación. Estas dificultades estarán en relación directa con el nivel de respuesta indígena, resistencia no necesariamente bélica y por ello, naturalmente más difícil de detectar.

Hay tres rasgos observables en el proceso de aculturación cuya consideración no es de este capítulo, pero a los que se hace necesario referirse para comprender plenamente el sentido de la respuesta a la penetración romana; son, por este orden, resistencia, persistencia y adaptación (1).

La resistencia se mide no sólo por el planteamiento bélico sino también por una serie de rasgos de autodefensa que produce la sociedad en trance de dominación. Por lo que se refiere a los pueblos del Norte, esa resistencia se convierte en un hecho armado cuyos pormenores han reflejado los autores clásicos, permitiendo por ello un estudio en profundidad. Comienza después una fase, a lo largo del Alto Imperio, en la que el nivel de resistencia es apenas atisbable salvo conatos muy localizados, pero que, si la hubo, debió de tratarse de una resistencia tácita,

que la documentación apenas permite intuir. Uno de los rasgos de esa resistencia se refleja parcialmente en el elemento que históricamente se puede observar: los rasgos institucionales, y culturales en general, que pudieron persistir, unos puros, otros adaptados. Hace tiempo que esos rasgos institucionales han sido señalados por Barbero, Blázquez, Vigil y otros (2).

Durante este periodo se van produciendo ya los síntomas de una adaptación que hace referencia a ciertos rasgos de la vida económica y social, revistiéndose, instituciones y creencias, de un ropaje formalmente romano pero que el indígena sigue sintiendo como suyo (3). Aquí es donde la arqueología, y sobre todo la epigrafía, dan testimonio de esa adaptación. El problema es leer entre líneas para integrar y comprender e se fenómeno de aculturación, de apropiación de formas exteriores, mediante un proceso de selectividad preferencial, como una adaptación al nuevo medio impuesto. La adaptación encierra unas pervivencias evidentes, revestidas de un ropaje nuevo para no sucumbir. La sociedad primitiva contiene en potencia enormes resortes para subsistir cuando los factores de presión pueden ser integrados. Si eso no es posible significa el exterminio. La adaptación implica, de esta forma, una cierta asimilación de formas romanas. Este sería el sentido de romanización planteado por Etienne y sus colaboradores en un trabajo reciente (4).

Vista desde esta óptica la respuesta de los indígenas a la presencia romana toma un nuevo sentido en que los distintos procesos de

penetración y respuesta, de resistencia, pervivencias y adaptaciones se implican unos con otros, pero también su planteamiento por separado permite, en la medida de lo posible, matizar ese proceso que se conoce en general con el nombre de romanización, del que se ha indicado ya su falta de precisión.

2.- Penetración romana.

Por el momento hay que dejar el punto de vista indígena, para plantear la penetración romana y las dificultades que pudiera sufrir, dificultades que, por otra parte, no estarían imprescindiblemente producidas por los indígenas.

Al igual que las diferentes, aunque análogas, culturas de los pueblos del Norte estaban adaptadas a su medio natural, los romanos, en su penetración y posterior implantación, debieron de "aclimatarse" al medio, al entorno nuevo en que se movieron. Se puede pensar que los años de las guerras cántabro-astures fueron ya suficiente periodo de pruebas, y así se puede deducir de las fuentes historico-literarias, pero hay que tener en cuenta que las condiciones fueron constantemente cambiantes y no se sabe en que momento, y en que circunstancias, se produjo el punto de equilibrio que permitió a indígenas y romanos vivir en verdadera convivencia. Cuando Estrabón recuerda el salvajismo de las gentes del Norte, y en especial el de los cántabros (5), considera que donde no han llegado los romanos los indígenas mantienen aún vivo su carácter violento. No pue

de admitirse que de la noche a la mañana este carácter hubiera cambiado, y el historiador de la Edad Media tiene prueba de ello; ahora bien, esta peculiaridad se encauzó, o fue encauzada por los propios indígenas mediante una adaptación paulatina a pautas de conducta que no estuvieran en contradicción con su propia naturaleza. El mismo Estrabón hace referencia a la inserción en los ejércitos romanos (6), pero ésta es una medida propia del imperialismo, que obligó a los indígenas a integrarse, y no todavía un proceso de adaptación al nuevo medio. Para los romanos la parte Norte de la Península Ibérica es simplemente una zona sometida, "una fuente de explotación, tanto de materiales como de hombres, que hay que distinguirla de la Hispania incluida en el mundo cultural romano, influida profundamente por la corriente ininterrumpida de emigrantes y por la creación de núcleos urbanos de cuño romano" (7).

Para la consecución de esos fines de explotación, los romanos han de llevar a cabo como primera medida la conquista militar. Como muy bien han puesto de relieve autores entre los que se encuentran Blázquez (8) y Roldán (9) el ejército es uno de los principales elementos de contacto. Esta característica la indica acertadamente Alcina al estudiar los procesos de aculturación: "En tanto que los individuos y las sociedades humanas han sido esencialmente dominantes y agresivas, han orientado esa agresividad a través de la conquista militar. La mayor parte de los sistemas coloniales han sido precedidos por una acción de este tipo y se han mantenido mediante una acción militar controlada. Los ejemplos históricos para este tipo de difusión cultural son casi infinitos y tanto se

refieren a la construcción de grandes imperios como a la dominación de pequeños territorios fronterizos, o a la relación intercultural de unas poblaciones con respecto a sus vecinos" (10).

En este caso se trata de la maduración o creación de un Imperio, y los motivos no faltan. La mera expansión romana está en la esencia de sus propias necesidades. Sin la expansión Roma se hubiera bloqueado en una situación sin salida; no se hubiera transformado ni experimentado evolución. En la conquista y explotación del Norte, Roma buscaba el equilibrio de las fuerzas en la Península Ibérica para no cerrar su propia situación estratégica y económica. Dice Godelier que "algunos bloqueos son una adaptación demasiado feliz a un medio que ofrece en abundancia un escaso número de recursos" (11), pero se trata de unas condiciones ideales y de un estancamiento ideal. En la estrategia romana ha señalado Roldán un aspecto de gran importancia para la comprensión del fenómeno de conquista del Norte, este territorio "debía servir como glacis protector de la zona incorporada a la cultura romana, sin sobrepasar la consideración de territorio súbdito, cuya dominación interesaba bajo el exclusivo punto de vista económico, como vivero de hombres y materias primas y sin ninguna política consciente de elevar el nivel de vida económico y social de sus habitantes" (12), y continúa diciendo que es absurdo emplear la palabra romanización para hablar del proceso cultural habido en la zona, pues solo se produjeron mediocres resultados, dada su falta de intencionalidad.

Ofrece aquí el autor de Hispania y el Ejército Romano una visión demasiado clara de las intenciones romana. Esa acción de "glacis protector" lo es por un carácter doble; por razones estratégicas, de pacificación de gentes normalmente belicosas y porque Roma no podía permitirse la existencia de una zona sin dominar tan cerca, dentro incluso, de un entorno dominado, en el que la acción de la colonización romana iba cuajando lenta pero visiblemente y para la cual la presencia indómita de los norteros era un serio peligro.

Se han vertido diversas opiniones sobre las razones inmediatas de la conquista del Norte por Augusto, y aunque de distinta índole, no son por ello excluyentes. La estrategia no está necesariamente reñida con la economía.

Rostovtzeff engloba las guerras y las conquistas de Augusto en una idea general de política tanto interna como externa: "la necesidad de hallar y establecer para el Imperio Romano fronteras permanentes y seguras y hacer posible así una paz duradera" (13). Tendría así más sentido el hecho citado por Dion Casio (14) de que Augusto tenía intención de domar Britania y que la insurrección de esclavos y la guerra de cántabros y astures se lo impidió.

La paz significaba la tranquila expansión de los intereses del Estado romano y las conquistas eran, por ello, doblemente económicas y estratégicas. Doblemente porque permitían tanto mantener y asegurar la ex-

plotación ya en desarrollo como ampliar ésta en los nuevos territorios.

Para Lomas la ocupación de los territorios norteños y su inmediata explotación minera constituyen un resultado de la conquista, pero considera que su móvil estriba en la necesidad de crédito político de Augusto (15), siguiendo el trabajo de Syme (16) y el texto de Floro (17) relativo a las molestias que causaban los cántabros a sus vecinos vacceos, turmogos y autrigones. La razzia productiva la confunde Floro con un intento de dominio, lo que, por otra parte, no tiene nada de extraño en un autor de su época (18).

Pero las palabras de Floro no pueden ser tenidas en cuenta totalmente para analizar los motivos de los romanos en la conquista del Norte Peninsular. Como dijera Schulten "la guerra cántabra es una de las muchas guerras de independencia que han sostenido pueblos pequeños para defender su libertad contra una nación prepotente que le atacó sin otro motivo que el deseo de sujetarlos a su dominio o apoderarse de materias precisas existentes en el país atacado. Claro es que jamás la nación prepotente confiesa sus móviles egoístas, sino que trata de encubrirlos con unos motivos aparentemente generosos: cambiar la "barbarie" del pueblo atacado por lo que el opresor llama "civilización" o acabar con sus desórdenes interiores, etc." (19).

El oro es indudablemente una razón de peso para la conquista del Norte. El oro le proporcionaba un atractivo que sustituía al poco in

terés de su explotación agraria, como han señalado Le Roux y Tranoy (20). También R. Colmenero (21) reconoce la cusa de la riqueza minera como motivo fundamental de la conquista, pero recientemente ha recalcado más otros motivos basados en una nueva lectura del texto de Floro (22); éstos estarían constituidos por el enorme peligro que suponía para los intereses romanos la insurrección de los cántabros y sus intentos de levantar también contra Roma a los otros pueblos que permanecían independientes (23). Como muy bien subraya R. Colmenero, no es de esperar que la fuente de Floro y Orosio, como en general los historiadores romanos, fueran imparciales en su apreciación del conflicto.

Sería inútil el recoger más opiniones sobre los motivos romanos de la conquista del Norte. Ahora bien, los acontecimientos históricos no pueden valorarse desde un único punto de vista; sea cual sea la interpretación que se le dé a los textos de los autores clásicos se han hecho suficientes recensiones sobre el problema, como el planteamiento general de F. Diego Santos en la serie Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt (24), y harían falta nuevos datos para orientar mejor las opiniones al respecto, y esto, lamentablemente, no es previsible. Planteando la cuestión desde otro punto de vista tal vez se puedan apreciar con más detalle los elementos del problema.

Valorar qué tiene más peso en los planes de los romanos, en relación con la conquista del Norte, equivale a considerar cuáles fueron los estímulos que ofrecía el territorio, sopesando al mismo tiempo las

dificultades de tal acto. Es indudable que les compensaba, porque los resultados hablan en este sentido.

Los estímulos a la penetración son aquellos que se derivan de las propias características del territorio. Motivaciones de carácter exterior pueden ser tanteadas, pero en todo caso serían secundarias.

La primera razón de cierta consideración implícita en el terreno es la explotación de oro (y otros metales), porque la incorporación de hombres del Norte en los ejércitos romanos es una situación que los romanos no se podían plantear más que a largo plazo en el momento de la conquista. Hay que tener en cuenta, además, que la masacre debió de ser tal, al margen del número de esclavos, que tendrían que pasar varios años hasta que el filón humano fuese productivo. En este sentido, las palabras de Estrabón sobre la incorporación a los ejércitos romanos de coniacos y plentuisios (25) deben ser analizadas en su justo valor, dado su temprano significado como leva, seguramente impuesta por Roma. Nada han dejado las fuentes sobre las circunstancias concretas de las levas.

Para el primer siglo del Imperio se deduce del estudio minucioso de Roldán que la aportación del Norte a los ejércitos romanos, sobre todo en lo que respecta a unidades auxiliares, fue sustancial, aunque su número se desconozca (26). De todas formas, aunque la existencia de estas unidades de nombres como astures, galaicos, brácaros, bracarau

gustanos, vascones, etc. sea un hecho, es difícil pensar que las campañas de Augusto busquen como fin inmediato la leva de hombres. Como se indica líneas atrás, la masacre y la esclavitud impedirían el aprovechamiento militar de la población.

El otro aspecto que puede estar implícito en el territorio es la propia explotación agrícola, pero las tierras del Norte y Noroeste, aún a pesar de ser parte considerable de la Hispania húmeda no se caracterizarían por su posibilidad de explotación. Un dato simple resulta significativo, en este territorio, exceptuando la Navarra Baja, el número de villas hispano-romanas constatadas por Gorges es menor que una treintena a finales del siglo I (27).

Por lo expuesto, aunque haya sido brevemente, se deduce con toda evidencia que no pueden considerarse estímulos de la penetración romana, en un primer momento, ni los hombres ni las tierras del Norte hispano, siendo la presencia de metales la única que podría justificar el enorme esfuerzo realizado por los romanos y la inmediata explotación minera desarrollada.

De los motivos que dan los autores clásicos, y que los historiadores modernos han considerado de diversas maneras, se hacía referencia líneas atrás al mencionar como Dion Casio (28) habla del hecho de que Augusto abandona sus planes, entre otras cosas debido a las guerras cántabro-astures. Por otro lado se tiene el relato de Floro (29) donde da como

pretexto de la guerra las molestias que ocasionaban los cántabros a sus vecinos. Es evidente que éstas, como otras referencias de los historiadores en el mismo sentido, expresan una disculpa romana, la defensa de los "aliados", en este caso la de los pueblos sometidos que Roma debe proteger. Sea como sea, no hay duda de que la constante belicosidad de los cántabros y astures pudo servir perfectamente como desencadenante de una acción, la conquista total, que Augusto tenía in mente de todas formas (30).

En casos como éste las razones ideológicas tienen poco peso y, por otra parte, la extendida opinión de que Augusto necesitaba victorias sobre enemigos no romanos para afianzar su figura, incide en el hecho de su presencia en el escenario de los acontecimientos, pero no en el hecho mismo de comenzar la gran ofensiva. Prescindiendo pues de estímulos ideológicos, no pudiendo considerar tampoco, al menos en las primeras décadas del siglo I d.C., la explotación de hombres para el ejército como masiva, siendo inviable la implantación rural, queda como único objeto inmediato de conquista la explotación minera.

Solo un interés de este tipo puede justificar los tremendos trabajos que costó a los romanos vencer la rebelión cántabro-astur. No entra en las intenciones de este trabajo analizar los pormenores de las guerras, y por otra parte el reciente libro de R. Colmenero, ya citado, sobre Augusto e Hispania presenta un estado de la cuestión pormenorizado con ideas nuevas y sugerentes. Al margen de matizaciones enteresantes so-

bre el desarrollo de las guerras, plantea una modificación sobre la denominación de Cantabria que da solución a ciertas contradicciones de las fuentes (31) y que sintetiza de la siguiente manera: "... las tierras no sometidas a Roma antes de las guerras cántabras serían denominadas Cantabria genéricamente por los historiadores, ya que los Várdulos, como pueblo distinto, no son mencionados hasta los tiempos de Augusto. Tal región abarcaría la franja marítima desde los Vascones a los Artabros (...) que explicaría, entre otros hechos, la afirmación poseidoniana de que el Miño nace en Cantabria así como la noticia de Orosio de Medullium monten flumini inminet lo que coloca al Medulio en Galicia, si bien del contexto de las guerras cántabras se deduce que por entonces la región del Medulio se denominaba Cantabria" (32). R. Colmenero supone esta denominación solo hasta el año 27 (33) y se basa en la idea general deducible de las fuentes de que Cantabria se extendía hasta los vascones. Desde luego esta duda ha persistido desde Sánchez Albornoz, que ya se preguntaba si carístios, várdulos y autrigones entrarían dentro de la denominación de cántabros. Recuerda también R. Colmenero el trabajo de Blázquez, en el IV Symposium de Prehistoria, donde remacha esta última idea de que las fuentes nunca los confunden (34). Efectivamente, se puede constatar en Ptolomeo la no confusión de estos nombres (35). R. Colmenero soluciona el problema diciendo que Cantabria debe ser entendido sólo como región y no como denominación de lugar en donde residen los cántabros. Éste sería el término utilizado por los romanos en un principio, antes de las guerras.

Admitiendo la hipótesis de R. Colmenero como posible y fundamentada en las contradicciones de las fuentes, cabe relacionar con és to algo que ya Caro Baroja consideró en la primera edición de sus Pueblos del Norte (36). El texto estraboniano, refiriéndose a la división del año 27 a.C., indica la repartición por legados y el número de legiones adscritas a cada uno (37) de la siguiente forma: el primer legado con dos legiones cubre el área de galaicos, astures y cántabros, el segundo con una legión vigilaba el territorio que había desde los cántabros hasta el Pinireo. Esta sería la interpretación correcta del párrafo estraboniano: Τὴν δ' ἑξῆς παρόριον μέχρι Πυρήνης ὁ δεύτερος τῶν πρεσβευτῶν μετὰ τοῦ ἑτέρου τάγματος.

es decir: "Lo situado a continuación (trás haber hablado de los cántabros), a lo largo de la cadena montañosa, hasta los Pirineos es gobernado por el segundo legado con la otra legión".

Caro Baroja ya daba como válida esta deducción del párrafo es traboniano (38). Lo que se puede apreciar en Estrabón es que cita la comarca de autrigones, carístios, várdulos y vascones del Norte sin citar a ninguno de ellos. R. Colmenero supone que autrigones y carístios solo lle garán a asomar al mar en época de Ptolomeo (39) dado que Mela y Plinio só lo citan en la costa a los várdulos (40). Esto plantearía el movimiento

hacia la costa de autrigones y carístios durante el siglo I d.C., es decir, tras la conquista romana lo cual evidentemente resulta muy improbable. El mismo R. Colmenero plantea, en otro lugar de su libro, como solución al problema el hecho de que se trate de una matización étnica de Ptolomeo (41), mas que un movimiento de pueblos.

La interpretación más pausable del problema es la dada por Caro Baroja en Los Pueblos del Norte. Supone que "si a los vándulos y carístios más septentrionales no se les hubiera considerado como gente peligrosa así como a los vascones del Norte, no se les habría tenido bajo el mismo régimen que a los cántabros y astures (...) mas teniendo en cuenta que solo una legión era la destinada a cuidarlos, cabe sospechar también que, desde un principio, tuvieron menos relaciones con los romanos que los demás y que eran poco numerosos" (42).

De todo esto se deduce que los pueblos del territorio primitivamente llamado Cántabro por los romanos, y según la interpretación de R. Colmenero, es decir galaicos del Norte, astures, cántabros, autrigones (43), carístios, vándulos y vascones del Norte, participaron en mayor o menor grado en las guerras de defensa de su territorio frente al conquistador romano. Vascones del Sur (es decir, Navarra y Valle del Ebro), turmógos y galaicos del Sur no participaron, dado que estaban comprendidos en la órbita de acción romana. Es muy difícil, además, pensar en corrimientos posteriores a la presencia romana ya que las fronteras dialectales del vasco coinciden prácticamente con los límites tribales de carís

tios, várdulos, autrigones y vascones (44).

Vistas algunas matizaciones necesarias interesa señalar ahora un hecho de gran trascendencia: el enorme esfuerzo realizado por los romanos durante los casi diez años de duración de las guerras.

No hay en las fuentes demasiadas alusiones a los esfuerzos de los romanos por llevar a cabo la conquista, salvo alguna que otra referencia a la fortaleza de los indígenas y su espíritu bárbaro recogidas por Dion Casio (45), y una frase de Livio (46), que concierne a las dificultades, en la que ya Forni (47) había hecho incapié considerando la hostilidad del medio y las características del espíritu indígena.

Es indudable que los obstáculos que debieron encontrar los romanos en su avance no han sido suficientemente valoradas por los escritores clásicos, que plantearon sus obras con fines evidentemente desde el punto de vista romano, y, por lo tanto, son optimistas en cierto modo. Pero los continuos levantamientos, el espíritu de rebeldía y el preferir la muerte a la esclavitud debió de pesar a los ojos de los romanos y en la propia Roma, pues no en vano el nombre de cántabros se pronunciaba con cierto temor, dejando huella incluso en los poetas (48), como ha señalado Blázquez reiteradamente (49).

Esta consideración de "bárbaros" aplicable a los Pueblos del Norte, sobre todo en lo que se refiere a cántabros y astures, debió de

influir durante mucho tiempo en la consideración del pueblo y los militares romanos. Rostovtzeff recuerda el epíteto de symmacharii aplicado a los astúres en las guerras dácicas y las críticas hechas a Vespasiano por "barbarizar" el Imperio (50). Caro Baroja (51) recoge la cita rostovtzeffiana para recalcar su impresión de que a las autoridades romanas, tras la conquista, no les interesó lo más mínimo desbarbarizar a sus nuevos súbditos. La extensión de la ciudadanía latina por parte de Vespasiano no debió de cambiar ni la situación de los indígenas ni la opinión que de ellos siguieron teniendo los romanos (52).

Naturalmente, no con todos los pueblos tuvieron los romanos las mismas dificultades y, aunque líneas atrás se planteaba la posible entrada en el conflicto de casi todos los pueblos del Norte, existe una creencia general, y ciertos datos que permiten valorar unas zonas con diferencia a otras. En este sentido considera Caro Baroja (53) la presencia de un tanto por ciento muy elevado de palabras latinas en el vasco así como la fama de éstos, recogida por Tácito (54) aunque, muy probablemente, no se tratara de vascones del Norte sino de la Ribera de Navarra, zona en la que sabido es la gran implantación de elementos romanos, que ya se dió, suritálicos sobre todo, en época de César e incluso antes.

Pero las dificultades no fueron solamente de enfrentamientos armados, el medio geográfico debió de contribuir notablemente a hacer de sapacible la estancia romana en los parajes del Norte, por lo menos en

un principio, aunque las fuentes apenas mencionan estas cuestiones (55). De la dificultad de tránsito puede citarse el hecho de que la Península Ibérica debía encontrarse prácticamente plagada de bosques en la mayor parte de su territorio; así Apiano (56) relata como Numancia estaba rodeada de bosques, aunque también Estrabón hace mención de zonas de suelo pobre y montañosas (57), y éste último especialmente para el Norte.

Barreras naturales y barreras humanas son en un principio las dificultades con que se van a encontrar los romanos en el Norte y Noroeste. Diez años de guerra de guerrillas hablan por sí solos, implican un esfuerzo considerable, aunque Roldán no acepte la cifra tradicional de sesenta mil hombres, presentes por parte romana en el escenario de la guerra, y se incline solo por la mitad (58). De todos modos, hubo un derroche de energía que solamente puede justificarse por motivos verdaderamente importantes. Si Roma no hubiera tenido intención de explotar los yacimientos metalíferos no hubiera soportado los diez años de guerras, limitándose a poner un límite en torno a los belicosos cántabros y sus aliados y vecinos. La explotación humana debe considerarse más una consecuencia que un estímulo para la conquista.

3.- Factores propiciatorios del cambio.

Tras la conquista, Roma inicia un proceso de ordenación administrativa y militar que afecta fundamentalmente a las fronteras de la Lusitania y la Tarraconense. Los problemas que supone su interpretación

han sido analizados en el reciente libro, ya citado, de R. Colmenero, que recoge toda la bibliografía anterior. A finales del siglo I a.C. tiene lugar el definitivo reparto de los territorios, que durará todo el Alto Imperio: "Las fronteras de la Lusitania sufren entonces un significativo achicamiento de norte a sur, estableciéndose en el curso del Duero su frontera septentrional, mientras que la oriental, al igual que la de la Bética, padecía a la vez un notable retroceso. Por el contrario, la Citerior ganaba amplios territorios, de tal forma que a partir de ahora su frontera occidental se extenderá desde el Sinus Murgitanus al Mons Solorius, Iuga Oretana, Iuga Carpetana y Iuga Asturum, o mejor el Duero, que baña sus estribaciones meridionales" (59).

La organización posterior de la provincia Citerior en distritos, conventos y diócesis prueba las diferencias internas de su infraestructura económica y el paulatino ordenamiento de los intereses romanos. La interpretación dada por R. Colmenero a estas cuestiones tiene así una doble razón de peso.

Resumiendo de las conclusiones de este autor queda el siguiente cuadro (60): en primer lugar aparecen por el ordenamiento augusteo los distritos, en número probable de cuatro, dos con legados, y tres legiones que cubrirían muy probablemente la zona recién conquistada (61) y otros dos legados sin tropas, aunque los cuatro serían legados militares. En tiempos de Claudio estos distritos desaparecen en razón de los cambios militares habidos en ese momento, salida de la Fe-

nínsula Ibérica de la Legio IV Macedonica. Aparecen los conventos en número de siete. A partir de Trajano se superpone a esta estructura la de las diócesis y agruparían a los conventos en dos series, una primera de tres, es decir, Asturia Gallaecia por un lado, y Citerior Tarraconensis con cuatro, por el otro. Entre las muchas cuestiones que se pueden plantear es inmediata la de que la diócesis de Asturia Gallaecia contiene como sujeto principal las explotaciones mineras. También se podría aducir que la creación de las diócesis estaría en relación con el territorio extenso de la Citerior y la pecunilidad, por la razón dada, del Noroeste. Sería la diócesis la razón de la procuratela, según opina R. Colmenero, aunque se ignora en realidad tal relación o si la procuratela existió antes. En cualquier caso, hay que destacar que el territorio del Noroeste, por sus especiales características, va delimitándose separadamente del resto de la Citerior hasta cuajar definitivamente como provincia independiente en el siglo IV; ello no es más que la evidencia administrativa de un problema de infraestructura, extractiva, y también de unas peculiaridades en lo social y geográfico que la diferencian en ciertos aspectos del resto de la zona que aquí se denomina Norte.

Por lo que respecta al ejército como elemento inductor del cambio se ha dicho casi todo lo que se puede decir en el estado actual de los conocimientos. Tal vez de lo más interesante en este sentido han sido las opiniones reflejadas por Roldán en su libro sobre el ejército en Hispania, cuyas ideas giran entorno a una "híbrida civilización" de tinte romano donde nunca dejó de existir de forma vigente el espíritu

autóctono" (62), y de los que se ha hecho aquí mención.

Efectivamente, hay que coincidir con Roldán en que hablar de romanización para el Norte es impropio. Este autor sostiene lo inadecuado del término alegando que no hay intención de romanizar por parte de los romanos en lo que respecta al Norte (63), pero habría que añadir además que el cambio cultural efectuado está producido más indirecta que directamente por ese ejército que, según Roldán, romanizó aún en contra de las intenciones romanas. Es evidente que Roma mantuvo en la Península Ibérica un ejército constante, aunque con cambios y relevos de unidades, con el exclusivo fin de tener quietos a los habitantes que pudieran impedir la explotación minera. Pero incluso cuando esta explotación decrezca, o cese totalmente, el ejército se mantendrá en los mismos, o próximos, lugares (64) porque esa zona sigue sin una implantación romana que pruebe su estabilidad. Se puede concluir que hay razones internas más fuertes que todo lo expuesto.

Por muchos elementos de cultura romana que pudieran aportar los soldados romanos presentes en el Norte Peninsular tras la conquista (muchos de los cuales serían romanos solo de nombre), hay un hecho evidente: el ejército de un Estado nunca representa a las clases cultas, mucho menos a la élite depositaria de los altos valores de su civilización. La procedencia de los soldados, y por lo tanto el contacto de los indígenas en sus ejércitos, no puede compararse al proceso de implantación colonial llevado a cabo en otras zonas de la Península Ibérica. El

colono "vive a la romana" allí donde llega y el suelo que pisa es, desde el primer momento, suelo romano. Sus costumbres, su vida matrimonial, la educación de sus hijos, son elementos de un proceso complejo de implantación cultural que produce focos estables de romanidad.

El soldado no "vive" de la misma forma. El que es indígena porque lo es, y sin duda conservará muchos elementos de su cultura como lo prueban sus dedicaciones a dioses indígenas (65), por citar un ejemplo. El soldado italo, o de otra procedencia, lleva, como todos, una vida de cuartel y sus relaciones con el elemento indígena le influirán a él más que él a los autóctonos. En el caso de que se una in connubium lo hará con una indígena que, por la misma razón, aportará su cultura propia a la relación. Esta unión no puede compararse a la vida matrimonial del colono. Estas y otras muchas razones pueden aducirse para dar a entender que la presencia del ejército no induce a cambio cultural más que en un grado muy pequeño, y que hablar de romanización por la mera presencia en un lugar de elementos militares romanos es, simplemente, engañoso.

Roldán habla de "falta de intenciones romanizadoras", una frase ya repetida, pero es que aquí radica un interesante problema al que conviene llegar dando un pequeño rodeo.

En primer lugar, hay que considerar el hecho de que todos los pueblos de la Península Ibérica no están al mismo nivel de evolución so-

cial en el momento de su toma de contacto con los romanos. Este grado de evolución es mayor en el Sur que en el Norte y Centro, mayor en el Centro que en el Norte. E incluso dentro del Norte se puede hablar, aunque no con excesivas precisiones, de núcleos más evolucionados que otros.

Por su desarrollo natural en función del medio y por sus contactos con antiguos colonizadores, los habitantes de la Bética habían recorrido un largo camino desde la sociedad primitiva al estadio en que se encontraban, grupos compactos que vivían en una circunscripción determinada, con un grado alto de desarrollo jerárquico, la presencia de reyezuelos o régulos (66); compárese ésto con el primitivismo de los recolectores de bellotas de que habla Estrabón (67). La del Sur es una sociedad en la que ya ha hecho su aparición el rango y la jerarquía, en la que el proceso cultural había producido una evolución hacia el urbanismo, en la que, cuando Roma entra en su mundo, ya existen individuos ricos e individuos pobres, en una palabra, en la que ya existía una estratificación en clases sociales (68).

Analizando el proceso de forma intrínseca, se llega a una conclusión evidente: se impregna de cultura romana, o de formas de vida romana que es lo mismo, mucho antes aquel lugar o zona en donde existe una clase dirigente, con intereses económicos, por lo tanto, en los que juega un factor decisivo la alianza con el poder militar que sanciona esos privilegios y los potencia aún más al lanzarlos, con el aparato romano, a un mundo de mayor envergadura. Esta clase dirigente busca aliarse

con Roma, busca la representatividad que significa esta alianza. Allí donde exista esta clase Roma implanta su sistema rápidamente. Donde no existe no se da el cambio cultural o, por lo menos, no se dará más que en una proporción mínima. Éste es el caso del Norte y Noroeste. Esta situación se puede matizar aún más si se tienen en cuenta factores sociales y ambientales locales. En el Sur el urbanismo de pequeñas poblaciones alejadas unas de otras favorece los núcleos sociales con intereses análogos, la creación incluso de clientelas de tipo indoeuropeo(69) amén de otros intereses comerciales evidentes. En el Norte la estructura urbana es pobre, la implantación implica el caserío disperso, las unidades de producción doméstica y el castro de carácter defensivo para situaciones bélicas. Su igualitarismo está en mayor tanto por ciento que los factores de desigualdad, aunque haga su aparición el rango.

En el Norte la presencia romana no es mayoritariamente de implantación social (70). La presencia conlleva fuerza militar, lo que no afecta a los niveles infraestructurales ni modifica la idiosincrasia. El proceso cultural será lento e imperfecto, en focos aislados, en casos concretos, en individuos determinados. Un personaje, una familia, nunca la sociedad global, que está dispersa y separada. La presencia de material romano expresa mundos-isla, aislados en el mar indígena.

Otros lugares del Imperio gozaron también de ciertas características similares, que Anderson hace extensivas incluso a la Galia, el Nórico, la Recia y Britania, indicando: "eran tierras remotas y pri-

mitivas, pobladas por comunidades tribales celtas y muchas de ellas sin ningún contacto histórico con el mundo clásico. Su integración en él planteaba problemas de un orden completamente distinto al de la helenización del Oriente Próximo, porque estas tierras no solo estaban atrasadas social y culturalmente, sino que representaban además, zonas interiores de un tipo que la Antigüedad clásica nunca había sido capaz hasta entonces de organizar económicamente" (71). Ningunas otras palabras valdrían tanto como éstas para expresar unas razones históricas de indudable peso.

Efectivamente, Roma no organizó económicamente el Norte, porque esta organización solo la podían haber dirigido intereses internos que no existían. En el Norte su estructura administrativa fue deficiente (72) y la presencia de vínculos de clientela con gentes romanas no se evidencia, y eso que se trata de un mundo indoeuropeizado.

El uso que Roma haga de individuos, jefes locales y tribales no tiene parangón posible con las relaciones profundas y los intereses de los dirigentes locales de la Bética y aún de Levante. De cualquier forma, el mantenimiento de los modos indígenas, de las jefaturas y de sus relaciones internas, era una inteligente medida, como ha subrayado Guy Barruol (73) para el caso galo, para satisfacer sus intereses económicos mientras mantenían contentos a los indígenas, que conservaron así su estructura social ancestral.

En suma, y por lo que respecta a este capítulo, se han enumerado algunos aspectos cuya incidencia en el proceso contenía algún matiz que interesaba resaltar. Se han omitido otros aspectos generales, implicados en el desarrollo del contacto romano-indígena, por considerar que están suficientemente claros en la bibliografía al uso, o porque no están en relación directa con las intenciones de este trabajo(74).

Muchos de estos aspectos, como municipalidad, explotación minera, presencia de villas rústicas, etc., etc., serán tratados especialmente, por lo que se refiere al final del Alto Imperio, en el capítulo siguiente.

ooo0ooo0ooo0ooo

NOTAS AL CAPITULO II

- 1.- Tal y como los plantea muy acertadamente BARROU, 1976, 389, en un artículo de gran interés sobre la resistencia a la romanización ofrecida por el elemento indígena en Galia meridional. El artículo forma parte del volumen que, sobre asimilación y resistencia a la cultura greco-romana, planteó el VI Congreso Internacional de Estudios clásicos. Realmente, el fenómeno, tal y como lo entienden Barrou, Bénabou y otros, es más complejo de lo que el simple título del Congreso implicaba.
- 2.- BARBERO-VIGIL, 1965, 271 ss.; 1971, 197 ss.; sobre todo, VIGIL, 1973, 225 ss.; BLÁZQUEZ, 1976, 63 ss., por citar tan solo los trabajos más significativos, que estos autores han planteado desde diferentes puntos de vista. Ver también: BLÁZQUEZ, 1969, 271 ss., con interesantes opiniones sobre el proceso romanizador y una discusión pormenorizada de la bibliografía anterior. Algunos puntos han sido modificados por el autor posteriormente, en 1976, pero de ellos se tratará en el texto ampliamente.
- 3.- El caso más notable lo constituye la religión, que se estudia en el capítulo V.
- 4.- ÉTIENNE y otros, 1976, 95; se trata del primer trabajo, salvo error u omisión, que ha abordado el problema de la integración de la Península Ibérica en el Imperio Romano como un tema de aculturación. Se aprecian en él interesantes planteamientos sobre la élite que adopta el latín para uso epigráfico, evidenciando una estratificación social, etc. Algunas de estas aportaciones se comentarán a lo largo de este trabajo.
- 5.- Strab., III, 3,8.
- 6.- Strab., III, 3,8. Para ver su distribución, procedencia y número: ROLDÁN, 1974, 59 ss. y los mapas de distribución 5 y ss.
- 7.- ROLDÁN, 1974, 45.
- 8.- BLÁZQUEZ, 1964, 5 ss.
- 9.- ROLDÁN, 1976, 140.

- 10.- ALCINA, 1978, 98.
- 11.- GODELIER, 1974, 81.
- 12.- ROLDÁN, 1976, 140.
- 13.- ROSTOVITZEFF, 1962, 115.
- 14.- Dion Cass., LIII, 25,2.
- 15.- LOMAS, 1975, 114 y 256.
- 16.- SYME, 1970, 83 ss.
- 17.- Flor., II, 33,47.
- 18.- En el ya famoso trabajo de GARCIA Y BELLIDO sobre las bandas y guerrillas, publicado en 1945 y reproducido en 1977, 13 ss., hay aparentemente ciertas contradicciones, por lo que respecta a la consideración que hace de estos "bandoleros". A pesar de reconocer la raíz económica-social de sus correrías, en la nota 1, no deja de calificarlos en el texto de "descontentos, perseguidos, arruinados, que no sabían o no podían ganarse el sustento diario en paz y en armonía con el medio ambiente". Se trata, sin duda, de un anacronismo con más connotaciones literarias que otra cosa, puesto que no se puede hablar así de una sociedad tribal de recolectores cuyo medio de producción estriba en el saqueo sistemático de sus vecinos, en el que, ganándose el sustento, participaban todos los hombres. Es necesario comprender el nivel de evolución social de un grupo humano para no referirse a arruinados cuando se trata de una sociedad igualitaria de propiedad comunal. En el caso del maestro García y Bellido debe de tratarse de una cierta concesión a lo literario unida a un hecho indiscutible, la no valoración hasta fechas muy recientes, de las condiciones sociales, económicas y tipológicas en general de los pueblos primitivos por los historiadores de la Antigüedad que hacían, al estudiar a los indígenas, la misma interpretatio que hizo César con los galos. BLÁZQUEZ, 1974a, 291, matiza claramente que la razón del bandidaje de los cántabros era diferente de la de los lusitanos. Ver también el capítulo V de este trabajo.
- 19.- SCHULTEN, 1962, 19.
- 20.- LE ROUX-TRANOY, 1973, 229.

- 21.- RODRIGUEZ COLMENERO, 1977, 40 ss.
- 22.- RODRIGUEZ COLMENERO, 1979, 87-90.
- 23.- Flor., II, 33,47 y Oros., VI, 21,3.
- 24.- DIEGO, 1975, 531 ss.
- 25.- Strab., III, 3,8.
- 26.- ROLDÁN, 1974, 238-262, analiza con minuciosidad la procedencia de los soldados hispanos, dividiéndola en dos periodos claramente diferenciados: hasta el 70 y a partir de la Legio VII Gemina. El primer periodo contempla un escaso número de inscripciones de soldados hispanos cuya procedencia es mayoritariamente de la Bética, dándose apenas casos al norte del Duero. Para legiones estacionadas fuera de la Península en el siglo I, se cuentan otros cuatro en la misma zona y dos en las cohortes urbanas y praetoriae, en las mismas fechas. Otro asunto son las unidades auxiliares que se debieron reclutar enteramente entre indígenas de determinadas circunscripciones, cuya historia sigue Roldán minuciosamente en 65 ss.
- 27.- GORGES, 1979, 32 y fig. nº 6.
- 28.- Dion Cass., LIII, 25,2.
- 29.- Flor., II, 33,46.
- 30.- Sobre el temor de una insurrección más general ver RODRIGUEZ COLMENERO, 1979, 87 ss.
- 31.- RODRIGUEZ COLMENERO, 1979, 84 y mapa nº reproducido aquí como 1.
- 32.- RODRIGUEZ COLMENERO, 1979, 85-6.
- 33.- La Cantabria sería así lo no integrado en la demarcación administrativa, lo todavía desconocido en cierto modo.
- 34.- Ver BLÁZQUEZ, 1966, 177-205.
- 35.- Etlom., II,6, donde describe la Tarraconense, nombrando a estos pueblos varias veces. Véase la comprobación inmediata en el mapa nº 2, según la reconstrucción de Tovar.
- 36.- Que se cita por la segunda edición: CARO BAROJA, 1973; ver página 96 y ss.
- 37.- Strab., III, 4,20.
- 38.- CARO BAROJA, 1973, 96.

- 39.- Ver mapa nº 2.
- 40.- Mel., III, 15 y Plin., IV, 110.
- 41.- RODRIGUEZ COLMENERO, 1979, 217.
- 42.- CARO BAROJA, 1973, 97.
- 43.- Aunque Flor., II, 33,46, cita a los autrigones por el hecho de protestar de las correrías cántabras, hay que admitir que una parte, tal vez los más al Norte, debieron de colaborar con los cántabros frente a Roma.
- 44.- Sobre este tema los distintos autores están prácticamente de acuerdo, véase CARO BAROJA, 1973, 98 ss.; SÁNCHEZ-ALBORNOZ, 1972, 51 ss.; AZAOLA, 1976, 113 ss., etc...
- 45.- Dio Cass., LIII, 25,2; LIII, 29,1; LIV, 11,1; Flor., II, 33,46; Oros., VI, 21,1, etc...
- 46.- Liv., XXVIII, 12,12.
- 47.- FORNI, 1970, 210.
- 48.- Hor., Carm., II,6,1; II,11,1; III,4,34; III,8,21; III,14; IV, 14,41; IV, 5,25, etc...
- 49.- BLÁZQUEZ, 1974a, 250 ss.
- 50.- ROSTOVITZEFF, 1962, I, 414 y nota 25.
- 51.- CARO BAROJA, 1973, 110.
- 52.- BALIL, 1973b, 245, ha llamado la atención sobre este hecho: "una de las características de la acción romana, la urbanización, y con ella el desarrollo de la organización municipal, apenas sí tuvo reflejo en las tierras del Norte del Valle del Duero, pese al empeño de Vespasiano de hacer extensivo el derecho latino, brindando con ello el acceso a la ciudadanía romana a la burguesía local en la mayor parte del área peninsular donde existían núcleos ciudadanos suficientemente urbanizados". Más adelante se volverá sobre este problema desde otro punto de vista.
- 53.- CARO BAROJA, 1973, 114.
- 54.- Tac., Hist., IV, 33,3.
- 55.- SCHULTEN, 1963, 172, recoge de Just., 44, 3,6, la cita sobre las frecuentes tormentas. La humedad queda reflejada también por Varr.,

Re rust., 1, 57,3 y Plin., 22, 120, al hablar de los hórreos.

56.- Apiano, Iber, 76; ver SCHULTEN, 1963, 359.

57.- Strab., III, 3,8.

58.- ROLDÁN, 1974, 61.

59.- RODRIGUEZ COLMENERO, 1979, 254.

60.- RODRIGUEZ COLMENERO, 1979, 254; también, ALPERTINI, 1923, 43 ss.
para el problema de las diócesis que es más discutible.

61.- Véase lo que se indicó líneas atrás sobre el significado de estas tres legiones y la referencia sorda de Estrabón a carístios, vándulos y autrigones. Estas tres legiones cubrirían desde los galai cos hasta los vascones del Norte.

62.- ROLDÁN, 1976, 140.

63.- ROLDÁN, 1974, 58, ya citado por lo que se refiere a la presencia de indígenas en el ejército romano.

64.- Siempre en el Noroeste, de Astorga a León, y luego Petavonium, en Rosinos de Vidriales (Zamora), citado por la Not. Dig. XLII, 25-30.

65.- Ver capítulo V.

66.- Ver CARO BAROJA, 1971a, 51 ss.

67.- Ver capítulo IV.

68.- Casi en la misma postura, aunque con un planteamiento diferente, se expresa TOVAR, 1971, 23: "También la romanización se desarrolla en función de la etnografía. Es clarísimo que las poblaciones del Sur, que habían estado en relación con antiguos colonizadores y últimamente habían recibido una fuerte influencia cartaginesa, desde Cádiz y las ciudades de la costa como Málaga y Sexi, y luego Cartagena, fueron primeros en romanizarse (...) con la rapidez de la ro manización en el Sur contrasta la resistencia de los belicosos pue blos del NO. , que conservaron su onomástica indoeuropea y se guar dan de asimilar sus dioses ligados a sus breñas con las divinida des del panteón romano. No conocemos las divinidades tartesias ni ibéricas por sus nombres, mientras que de la Hispania indoeuropea, de Teruel a Galicia, tenemos muchísimos nombres".

69.- BLÁZQUEZ, 1977a, 385 ss.

ha estudiado ciertos rasgos indoeuropeos entre las poblaciones que, precisamente, no se tienen por indoeuropeas, como el hospitium y las clientelas, procedentes de los romanos con los que se identifican sin solución de continuidad.

- 70.- Elementos éstos que aquí se citan que verán su desarrollo en el capítulo siguiente.
- 71.- ANDERSON, 1979, 58.
- 72.- Como ha señalado BALIL, 1973b, 246 ss.
- 73.- BARRUOL, 1976, 402. Esta relación de Roma con las aristocracias tribales ha sido calificada por muchos autores como una característica del liberalismo romano, cuando en realidad no era mas que una inteligente medida para asegurar la explotación y mantener un cierto nivel de producción, como ha señalado muy acertadamente LEVEQUE, 1976, 105.
- 74.- Efectivamente, el lector encontrará buena parte de los problemas sobre la penetración y organización en época de Augusto en la obra, ya citada, de RODRIGUEZ COLMENERO, 1979. Por lo que respecta a la respuesta posterior, durante el Alto Imperio, de los inquietos norteaños pueden verse las obras de tipo general como VIGIL, 1973, 400 ss., entre otras, y la bibliografía recogida por GARCIA MORENO, 1975, 334, nota 27. Estos conatos de rebeldía por parte de grupos aislados prueba, una vez más, la presión tributaria romana y las circunstancias desfavorables de una aculturación a estos habitantes de la Hispania Septentrional.

72

III
LA IMPLANTACION
ROMANA
EN EL NORTE

1.- Aspectos generales.

En el capítulo I se han establecido los principios generales del cambio cultural y su encuadre histórico cara a la sociedad del Norte Peninsular. Se indicaba la doble acepción que en un principio presentaba el concepto de romanización y se señalaban, asimismo, los tres procesos causantes del cambio cultural: la evolución interna de la sociedad, la difusión y la aculturación. Conviene recordar que en el proceso de aculturación va implícita una difusión previa, mientras que la recíproca no es cierta. Difusión y aculturación indican contacto cultural, pero la aculturación expresa contacto físico, convivencia y simbiosis (1).

En el proceso de difusión se incluyen tres pasos sucesivos: "presentación del nuevo o nuevos elementos de cultura a la sociedad, su aceptación y la integración del elemento o elementos aceptados dentro de la cultura preexistente"(2). Por otra parte, la aculturación implica cambios en los patrones culturales, lo cual se produce cuando ya se han dado los tres pasos sucesivos del fenómeno de difusión.

Por un planteamiento lógico se puede deducir que el proceso de difusión puede dar como resultado tanto una aceptación de los elementos culturales (aceptación en varios grados: asimilación, incorporación, integración, adaptación, reformulación) como un rechazo (también en varios grados) que será siempre parcial (3). Lo normal es que se den las dos posibilidades al mismo tiempo, referidas a esferas diferentes de la

sociedad o, incluso, a aspectos diversos dentro de cada esfera. La aculturación trasciende más allá del mero contacto y sus resultados implican la presencia de rasgos aceptados, pero no se puede explicar solo por ellos. Su dimensión más significativa es el tiempo del contacto, durante el cual los elementos aceptados calarán más hondo en la sociedad aculturada.

Esta característica de la longue durée ha sido señalada acertadamente por García Moreno al plantear la romanización como proceso de aculturación (4).

Por lo expuesto es fácil concluir que el término romanización encierra, en el uso que comunmente se le dá, no ya los dos valores de que se hablaba en un principio sino otro más, producto de la diferencia existente entre difusión y aculturación.

Para poder valorar el alcance de la romanización del Norte es pues necesario distinguir las tres esferas en que puede manifestarse un elemento de cultura material: 1º como mero exponente de presencia romana, presencia que no implica contacto cultural; 2º como prueba de una difusión cultural que puede darse como integrada, adaptada, rechazada, etc. aunque no siempre se podrán valorar totalmente estos matices; 3º como manifestación de un proceso de aculturación, en principio más fácil de reconocer, pero tal vez de menor probabilidad dado que requiere mayores condiciones.

No es necesario señalar que un análisis de este tipo contiene serias dificultades para rastrear los diferentes matices que pueda presentar el material arqueológico. A título de ejemplo se puede indicar un hecho significativo. En muchos yacimientos en que la presencia romana se evidencia por diferentes razones, los arqueólogos han prescindido en las publicaciones de la llamada cerámica común, cerámica que en la totalidad de los casos expresa presencia de tradiciones indígenas, es decir, coexistencia en la misma localidad de intereses romanos y gentes indígenas. Por fortuna el interés por la cerámica común está creciendo día a día aunque, desgraciadamente, las pérdidas de lo ya excavado son irreparables. Ante ausencias de este tipo la presencia de un determinado objeto de cultura material queda despojada de su verdadero significado. Su presencia puede deberse a varios motivos, desde una simple razón comercial hasta una difusión aceptada por el elemento autóctono; desde ser parte de un intercambio económico a significar un trueque en los bienes suntuarios de un jefe o cacique local. Su presencia tendrá sentido, por lo tanto, si se conoce el entorno, sea este entorno claramente indígena o esté contaminado de romanidad, aunque se trate de objetos de poco valor artístico y por ello poco dignos, tal vez, a juicio del arqueólogo, para ser considerados.

El ejemplo anterior solo trata de incidir en un hecho no por conocido menos importante: que todo estudio sobre el proceso de asimilación de formas de cultura romana pasa por el análisis de unos materiales; que estos materiales no siempre, por no decir con demasiada frecuencia,

han sido estudiados teniendo en cuenta su entorno arqueológico, sino to do lo contrario, se han aislado como piezas únicas que por su belleza o "rareza" han servido para adornar los "nichos" de los museos, cuando no las colecciones particulares. Y con piezas de este tipo difícilmente se puede hablar de adopción de formas de cultura romana, aunque conserven un valor evidente como testigos de esa cultura, no de la presencia, pues to que eliminados de su contexto nada nos dicen sobre las razones de su emplazamiento.

Es este el sentido que se intenta buscar. Constatar la realidad de esa presencia, presencia que estará evidenciada por ciertos asentamientos de los que hay que valorar su realidad objetiva; porque solo constatando la presencia real y la naturaleza de la implantación se puede analizar entonces el fenómeno del contacto cultural, único pro caso explicativo del cambio sufrido por la sociedad indígena.

Se han dado muchos intentos de explicar lo que comunmente se llama falta de romanización del Norte. Casi todos los autores vienen a considerar que Roma no intentó traspasar su cultura a los indígenas, que Roma solo se dedicó a extraer metales y a explotar hombres para sus ejércitos (5). Se habla también del Norte como de la Hispania no romanizada, ya que las estructuras sociales anteriores a la conquista (6) per manecieron vigentes. Algunos investigadores llaman la atención sobre el hecho de que la sociedad indígena se latinizó sin romanizarse, lo que les plantea una aparente paradoja (7). En realidad se trata de una cues

ción de matices pues ya señaló García y Bellido hace tiempo (8) la lentitud del proceso de latinización en el medio rural, y además no hay que olvidar el epigonismo visigodo como factor de latinización, así como el elemento cristiano apuntado recientemente por Mariner (9). La existencia de lápidas mandadas hacer por indígenas, más o menos en contacto con la cultura romana, no implica una latinización del sector sino el hecho real de que el personaje en cuestión tenía relaciones con los colonizadores.

De todas formas han pasado ya los tiempos de los optimismos fáciles, estilo Sánchez Albornoz, cuando pintaba un cuadro feliz de la romanización de Hispania, suponiendo que desde Vespasiano la municipalidad había inundado la tierra peninsular (10). Igual valor, como focos de irradiación, otorgaba a ciudades como Astorga y a la presencia de los cántabros, ástures, vascones y vándulos en los ejércitos romanos que debería dar la medida de la romanidad en esas tierras (11). Felizmente, el trabajo de Roldán, ya citado, ha matizado, suficientemente y con abundantes pruebas, estos optimismos. Hoy ya no se puede hablar, en términos generales, de que el uso que hicieron los Flavios de tropas indígenas procedentes del Noroeste significara un avance en la romanización de estas tierras (12), y no ya por el hecho, demostrado por Roldán de que los soldados indígenas se establecían en sus lugares de acuartelamiento, sino por otro que se presenta como más interesante: que hay que valorar y cuestionar lo que significa aquí romanización.

Es indudable que en estos planteamientos generales los autores están reflejando aspectos de la vida romana, imitación de formas romanas de vida. La ausencia de esto en el Norte y concretamente en el NO., Blázquez lo achaca a un hecho significativo. Los romanos para la explotación de las minas no necesitaban colonos sino esclavos (13) y hay que pensar que no irían muy lejos a buscarlos sino que utilizarían en calidad de tales a los propios habitantes de la zona. En este sentido ya se ha señalado páginas atrás como el edicto de Vespasiano debió de significar poco para los habitantes del Norte, y Blázquez opina que puede considerarse a los vascones como parte de los dediticii del edicto de Caracalla (14), y ello en los comienzos del siglo III, tras doscientos años de presencia romana. Es indudable que se refiere a la zona más meridional del territorio vascón y no a todos los vascones en general.

Estas contradicciones no se resuelven fácilmente por la estadística de las inscripciones romanas o por las alusiones a la existencia de materiales de procedencia romana en contextos arqueológicos no bien comprobados. El significado de la epigrafía va más allá de su frecuencia cuando se desconoce casi todo sobre la demografía de la época. Su presencia, desde luego, tiene un significado, pero depende de quién sea el personaje que manda hacer la lápida, para deducir de ello consecuencias históricas.

Pero en este capítulo no se trata de analizar el material

como prueba de difusión de la cultura romana sino como constatación de la presencia romana.

La sociedad romana en el Norte es una sociedad trasplantada y, en principio, se podría pensar que se exagera si se indica que, en un medio hostil, pero, fijándose detenidamente, cabría la duda de si es exageración o no. En el siglo III, y sin aceptar demasiados invasores, el territorio al Norte del Duero no sería precisamente una balsa de aceite; entonces, esa sociedad romana que allí permanece y de la que nos hablan las fuentes arqueológicas ¿qué características posee? ¿es uniforme a lo largo de la geografía norteña? ¿responde a los esquemas romanos coloniales aquí como en cualquier otro lugar del Imperio? (15).

Para intentar contestar a estas preguntas no basta con recoger una información arqueológica o historiográfica, hace falta una sistemática en el tratamiento de esos materiales, materiales que por otra parte son más de los que se podría pensar a primera vista, y ello solamente en cuanto a material publicado se refiere, porque existen multitud de yacimientos cuya excavación y estudio se hará esperar necesariamente (16). Esos materiales arqueológicos, por su presencia y ergología, implican hechos culturales muy diferentes, de tal manera que, como ya se ha señalado en otros lugares de este trabajo, los investigadores les atribuyen distintas propiedades según el significado que se les quiera dar dentro de una metodología determinada, cuando ésta existe.

Son evidentes las dificultades de elaborar una sistemática de interpretación del material arqueológico (17), pero un estudio de un proceso cultural pasa, incuestionablemente, por unos principios conceptuales a partir de los cuales, y desarrollando el estudio del material mediante el método que se deduce de esos principios, sacar el mejor provecho posible (18). Pero, dado que lo que aquí se pretende es un estudio histórico, se hace casi innecesario indicar que el proceso a estudiar se emplaza entre dos momentos diferentes y que, por lo tanto, el final es conocido. Lo que no se conoce, por lo menos no se conoce en profundidad, es el conjunto de mecanismos internos que lo hicieron posible. El estudio de esos mecanismos internos carece, de momento, de una sistemática, difícil de construir, dada la problemática del material con que hay que trabajar, poco homogéneo, disperso, en parte mal excavado y, en ocasiones, sin precisión en cuanto a su contexto arqueológico.

Cuando se pretende analizar la implantación romana en el Norte- Norte y Noroeste para ser exactos- la primera dificultad reside en las diferencias que se pueden apreciar desde el Cabo Finisterre hasta el valle medio del Ebro. Por esta razón, por la existencia de diferencias regionales- que son ecológicas y por lo tanto, económicas, sociales, históricas y también étnicas- señaladas reiteradamente por los investigadores, se hace necesario, antes de entrar en un análisis de la implantación romana, ofrecer un estado de la cuestión sobre esas diferencias que se aprecian en las diversas zonas o regiones del área a estudiar (19).

2.- Sobre las diferencias regionales dentro del N. y NO. peninsulares:

Estado de la cuestión.

Uno de los problemas de la implantación romana pasa, evidentemente, por una diferenciación, en sus niveles de respuesta, de los distintos grupos humanos localizados en zonas diversas de la geografía norteña y también de las razones de diversidad que esa geografía implica necesariamente.

Los diversos autores que han trabajado sobre el Norte en particular o sobre la Península en general en época romana, no han dejado de llamar la atención sobre estas disimilitudes, aunque, a decir verdad, no todas las opiniones están de acuerdo en las razones que las motivan.

Caro Baroja en su obra Los Pueblos del Norte (20) indicaba el contraste evidente entre los núcleos urbanos recorridos por la vía de Astorga a Burdeos, destacando la intensa vida romana de Pamplona ya en época de Nerón.

Blázquez pone en paralelo el Norte de Lusitania con la situación de galaicos, cántabros y vascos (21), y hay que pensar que está refiriéndose al norte de la Cordillera Cantábrica. Basa su parentesco en el hecho de que pervivieron por igual sus instituciones, y al hablar de los vascos indica, simplemente, que no estuvieron nada romanizados. M. Vigil, por otra parte, escribe que "la pervivencia de las estructuras socia

les y económicas indígenas significó que allí no se extendieron los elementos básicos que caracterizan la vida urbana antigua, es decir, el empleo de la fuerza de trabajo esclavo, la propiedad privada de la tierra, la fabricación de mercancías y el comercio basado en la moneda añuada. Estos elementos se dieron en la zona septentrional tan sólo en los centros urbanos artificialmente creados por los romanos, y no afectaron a la organización de toda la población en su conjunto de manera profunda", reconociendo seguidamente que, por una relación encadenada con lo dicho anteriormente, "la concesión del Ius Latii por Vespasiano no tuvo apenas efecto allí donde los núcleos urbanos carecían de recursos para constituirse en municipios" (22).

Siguiendo con el área galaica, y recorriendo así el Norte de Oeste a Este, en la opinión de los investigadores, hay que indicar como la interpretación moderna ha cambiado radicalmente ciertos criterios que, desde un punto de vista chauvinista, defendían una uniformidad romanizadora para toda la Península (23). Ya dentro de la zona galaica hay que observar acusadas diferencias, y Rodríguez Colmenero defiende la enorme desigualdad observable entre la Galicia Meridional y la Galicia Septentrional, entre la Galicia Atlántica y la Galicia Interior, aunque admita, en todo el territorio, una constante de condicionamientos étnicos, políticos, geográficos y económico-sociales, lo cual parece, al menos en principio, como contradictorio (24). R. Colmenero destaca el papel de Aquae Flaviae como foco difusor de romanidad y considera que de otros centros urbanos no se desprende calidad suficiente

como para tenerlos por verdaderamente urbanos(25), pero no hay que olvidar que se refiere solamente al área meridional, en lo que incluye la zona orensana y la comarca de Chaves. El trabajo del profesor R. Colmenero significa una recogida de material de gran importancia por cuanto permite estudiar la presencia de materiales romanos en lugares de fuerte tradición indígena, así como en establecimientos de llanura.

El profesor Balil llamó la atención hace algún tiempo sobre la relación que pudiera establecerse entre villa y castro romanizado, y añade, "en el caso de que existieran" (26). El hecho es importante por cuanto significa cuestionar la efectividad de las medidas romanas sobre la obligatoriedad de las poblaciones de bajar de las montañas a los valles. Aquí sería necesario plantearse si la implantación de llanura en la zona es simplemente indígena o está en simbiosis con el elemento romano. Desgraciadamente, los materiales hasta hoy conocidos no permiten contestar con precisión a tales preguntas, pero algo se podrá hacer en este sentido, sobre todo si tenemos en cuenta un hecho ya subrayado repetidas veces, que la presencia de material romano nada dice, por sí sola, sobre las circunstancias del contacto cultural, y que, en general, no prueba la existencia de tal contacto.

Un rasgo muy diferente es el planteado por los trabajos de Le Roux y Tranoy que han intentado valorar en su justa medida el significado de la presencia de cierto número de inscripciones romanas, y a los cuales sigue Blázquez en sus conclusiones (27). Aprecian los dos

investigadores franceses la aparición en la epigrafía de ciertos personajes, a los que en el capítulo primero de este trabajo se daba el apelativo de "significados", por medio de los cuales Roma se valdría en beneficio de sus intereses colonizadores. Por el examen de la onomástica concluyen que no se puede hablar de una romanización total, y ello se les hace necesario porque no separan dentro del concepto lo que implica la mera difusión de unos rasgos culturales -uso de estelas por ciertos jefes como prueba de prestigio- de lo que sería una aculturación, simbiosis de dos culturas que no es observable mas que en ciertos puntos muy concretos, sobre todo fuera del Norte (28). Tal vez uno de esos puntos sea la zona de Peñafiel, en el convento de Braga, en la que la presencia de un funcionario romano y la inscripción de un indígena "romanizado" parecen indicar una simbiosis cultural. Ello les permite explicar la presencia del proceso de romanización de las clases altas de la sociedad indígena en aquellos lugares donde la presencia de un funcionario marca con su autoridad las relaciones sociales (29). Habría que matizar este contacto para no generalizar tan fácilmente ya que resulta evidente que se trata de ciertos individuos de la sociedad indígena, "hombres significados" o "grandes hombres", los que por una cuestión de prestigio aceptan un elemento romano, difundido, integrándolo, pero esto no significa un cambio de su forma de vida; en el mejor de los casos es sólo un préstamo o un cambio cultural, sin transformación de los valores autóctonos. ¿Es, pues, correcto hablar de romanización?, ¿de capas altas de la sociedad indígena?

El problema de las generalizaciones tiene múltiples y variados adeptos. Para la zona sur de Galicia Ferro Couselo sostiene que "el fenómeno de la romanización no hay duda de que fue muy rápido e intenso" (30), y para García y Bellido, por ejemplo, "Galicia llegó tarde a la plena romanización, pese al esfuerzo que hizo ya Vespasiano por incorporarla al orbe romano. Ello explicaría los pocos, poquísimos, testimonios de escultura de bulto redondo aparecidos en su ámbito" (31). Uno y otro autor, indudablemente, no pueden hablar de lo mismo, y la culpa la tiene el manoseado concepto, inexpressivo, de romanización.

Muchas veces el investigador, y siguiendo con la zona galaica, busca los elementos de romanidad como los podría buscar en la propia Roma o en una capital administrativa como Corduba, Hispalis o Tarraco. En este sentido las palabras de A. Balil son muy significativas: "si nos planteamos tanto nuestro conocimiento actual de la Galicia romana como el que podemos aspirar a poseer, tenemos que llegar a la conclusión de que no podemos esperar una imagen física de tipo metropolitano y ni siquiera de tipo mediterráneo. Es una imagen de tipo provincial" (32), y se podría añadir, matizando el concepto de provincial, que éste sería en el sentido que da a dicho vocablo Mazzarino, como exponente de una realidad cultural diferente, en la que el elemento romano produce un aporte, una razón de integración en el mundo antiguo, sobre todo tardío, del Imperio.

La visión generalizadora, producto a veces de equívocos, es

abandonada cuando puntos de vista críticos se conjuntan con estudios minuciosos de zonas en concreto. Esto es lo que han significado para la zona galaica el Coloquio sobre el Bimilenario de Lugo o el trabajo de conjunto sobre La Romanización de Galicia. A estas dos obras habría que unir la monografía, recientemente publicada, titulada: Prehistoria e Arqueoloxía de Galicia. Estado da cuestión, elaborada por el Instituto de Estudos Galegos "P. Sarmiento". Este tipo de trabajos hacen cambiar, básicamente, las perspectivas de la investigación y el planteamiento de la implantación romana en el NO. En el ya citado artículo de Blázquez del Coloquio de Lugo, este autor se reafirma en su opinión, ya manifestada en otras ocasiones (33), sobre una de las razones básicas de la no impregnación de vida romana en la Gallaecia, la existencia de las explotaciones mineras: " el bajo nivel alcanzado en la romanización del NO. se explica fácilmente por el tipo de explotación minera. Los cotos mineros eran monopolio imperial, fueron explotados por medio de esclavos y a partir del siglo II por personal libre también, a través de los procuradores imperiales (...) bastaba con unos mineros esclavos o libres y un ejército para mantenerlos pacíficos (...). A este hecho se añade la ausencia de asentamientos de colonos romanos, que explotasen el campo pues a Roma no le interesaron las tierras situadas en la Meseta y al N. del Tajo por su baja rentabilidad en cereales, comparadas con las ricas vegas del Guadalquivir" (34).

Este interés por el oro galaico se ve reflejado en el trabajo antes citado sobre La Romanización de Galicia. El atractivo del es

tudio monográfico radica precisamente en esta mayor especificidad, aunque los datos en que se basa tienen su origen en múltiples trabajos breves y dispersos. Destaca F. Arias el papel de Lucus Augusti como cabeza jurídica del convento, aunque llama la atención de que, a pesar de los estudios de Galsterer -debe de referirse a H. Galsterer- "mas que colonia pudo haber sido municipio o bien ninguna de las dos cosas" (35). La actividad militar y administrativa de Lugo, al igual que los otros enclaves como Astorga y León, se ve matizada por la hechura de las murallas, que, según el estudio realizado por Arias (36), pertenecen al mismo tipo que las erigidas para la Legio VII Gemina de la que sería dependiente.

En el mismo trabajo colectivo relativo a la romanización de la zona galaica, habría que destacar el significado del convento braccarense, a cargo del profesor Balil, con las referencias a la implantación minifundiaria en las provincias de Minho y Tras-os-Montes, los indicios de explotaciones mineras que R. Colmenero detallaba en su ya citada obra. Indica también Balil el carácter cambiante de la implantación romana en las proximidades del Duero (37) que por la aparición de mosaicos evidencia la presencia de villae romanas de mayor envergadura.

En la línea de Bianchi Bandinelli, F. Acuña destaca los elementos de lo romano en Galicia como muestra de una cultura provincial romana, donde lo indígena sobresale por su fuerza respecto de otras provincias del Imperio, siguiendo así la línea de lo periférico y atlántico (38)

frente a lo interior y mediterráneo.

Como última referencia al área galaica conviene destacar las precisiones puestas de relieve por la Sección de Arqueoloxia do Instituto de Estudos Galegos P. Sarmiento, que en su reciente resumen de Prehistoria e Arqueoloxia matizan el problema de la Galicia romana con palabras que interesa reseñar por entero: "O concepto de "romanización" aparece definido básicamente nas zonas periféricas do Imperio, coma o Noroeste hispánico, por un cambio na estrutura xurídico-política e socio-económica máis ou menos acusado e cun claro refrexo nos restos materiais desas zonas culturais e xeográficas. Pro, como xa se ten sinalado outras veces, a nosa visión non debe ser mediterránea senón básicamente "nórdica" ou de fronteira, e viría definida por factores como: pouquedade de emigración itálica e de colonización humana propiamente dita, e pola contra, predominio do soldado e do funcionariado civil mediano sobor do agricultor ou o comerciante vido de fóra. Urbanización xurdida pola necesidades, (comunicación, intercambio comercial, administración e destacamento militar...), máis que polas disposicións oficiais, e sen recoñecemento xurídico a nivel estatutario agás nalgún caso"(39).

Se podría decir que estas palabras sirven, en general, para referirse a todo el NO. e incluso a todo el N. Peninsular, aunque, sin embargo, lo que desde un punto de vista global, hispánico, podría calificarse como matices, a la hora de valorar el trasvase cultural romano en la totalidad de la zona de estudio, estos matices adquieren el carác-

ter de rasgos verdaderamente diferenciadores (40).

Para la zona astur evidentemente sirven muchos de los juicios vertidos en el caso galaico. Las opiniones dadas por Le Roux y Trauoy, citados anteriormente, son prácticamente utilizables para esta zona. Y, asimismo, lo son las divergencias que, sobre la cuestión de la municipalidad, pueden encontrarse entre H. Galsterer y estos dos investigadores franceses.

Ya Blázquez en 1968 señalaba la existencia de una gradación de mayor a menor, en la romanización desde Galicia a Vasconia (41). Sin embargo, para otros autores, como por ejemplo Lomas, hay en el mundo astur una ambivalencia entre rusticitas y urbanitas en la que cabe destacar la conversión, por el edicto de Vespasiano, de unos núcleos urbanos preexistentes en municipios romanos (42). En el mismo sentido se pronuncia Pastor al hablar de la municipalización a partir de Vespasiano, aunque destaca "que la vida urbana y su desarrollo en el territorio astur se hicieron notar de manera muy tenue" (43).

Pero no se trata de hablar de municipalización, aspecto que requerirá un tratamiento especial páginas más adelante, si se ha citado ahora es por el hecho de que Lomas, que contraponía rusticidad y urbanismo, era rebatido por Pastor que aceptaba el municipio y negaba el urbanismo. Es evidente que se trabaja con elementos muy tenues para que las definiciones y los conceptos puedan desarrollarse como pilares firmes de

investigación y como criterios sólidos de discusión. De aquí la importancia que pueden tener ciertas deducciones que hace Blázquez en su artículo de 1968 (44) al partir, como consideración del grado de romanidad, de una estadística de las inscripciones que aparecen en las distintas regiones del Norte. Al hacer ésto, está destacando un factor de difusión como comprobante cuantitativo de la influencia romana. Y éste es un rasgo verdaderamente utilizable, porque es un dato real. La posible municipalización jurídica de unas poblaciones, sin quitarle la trascendencia histórica que implica, no es cuantificable como dato a partir del cual puede plantearse un resultado inmediato en el contacto cultural. Ahora bien, al tratar de implantación romana, la posible municipalización de un centro de población se reviste de cierta importancia, y esa importancia está relacionada con la administración del Imperio. Y este es un dato de interés. Barbero y Vigil destacan como las villae, "asentadas en la costa y en las vías de comunicación, ponen de manifiesto que los intereses de sus propietarios estaban en una mayor dependencia y relación con la administración romana y la Hispania romanizada que con la vida local de carácter indígena" (45).

Estos mismos autores señalaron, hace ya algunos años, la existencia de un limes entorno a las poblaciones del Norte Peninsular en el Bajo Imperio, deducible de los datos aportados por la Notitia Dignitatum, y otros autores les han seguido en esta hipótesis (46) aún hoy. Ello implicaría una situación particularmente violenta durante el siglo III con lo que habría que relacionar muchas de las destrucciones

atribuidas comunmente a los invasores francos. Habría que dar una nueva valoración al conjunto de materiales, epígrafes, cerámica, etc., más o menos fechables entre los siglos III y IV, como la ya famosa estela de Erudinus del Pico Dobra ¿Que significaría la presencia de una epigrafía latina en un lugar aislado militarmente? Tras una época de revueltas, y por lo tanto de separación de los esquemas culturales romanos, la presencia de una epigrafía, implicaría que todo el proceso de difusión se ha realizado probablemente antes del final de la dinastía de los Severos.

M. Pastor establece una diferencia entre los astures tramontanos y los augustanos, y plantea que las dos circunscripciones, al Norte y al Sur de la Cordillera Cantabro-astur, recibieron un diferente trato que se evidencia en una diferente romanización (47). Plantea, asimismo, este autor que la principal "fuente de romanización" fue la presencia del ejército romano y que tras la pacificación comenzó inmediatamente la romanización. Se hace difícil comprender el significado de esta idea si no es dándole a romanización una mera equivalencia de presencia romana. Como proceso de difusión cultural no puede ser aceptada dada la lógica duración de este tipo de procesos. Habla también el autor de "progresiva aceptación del latín" como producto de esa romanización y en época temprana. De ésta, como de análogas afirmaciones de otros autores, hay que deducir que algunos investigadores, al hablar de procesos culturales, piensan, sola y exclusivamente, en las capas altas de la sociedad y que, además, valoran los elementos portadores de la romanidad, el ejército en este caso, con una fuerza colonizadora de alta cultura, lo cual

ya se ha visto que resulta inadmisible (48). El autor acaba por aceptar que el proceso romanizador "que en teoría avanzaba demasiado aprisa, en la práctica fue muy lento, como nos pone de manifiesto el hecho de que los romanos no lograron cambiar totalmente las estructuras sociales y económicas de los astures" (49), tal vez, y eso no lo dice, porque los romanos no tenían esa intención.

Un enfoque muy diferente es el que se puede encontrar en el reciente artículo del profesor Jordá, en el que analiza los tres sectores de población antigua -galaicos, astures y cántabros- que ocupaban el territorio de la actual provincia de Asturias. El profesor Jordá, de orientación fundamentalmente arqueológica, parte del principio metodológico de que el material es el que debe demostrar los hechos y, por ello, al hablar del territorio propiamente astur distingue tres fases históricas: "a) una ocupación militar del territorio, que con mayor o menor intensidad parece haber durado hasta la mitad del siglo II; b) a continuación una segunda etapa, en la que parece acusarse una mayor estabilidad, durante la cual parece que se van imponiendo para la zona los modelos romanos, especialmente los de explotación agrícola; y c) un tercer momento correspondería a los momentos finales del siglo III, ocuparía todo el siglo IV y se continuaría durante el siglo V hasta las invasiones. Durante esta última etapa la colonización agrícola del territorio permitiría una mayor romanización..." (50). Jordá atribuye, basándose en la implantación agraria y en las transformaciones de ciertos núcleos en principio militares, a la romanización una fase temporal tardía, pasando revista a unas

pocas villae con material fechable en la tercera fase citada. Utiliza, asimismo, el valor de los topónimos en -ana, abundantes en el territorio astur, que en algunos casos coinciden con emplazamientos rústicos de tipo romano, como Memoriana, perpetuado en Memorana (Vega de Ciego, Lena), con material fechable a fines del siglo IV y principios del V (51).

Por lo que respecta al territorio cántabro, dentro de la misma Asturias, y siguiendo con el trabajo citado de Jordá, este autor indica la baja densidad de materiales arqueológicos procedentes de excavaciones sistemáticas recientes, aunque destaca el gran número de inscripciones, especialmente las vadinienses, que se han encontrado en el territorio. Aboga por una romanización tardía y de menor intensidad que en el territorio propiamente astur (52).

En cuanto a la generalidad de los cántabros, Gonzalez Echegaray destaca que la romanización -a la que da el sentido general de proceso cultural- aparece como muy intensa después del período romano, es decir, su realización tiene lugar durante la época visigoda (53). Esta conceptualización de la romanidad trasciende más allá del contacto cultural, y para el autor viene a significar el propio camino histórico de la cultura occidental, herencia romana como herencia indoeuropea. De este análisis habría que concluir que para Gonzalez Echegaray no se puede hablar de adopción de formas de vida romanas por los cántabros y él mismo indica que "habrá pues que distinguir en Cantabria

dos realidades bien diferenciadas. Podremos hablar de la Cantabria oficial, que hablaba y escribía latín, que estaba organizada en municipios "a lo romano", que disfrutaba de las comodidades y lujos de la civilización(...) y junto a ésta, una Cantabria -la verdadera, añade- aferrada a sus viejas costumbres, que no olvida su antigua división en tribus y clanes, dispuesta a ofrecer hombres para la guerra donde quiera y con cualquiera que fuera, una Cantabria pobre, de gentes sobrias, con poblados míseros y con gentes reacias a admitir doctrinas religiosas extrañas" (54).

En relación con estas opiniones pueden destacarse las de otro investigador, Iglesias Gil, que en reciente artículo plantea "la escasa integración de los cántabros en la vida urbana romana hasta el punto de que pueden ser considerados los más alejados de la romanización en la parte occidental del Imperio" (55), llegando, por otra parte, en contradicción evidente con lo expuesto, a admitir que los romanos "habían conseguido eliminar ya en los siglos III y IV todas las lenguas indígenas excepto el vasco", y añade, refiriéndose a todo el Norte: "el proceso de urbanización era escaso pues se limitaba a Astorga, León, Clunia y Braga, casi exclusivamente". Es inmediato plantearse que con tan escasa implantación urbana y dado el hecho de que las lenguas vernáculas no poseían escritura, ¿cómo puede afirmarse tan tajantemente la inexistencia de las mismas ya en fechas tan tempranas? Es indudable que la romanización, como proceso cultural, ofrece tantas explicaciones como investigadores hay.

Por lo que respecta a la zona de caristios, várdulos, autrigones y turmogos, y su relación con el territorio de vascones, el análisis de su contacto con lo romano presenta una variada problemática que nace de la imprecisa situación de algunos de estos pueblos en el conjunto de las fuentes antiguas de época romana.

Para Caro Baroja el problema de la romanización de vascones, várdulos, caristios y autrigones "tiene, ante todo, un significado lingüístico". Al hablar de los vascones más meridionales, indica que "su romanización fue tan intensa como la que más de la Península, perdieron la lengua vieja en épocas muy remotas, en cambio los de la parte montañosa, así como los várdulos y los caristios del Norte, la conservaron merced a varias causas, desde fechas igualmente remotas" (56). En relación a la zona de autrigones incluye parte -la menor- en esta habla vasca a pesar de las opiniones diversas que sobre su etnogénesis, fundamentalmente celta, se han mantenido y se siguen manteniendo aún.

Siguiendo el orden de izquierda a derecha en el mapa, toca ahora examinar lo que se ha opinado del contacto romano en la zona autrigona. Para J.M. Solana, la antroponimia romana, por lo que respecta a la zona de autrigones, es indicadora de un elevado grado de "romanización", idea que le permite plantear "el impacto arrollador de la romanización". Explica como "gran parte de núcleos de habitat se romanizaron, pues los materiales de época romana en los niveles superiores así nos lo ponen de manifiesto(...) A partir del siglo III comienzan a

proliferar los establecimientos de villae y vici. Las noticias de su existencia las proporciona la toponimia y algunos restos de superficie que corresponden a los siglos III-IV-V, que descartan todas las posibilidades de atribuirselos a núcleos urbanos" (57). Solana no descarta la posibilidad de que los autrigones, como aliados de los romanos y en cierto modo culpables de las guerras cántabras, fueran desde el primer momento receptivos para con la cultura romana. Como se puede observar, en este autor el concepto de romanización contiene un significado de mera presencia de materiales romanos, y ello a pesar del poco material arqueológico conocido.

I. Barandiarán, partiendo de planteamientos notablemente diferentes, sostiene la dificultad de "abordar en conjunto, e indistintamente, una problemática general de "romanización del País Vasco", pues son suficientemente diversas las étnias antiguas que aquí residían a la llegada de los romanos y bien diferenciado el paisaje del territorio, como para aceptar a priori que los móviles, intensidad y vectores de ese proceso de aculturación tengan los mismos caracteres en todo el país(...) Por otro lado conviene no olvidar los condicionamientos del paisaje, en cuanto a relieve (y por tanto facilidad de las rutas o aislamiento de determinadas zonas) y a producciones del suelo y subsuelo en cuya explotación pudieran estar interesados los romanos". Basándose en estos principios, fundamentales a la hora de plantear un proceso cultural, concepción que el autor tiene del término de romanización, diferencia dos sectores: una vertiente atlántica que "corresponde a parte

de la franja septentrional de Alava, a la Navarra pirenaica y a la totalidad de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, su acceso normalmente se hace por la costa, desde el puerto base de Burdeos, para la explotación de los filones metalíferos próximos al mar" del otro sector "de tierras llanas y más abiertas de Alava, Navarra y Basses Pyrénées, comunicados por importantes calzadas con zonas más romanizadas del Valle del Ebro y Este, sede de establecimientos relativamente importantes como Lapurdum, Iruña, Pompaelo, Imus Pyrenaeus" (58). El autor concluye afirmando que la romanización fue bastante intensa en el territorio de los vascones y bien escasa en el de carístios, várdulos y autrigones.

Para la provincia de Alava A. LLanos señala una romanización más fuerte en el curso de los ríos en su zona sur, zona de várdulos concretamente, y se inclina por una romanización temprana (59). Los estudios lingüísticos de M. L. Albertos confirman este planteamiento, ampliándolo si cabe. Por el estudio de la onomástica, presente en la epigrafía de la provincia, el mayor porcentaje de nombres latinos corresponde al occidente y sur, en las zonas en contacto con autrigones y berones, ambos de presumible stirpe celta (60).

Una problemática muy diferente plantea la provincia de Guipúzcoa. Para L. Michelena dicha provincia representa la mínima expresión de la romanidad en el Occidente del Imperio: "esto se explica, en parte, por el escaso apetito que esta región despertaba en los coloni-

zadores, pero también, sin duda, por la resistencia, más o menos pasiva, que éstos encontraron en la población indígena"(61).

Sería prolijo, y por otra parte innecesario, verter aquí todas las opiniones que se han dado sobre la situación del País Vasco en época romana. La bibliografía es abundante, mucho el material excavado y, seguramente, mucho aún el por excavar. Sin embargo, parece conveniente dar una reseña sobre la provincia de Navarra, tal y como la plantea J. Caro Baroja en su Etnología Histórica de Navarra. El estudio sobre la época romana es un capítulo de su primer tomo que no contiene desperdicio. El gran investigador da un repaso a los problemas que plantea la presencia romana y a las razones de esa presencia, sin olvidar cuestiones metodológicas sobre la interpretación de los datos. Caro Baroja distingue claramente la carencia de hallazgos romanos en toda la zona atlántica, en el momento de la publicación de su obra, a excepción de las zonas mineras de Oyarzun e Irún. La densidad mayor de hallazgos está en la zona oriental, en las proximidades de Pamplona y Estella, y en el sur de la provincia. Destaca, asimismo, la importancia de las villae, detectadas tanto por la toponimia como por el material arqueológico, y hace un breve balance, muy positivo, de los testimonios epigráficos, analizándolos en su contexto social, y plantea tipos de romanización, urbana y rural, que, verdaderamente, habría que considerar como formas o aspectos de la implantación romana. Estas formas distintas de romanización son, para Caro Baroja, las que marcan las diferencias entre unas regiones y otras de la Península Ibérica, y añade: "pero estas distin-

ciones parecen inútiles a algunos especialistas, que ven todo a modo de inventario o catálogo. Y aún hecha hecha distinción tal, las poblaciones de ciudad y campo resulta que son bastante heteróclitas y aún enigmáticas" (62).

Por lo que hace al territorio de los berones, emplazados en una zona famosa por sus vides, cabe pensar, a priori, que debe caracterizarse por un alto porcentaje de implantación agrícola y, razonablemente, comercial, algo así como una Bética en pequeña escala. Diversos estudiosos no han dejado de señalar la importancia de la zona como encrucijada de caminos y por lo tanto centro comercial y artesano (63). Marcos Pous, que ha realizado diversas campañas de excavación en Libia (Herramélluri), resume así la historia de la ciudad durante el Alto Imperio: "A lo largo de la época imperial la ciudad se romaniza con una cierta lentitud, continuando en vigor muchos elementos de la vida indígena de tradición celtibérica, durante bastante tiempo. A pesar de hallarse al pie de una importante arteria de comunicación, el comercio no parece rebasar apenas los límites regionales. Da la impresión de que el proceso de romanización se aceleró más desde el siglo II avanzado y mediados del siglo III d.C." (64). Y en otro lugar explica: "El siglo III d.C. se presenta en Libia, paradójicamente a la vez, como una época de renovaciones, plena romanización en lo que cabe, destrucciones amplias y abandonos de viviendas. El avance de la romanización se observa bien a través del estudio de las cerámicas, que ofrece ahora la extinción de los vasos de tradición celtibérica" (65).

Es indudable que esta situación contrasta notablemente con la floreciente industria ceramista de Tricio, que se mantiene con fuerza durante el Alto Imperio e incluso durante los siglos III y IV, aunque algo mermada su producción (66).

Desde el punto de vista de región M.A. Villacampa considera Beronia como zona de pronta presencia romana y por lo tanto plenamente romanizada desde los primeros momentos del Imperio (67). Lógicamente, esta escueta visión, de una zona en la que la presencia romana es previsible en amplitud, contrasta con las prolijas explicaciones de los investigadores cuando tratan de razonar las causas de una breve implantación.

La región de los turmogos, aproximadamente un tercio de la provincia de Burgos, tiene un régimen parecido y, geográfica y étnicamente, está más vinculada su mitad sur al mundo vacceo que a los pueblos del Norte, pero debido a su tradicional inclusión en éstos se le da espacio en este trabajo. Las publicaciones sobre su material arqueológico se cuentan por decenas, y ello limitándolo solamente a la región turmoga, pues casi media provincia está repartida entre cántabros, autrigones y vacceos. Tal vez lo más sobresaliente sea su material epigráfico, sobre cuyo significado como elemento de cultura romana se han hecho algunas precisiones (68). El número de mosaicos sin publicar es también elevado y, presumiblemente, pertenecieran a los siglos III y IV, dado el contexto de la zona. El trabajo de Solana sobre las Fuentes de los turmogos es el

único que mantiene una coherencia étnica sobre el territorio, y es de esperar que este autor prosiga con estudio de todo el material de época romana que tiene anunciado. Zonas como la de Sasamón o Pisoraca, principalmente ésta última como nudo de comunicaciones, hablan por sí solas de la importancia de los enclaves (69). La densidad de los hallazgos epigráficos en la zona de Lara prueba una fuerte adopción de formas romanas en función, seguramente, de una estratificación, algo marcada, de la sociedad indígena (70).

En lo hasta aquí expuesto, resumen de opiniones sobre la relación romano-indígena en distintas regiones del Norte, se ha seguido un criterio selectivo, por lo que hace a los puntos de vista de los investigadores, remarcando aquello que de alguna manera rodea o se relaciona con los finales del Alto Imperio Romano.

Aunque los comentarios extractados no son una prueba exhaustiva de la bibliografía sobre el tema, se ha procurado que representen la opinión de la mayoría. De su análisis pueden sacarse algunas precisiones útiles para la idea general que se persigue:

- 1.- Indicios de divergencias entre diferentes autores, debidas simplemente al diferente uso del concepto de "romanización".
- 2.-, A pesar de estas divergencias de concepto, la mayoría de los investigadores están de acuerdo en la escasa presencia de emplazamientos y material romanos en casi la totalidad del Norte -con las excepciones señaladas-.

3.- Esta escasa presencia, dado que es tónica del área, convendría matizarla lo más posible, dado que pequeñas diferencias pueden implicar cambios culturales de distinta índole, teniendo en cuenta tres variables: tipología, frecuencia y diversidad geográfica.

4.- Que, como señala acertadamente Caro Baroja, habría que hablar de tipos de "romanización". Lo que, traducido a los planteamientos que aquí se defienden, significa tipos de asentamiento o aspectos de la implantación romana. Y que es necesario hacerlo así porque asentamientos de distinta índole pueden producir efectos, por difusión o por aculturación, muy diferentes. De forma que estos efectos, es decir, estos cambios culturales, dependerán más de los tipos de asentamiento romano que de la fuerza de esos asentamientos como inductores de cambio.

5.- Que ciertas respuestas positivas a la difusión de elementos culturales romanos pueden depender de las características étnicas de los posibles receptores. Se apunta la idea de que grupos de raigambre celta, o con alta posibilidad de serlo, sean más receptivos al contacto. Esto seña señalado para la zona autrigona, berona, y sur de los vascones, donde la frecuencia de núcleos celtas sin mezclar pueda ser mayor. De todas formas, es una idea de difícil comprobación que solo podría ratificarse en el caso en que la presencia celta, en determinados lugares, estuviera demostrada sin lugar a dudas (71).

6.- Que, en general, la respuesta también dependerá del nivel evolutivo de la sociedad receptora. Habrá que pensar en una mayor complejidad social, niveles de jerarquía o clases sociales incipientes para las zonas de implantación agraria probada (72).

Todas estas precisiones están en relación directa con los criterios abordados en las primeras páginas de este capítulo, en el sentido de analizar la implantación romana y su problemática interna.

3.- La implantación y su problemática a finales del Alto Imperio.

Al tratar de estudiar la presencia romana en el territorio septentrional de Hispania, la primera cuestión que surge es el plantearse cual será la realidad económica y social, la estructura real de esa sociedad romana trasplantada, colonizadora en tierra colonial. En el mecanismo económico de producción, distribución y consumo ¿se conjuntan en un todo lo romano y lo indígena? La respuesta inmediata es no. Y siendo así, hay que preguntarse entonces si esa sociedad, la romana, es verdaderamente autónoma, si es económicamente autónoma. Porque si es totalmente autónoma es esos mecanismos de producción, distribución y consumo, entonces cualquier relación con lo indígena, cualquier préstamo cultural será una verdadera casualidad histórica. Ocurriría en entonces que se dieron, en una etapa de siglos, dos comunidades independientes la una de la otra, la primera enquistada en la segunda, sin aportes mutuos. Y si no fue económicamente independiente, si dependió lo romano en alguna parte de lo indígena, entonces ¿cómo se puede valorar esa relación? ¿En que punto concreto del mecanismo económico y social se establece la relación? Es evidente también que las dos comunidades no fueron totalmente autónomas, ahí está el material arqueológico que lo demuestra con su mera presencia. Es evidente, también, que

esas sociedades no se fundieron en una sola, y este hecho, por sí mismo, es el que caracteriza y separa el Norte Peninsular de zonas como la Bética, por ejemplo, con todos los matices que puedan darse.

Se dan, por lo tanto, dos sociedades que, a nivel global geográficamente hablando, entran en contacto. Se da por sentado que la sociedad romana aquí trasplantada no es EXACTAMENTE la sociedad de la Roma Imperial, sino una fracción provincial de la misma. A pesar de ello, quién sufrirá las consecuencias del contacto será la sociedad indígena, que se verá afectada, más o menos -depende del lugar y de otras muchas variables-, pero que, al finalizar el proceso, no será ya la misma que era en un principio. Se habrá producido en ella un cambio en el que han jugado fundamentalmente dos factores: su propia evolución interna y el contacto con lo romano.

En el contacto tomarán parte diversos sectores de la sociedad implantada. Esos sectores se ajustan a lo que normalmente se denomina patrones de asentamiento, y, ya se ha indicado, que es de esperar que los diferentes aspectos del cambio cultural se deban más a los diferentes tipos de asentamiento que a los intentos de Roma por producir esos cambios. Tendrían un verdadero sentido así las palabras de Roldán, cuando indicaba que la "romanización" del Norte se produjo a espaldas de la propia Roma (73). Pero entonces surge una pregunta de difícil respuesta. ¿Corresponderán a cada tipo de asentamiento una serie de efectos o respuestas de la sociedad indígena? No cabe duda que contestar a esa

pregunta sería elaborar las leyes de comportamiento cultural de la colonización romana, por lo menos en el Norte. Es evidente, también, que hoy por hoy, y con el material de que se dispone, hablar de leyes de comportamiento cultural parece un poco fuerte. Solamente la arqueología futura tiene la palabra, pero es indudable que hay que preparar el camino, y es por ello que se aborda el trabajo desde esa problemática.

Una primera precisión sobre el tipo de efectos producidos puede hacerse, perfectamente, a priori. La presencia de Roma significa siempre el cambio de la propiedad de la tierra. Los indígenas verán así subvertirse el elemento fundamental de su cultura, la propiedad comunal. Esa propiedad, en la que lo privado es una excepción en el seno de la mayor parte de las sociedades precapitalistas. Siendo así, la propiedad comunal es la base sobre la que se asientan las instituciones, pero en Derecho Romano no pueden existir dos o más derechos de propiedad sobre la misma cosa, y estos dos principios van a entrar en colisión. Para el hombre de la comunidad tribal "su pertenencia a la sociedad es la garantía de acceso a los derechos de uso del suelo. Es, decir, el hombre es poseedor de derechos de uso y no propietario de esos derechos", y al mismo tiempo, "la existencia de una forma comunitaria de apropiación del suelo no sólo garantiza el acceso de cada miembro de la comunidad a los recursos que le permiten reproducirse, sino que también asegura a las generaciones futuras la misma garantía. Por consiguiente los derechos esenciales y comunitarios sobre el suelo no pertenecen al conjunto de los miembros vivos de la comunidad de los vivos,

sino a la comunidad entendida como conjunto de los antepasados muertos y de sus ascendientes vivos o por nacer" (74). La presencia de Roma significaba el cambio de los derechos y del "Derecho de las comunidades tribales", por así decirlo, y si el Derecho Romano se hubiera aplicado en todo el territorio no hubiesen subsistido las instituciones, ni las manifestaciones religiosas ni la organización social. Puesto que todo ello subsistió hay que pensar que esa imposición jurídica no se dió y que el territorio siguió, de hecho, perteneciendo a sus ancestrales poseedores aunque el territorio correspondiera al Estado Romano.

Esto es válido en cuanto a la generalidad del territorio no pisado por los romanos, es decir, los lugares no ocupados por campamentos romanos, los no entregados a possessores y los no ocupados por civitates, si hay que hacer caso a Plinio y admitiendo que estas civitates han sido potenciadas por la administración romana, cuando no creadas exprofeso. Pero, como muy bien indica Mangas, los dos tipos de propiedad, la comunal del Norte y la privada de la zona ibérica, no fueron las únicas, dado que lentamente se irían creando nuevas formas de propiedad, la de las legiones sobre sus prata, la de ciudadanos romanos por concesión individual, bien por licenciamiento del ejército o bien por otras razones de tipo civil (75), de tal manera que coexistirían tres tipos de propiedad, la comunal, aunque mermada, la estatal y la privada, y habría que añadir un cuarto tipo, aunque poco representado en el territorio, la municipal. Es indudable que los futuros possessores del Bajo Imperio han de ser, en parte, los descendientes de estos

veteranos que en un momento determinado se instalan en diversos asentamientos. Estas "casas de labor" serán el precedente de las futuras villae.

En la medida de lo posible, el problema del paso de la propiedad comunal a las otras formas de propiedad deberá ser analizado a través del conjunto de elementos que forman la implantación romana. Esa implantación significará, como mínimo localmente, la ocupación de tierras que antes eran de propiedad comunal, territorio sagrado de las tribus.

Es indudable la vinculación de la apropiación de la tierra con el hecho de la presencia romana, y de lo expuesto líneas atrás se deduce que cada tipo de implantación puede producir un tipo de propiedad diferente. Habrá, pues, que considerar esta circunstancia al analizar la implantación en su conjunto. Interesa, por tanto, pasar ahora a considerar los problemas de esa implantación y su incidencia a finales del Alto Imperio, dentro del territorio en estudio (76).

A.- La Administración y los problemas de implantación urbana.

Por lo que hace, en general, a la administración romana en las provincias del Imperio, todos los autores están de acuerdo en la manera con que Roma imponía sus criterios allí donde antes había puesto la mirada. Las necesidades de extracción de productos y los intereses de las clases más elevadas de las provincias estaban acordes, dado que esa extracción significaba cuantiosos ingresos, en general, para la clase se

natorial. En otro enfoque más particular, habría que considerar las propiedades imperiales, dado que sus ingresos no revertían en ningún grupo provincial. Esa clase senatorial provincial, y no solo senatorial, puesto que otros individuos no pertenecientes a tal grupo se documentan como possessores, esa clase terrateniente, por lo tanto, formaba ella misma parte del aparato de imposición romano, allí donde existían sus posesiones. Pero ¿puede decirse lo mismo de un territorio en el que la implantación agraria, a priori, no es previsible que pueda formar una clase social, sino simplemente estar representada por unos pocos individuos aislados?

Es evidente que en el Norte los intereses de Roma no le exigen un aparato burocrático dado que la administración recaerá en individuos de evidente relación en el ejército y la explotación minera. Las palabras de Blázquez (77) sobre la perfección de la administración romana tienen un sentido verdadero en zonas como la Bética, pero lo pierden referidas al Norte, como el mismo investigador reconoce en otro lugar (78).

Esta perfección del aparato estatal romano contrasta, evidentemente, con la falta de uniformidad y de homogeneidad que presenta el territorio en su documentación prosopográfica. La epigrafía proporciona una serie de cargos, centrados en Asturica Augusta, frente a la ausencia casi total de personajes de la administración en el resto de la zona Norte de la Península, exceptuando los gobernadores con sede en Tarraco (79). Todos los autores han señalado la vinculación militar o de gestión sobre

las minas, o ambas a la vez, de los representantes del poder romano en Astorga. En este sentido la epigrafía se ha mostrado generosa, expresando claramente el interés mantenido por los emperadores sobre la zona minera, y demostrado por la presencia de los Procuratores Augusti per Asturiam et Callaeciam (80). Como indica Pastor, su procedencia del orden ecuestre o de los libertos imperiales los califica, claramente, como representantes de unos intereses directos por parte del poder del emperador (81). Esta peculiaridad de los procuradores imperiales, con una especificidad para Asturia et Callaecia, ha sido sobradamente remarcada (82). Estos procuradores de Asturia et Callaecia se caracterizan por su carrera o vinculación militar en los cargos inmediatamente anteriores, como es lógico dentro de la pertenencia ecuestre de muchos de ellos (83). Ese interés por la zona ha sido ya relacionado con la creación de la provincia Hispania nova citerior antoniniana (84), de la que algunos autores piensan que perduró, aunque no se tengan noticias de ella. Las razones en su contra son varias y la excepcionalidad del gobernador dice mucho en este sentido, dado su rango consular. Además, como muy bien escribe Balil (85), no pueden considerarse sucesores o predecesores del mismo los varios legados Asturiae et Callaeciae, iuridici, de rango pretorio, conocidos en esta época. Rodríguez Colmenero da otro argumento interesante en torno a su no durabilidad dado que "los miliarios erigidos en honor de Maximino por su legado Quinto Decio Valerio en 238, en áreas tan alejadas como Galicia, Vizcaya o Navarra, lo que indudablemente supone la unidad de mando en la antigua Citerior" (86).

Por otra parte, Muñiz Coello (87) hace notar que los procuradores del NO. vienen a llenar un vacío de autoridad, el vacío práctico que significan los procuratores Hispaniae Citerioris, aunque se hace difícil de admitir que estos procuradores del NO. tengan realmente un poder administrativo, en el sentido burocrático del término, cuando es opinión generalizada que su presencia se justifica meramente por el control de las explotaciones mineras. Este mismo autor indica la posible vigilancia que estos procuradores ejercieron sobre otros procuradores; éstos, aunque de rango inferior, podrían venir representados por personajes como el de la inscripción, encontrada en Codos del Larouco (Orense), sobre un procurator metallorum albocolensium (88), y, sin embargo, no se conoce ningún procurador de este tipo en otras zonas mineras del Norte Peninsular, como por ejemplo en la zona de Oyarzun (Navarra), pero esto, en principio, no es una dificultad, dado que la mayor envergadura de las explotaciones mineras del NO. justificarían la presencia de estos administradores imperiales. Ya Blázquez apuntaba que incluso los procuratores augusti, citados en las inscripciones de Villalís (León), eran administradores de las explotaciones auríferas de Las Médulas (89).

Otro aspecto, relativo a la presencia de administradores imperiales, es el de los legati augusti (90), que de alguna manera, aunque sean legati iuridici, recuerdan la primitiva división en diócesis que debió perdurar hasta la época de Claudio. La vinculación de estos legados con el ejército es evidente.



En suma, y volviendo al planteamiento inicial que aquí interesa resaltar, la presencia de estos cargos tiene una explicación desde el punto de vista de los intereses económicos, o mejor dicho, de explotación de recursos que los romanos pudieron tener en la zona, y no significan, ni mucho menos, la intención de organizar administrativamente unos territorios en los que la presencia romana es simplemente extractiva y militar.

Esto lleva inmediatamente a plantearse el problema del urbanismo y la existencia de municipios en el territorio septentrional de la Península. Tomando como punto de partida el texto pliniano (91), hay que pensar que las civitates, citadas por Plinio en los conventos del NO., hayan de ser consideradas, en sentido estricto, como civitates stipendiariae, puesto que el autor utiliza el término más próximo, civitas, pero resulta difícil creer en una estructura impositiva y en una realidad urbana.

Los investigadores han discutido mucho sobre el problema del urbanismo y la municipalidad en el Norte. Es evidente que Roma, como ya se decía en el capítulo segundo, no pudo extender por igual su sistema municipal en todo el territorio del Imperio, y más teniendo en cuenta que los intereses de ésta no tienen un sujeto claro en la implantación urbana.

Es muy posible que Roma agrupe, legalmente hablando, unos

populi y unas civitates, como unidades de población a efectos estadísticos, pero el sistema de castros defensivos y el habitat disperso de las zonas montañosas van en contra del principio de urbanización. Para el mundo romano las relaciones entre pueblos se traducen en relaciones entre ciudades, y Roma llega incluso a crearlas in mente, aunque no existan en la realidad, Sería este el caso de la ciudad de Vadinia, citada por Ptolomeo (92), cuando la dispersión de la epigrafía vadinien- se hace difícil pensar en un centro urbano.

Los únicos centros urbanos que pueden ser considerados como tal, Lucus Augusti, Asturica Augusta, Legio VII Gemina, Bracara Augusta, de la zona NO., lo son por una mera implantación militar; ésto difiere de otros puntos del mismo Norte, caso de Pompaelo, Flavióbriga, etc., donde la intencionalidad es el factor determinante de su existencia.

Es innegable que la presencia de los romanos desarrolla notablemente el urbanismo en las zonas donde ya se ha producido lo que, tradicionalmente, desde Gordon Childe, se conoce como "revolución urbana"; sin embargo, en aquellas zonas donde esta evolución hacia el urbanismo no se había producido, los intentos, por parte de la administración imperial, de hacer bajar a las poblaciones montañosas al llano son de dudosa eficacia. La presencia de innumerables castros en el NO., en los que aparece material romano de época altoimperial, hablan de una pervivencia de estos habitats, o por lo menos de parte de ellos, que se

ve incrementada, drásticamente, durante el Bajo Imperio (93). Ciudades como Asturica Augusta son evidentemente creaciones urbanas propias de los romanos, aunque se emplazaran sobre pequeños poblados indígenas (94). Como muy bien señala Pastor, Asturica Augusta fue, sobre todo durante el siglo II, una ciudad "clave de la administración imperial y centro del poder económico y militar de todo el NO. hispánica, mas que una auténtica ciudad en el sentido arquitectónico y urbano de la palabra (...), el calificativo de magnifica urbs que le concede el naturalista Plinio, no debe corresponder a la época augústea, sino a una referencia contemporánea, es decir, a finales del siglo I, dado que no la mencionan ni Mela ni Estrabón" (95), y subraya como la población citada por Plinio debería habitar los castros de la zona montañosa, sin posible relación alguna con el centro administrativo. Podría decirse otro tanto del resto de los centros urbanos del Norte, con la excepción antes citada de Pompaelo (96). Por lo que hace a Flavióbriga, de fundación de Vespasiano, tal vez sea, posiblemente, la única urbe con estatuto de colonia que existe en el territorio septentrional (97).

Volviendo de nuevo a la zona NO. hay que destacar los trabajos de Le Roux y Tranoy, así como el trabajo de Fabre, que en ciertos puntos coinciden con las conclusiones de la obra de H. Galsterer (98). De todas formas, a pesar de los movimientos internos estudiados por Fabre, pudiera parecer un poco exagerado, y por lo que se refiere al convento jurídico de Clunia, hablar de una vida urbana relativamente intensa (99), y ello aún admitiendo las diferencias en cuanto a estructu-

ra de población con los demás conventos del Norte.

Dentro de este problema del urbanismo, ciertos autores han querido resaltar la importancia urbana de ciertas mansiones citadas en el Itinerario de Antonino (100), pero la arqueología no ha podido confirmar sino la existencia de pequeños enclaves, muchas veces fora, como los constatados, en el tramo orensano de la vía 18, por J. M. Caamaño (101). La deficiencia del proceso urbanizador en el Norte ha sido destacada frecuentemente por numerosos estudiosos (102). Balil hace no notar la ineficacia de las medidas de Vespasiano, y otros investigadores dicen que la existencia de ciudades amuralladas no les confiere, sin embargo, una calidad urbana (103), como podría ser el caso de Asturica Augusta, y como, seguramente, pudo ser también el de Lucus Augusti (104).

Una cuestión, íntimamente relacionada con la anterior, es el problema de la municipalización (105) del Norte. Es indudable que la posible existencia de municipios depende de la existencia previa de enclaves urbanos en los que pudiera existir una clase social interesada en el estatuto jurídico de municipio. Salvo el caso de Legio VII Gemina (106), cuyo estatuto de municipio depende legalmente de su constitución legionaria, la única otra localidad en la que puede asegurarse su estatuto municipal es Flaviobriga, dada su fundación colonial.

Algunos estudiosos del tema, por la mera presencia de personajes aparecidos en la epigrafía, de onomásticos como Flavio, Flaviana,

Flavina, quieren deducir de ello la presencia de municipios de origen flavio en los lugares de aparición de estos epígrafes (107). Son hipótesis sugerentes pero que de momento no pueden ser consideradas como definitivas.

Algunas ciudades, cuyo origen es un destacamento militar, podría plantearse si funcionaron como municipios. El caso de Lucus Augusti es digno de mención, en referencia con los trabajos, ya citados, de Arias, Le Roux y Tranoy (108). Se trata de la hipótesis planteada por estos investigadores sobre el hecho de que Lucus Augusti aparezca como capital del Convento, en función de la lectura que estos autores dan de la lápida de Saturninus. Las dificultades para esta interpretación pudieran nacer de la lectura, pero nada tienen que ver con la situación municipal de la ciudad. H. Galsterer señala, en su trabajo ya citado (109), la existencia, como municipios, de Limici, Aquae Flaviae, Asturica Augusta, Brigaecium y Lancia, aunque a Aquae Flaviae le pone ciertas restricciones; ésto coincide con la idea que se desprende de los trabajos de Le Roux y Tranoy, y que otros autores no aceptan por entero. La existencia de ciudades en el Norte, en las que pueda constatarse la presencia de elementos romanos, no pasa necesariamente por la concesión del estatuto jurídico municipal a esas ciudades (110).

oooOoooOoooOoooOooo

Esta sería, de forma muy resumida, pues la bibliografía es muy abundante, el estado de la cuestión en torno al problema que se plantea en el epígrafe, administración, urbanización y municipali-

zación, cuestiones que se han agrupado puesto que tienen una problemática común. La presencia de administradores imperiales está profundamente ligada a la extracción de mineral, y los legados siguen la trayectoria de los primeros legados militares, por mas que los documentados en el Alto Imperio sean legados jurídicos. Su vinculación al ejército es grande, y de su presencia no se deduce en principio la existencia de un núcleo de ciudadanos romanos o de sociedad romana en todas sus funciones. La escasa urbanización, y la escasa municipalización con secuencia de ella, son otro elemento más a tener en cuenta para posteriores conclusiones.

B.- La presencia militar y la explotación minera.

En honor a la honestidad científica sería justo remitir al lector al libro del profesor Roldán: Hispania y el ejército romano, dado que es la mejor exposición sobre el tema. Sin embargo, y para poder mantener el lógico desarrollo temático, es necesario indicar aquellos aspectos que tienen relación con los planteamientos del presente trabajo.

A finales del Alto Imperio la implantación militar en el Norte -y en toda la Península- es competencia exclusiva del la Legio VII Gemina (111), legión que por toda su historia va a permanecer, desde el año 74 aproximadamente (112), en Hispania, aunque en los primeros momentos se desconozca su emplazamiento exacto.

Tal vez uno de los problemas más interesantes, referentes a la presencia del ejército, sea el de los emplazamientos militares de las alae, cohortes y auxiliae con que contaba la Legio VII Gemina. Entre los testimonios epigráficos y los datos que aporta para el siglo IV la Notitia Dignitatum, se puede establecer una tupida red de emplazamientos militares, bien que es posible que no todos estuvieran funcionando al mismo tiempo. Por lo que respecta a los citados en la Notitia Dignitatum son los siguientes (113): "In provincia (Hispaniae) Gallaecia: Praefectus legionis septimae geminae, Legione; Tribunus cohortis secundae Gallicae, ad cohortem Gallicam; Tribunus cohortis Lucensis, Luco; Tribunus cohortis Celtiberiae, Brigantiae, nunc Iulio-briga; In provincia Tarraconensi, Tribunus cohortis primae Gallicae, Veleia".

Estos emplazamientos son conocidos, aunque no en su totalidad, durante los siglos II y III. En cuanto al Ala II Flavia Hispanorum civium romanorum, cuya permanencia en Hispania entre fines del siglo II y comienzos del III está probada en dos inscripciones procedentes de Villalís (León) (114), se identifica, normalmente, con la Cohors II Flavia Paccatiana (115). Por lo que respecta a la Cohors II Gallica, algunos autores apuntan su emplazamiento en el convento Bracarense (116). Según Roldán (117), el número de la cohort invita a situarla, al igual que la I, en Veleia (Iruña), pero no hay ningún testimonio que pueda apoyar este razonamiento. La Cohors I Gallica Equitata civium romanorum, la Notitia la sitúa en Veleia y la documentación

epigráfica de la mitad del siglo II la centra en Villalís (León) (118). De la Cohors Celtiberia indica la Notitia su traslado de Brigantia a Iulobriga (Retortillo, Reinosa, Santander), y habría que identificarla con la Cohors I Celtiberorum (119); finalmente, la Cohors III Lucensium, sería guarnición en Lugo, como su nombre indica.

Los emplazamientos de las guarniciones y las tropas citadas por la Notitia Dignitatum, dieron lugar a la consideración por Barbero y Vigil (120) de la existencia de un limes en torno a los pueblos del Norte: "En el Norte de la Península y en Sureste de Francia no solo se mantuvieron las antiguas fuerzas militares sino que se crearon nuevos puestos a los que fueron trasladadas unidades que antes tenían otros asentamientos. Los cambios registrados son significativos, porque precisamente están localizados en la región habitada por los cántabros y los vascones: Iulobriga y Veleia, en Hispania, y Lapurdum en las Galias. La distribución de estos destacamentos se nos presenta como un cerco alrededor de cántabros y vascones, prueba evidente de que estos pueblos eran considerados como peligrosos por las autoridades romanas y que, por lo tanto, el dominio de Roma en este área era débil, puesto que existía en ella una agitación interna cada vez más intensa. Otras fuentes del siglo IV nos permiten ver con suficiente claridad la situación de estos pueblos y sirven para explicar la razón por la que Roma, en estos momentos, sostenía un limes que los mantuviera bajo un verdadero cerco militar".

La existencia de este limes ha sido aceptada por varios autores (121). F. Diego está en desacuerdo con su existencia porque, según él, "no ha de exaltarse la reacción indígena en el siglo IV al relajarse el dominio romano. No se puede hablar de un limes que mantuviera ni cerco militar ni siquiera más estrecha la vigilancia frente a astures, cántabros y vascones. Los indígenas estaban, en buena parte, identificados con las fuerzas de guarnición del territorio, los soldados de las unidades auxiliares estaban ligados por el nacimiento a los lugares de estacionamiento, donde mas bien se defendía a los romanos. Hacía tiempo que se había mitigado la fiereza que atribuye Estrabón a los Pueblos del Norte hispano, y las instituciones revelan en ellos una humanitas connatural. Da prueba de ello el pueblo vadiniense, por tomar un ejemplo, en las reiteradas inscripciones dedicadas al amigo por el amigo" (122). Sin entrar en la polémica relativa a la existencia o no existencia del limes, cuestión verdaderamente difícil de solucionar en uno u otro sentido, es evidente que las palabras, aquí recogidas, de F. Diego relacionan acontecimientos que nada tienen que ver los unos con los otros. Las dedicaciones que aparecen en las lápidas vadinienses son testimonio de las estructuras sociales de los indígenas, y no atañen al hecho de las "buenas relaciones" entre indígenas y romanos. Además, las relaciones entre soldados romanos de procedencia indígena con sus parientes tribales nada tienen en común con las intenciones y planteamientos estratégicos de los mandos militares en Roma. Si hubo ó no situación de conflicto no va a probarlo la epigrafía indígena, que se limita, como muy bien han indicado Barbero y Vigil reiteradamente, a mantener

sus instituciones más ancestrales.

El problema del limes del Bajo Imperio, como ya se mencionaba páginas atrás, encierra en sí mismo la problemática que requeriría tanto una situación anterior, siglo III, como una situación posterior, fin del dominio romano. Algunos autores, interpretando la teoría del limes del Bajo Imperio como un precedente de la situación en época visigoda, inciden sobre lo artificioso de tal situación, sobre todo teniendo en cuenta las sugerencias de García y Bellido, y olvidando quizá que en los "anales" de los reyes visigodos la lucha contra los vascones era una costumbre, un "leit motiv", que se repetía año tras año.

La presencia de destacamentos militares en el Norte Peninsular, se decía líneas atrás, tiene una enorme importancia como factor de implantación romana en el seno de territorios donde es mayoritaria, de hecho aunque no sea de derecho, la propiedad comunal. Aparte de las guarniciones citadas existen otros puntos dispersos en que han aparecido inscripciones relativas a soldados que a lo largo del Alto Imperio dejaron allí testimonio de su presencia. Sería discutible, en los casos de hallazgos sueltos, si están testimoniando solo la presencia de un soldado, sea en activo o veterano, o bien el emplazamiento de un destacamento temporal o una guarnición de carácter fijo (123).

Otro de los problemas que interesa señalar, en relación con la presencia del ejército, es el origen de los soldados que lo integran.

Sobre esta cuestión, entre los investigadores ha habido reiteradas discusiones, y Roldán, recogiendo testimonios de Alföldy, piensa que es a partir de la época flavia cuando en las legiones se empieza a aceptar soldados de diferente procedencia étnica respecto a la del origen de la legión, es decir, que los soldados, en principio, serían peregrinii que recibían el derecho de ciudadanía tras su iusta missio, o al menos tras veinticinco años de servicio, aunque continuaran en activo, e indica este autor como incluso después de este periodo continuaban siendo peregrinii: "lo que prueba un tratamiento muy individual en la concesión de este derecho" (124).

Por lo que respecta a la procedencia de los soldados de la Legio VII Gemina, que son los que más interesan para el periodo de este trabajo, Roldán dice que, por lo que atañe a las fuentes, no se constata ninguno de la Bética, pocos de la Lusitania y del Conventus Carthaginensis, y que el mayor número procedía de los conventos Bracarense, Lucense, Astur y Cluniense. Para este autor son razones económicas las que explican la procedencia del NO. de la mayoría de los soldados: "el voluntariado que se presentaba hemos de imaginarnos que sería, o el individuo desclasado que ve en el ejército su única salvación o el provincial, procedente de áreas económica y culturalmente subdesarrolladas, que veía en el ejército posibilidad de medrar" (125), y añade que, por lo que se refiere a la procedencia de soldados en los siglos II y III, serían reclutados entre los elementos sociales medios -individuos desclasados o procedentes de grupos tribales en vías de desvinculación- de

las provincias Lusitania y Citerior, recalcando un neto desarrollo hacia la conscripción en el ángulo NO. (126).

Un último aspecto que interesa subrayar es la cuestión relativa a las murallas con que se rodean núcleos importantes o núcleos que son sede de guarniciones importantes (127). Ciudades como Lugo, Astorga, León, Chaves, etc., ven surgir, rodeando sus perímetros, unas fortificaciones que están hablando del miedo de sus poblaciones a un enemigo exterior a ellas. Estas fortificaciones han sido fechadas entre la segunda mitad del siglo III y la primera mitad del IV, a grosso modo (128). Indudablemente, ese miedo está justificado por la presencia de los invasores francos y alamanes, y está en relación directa con la situación política del Imperio Romano en Europa. No hay que olvidar tampoco razones de otra índole, inquietud social, revueltas, bagaudas, etc., que podrían de alguna relacionarse con el hecho de que unas guarniciones romanas aislen su contorno frente a un exterior inquieto, aunque es indudable la debilidad de estas suposiciones.

El otro problema recogido en el el presente epígrafe afecta a las explotaciones mineras en el Norte. Su vinculación con la presencia militar es una tesis tan admitida que se hace innecesaria cualquier referencia bibliográfica. En el estado actual de la investigación nadie duda, ni sobre tal relación, ni sobre el hecho, innegable, de que los propios ejércitos, con su infraestructura técnica, son elementos fundamentales de la propia explotación, según atestigua Domergue (129).

Por lo que se refiere a la presencia de los procuratores metallorum, se ha hecho ya referencia a su importancia, y sólo cabría destacar la opinión de Nony (130) sobre la fecha concreta de las inscripciones de Astorga, que lleva a los alrededores del 185 o después de ésta, y destaca el hecho de que su presencia (131) resalta la importancia de las explotaciones mineras de la zona astur-galaica para la administración imperial, relacionándolo, asimismo, con los cambios de los cargos ecuestres de la revolución severiana. Naturalmente, esto está en relación con un hecho que las últimas investigaciones corroboran cada día más, y es que estas explotaciones debían estar todavía vigentes al final de la dinastía de los Severos (132), y si no todas, al menos los filones más importantes.

La distribución de las explotaciones cubre prácticamente todo el NO. Peninsular, incluidas las provincias de Minho y Tras-os-Montes portugueses. Es difícil dar unos intervalos cronológicos para la totalidad de las explotaciones, pero tal vez sirva de referencia el que en la época de Maximino y Máximo se constatan reiteradas restauraciones de vías, puestas de relieve por el gran número de miliarios de ambos emperadores que han aparecido, no sólo en el NO. sino también en el territorio de los autrigones, amén de otras zonas de la Península (133). F. Arias señala que la presencia de estos miliarios de Maximino y Máximo tienen, fundamentalmente, una explicación económica: "explotación das vetas mineiras da Gallaecia" (134). En general, la aparición de las restauraciones en las vías se prolonga durante la anarquía militar, lo que ha hecho

pensar a algunos investigadores que la crisis en la Península Ibérica no aparece hasta la época de Galieno, cosa verdaderamente muy discutible.

El mineral que fundamentalmente se explotaba en el NO era el oro, que, según Blázquez (135) significaba, para el tesoro romano, la partida más importante de ingresos de todo el Imperio, durante un determinado periodo de años. No en vano Plinio -y hay que pensar que en su época la explotación sería menor- daba cifras, referidas al volumen del material extraído, de gran envergadura, procedentes de las minas de As-turia, Gallaecia y Lusitania (136). Sobre los aspectos técnicos de la extracción de oro no han dejado de interesarse diversos investigadores, entre ellos el propio Domergue (137) y el impacto que dichas explotaciones produjo en los autores antiguos ha sido también estudiado por Blázquez y Domergue (138). Otros emplazamientos mineros han aparecido recientemente en la zona del Caurel (139). Pero la actividad minera del suelo hispano no fue exclusiva del NO. y, aunque no es posible dar fechas exactas, se pueden citar extracciones de piedra imán en Cantabria (140) o ya cimientos en Oyarzun y Somorrostro (141), así como también los filones de galena de Arditurri (142), cuya importancia debió de ser excepcional, contando con las 46 galerías y los 82 pozos de superficie, que pudieron conocerse durante el siglo pasado (143).

Sin entrar más en detalles, no cabe duda de que la explotación minera es otro de los aspectos en que la implantación romana se explica por sí misma, y significa, cara al planteamiento de este trabajo,

una presencia en la que no interviene para nada una relación romanos-indígenas, fuera de la utilización de la explotación tanto de hombres como de recursos.

C.- La implantación agraria.

Adentrarse en los aspectos agropecuarios de la implantación romana es plantear uno de los mayores problemas que puede presentar la colonización romana en los territorios del Norte Peninsular. Se ha señalado en varias ocasiones que una de las diferencias más importantes que se puede observar a simple vista, en una visión apriorística del problema, es la diferencia existente entre la presencia en el Sur de una clase superior, fundamentada en la realidad de un excedente procedente de la explotación agrícola, y el régimen tribal de suelo pobre, en el que el camino hacia la desigualdad social seguirá sendas más tortuosas que pasan por la jerarquización previa de ciertos individuos, antes de llegar a la propiedad privada latifundista del prefeudalismo bajoimperial. En un territorio -y esto no reza para la ribera del Ebro, por ejemplo- donde la montaña es el accidente geográfico característico, esa implantación rural, base de una explotación agrícola, no es descubrir nada nuevo decir que tiene que hacer su aparición tarde y con unas características mucho más menguadas en cuanto a extensión que en otros territorios del Centro, Sur o Extremadura hispana. Todo ello, indudablemente, pretende ser un enfoque general del problema, porque evidentemente la situación y peculiaridades de zonas determinadas, muy localizadas,

permiten excepciones, algunas notables, a esta regla general.

Basta hojear el excelente -por sintético- libro de Gorges (144), para comprender que la diferencia numérica de las villae, estudiadas en función de las regiones, adquiere magnitudes relevantes. El territorio de Asturias -por lo que se refiere a la provincia de Oviedo- presenta restos de 16 posibles villae; la provincia de Santander, 1; La Coruña, cinco; Lugo, tres, Burgos, 63, etc., y, por citar un ejemplo significativo, Sevilla, 194. Indudablemente no se pretende, ni dar un catálogo de las villae del territorio septentrional ni juzgar si en el de Gorges están todas las que son y son todas las que están. La problemática del hallazgo arqueológico, referente a las villae, cae a veces en un lugar común de la investigación y es, que todo hallazgo que no aparece en una ciudad ya conocida, si presenta material romano, debe ser, sin lugar a dudas, una villa rustica, y, naturalmente, hay villae y "villae", y, al igual que no todos los topónimos en -ana son de época romana, no todos los restos arqueológicos con muros y tégulae son muestras de una "villa rustica romana".

Otro de los problemas de la implantación rural estriba en el hecho de que también los diversos asentamientos que en principio pueden catalogarse como villae -y esto ocurre sobre todo en el Norte- han sufrido de ese proceso de difusión en el que elementos materiales de cultura se evidencian en un lugar, sin que por ello esa construcción, en la que tal vez convivan hombres y animales, y en la que aparezca algún objeto

arqueológico de cultura romana, pueda evidenciarse como tal villa.

Caro Baroja planteó hace tiempo el problema de la toponimia con possessores romanos, y también la relación de la misma palabra villa (145) con otro tipo de topónimos presentes en la geografía del Norte Peninsular, aunque, como muy bien señala este autor en otra de sus obras, no hay que olvidar que los visigodos también hablaban latín (146). Siguiendo esta línea se han producido trabajos como el de Bobes sobre la toponimia de Asturias, que otros investigadores han seguido en sus deducciones de tipo histórico (147). Indudablemente, este proceso de creación de los topónimos no puede ser muy temprano, a pesar de que Ptolomeo ya cite algunos de este tipo, por ejemplo Turuptiana, en el convento lucense.

El fenómeno de creación de la villa también puede tener distintas vías; bien el soldado licenciado que se desnaturalizaó en su día de su comunidad tribal, bien el jefe local de una comunidad indígena que por acumulación de elementos de prestigio se va a convertir en propietario, tal vez por concesión romana, de propiedades fuera del territorio comunal, como muy bien apunta Mangas (148). Entonces se plantea una pregunta ¿qué porcentaje de estos establecimientos rurales pueden considerarse como transformación de lugares de habitat indígena familiar en los que se establecen ciertas modas "a la romana", aparición de terra sigillata, mosaicos, estelas funerarias, etc., y qué otro porcentaje podría significar verdaderamente la presencia de un personaje romano o que vive en

Roma, es decir, en principio absentista, aunque luego tras la crisis municipal establezca su residencia en la villa, aunque su procedencia sea de étnias provinciales? Si se pudiera contestar a esta cuestión es indudable que se tendría una visión histórica del problema que, hoy por hoy, es imposible de esclarecer.

Por lo ya expuesto anteriormente puede pensarse que las diferencias en cuanto a los emplazamientos van a ser, generalmente, exiguas en casi todo el Norte, dándose una tónica general que aumenta en número cuanto más al Este y más al Sur se mire el mapa de la zona septentrional. Si a ésto se añade la problemática que presentan muchos establecimientos en cuanto a su fecha, quedaran suficientemente claras las razones de no intentar establecer un catálogo, pues por otra parte, y por lo que respecta a los establecimientos mejor comprobados, ha sido ya llevado a cabo en la citada obra de Gorges.

Para el NO. galaico se ha señalado que el mundo rural "végétait prisonnier d'habitudes seculaires, impénétrable a toute transformation certes, il serait aussi vain de nier la persistance de traditions ancestrales que de nier l'influence des formes matérielles de la civilisation introduite dans le Nord-Ouest par les romains" (149). Y ésto, en cierto modo valdría para todos los territorios comprendidos al Norte de la Cordillera Cantábrica, lo que se relaciona con un hecho sintomático, que, por ejemplo, en el catálogo de Gorges la provincia de Guipúzcoa no posee ni un solo resto reconocible de villa. Ello hay que referirlo a

la impresión que, en general, Barandiarán señalaba para el Norte vasco en su ya citado estudio.

Como la problemática que aquí se plantea está en relación con los finales del Alto Imperio, se da como complemento una referencia bibliográfica, que no pretende ser exhaustiva, sobre los emplazamientos cuya fecha ronda el período cronológico que aquí es objeto de estudio (150).

D.- ¿Se puede establecer para el Norte la existencia de una estructura económico-social romana, a finales del Alto Imperio?

Lo hasta aquí expuesto, aunque lo haya sido de forma sintética, permite hacerse una idea de cuál es el estado de la cuestión en torno a los principales elementos de esa sociedad romana trasplantada al Norte Peninsular. Un ejército garantiza el orden y la explotación minera, unos funcionarios administran esa explotación e intervienen en los asuntos militares. Cabe preguntarse, en relación con la explotación, si habría un sistema de impuestos plenamente organizado o si, por el contrario, estos impuestos se recogían de una manera poco estructurada y en función de la baja municipalización de la zona. Sería necesario también conocer la estructura social de los elementos romanos, el funcionamiento interno de la mecánica de grupos sociales, así como la actividad económica de esos grupos.

En diversos trabajos se ha venido recogiendo, a lo largo de

estos últimos años, una serie de materiales que hablan, bajo una perspectiva muy general, de actividades económicas de la Hispania romana, en base a documentación más o menos fechada, la mayor parte de las veces a partir de datos que no pueden ser integrados en un concepto de estructura económicosocial desde un punto de vista estricto(151).

Naturalmente, para el mundo antiguo la ciudad es el centro motor de la vida y la ausencia de centros urbanos descarta la posibilidad de que se organice esa vida municipal que para la sociedad romana significa un conjunto de actividades y de relaciones sociales que se basan, como punto de partida, en la administración municipal. No cabe, pues, decir, que las ciudades del Norte Peninsular sean centros administrativos en el pleno sentido de la palabra sino que aparecen simplemente como centros de explotación del entorno circundante. Pero no sólo és to, sino que de la ausencia de esos municipios se deduce la ausencia de una clase municipal -aunque existan lugares concretos donde ésto se die ra, por ejemplo Pompaelo, se supone que se está hablando en general-responsable, en todo lugar del mundo romano, de la difusión de las instituciones romanas y por tanto motor de la aculturación como proceso integral de simbiosis de los elementos étnicos y culturales.

El problema que plantean los datos conocidos y recogidos por el profesor Blázquez y el profesor Balil en algunos de sus trabajos, es tá en relación directa con un hecho económico y es que cuando se aborda el estudio de un proceso global económico es imposible, desde un punto

de vista técnico, estudiar un solo aspecto de la actividad dado que el comportamiento de los individuos en sociedad, y el funcionamiento de las estructuras en que se integran estos comportamientos, tienen una lógica oculta, de tal manera que no es "económico" aquello que no integra todos sus vínculos internos, su relación de correspondencia con todos los demás elementos del grupo humano (152).

La ausencia de esa clase municipal, con todo su significado de factor de simbiosis cultural, hace necesaria la presencia de ese ejército -al margen de que su actividad principal fuera la extracción de mineral- dado que es el único elemento que puede garantizar la presencia romana, como salvaguarda armada, ya que la otra posibilidad no se da. Y, al mismo tiempo, dentro de esa estructura militar se puede observar la ausencia de vinculaciones sociológicas con una sociedad civil, tal y como lo ha señalado, por la ausencia de esculturas militares en el Norte, Paloma Acuña (153). Esta investigadora, indica, muy acertadamente, que la erección de esculturas militares está en relación directa con la vinculación del ejército a determinados sectores, clases altas de la sociedad municipal.

Al plantearse como hipotética la existencia de una estructura económico-social, se pretende cuestionar si los elementos económicos y sociales -aspectos, datos, cifras, etc.- integran verdaderamente un sistema, o no son mas que muestras de la actividad aislada y localizada de grupos con intereses muy concretos de explotación, de dominio, etc.

"La actividad económica de una sociedad se define como el conjunto de operaciones por las cuales sus miembros obtienen, se distribuyen y consumen los medios materiales para satisfacer sus necesidades individuales y colectivas; un sistema económico es la combinación de tres estructuras, la de la producción, la de distribución y la del consumo" (154). Por lo que respecta a esta producción, la extracción minera, el cobro de impuestos, la exigua explotación agraria, son los únicos elementos que "producen" ingresos a esa sociedad romana allí presente, pero con una matización fundamental, y es que esa actividad minera redunda en beneficio directo del patrimonio imperial. En cuanto a la actividad fiscal, los datos de que se dispone (155) no permiten ni siquiera plantearse una cuantía aproximada del monto impositivo, e incluso se puede dudar de que tuviera efectividad en los territorios algo alejados de los centros administrativos, sedes militares al mismo tiempo.

De las actividades económicas en el seno del conjunto social no se evidencia la autonomía relativa de los sectores que pudiera explicar una división del trabajo, de tal manera que a veces se hace difícil separar la actividad económica - la extracción minera por ejemplo- del resto de las actividades de esa sociedad romana (156). Hay que tener en cuenta que no sólo es necesario reconocer las actividades económicas en el seno de una formación, sino que es necesario integrar las en un sistema. El funcionamiento de un sistema requiere un conjunto de estructuras vinculadas entre sí por ciertas reglas, de manera que todas las actividades del grupo se interaccionen entre sí mutuamen

te. Entra de lleno en este problema la consideración de que el excedente de producción de esa sociedad romana, conseguido fundamentalmente por la explotación del elemento indígena -aunque se sepa de la presencia de hombres libres en las minas, su participación debió de ser mincritaria- ese excedente no entra en beneficio de ese núcleo social romano sino que tiene como meta la capital del Imperio. Así pues, se hace difícil, dados los datos de que se dispone, considerar el reparto del excedente para poder valorar la estratificación social del elemento romano (157) y al mismo tiempo se dificulta el estudio del proceso de intercambio que parte de los datos recogidos por Blázquez (158), y que se hace innecesario repetir, sólo puede ser valorado por la presencia de tesorillos y monedas sueltas cuya estimación es realmente problemática, por lo menos para el territorio que aquí interesa y antes del Bajo Imperio (159).

Efectivamente, la circulación monetaria durante las décadas finales del Alto Imperio, en el territorio del Norte Peninsular, es muy probablemente un producto de la presencia militar y su consideración económica quedaría por tanto restringida a las actividades individuales de los miembros de este sector de la sociedad romana, dado que, además, por la muestra aparecida, todos los investigadores están de acuerdo en que la circulación monetaria no empieza a cobrar un cierto valor hasta el siglo IV. De todas las formas simples de circulación de bienes y mercancías podría pensarse que las actividades quedan restringidas a aquellas que son interés prioritario del

del gobierno imperial, acompañadas, eso sí, en zonas muy minoritarias, los mal llamados "centros administrativos" o los lugares donde, por el asentamiento del ejército, se puede intuir la presencia de unos mercados como es el caso de núcleos de población que se forman en torno a la Legio VII Gemina.

Este intento de análisis, sólo pretende esquematizar lo que es obvio en el estudio de la sociedad romana del Norte. Es bien cierto que un sistema económico-social no puede existir sin estructuras jurídicas, ideológicas, sin que se puedan analizar en profundidad, porque hubiera datos para ello, todos los factores que integran la producción y la distribución, el intercambio y el consumo.

En este orden de cosas no se puede decir -siempre desde un punto de vista global y territorial- que la sociedad romana implantada en el Norte Peninsular funcione como un sistema autónomo, independiente de Roma y con estatuto de dependencia respecto a esa población indígena con la que, en general, no se puede decir que viva en común. Es decir, los elementos romanos presentes en el Norte hasta finales del Alto Imperio no constituyen una formación económico-social independiente de Roma aunque sí lo sean de los indígenas. Estos elementos significan, solamente, la presencia de un brazo armado y fiscal que Roma tiene allí establecido, pero no tienen vida propia; les falta algo fundamental, una clase social nacida allí con sus intereses dentro de la sociedad romana. Esa clase social sólo se produce en las grandes ciudades, en los municipios romanos de cierta importancia, y eso, aquí, has

-1 %-

ta este momento no se ha producido.

ooo0ooo0ooo0ooo

NOTAS AL CAPITULO III

- 1.- ALCINA, 1978, 85 ss. integra la difusión en el proceso global de aculturación, aunque matizando sus características individuales. Es indudable que los fenómenos de difusión, en tanto que procesos culturales, expresan una aculturación en sentido amplio, pero aquí se ha preferido mantener el sentido estricto del concepto aculturación por razones de claridad, dado que el concepto romanización, tal y como se ha señalado es ya suficientemente oscuro.
- 2.- ALCINA, 1978, 93, recoge esta definición del conocido antropólogo Linton.
- 3.- Ver ALCINA, 1978, 100.
- 4.- GARCIA MORENO, 1975, da a romanización este valor, pero olvida que no es éste el uso exclusivo que se le da comunmente. En su artículo plantea la romanización del NO. y del valle del Duero pero no le confiere al concepto de aculturación su significado correcto, por lo cual lo infravalora y concede a la romanización del Norte un valor que no tiene, manteniendo la imprecisión del término.
- 5.- ROLDAN, 1974 y 1976; ya analizado en el capítulo anterior.
- 6.- VIGIL, 1973, 388 ss.; 1977, 129 ss.
- 7.- BLAZQUEZ, 1976, 64, anota el hecho de que permanecieran religión e instituciones, y adoptaran la lengua latina; se refiere a galaicos, astures, cántabros y vascos.
- 8.- GARCIA Y BELLIDO, 1967b, 28.
- 9.- MARINER, 1976, 271 ss.
- 10.- Sobre todo en su estudio de 1956, reproducido ahora en 1970, ver la página 167 y ss.
- 11.- Ver SANCHEZ-ALBORNOZ, 1972, 14 ss.
- 12.- Ver LE ROUX-TRANOY, 1973, 214; BLAZQUEZ, 1975b, 47; LE ROUX-TRANOY, 1974, 251.
- 13.- BLAZQUEZ, 1975b, 48.
- 14.- BLAZQUEZ, 1975b, 49.
- 15.- CARO BAROJA, 1976, 210, critica justamente los intentos de ciertos

investigadores de escribir la Historia de la España Romana como si se tratara de un fragmento de la misma Roma, con las siguientes palabras: "El vicio capital de todas las historias españolas que tratan del período romano es el de que, en vez de narrar lo que en realidad ocurría en nuestro suelo durante aquél, se extienden en consideraciones generales sobre la vida pública y privada de los romanos, como si ésta fuera igual en un siglo que en otro, en el extremo oriental del Imperio y en el occidental. La influencia de los historiadores del siglo XIX, preocupados en primer término por cuestiones políticas y jurídicas, ha sido en este respecto perniciosa, y hoy día se puede decir que los que están orientando nuestra visión de modo más satisfactorio son los lingüistas que han analizado las variaciones que una misma lengua, el latín, adopta en las diversas regiones en que fué entrando".

- 16.- Naturalmente, y como indica BLAZQUEZ, 1975b, 48, faltan testimonios de teatros, anfiteatros, circos, etc., es decir, de vida municipal típicamente romana, del tipo de la Bética, por ejemplo. Y sin embargo, no faltan inscripciones, más de 500 según GARCIA MORENO, 1975, 346; tal vez sean bastantes más sólo en la circunscripción de este trabajo y sin contar el Valle Medio del Ebro, en el que se da una mayor presencia romana. El único problema es que la presencia de inscripciones NO PRUEBA NECESARIAMENTE IMPLANTACION ROMANA salvo cuando esas inscripciones hablan de personajes de la administración central o evidencian un municipio o colonia.
- 17.- Para aspectos teóricos de la interpretación arqueológica son imprescindibles trabajos como los de CLARKE, 1968; BINFORD-BINFORD, 1968; CHANG, 1976; WATSON y tros, 1974; ésto dentro de la práctica arqueológica o arqueología de campo. A nivel de análisis histórico habría que entrar en la polémica de las teorías elaboradas por las diferentes escuelas antropológicas; ver HARRIS, 1979, que da un resumen histórico verdaderamente útil, en una obra que ha sido y es todavía libro de texto en varias universidades de Norteamérica.
- 18.- Esos principios metodológicos se han expuesto fundamentalmente en el

capítulo I y en las páginas precedentes de éste.

- 19.- La mayor parte de los investigadores establecen diferencias de gran des rasgos entre el Norte y el Sur, el Centro y el Levante, etc... Indudablemente, toda la problemática del Norte como ente específico nace de la visión de Caro Baroja en su famoso estudio histórico-cul tural. Su apoyo en Estrabón y en los rasgos etnológicos aún vivos en el territorio son de sobra conocidos como para necesitar comentario alguno. Por lo que respecta a las diferencias regionales, hay que in- dicar que no siempre son tenidas en cuenta por los investigadores; a este respecto, BALIL, 1973c, 247.
- 20.- CARO BAROJA, 1973, 116, aunque aquí se utiliza la segunda edición, corregida y aumentada, esto ya aparecía en la primera.
- 21.- BLAZQUEZ, 1975b, 43.
- 22.- VIGIL, 1973, 388 ss.
- 23.- BALIL, 1973a, 162: "tenemos que concluir que Galicia, como toda la Península Ibérica, pero con la excepción de Portugal y Andalucía, ha sufrido del mito de una visión uniformadora mediterraneizante y li- bresca de su época romana".
- 24.- Ver RODRIGUEZ COLMENERO, 1977, 9 ss., y sobre todo el capítulo 8.
- 25.- RODRIGUEZ COLMENERO, 1977, 365.
- 26.- Ver BALIL, 1973a, 176 ss.
- 27.- LE ROUX-TRANOY, 1973 y 1974; BLAZQUEZ, 1975b, 46.
- 28.- LE ROUX-TRANOY, 1973, 215.
- 29.- LE ROUX-TRANOY, 1974, 256-7.
- 30.- FERRO COUSELO, 1974a, 258.
- 31.- GARCIA Y BELLIDO, 1969, 27.
- 32.- BALIL, 1973a, 166.
- 33.- BLAZQUEZ, 1975b, 47, entre otras.
- 34.- BLAZQUEZ, 1977b, 78-9.
- 35.- ARIAS, 1976a, 58.
- 36.- ARIAS, 1972, 53 ss.
- 37.- BALIL, 1976a, 49.
- 38.- ACUÑA CASTROVIEJO, 1976a, 63 ss. y 85 ss.

- 39.- ACUÑA CASTROVIEJO y otros, 1979, 79.
- 40.- BALIL, 1975a, 259 ss. refleja ideas parecidas al decir: "La romanización de Galicia no tuvo lugar por la habitual vía de asentamiento de colonos procedentes de Italia. Los forasteros, itálicos o hispánicos, residieron en ella con carácter ocasional, ya por razones económicas, negotiatores, de carrera, funcionarios de la administración imperial, sociales, guarniciones, o políticas, desterrados. Cuando actuaron colectivamente se expresan como grupo aislado, conventus civium romanorum, unidad militar, función administrativa, etc., dentro de las colectividades en las cuales vivían. Muy pocos de tales forasteros debieron permanecer en Galicia y, en todo caso, su aportación, al igual que la de otros grupos alógenos, fue, como ha sido hasta el siglo XVIII, de reducida trascendencia. Los grandes centros romanos del Noroeste se hallan fuera de Galicia (...) todos ellos se encuentran junto a las principales vías de penetración en Galicia, valles del Miño, Sil, Sanabria, por ello el eje Ebro-Duero tiene una especial importancia en el estudio de la cultura material de la Galicia romana".
- 41.- BLAZQUEZ, 1968a, 138.
- 42.- LOMAS, 1975, 223 ss.: "estos municipios recién creados sobre la base de comunidades ya existentes, y no de nueva planta, son, ciertamente, Bergidum, Flauium, cuyo cognomen lo está ya delatando, así como Flauionauia, Interamnium Flauium, Brigaecium, Lancia y Asturica.- La capital del convento es un municipio, aunque jamás en la epigrafía tenga este nombre, sino simplemente adopte el de res publica, y recibió de Vespasiano el derecho latino".
- 43.- PASTOR, 1977, 144 y 155.
- 44.- BLAZQUEZ, 1968a, 140.
- 45.- BARBERO-VIGIL, 1974, 155.
- 46.- BARBERO-VIGIL, 1965-1974, 13 ss.; BLAZQUEZ, 1975a, 216 ss.; para el caso astur véase: PASTOR, 1976a, 267 ss.
- 47.- PASTOR, 1976a, 267 ss.
- 48.- Habría que constatar efectivamente que la extracción social de los

soldados romanos es únicamente romana o itala por lo menos, lo cuál hoy se sabe que no es cierto. Ver ROLDAN, 1974, 231 ss.; para la discusión: FORNI, 1970, 207 ss. y 1974, 339 ss.

49.- PASTOR, 1976a, 281.

50.- JORDA, 1977, 35. Blázquez acepta esta clasificación y en general la tesis sostenida por Jordá. Véase BLAZQUEZ, 1977c, XIII ss.

51.- Para el problema de la toponimia ver: BOBES, 1960, 241 ss. Es una cuestión muy debatida y que en principio puede resultar muy interesante. CARO BAROJA, en el capítulo sobre la romanización de los Pueblos del Norte, 1973, 95 ss., plantea lo peligroso de las deducciones toponímicas, por cuanto los visigodos también hablaban latín y esto -indica el propio Caro- se olvida con frecuencia. Indiscutiblemente, una respuesta a tales problemas sólo puede ser abordada desde perspectivas muy locales y en trabajo de campo. Cualquier otro planteamiento no saldrá de meras opiniones.

52.- JORDA, 1977, 37.

53.- GONZALEZ ECHEGARAY, 1966, 206 ss.

54.- GONZALEZ ECHEGARAY, 1966, 210.

55.- IGLESIAS GIL, 1978, 185.

56.- CARO BAROJA, 1973, 100.

57.- SOLANA, 1978, 472 ss.

58.- BARANDIARAN, 1976, 114.

59.- LLANOS, 1973, 306.

60.- ALBERTOS, 1970, 122 y 151; naturalmente estos datos no pueden ser tomados drásticamente en cuanto a difusión de la cultura romana se refiere. La idea de valorar "el grado de romanización" por la aparición de onomástica aparece en principio como veráz y lógica, pero, analizando el proceso de contacto cultural en profundidad, puede apreciarse que los individuos de los que se conoce una inscripción pertenecen a la élite de una sociedad que no tiene por qué compartir la misma escala de valores. Ciertos elementos de difusión cultural crean "modas" pasajeras que no prueban una aculturación o transculturación plena, sino la aceptación de ciertas pau-

tas de conducta por razones de prestigio y contacto con la sociedad colonizadora; incluso aceptando la difusión del latín de forma mayoritaria, lo que además es incierto, ello no conllevaría una aculturación plena, sino un leve cambio cultural, en contra de lo que pretenden muchos investigadores; y precisamente se trata de una zona donde la lengua vernácula, aunque impregnada de la tín, se ha mantenido y se mantiene vigente aún hoy día.

- 61.- MICHELENA, 1973, 336.
- 62.- CARO BAROJA, 1971b, 61; indica también la permeabilidad de los grupos celtas "disueltos" entre el elemento vascón, y muchos otros aspectos que, aún dentro de la problemática "romanizante", se salen de las intenciones de este trabajo.
- 63.- GARABITO-SOLOVERA, 1975a, 329; GARABITO, 1978, 578.
- 64.- MARCOS, 1973, 23.
- 65.- MARCOS, 1979, 120.
- 66.- Ver GARABITO, 1978, 611, sobre todo, y también: GARABITO-SOLOVERA, 1975b y 1976.
- 67.- VILLACAMPA, 1978, 57.
- 68.- Por destacar un dato, ver: ABASOLO, 1972, 1973, 1974a, fundamentalmente, y 1977.
- 69.- SOLANA, 1976, 24 ss. y ABASOLO, 1975, sobre todo.
- 70.- Véase OSABA, 1958 y 1962, 227 ss.
- 71.- Ver capítulo V; MARCOS, 1966, 169, insinúa algo parecido en la zona de berones.
- 72.- Ver capítulo II, al hablar de la Bética.
- 73.- ROLDAN, 1976, 125 ss.
- 74.- GODELIER, 1974, 87 ss.
- 75.- MANGAS, 1980, 321.
- 76.- Para una visión jurídica del problema: D'ORS, 1974, 253.
- 77.- BLAZQUEZ, 1975a, 59.
- 78.- BLAZQUEZ, 1978b, 567 ss.
- 79.- Muchos autores han tratado el tema, pero se hace innecesario citar a todos. Por lo que respecta a una visión de conjunto sobre la situa

ción prosopográfica ver ALFOLDY, 1969, 3 ss., 81 ss., 98 ss., 106; por lo que hace a oficiales y funcionarios, legados de la Legio VII Gemina, 117; tribuni laticlavii, 127; y las tablas de la 311 ss.

- 80.- Con sus variantes en la titulación: Procurator provinciae Hispaniae Citerioris Asturiae et Gallaeciarum, Procurator Hispaniae Citerioris per Asturiam et Gallaeciam, Procurator provinciae Asturiae et Gallaeciae, Procurator Asturiae et Gallaeciae. Ver BALIL, 1965, 306.
- 81.- PASTOR, 1977, 205. Sobre los procuradores ecuestres ver: PFLAUM, 1950; 1974, 29 ss.
- 82.- LOMAS, 1975, 189: "Como capital que fue del convento, Asturica Augusta fue la residencia de los procuratores augusti con específicas funciones en los conventos del NO. ; podemos pensar, casi con certeza, que la Tarraconense conoció dos procuratelas, ambas con idéntico significado, pero con diferente jurisdicción territorial. Mientras que ostentan el título de procurator Asturiae et Callaeciae quienes su ámbito de actuación no rebasan este territorio, el resto de ellos, quienes ostentan el título de procuratores provinciae Hispaniae citerioris o Tarraconensis, actúan a todo lo largo y lo ancho de la provincia siempre y cuando simultáneamente no exista otro con la titulación específica de Asturiae et Callaeciae. Esta especificidad en la titulación viene explicada por los intereses que la casa del Príncipe tiene en el noroeste, y la residencia en Asturica condicionada por su ubicación geográfica, más cercana a la capital de la provincia que Bracara y Lucus Augusti, y nudo de comunicaciones".
- 83.- PFLAUM, 1961, II, 730 ss.; LOMAS, 1975, 197 ss.; PASTOR, 1977, 204 ss.; ver también MARCHETTI, 1906, 916 ss.
- 84.- BLAZQUEZ, 1975b, 9; ver CIL II, 2661.
- 85.- BALIL, 1964, 30.
- 86.- RODRIGUEZ COLMENERO, 1979, 254.
- 87.- MUÑIZ COELLO, 1980, 149.

- 88.- CIL II, 2598.
- 89.- BLAZQUEZ, 1975b, 9; ver también GARCIA Y BELLIDO, 1968a, 201; el caso del liberto imperial Saturnino, ARIAS-LE ROUX-TRANOY, 1979, nº 23; CANTO, 1978, 301; BLANCO, 1977, 107 ss.; sin entrar en la polémica de si debe identificarse a este Saturnino, liberto imperial, con el Saturnino procurator, no añade nada nuevo al planteamiento de este trabajo, salvo en lo referente al grado de urbanización de Lucus Augusti, que se verá en breve.
- 90.- ALFOLDY, 1969, 81-98.
- 91.- Plin., N.H., III, 26-28; RODRIGUEZ COLMENERO, 1977, 259 ss., intenta establecer una relación entre las agrupaciones humanas indígenas y los conceptos de la municipalidad romana. La discusión que establece en torno a la municipalidad de Aquae Flaviae, en contra de GALSTERER, 1871, 34 ss., y a favor de LE ROUX-TRANOY, 1973, 214 ss., aún suponiendo que tuviera razón, no cambia en absoluto un hecho innegable, y es la escasa estructura urbana del Norte en general, y el hecho todavía más importante de que la mayor parte de estos núcleos, incipientemente urbanos, no presentan una implantación romana que pruebe la existencia de una clase social con intereses económicos en el sector romano. Su interpretación de la palabra civitas, utilizada por Plinio, induce a error, por la razón que ya se indica en el texto de que tengan el mismo sentido para Plinio las civitates y los populi, que menciona en los conventos del NO. que las otras agrupaciones humanas conocidas como civitates stipendiariae de los demás conventos del texto pliniano; ver RODRIGUEZ COLMENERO, 1979, 234.
- 92.- Ver mapa 2.
- 93.- RODRIGUEZ COLMENERO, 1977, 106 ss.
- 94.- Ver, por ejemplo, RODRIGUEZ DIEZ, 1909, 24 ss.; para la población de la zona: MAÑANES, 1976a, 39 ss.
- 95.- PASTOR, 1976c, 75.
- 96.- MEZQUIRIZ, 1957, 108 ss.; 1958, con todos los planteamientos generales e históricos; 1965, 379; 1974, 426; 1976a, 189 ss.; BARANDIARAN, 1965, 247 y 1978, donde se recogen los últimos trabajos.

- 97.- SOLANA, 1977, 60, ha recogido toda la documentación sobre esta ciudad y su marcha histórica a lo largo del Alto y Bajo Imperio, aunque se atestigua la crisis evidente a partir de la mitad del siglo III.
- 98.- LE ROUX-TRANOY, 1973, 177 ss.; 1974, 249 ss.; FABRE, 1970, 314 ss.; GALSTERER, 1971, 40 ss.
- 99.- FABRE, 1970, 339. En relación con los conventos jurídicos y sus connotaciones administrativo-jurídico-militares es interesante el trabajo, puesto al día, de SANCHO, 1978, 171 ss., en la línea de corregir y matizar la obra de ALBERTINI, 1923, como indica BALIL, 1968, 198.
- 100.- GOMEZ MORENO, 1925, 39.
- 101.- CAAMAÑO, 1978, 109 ss.
- 102.- BALIL, 1973b, 245; BLAZQUEZ, 1975b, 43.
- 103.- MAÑANES, 1976b, 79.
- 104.- En esta ciudad se tienen testimonios de edificios relativamente importantes que pueden ser fechados en los siglos III-IV, a partir de los mosaicos encontrados: ARMESTO-ARNAU, 1843; ACUÑA CASTROVIEJO, 1973a, 20 ss.
- 105.- Para un esquema de la municipalización ver BROUGHTON, 1965, 126 ss.
- 106.- Ya GARCIA Y BELLIDO, 1966a, 137, pensaba en la municipalidad de León en base a la existencia de un lictor, y el hecho de la canabae de la Legio, había llevado siempre las intenciones de los investigadores hacia el reconocimiento del estatuto de la legio como municipal.
- 107.- ABASOLO-ALBERTOS, 1976a, 406.
- 108.- LE ROUX, 1977, 83; ARIAS-LE ROUX-TRANOY, 1979, 47, sobre la inscripción de Saturnino.
- 109.- GALSTERER, 1971, 47 ss., ver el mapa que adjunta.
- 110.- MANGAS, 1971b, 105 ss., hace un estudio de los gastos habidos en ciudades que implican obras dentro del marco urbano y que, lógicamente, significan un cierto grado de vida "a la romana", de esto no hay que deducir necesariamente la existencia de municipios. Se podría añadir que la presencia de ciertos cargos como los flamines, implican la

presencia de municipalidad, pero su existencia es más frecuente en emplazamientos militares, con lo que su sentido de aculturación queda desvirtuado. Ver ALFOLDY, 1973b. Otros emplazamientos como Monte Cildú, y las deducciones cronológicas de Navascués, basadas tanto en datación paleográfica como en los datos de las excavaciones, prueban una presencia constante desde la segunda mitad del siglo II como núcleo de población, en el que "lo epigráfico" parece florecer con una típica expresión artística indígena. Ver: NAVASCUES, 1970, 192 y GARCIA GUINEA-GONZALEZ ECHEGARAY-SAN MIGUEL, 1966; también, GARCIA GUINEA-IGLESIAS GIL- CALLOCA, 1973.

- 111.- Sobre la formación de esta legión: GARCIA Y BELLIDO, 1970a, 303 ss. Al margen de la Legio VII Gemina, la presencia militar habría sido constante: Tácito, Ann, IV, 5, 1; Strab., III, 3, 8; 4, 20; ver también GARCIA Y BELLIDO, 1951a, 130 ss., ROLDAN, 1974, 156 ss.
- 112.- ROLDAN, 1974, 202.
- 113.- Not. Dig. Occ., XLII, 25-32.
- 114.- ROLDAN, 1974, 213.
- 115.- VIGIL, 1961, 104 ss.
- 116.- Según DIEGO, 1975, 558, aunque no lo justifica.
- 117.- ROLDAN, 1974, 219.
- 118.- ROLDAN, 1974, 217.
- 119.- BARBERO-VIGIL, 1965= 1974, 20; ROLDAN, 1974, 222.
- 120.- BARBERO-VIGIL, 1965= 1974, 13.
- 121.- BLAZQUEZ, 1968a, 137; hay también que citar BLAZQUEZ, 1978b, 485 ss.; ROLDAN, 1974, 238 ss.; 1976, 141, piensa, en general, que desde la época de Augusto, el NO. contará con un verdadero limes con ejércitos estables: tres legiones y seis cuerpos auxiliares que ya con Vespasiano se convertirán en una legión, la Legio VII Gemina, y cuatro cuerpos auxiliares. En principio esto podría relacionarse con el hecho de que tras la situación de crisis del siglo III, la independencia de las gentes del Norte es de nuevo un hecho.

- 122.- DIEGO, 1978, 204.
- 123.- Es imposible entrar en el detalle de esta cuestión, en primer lugar porque la inmensa mayoría de estas inscripciones son difíciles de fechar y además porque las características generales de este trabajo lo impiden. Sin embargo, pueden citarse, a título de ejemplo, algunas referencias sobre la presencia de soldados: GARCIA Y BELLIDO, 1970d; MARTIN VALLS, 1973b, 408 ss. TARACENA, 1942, 32; por ejemplo, la presencia de soldados en Tricio y Calahorra en el siglo III, evidenciable por las inscripciones CIL II, 2888, 2891, etc.; ver el índice epigráfico de ROLDAN, 1974; algunas zonas han sido sometidas a estudios más intensos que prueban los distintos usos legionarios a que fueron sometidas: MARTIN VALLS-DELIBES, 1975, 3 ss.; LOEWINSOHN, 1965, 26 ss.
- 124.- ROLDAN, 1974, 237; véase el emplazamiento de soldados romanos durante los siglos II y III en página 245, mapa.
- 125.- ROLDAN, 1974, 247.
- 126.- ROLDAN, 1974, 258; sobre centuriones y comandante ver LE ROUX, 1972, 89 ss.; PFLAUM, 1970, 353 ss.; ALFOLDY, 1970, 382 ss.; 1969, 117 ss.
- 127.- BALIL, 1960, 181; 1963, 293, para las cuestiones generales.
- 128.- ARIAS, 1972; 1973, 763; 1976a, 55 ss.; ARIAS-CAVADA, 1978, 91 ss.; ARIAS-LE ROUX-TRANOY, 1979; BALIL, 1966a, 208; JIMENEZ, 1973, 290; RODRIGUEZ COLMENERO, 1977, 82, etc.
- 129.- DOMERGUE, 1970, 274.
- 130.- NONY, 1970a, 195.
- 131.- Asociados a los cultos orientales ya estudiados por GARCIA Y BELLIDO, 1968a, 191 ss.
- 132.- Señalado reiteradamente por DOMERGUE, 1970, 253 ss.; 1975, 847 ss.; DOMERGUE-SILLIERES, 1977; DOMERGUE-MARTIN, 1977.
- 133.- SOLANA, 1974, 345; para Orense, por ejemplo LORENZO-D'ORS, 1964, 291; ESTEFANIA, 1960, 20. Sobre vías romanas ver: CAAMAÑO, 1976; 1977; 1977-8; RIVAS FERNANDEZ, 1974; 1976; ROLDAN, 1975, 38-9, 42-43, 68 ss., 72 ss., 88 ss., 98 ss.

- 134.- ARIAS, 1976b, 101 ss.
135.- BLAZQUEZ, 1975b, 10.
136.- Plin., XXXII, 77.
137.- DOMERGUE, 1977, 9 ss., entre otros trabajos; SAENZ-VELEZ, 1974;
CHAMOSO, 1956, 114 ss.; para Portugal ver ALBUQUERQUE, 1962, 166;
sobre León ver LUENGO, 1935, 287 ss., en un trabajo ya clásico.
138.- BLAZQUEZ, 1970b, 117 ss.; DOMERGUE, 1974, 499.
139.- SANCHEZ PALENCIA, 1979, 879 ss.
140.- Plin., XXXIV, 148; a título de ejemplo, para más datos ver: BLAZ-
QUEZ, 1978b, 300.
141.- BANUS, 1973, 443 ss.
142.- MICHELENA, 1973, 335.
143.- BARANDIARAN, 1976, 89.
144.- GORGES, 1979.
145.- CARO BAROJA, 1945, 64 ss.
146.- CARO BAROJA, 1973, 101 ss.
147.- BOBES, 1960, 241 ss.; BLAZQUEZ, 1975a, 209.
148.- MANGAS, 1980, 320 ss.
149.- LE ROUX-TRANOY, 1974, 256.
150.- Para el Norte de Portugal y Galicia: SERPA PINTO, 1934, 161 ss.;
CHAVES, 1936, 21 ss.; ACUÑA CASTROVIEJO-BARRAL, 1973; ACUÑA CASTRO
VIEJO, 1973a y 1973b; 1974a y 1974b; ALFARO, 1977, 261 ss.; ACUÑA
CASTROVIEJO, 1975, 890. Sobre Asturias: JORDA, 1977, 34 ss., 56 ss.;
GONZALEZ, 1976, passim. Para la zona de León: DIAZ JIMENEZ, 1922,
446-462; JORDA, 1962, 21 ss.; FERNANDEZ ALLER, 1976, passim. Para
Burgos: LIZ-CASTRO-URIBARRI, 1971-2, 275-6; MARTINEZ SANTAOLALLA,
1932, 128 ss.; ver para la zona navarra: MEZQUIRIZ, 1953, 272;
1956, 34; 1960, 67; 1971, 188, 291; TARACENA, 1949, 215, 219; 1950,
passim; TARACENA-VAZQUEZ DE PARGA, 1946a y 1946b; 1949, 9-46; LABEA
GA, 1976, 192; GARCIA Y BELLIDO, 1953, 207-217; NAVASCUES, 1959, 228;
ESPINOSA, 1976, 431. Con toda la bibliografía básica para cada empla
zamiento de villae ver: GORGES, 1979, 177-9, 227-239, 252-3, 264,
273-8, 295-6, 319-344, 346, 447-9, 453-4.

- 151.- A título de ejemplo: NOSTRAND, 1959; BALIL, 1972; BLAZQUEZ, 1975b; 1978b; 1978c.
- 152.- GODELIER, 1976a, 245.
- 153.- ACUÑA, 1975, 129.
- 154.- GODELIER, 1976a, 259.
- 155.- FATAS, 1978, 119, sospecha de la existencia de un cobro de impuestos centralizado en la Tarraconense, pero, del excelente trabajo de exposición de MUÑIZ COELLO, 1980, 125 ss., no puede deducirse, en el estado actual conocimientos, que la estructura fiscal fuera realmente efectiva en el Norte Peninsular.
- 156.- A este respecto ver GODELIER, 1976a, 297. Se podrían citar algunos oficios conocidos, a través de lápidas funerarias, ver como ejemplo: MARTINEZ BURGOS, 1935, 7; ABASOLO, 1974a; ALBERTOS, 1977d, 181; ABASOLO, 1977, 61 ss., pero estos datos se refieren a una zona limítrofe del Norte, precisamente el límite entre turmogos y vacceos, y no son significativos para la totalidad.
- 157.- En este sentido son interesantes los trabajos siguientes: GARCIA Y BELLIDO, 1960a; 1963a; PEREIRA MENAUT, 1970; SEVILLANO CARBAJAL, 1964, 160; MAGALLON, 1978, 149 ss.; ALFOLDY, 1973a, 99 ss.; MANGAS, 1971a; BLAZQUEZ, 1975d; ESCRIBANO, 1978; FATAS, 1978; SANTERO, 1978. De los trabajos de estos investigadores se deduce la debilidad que presenta en el Norte Peninsular la estratificación social típica romana. Por lo que respecta a la presencia de gentes de estirpe romana y ciertos movimientos migratorios internos que pudieran probar actividades económicas secundarias, ver: COUCEIRO DA COSTA, 1956, 271; D'ORS, 1953, 377 ss.; GARCIA Y BELLIDO, 1964; PFLAUM, 1966, 3-23; JULIA, 1971; HORTA PEREIRA, 1971, 368-9; TEJA, 1973, 153 ss.; SANTERO, 1978.
- 158.- BLAZQUEZ, 1978b, 543 ss.
- 159.- Sobre tesorillos: PEREIRA-BOST-HIERNARD, 1974, 229, 233, 237; también, MARTINEZ SALAZAR, 1916, 222-3; BOUZA PREY, 1955, 388; FILGUEIRA-GARCIA ALEN, 1959, 55; ACUÑA CASTROVIEJO-CAVADA, 1971, 277; CAVADA, 1972, 233; 1973, 761; FARIÑA, 1973, 747 ss.; BALIL, 1975d.

-150-

Sobre hallazgos de monedas sueltas: FERNANDEZ MARTINEZ, 1956, 25 ss.; GARCIA Y BELLIDO, 1956, 168; FILGUEIRA-GARCIA ALEN, 1959, 83; JORDA, 1962, 169-170; CAVADA, 1972, 219, 231, 228, 238, 239, 240.

oooOooooOooooOooo

151

I V

LA SOCIEDAD TRIBAL
DE LOS PUEBLOS DEL NORTE

1.- Problemas generales, substrato, diversidad y lengua.

Abordar el estudio de la sociedad indígena del Norte Peninsular es traer a la memoria inmediatamente aquella escuela de investigadores que, influidos por los estudios dimanados de la escuela de Viena, acuñaron términos como paletnología, etnogénesis, etc y en cuyos escritos (1) aparecían frecuentes referencias a Gordon Childe y a Pía Laviosa. Fue la época en que la etnología comparada obtuvo algunos aciertos y muchas críticas. El interés por los estudios etnológicos puso en evidencia la necesidad de conocer a las poblaciones que recibieron el "soplillo cultural benefactor" de Roma. Poco ha quedado, durante años, en la bibliografía no inmediatamente reciente, de áquel interés hacia la paletnología peninsular, si se exceptúa un honroso y casi único ejemplo: Julio Caro Baroja. Discípulo, también, de la escuela de Viena, el insigne maestro de maestros, relacionó la teoría de los ciclos culturales con los datos del geógrafo Estrabón, y puso así de relieve las pervivencias etnográficas todavía vigentes entre un conjunto de pueblos: Los Pueblos del Norte. La obra de Caro Baroja se ha convertido, al igual -- que su otro trabajo Los Pueblos de España, en un punto de partida para cualquier investigación moderna sobre la población prerromana de la Península Ibérica. Y de tal manera ha influido que, cuando se habla de -- gentes del Norte, no se piensa en el Pirineo Oriental, es decir, ni en laietanos, cerssetanos, indigetes, ilergetes, iacetanos, etc., sino que, inmediatamente, se relaciona con vascones, cántabros, astures (2), galaicos, como grupos mayores que van acompañados de otros grupos menores, carístios, várdulos, autrigones, berones.

Desde que Caro Baroja escribió su obra Los Pueblos del Norte -y dado que en la segunda edición apenas ha hecho añadidos-, la verdad es que la investigación ha progresado notablemente; se puede decir que se conocen más datos, aunque no siempre estos datos permitan deducir o explicar fenómenos históricos o aspectos socio-económicos de los grupos tribales que formaron estos pueblos.

Pero no solo han progresado los datos en poder de los investigadores, también han progresado notablemente las herramientas necesarias para llevar a cabo esa investigación. Hoy día se dispone de un -- conjunto de teorías científicas que, con un elevado porcentaje de probabilidad, permiten explicar el comportamiento de los seres humanos dentro de los mecanismos de integración socio-económicos en que se mueven las comunidades primitivas. Gracias a esas teorías, y con la ayuda de los datos que la arqueología vaya aportando, se pueden ir conociendo algunas páginas de la historia de las poblaciones primitivas de la Península Ibérica.

Es indudable que todavía no puede escribirse una Historia de la Población Indígena, independientemente -y por lo que se refiere al Norte-, de que se incluyera el período anterior o posterior a la llegada de los romanos. No se está en condiciones de escribir una historia pormenorizada de la época anterior a la conquista romana porque faltan todavía muchos datos y, por lo que respecta al período de la presencia romana, porque todavía la parte más importante de esa histo

ria se conoce a través de los escritores clásicos, sufriendo así una interpretatio deformante. Pero no son solo los datos recogidos de los autores clásicos griegos y latinos los que sufren de una interpretatio, sino que son también otro tipo de fuentes, de muy diferente índole, las que adolecen, asimismo de interpretatio, aunque de otro cariz. Se trata, como era ya previsible, de ese conjunto de material epigráfico que, escrito normalmente en un mal latín, o mejor dicho, en un latín provincial (3) sirven de vehículo de expresión, tomado prestado a los romanos, para narrar una historia, que no será exactamente su historia sino la parte de la Historia que puede contarse a través de un documento epigráfico. Para conocer el resto, sería mejor decir parte del resto, la única fuente -aparte de las citas clásicas- será la investigación arqueológica. Y al llegar aquí es donde verdaderamente hay que constatar que todavía la arqueología del Norte Peninsular no tiene suficientes páginas escritas para contar esa historia. Se pueden, eso sí, entrever algunos atisbos, algunos problemas, algunos rasgos de esa sociedad indígena, pero muchos de esos rastros quedan enmascarados por la presencia de otra cultura, la romana, que, si bien es verdad que en otros lugares de la Península se fundió totalmente con la sociedad autóctona, así, por lo que puede predecirse, no ocurrió de la misma manera.

A través de ese material epigráfico se han podido conocer nombres de personas, nombres de sus grupos familiares, grupos de distinta índole suprafamiliar; se pueden apreciar creencias funerarias y

religiosas, se pueden, incluso, intentar deducciones más generales, ideológicas (4), aún con todos los riesgos que esto conlleva; a veces se puede incluso conocer su actividad económica, ganaderos, agricultores; de-
tectar profesiones, entrever status... el resto, naturalmente, hay que deducirlo.

Estas deducciones a que se refiere el párrafo anterior no son imposibles, aunque necesariamente sean de difícil valoración y contengan un cierto porcentaje de riesgo.

Para este tipo de planteamientos, la sociedad indígena goza de una situación ventajosa, y es el bajo grado de Aceleración Histórica por el que transcurre la evolución de las sociedades primitivas. Precisamente por ello es posible utilizar, para el conocimiento general de estas sociedades, datos de las fuentes que, necesariamente, están separados por períodos de tiempo considerables, pero que, sin duda, no expresan diferencias drásticas de la cultura indígena. A partir de estos datos y de los que aporte, en un futuro la arqueología, quizá pueda escribirse algún día la historia de esos indígenas, pero, por el momento, hay que limitarse a esbozar algunos de los caminos por donde pueda ir esa investigación.

Frecuentemente, la investigación se comporta con las sociedades primitivas, sobre todo cuando se encuentran dominadas por una cultura superior, sin considerarlas como formaciones económico-sociales independientes, como gestes desprovistas de toda norma de conducta social,

sin derechos, sin obligaciones, sin estatuto o ley por la que regirse. Gentes que da la impresión de que viven al amparo de la cultura que las coloniza. Sin embargo, la moderna antropología cultural constata la compleja organización de estas sociedades, que no necesitan de un derecho codificado para poseer leyes de comportamiento, relaciones de parentesco, profundas creencias en las que no se puede separar lo sagrado de lo profano y lo económico de las relaciones de parentesco.

Dado el fin último del presente trabajo -considerar el cambio producido en la sociedad indígena por la presencia romana-, el camino que se presenta como útil consiste, simplemente, en separar aquellos elementos de la sociedad colonizable para poder apreciar cómo los cambios pueden afectar de forma diferente en unos niveles estructurales que en otros, es decir, ver la forma de los niveles socio-políticos e ideológicos separadamente de los niveles económicos (5). Tratándose de sociedades precapitalistas, y más concretamente primitivas, significa estudiar separadamente lo que afecta a la organización social y a las relaciones de parentesco de lo que puede referirse a lo meramente económico, y esto, simplemente, por una cuestión práctica, dado que en la realidad esta separación es teóricamente imposible. Por lo que respecta a los niveles ideológicos hay que darle al término el valor que se deduce de un hecho elemental: "lo que piensan los hombres hace de la sociedad en la que viven. Una parte de eso que piensan puede ser comprensión, consciencia; pero la mayor parte es ideología. Son ideología las representaciones acerca de sí misma que la sociedad produce en las cabezas

de sus miembros, representaciones que carecen de carácter científico, pero que corresponden a esa sociedad como una de las condiciones de su existencia" (6). A nadie se le escapa que intentar estudiar la ideología de una sociedad a través de sus restos materiales es, verdaderamente, una cuestión árida, pero, pensando un poco en el problema, puede llegarse a admitir que los aspectos religiosos de una cultura son parte, tremendamente importante, de esa ideología, y en el capítulo V se aborda el estudio de esta problemática, a través, precisamente, de esos restos de cultura material, llamados también "artefactos" por los arqueólogos. Las creencias de los Pueblos del Norte pueden estudiarse a través de sus restos epigráficos y de las noticias aportadas por los escritores clásicos, pero ¿qué puede averiguarse de su infraestructura económica? ¿qué de su superestructura socio-jurídica? Es indudable que tanto una como otras están íntimamente imbricadas, que a unos ciertos niveles o sistemas económicos corresponden una estructuras políticas, jurídicas e ideológicas que son diferentes para cada tipo de sociedad (7). Es decir, que todos estos niveles o estructuras forman un todo inseparable que es necesario estudiar separadamente para intentar comprender esa totalidad.

Hay que partir de una cuestión que es necesario señalar. Ni es factible pensar que todos los grupos humanos del Norte Peninsular se encontraran al mismo nivel en el desarrollo social, ni, por otra parte, las fuentes informan por igual de todos estos grupos; de este modo, los planteamientos que se hagan se refieren a los aspectos genera-

les deducibles sobre la base de que los subsodichos Pueblos del Norte tienen una serie de elementos comunes, aunque, cuando las diferencias puedan ser drásticas, se intentaran explicar. El territorio en que se circunscribe el concepto de Pueblos del Norte es variado en extensión y diverso en sus características ecológicas, aunque entre, a grosso modo, en el calificativo de España Húmeda. Para Caro Baroja, el problema queda delimitado desde un enfoque etnológico y geográfico general (8), basándose en la apreciación de Estrabón (9) sobre la igualdad de las costumbres de galaicos, astures, cántabros y vascones. El propio Caro Baroja constata la similitud etnológica de estos pueblos (10) y sus semejanzas con los elementos culturales señalados por los textos antiguos. A pesar de todo esto, como se ha podido apreciar en el capítulo anterior, la implantación romana presenta diferencias de matiz entre algunas zonas y diferencias notables entre otras (11). El hecho es que a los ojos del investigador, y por parcas que sean las fuentes en este sentido, los diversos pueblos no presentan culturas totalmente uniformes y ello a pesar de datos como el de Estrabón de que la mayor parte del año se alimentaban de bellotas (12); esto vale, en general, para los habitantes de las zonas montañosas pero no para toda la región al mismo tiempo. Las características concretas de cada entorno producirán una respuesta diferente, de tal manera que la estructura económico-social dependerá de la incitación ecológica, o, dicho en otras palabras, el modo de producción de cada grupo en cuestión, tribus o poblados incluso, será siempre una forma de adaptación a las limitaciones del medio, "pero estas limitaciones son igualmente el producto del propio me-

do de producción. Debido a esta doble causalidad, el progreso de las fuerzas productivas y las transformaciones de las sociedades no quedan definitivamente bloqueados, fijados en las formas de adaptación existentes, experimentadas y regidas con éxito desde hace mucho tiempo"

(13). Se da el caso de que, como indica Godelier, algunos grupos humanos se estanquen en el sentido del desarrollo económico y social y ello debido a que su bloqueo "sea una adaptación demasiado feliz a un medio que ofrece en abundancia un escaso número de recursos". Puede pensarse inmediatamente en el caso de vascones -los del Norte de la actual Navarra-, várdulos, e incluso caristios, norte de cántabros, astures y galaicos, entre los cuales el pastoreo y la pequeña agricultura han pervivido precisamente por una adaptación de este tipo (14). Tal vez podría plantearse una relación vinculante entre esta adaptación a un medio de escaso número de recursos y las teorías de la subproducción opulenta elaboradas y defendidas por Sahlius (15) en el sentido de que esta adaptación produce un bloqueo que, por sus propias limitaciones, pervive largo tiempo, si nada viene a modificarlo fundamentalmente. El caso extremo de este proceso sería el de los vascones del Norte de Navarra, cuya estructura económico-social se mantuvo aislada cientos de años.

Las variantes se presentan, por lo tanto, según dos magnitudes fundamentales, la altitud, por lo que respecta al tipo de economía que impone la montaña, y la latitud, que, condicionada por la primera, sólo se ve alterada por la existencia de valles fluviales,

como es el caso del Ebro o de otros condicionantes locales. Esto desde un punto de vista etnográfico y cultural; pero la cuestión es mucho más compleja de lo que aparece a primera vista. Mezclado con esta problemática se da, además, un factor determinante, el de la existencia de un substrato.

En principio, el problema de las diferencias culturales no tiene nada en común con el de las divisiones tribales, y, sin embargo, muchas veces se han querido ver, de un modo general y abstracto, las primeras en función de las segundas. Se ha llevado, incluso, hasta límites exagerados, el basar determinadas instituciones, creencias, modos de vida, según su pertenencia a uno u otro grupo. Naturalmente, no se aprecian estas ideas más que a un nivel muy general, en el seno de creencias, modos de vida, según su pertenencia a uno u otro grupo. Naturalmente, no se aprecian estas ideas más que a un nivel muy general, en el seno de creencias populares, y no en trabajos de investigación.

El conocimiento de estas diferencias culturales depende casi, exclusivamente, de una progresiva investigación arqueológica, dados los exigüos informes que las fuentes clásicas, griegas y latinas, proporcionan al respecto. Aunque, naturalmente, no hay que descartar nuevas lecturas y análisis de los datos aportados por los historiadores clásicos (16), sin embargo, previsiblemente, sus aportaciones serán, proporcionalmente, menores que las que puedan deducirse de una investigación arqueológica bien programada.

Pero, en realidad, por lo que respecta a estos pueblos, es más fácil hablar de rasgos comunes que de diferencias culturales. Uno de los principales rasgos en común queda patente por la análoga respuesta a la penetración romana, por lo menos en aquellas zonas en que se dió esta penetración; es obvio señalar que donde no se dió, o parece que no se dió, no puede juzgarse la respuesta, caso de várdulos y caristios.

Se han citado ya, por lo tanto, tres cuestiones que están en relación con diferencias o divisiones entre los pueblos del Norte. Y son: a) El problema étnico, relativo al sustrato, cuyo estudio se efectúa, mayoritariamente a partir de onomástica, antroponimia y teonimia; b) las divisiones tribales, cuya estudio pasa por las divisiones administrativas romanas y la visión de los autores clásicos, sobre todo Ptolomeo; c) los rasgos culturales que prueban elementos comunes.

a) El problema del sustrato está intimamente ligado con la cuestión lingüística dado que ésta se toma como rasgo diferenciador de aquel. Caro Baroja, ante la duda de si se podía o no considerar un exceso la inclusión de los Pueblos del Norte en un área cultural, indicaba claramente que había que matizar suficientemente el problema, dado que "desde los puntos de vista lingüístico y antropológico no cabe afirmar que, desde los galaicos hasta los vascones, hubiera unidad" (18). Daba este autor un repaso a las teorías de Sehulten y Bosch Gimpera, y terminaba por admitir que no podía negarse la presencia de elementos

celtas, hallstáticos y posthallstáticos puestos en evidencia por descubrimientos arqueológicos en todo el territorio de los Pueblos del Norte. A incidir sobre todo este problema viene la idea, absolutamente aceptada por los investigadores, de la evidente indoeuropeización del Norte Peninsular -amén de otras zonas que aquí no son objeto de estudio- pero, naturalmente, de una indoeuropeización previa a la existencia del mundo celta. Hace ya tiempo que en la investigación española apareció el problema de la presencia en el Norte de los lígures o illirio-lígures (19) y todavía hoy algunos estudiosos, trabajando desde la vertiente onomástica, creen poder confirmar la presencia de nombres lígures en estelas de várdulos, autrigones, turmogos, cántabros -grupos vadinienses-, astures, vacceos, vettones (20).

Por lo que respecta, en general, a la presencia indoeuropea los testimonios unánimes de los investigadores son tan abundantes que está fuera de lugar refundirlos aquí todos, básten algunas consideraciones tomadas del más eminente estudioso del tema. Tovar resume así el problema: "podríamos suponer una primera invasión indoeuropea, de tiempos aún anteriores a la edad del hierro, que presenta rasgos lingüísticos no celtas, principalmente al Norte de la Península. Después, tal vez, cabe distinguir dos o tres invasiones de celtas. La toponimia en -briga podía relacionarse con la primera. Probablemente hay que separar los de los celtíberos, que, sin embargo, son como los de briga, un pueblo pre-galo. Como una invasión ulterior, probablemente gala, tendríamos los restos toponímicos en -dunum (...). Los celtíberos constituyen el principal elemento indoeuropeo en la Península (...). Algún elemento

céltico posterior, de tipo britónico, es decir, afín a los galos, se acredita en penetraciones esporádicas de las que no hay constancia en los recuerdos históricos. En cuanto a los ilirios, si sería arriesgado hablar de ellos en las invasiones indoeuropeas más antiguas, hacia el 1.000 ó antes, evidentemente que ciertos rasgos atribuibles a ellos podrían explicarse por invasiones posteriores mezcladas con los celtas" (21).

Esta presencia indoeuropea es constatada por los estudios de toponimia y antroponimia. Su estudio plantea la existencia de áreas de dispersión, o provincias lingüísticas, en cuanto a la presencia de ciertos rasgos determinados mediante teónimos, antropónimos y topónimos que no coinciden con las demarcaciones tribales (22) pero que resultan fundamentales en todo estudio lingüístico y esto probaría lógicamente, que los grupos étnicos del Norte Peninsular tienen asimilada a una población indoeuropea dispersa, muy posiblemente llegada en distintas oleadas, puesto que así parecen probarlo los diferentes estratos lingüísticos. El problema más importante sobre este tipo de deducciones sería el que se deriva de la investigación sobre la onomástica, planteado reiteradamente, entre otros, por Michelena, que sostiene lo peligroso que resulta partir de deducciones sobre onomástica, dado el hecho significativo de que ésta puede responder a modas entre poblaciones que no son portadoras, en su substrato lingüístico de ciertos nombres que sin embargo están vigentes en un momento dado (23), y no hay que olvidar, además, que todos estos datos antroponímicos proceden de época romana, en

la cual serían más factibles los movimientos internos de población, como muy bien ha constatado García Merino para el convento cluniense y el N.O. Peninsular (24). Estos movimientos internos conllevan la aparición de inscripciones en lugares incluso dos veces muy distantes del lugar de nacimiento del personaje, lo que añadiría un porcentaje de error a las deducciones basadas en la onomástica, aunque sea difícilmente valorable y presumiblemente no muy grande.

De cualquier forma la indoeuropeización del Norte es un hecho admitido por la mayoría de los investigadores aunque ciertos pueblos presenten una menor mezcla de sus elementos posteriores celtas; este es, tal vez el caso de los astures. Efectivamente, mientras se hace difícil analizar en profundidad los elementos indoeuropeos preceltas, los estudiosos del tema discuten sobre la presencia del elemento celta dentro del Norte, tratando de salvar de la última oleada indoeuropea (25) ciertas zonas del territorio. Así, por ejemplo, niega Blanco que en la Galicia castreña se encuentren elementos celtas de La Tène (25 bis), y considera que no debe darse el término de celta a culturas anteriores, admitiendo, por lo tanto, que solo se podría aceptar el concepto, refiriéndolo a un contexto muy amplio, en relación con la teoría expresada por Boch Gimpera (26). De la misma manera, para el territorio de los astures Lomas expresa la opinión de que a pesar de que "el 98% de los antropónimos no latinos son indoeuropeos muchos de ellos claramente celtas, algunos, aunque pocos, ciertamente ligures o ilirios y una minoría, cuya raíz se desconoce, pueden ser hispanos de la cepa neolítica o del Bronce Atlántico I (...), a pesar de estos testimonios lin

glífticos (...) el hecho de que un pueblo tome la lengua de otro y se apropie de su onomástica, el hecho de la identidad de lenguas no supone ni demuestra identidad de instituciones". Para este autor no puede valorarse como transcendental la presencia de los indoeuropeos -celtas concretamente- puesto que los astures muestran unas características muy diferentes, por lo que se refiere a su estructura económica y social, a sus vecinos indoeuropeizados y celtizados, (27), pero esto no significaría, evidentemente, la falta del elemento indoeuropeo fundamentalmente celta.

La toponimia viene en auxilio del investigador para probar, no solo el substrato más antiguo indoeuropeo, sino el más reciente celta (28); pero aquí se plantea un problema de graves consecuencias para el investigador, y al igual que las deducciones sobre época romana basadas en toponimia latina, también las observaciones efectuadas sobre la toponimia de origen indoeuropeo pueden suponer substratos inexistentes. La cuestión ha sido muy bien planteada por Manfred Faust recientemente, al indicar como las explicaciones toponímicas se han basado en dos sectores " o bien 1) a lenguas históricas o 2) a estratos contruídos (...). Los estratos son deducidos de nombres propios, glosas y supuestos préstamos, pero no verificados por textos coherentes. Ejemplos son el ligur, el ilirio, el antiguo-europeo, los llamados sustratos mediterráneos.- En la medida en que antiguos topónimos pueden ser explicaciones lingüísticamente, estas explicaciones sólo pueden ser obtenidas, en nuestra opinión, de lenguas históricas. Explicaciones que se basan en estratos contruídos, se fundan generalmente en círculos viciosos porque

no se consigue definir los estratos contruidos mediante rasgos característicos que solamente corresponden a estos estratos" (29). Esta cita de Faust, extensa por necesaria, matiza muy bien el problema del análisis toponímico. Hay que prescindir, por lo tanto, de ciertas consideraciones sobre ligures o ilirios y acercarse más a realidades históricas próximas, rastreables en los restos de topónimos originarios de lenguas históricas.

Toma así nueva fuerza el problema del celtismo, como realidad histórica observable; el concepto debe ampliarse hasta incluir a la cultura de Hallstatt, dando así a todo el Occidente Europeo un elemento de unidad previo a la ocupación romana. Por lo menos así lo quiere ver Harmand, un mundo rebelde y reticente a la penetración romana (30); aunque esto entraría en contradicción, por lo que se refiere a la Península Ibérica, con un hecho apuntado en el capítulo anterior: la posible aceptación de la romanidad en entornos más claramente celtas; Sur de vascones, zona de turmogos y berones e, incluso, explicaría que los autrigones presenten una mayor implantación romana. Sin embargo, la hipótesis es muy arriesgada, ya que otras razones de índole geográfica, de mayor rentabilidad en la explotación de recursos permite no solo justificar la presencia romana, sino también la de cualesquiera otros pueblos que hubieran llegado antes, que se encuentran emplazados no muy lejos de sus lugares de acceso a la Península. Las riberas del Ebro serían así las primeras zonas fértiles que encontraron en su camino de penetración, al igual que para los romanos fueron las últimas en

el sentido de la penetración desde el Mediterráneo.

Por la problemática apenas esbozada puede fácilmente comprenderse que la cuestión del substrato no es fácilmente dilucidable a pesar de los auxilios que pueda aportar la onomástica y la toponimia, teniendo en cuenta además, aunque ello no es demasiado impedimento, que los datos de la onomástica se elaboran a partir de un material epigráfico que puede ser considerado, por sus fechas de finales del s. II, s. III, e incluso s. IV para otros autores, más un "renacimiento de lo celta", que una prueba de la situación en el Alto Imperio. En cualquier caso se parecería más al contexto de la época de las guerras cántabro-astures. A toda esta problemática viene a sumarse que, para interpretar correctamente el contenido del término "celtas" (31), no hay que pensar en los celtas de la cultura de La Téne, sino más bien analizar lo que significa en los escritores antiguos el nombre de celtas en Hispania. Para ello nada mejor que citar las palabras de Tovar de su breve y ejemplar trabajo sobre este importante problema: "los celtas con ese nombre de celtas predominaron en Hispania en la Celtiberia y la Beturia y Sur de Portugal, y mezclados con otros pueblos, en Galicia. Naturalmente, que la toponimia por una parte, y los restos arqueológicos por otra, pueden hablar de una extensión mayor (...), del examen de los datos parece que celtas se llamaron los más recientes de los invasores hallstáticos, no todos ellos, y en modo alguno los que pudieron llegar con cultura de La Téne. Los resultados acusan la presencia de las gentes que se llamaron celtas en una extensión que pudiera hacerse coincidir con la

que el arqueólogo W. Schüle ha llamado cultura del Tajo. Junto a este aparecen como celtas los pueblos de la Galicia Lucense que a Estrabón le parecían semejantes a los del sudoeste " (32). La transcendencia de estas palabras es grande por cuanto significa una nueva interpretación de los problemas del substrato que podrían resumirse así:

Elementos indoeuropeos, procedentes de oleadas sucesivas dispersas y amalgamadas con pueblos autóctonos de antigüedad manifiesta, cuya fuerza se muestra en zonas determinadas, galaicos, astures y vascos fundamentalmente.

Presencia de pueblos llamados celtas por los antiguos cuyas culturas son del tipo Hallstatt y posthallstáticas, pero nunca de La Tène. Dichos grupos, por lo que respecta al Norte se presentan en la Galicia Lucense. Muy posiblemente sus elementos constituyentes, linajes, clanes, se encuentran amalgamados con la sociedad precedente, pero manteniendo cierta preeminencia dentro de los grupos así formados. Su presencia podría ser la constitutiva de la sociedad castreña. Como muy bien indica Tovar estos "celtas" estarán rodeados de pueblos se puede pensar que tenían rasgos lingüísticos de tipo celta, otros posiblemente no. Pero de lo que Tovar parece estar seguro es de que esta penetración debió de ser un factor de unificación lingüístico, justificándose así la onomástica indoeuropea, muy dispersa y al mismo tiempo muy uniforme. De aquí puede deducirse que las investigaciones sobre onomástica no ayudan, más que en un porcentaje menor, a definir los

grupos étnicos presentes en la geografía del Norte. El concepto moderno de cultura, conjunto de mecanismos que adopta el hombre por adaptarse a su medio, no se podría identificar ni con los grupos étnicos, ni con las unidades lingüísticas ni con los grupos tribales. Por lo tanto, las culturas que existieran entre los Pueblos del Norte estarían homogeneizadas en cuanto a sus elementos culturales, producto de un medio análogo -hechas como siempre, las salvedades o excepciones ya conocidas- pero conservarían preponderancias étnicas y lingüísticas de diferente signo y en grado diverso.

En algunos casos concretos pueden citarse nombres evidentemente célticos; entre los turmogos, por ejemplo: Elaesus, Matigenus, Coemea, Antoema, Segius que como indica Lourdes Albertos, prueban la existencia en Lara de los Infantes de onomástica céltica junto con otros elementos no célticos y que permiten plantear casi todos los problemas lingüísticos de la Hispania indoeuropea" (33). Ejemplos como este se repiten en cada zona y no es caso de hacer reseña de todos ellos; los trabajos de onomástica permiten formar familias de indudable raíz lingüística, pero, como ya queda dicho, no trasciende a lo cultural (34), ni significa grupos tribales. Es únicamente prueba de una dispersión que puede ser tanto de personas de raíces lingüísticas diversas, como de modas surgidas ya en época romana, como de movimientos de itinerantes, señalado en su día por García Bellido (35).

Se hace evidente, por lo indicado más arriba, que el proble

ma del substrato y -para lo que hace al análisis de la investigación- pasa por los estudios de los lingüistas y se convierte así en el interrogante de cuáles eran las lenguas habladas por estos Pueblos del Norte.

Dejando atrás la cuestión del vascoiberismo que ha sido superada por la investigación a partir de los trabajos de Caro Baroja, olvidada por tanto la idea de un substrato lingüístico, común peninsular, el problema se reduce al análisis de las pervivencias y su influencia posterior indoeuropeizadora, teniendo en cuenta, además, los diferentes estratos lingüísticos indoeuropeos que han dejado su huella en la toponimia y antroponimia; porque una cosa es que la delimitación de provincias lingüísticas, en relación con las tribales, sea poco menos que im- planteable y otro que estas deducciones toponímicas no sean el único recurso para probar los elementos del substrato, por muchos riesgos que lleve consigo.

El tratamiento del problema encuentra en Caro Baroja una visión general bastante razonable. Niega el investigador que pueda pensarse en un corrimiento de la lengua vasca desde el territorio de vascones hasta el actual País Vasco: "los vascones meridionales perdieron la lengua vieja en épocas muy remotas, y que, en cambio, los de la parte montañosa, así como los vardulos y los caristios del N., la conservaron merced a varias causas, desde fechas igualmente remotas: buscar un substrato no vasco en el país que ahora habla vascuence, y esto a base de

unas cuantas inscripciones de época romana, me parece posible pero arriesgado, y más si se tiene en cuenta que los límites dialectales señalados por los lingüistas el siglo pasado, coinciden a veces con los de las viejas divisiones de las tablas de Ptolomeo, y no con las políticas en provincias, mucho más modernas" (36). A pesar de la claridad de este punto de vista, la cuestión de la lengua vasca y sus corrimientos en la Edad Antigua ha sido muy discutida. Hoy es unánime admitir, por la mayor parte de los investigadores cualificados, que el vasco actual es reliquia de una serie de lenguas implantadas en una zona más amplia que la que pudiera darse en la Edad Media, aunque tal vez no mucho más. Michelena piensa que el vascuence debió de estar a punto de extinguirse a fuerza de ver reducirse sus dominios, y que esta extinción no llegó a consumarse por la "temprana descomposición de la organización imperial en esta zona" (37). El testimonio de Luis Michelena tiene gran importancia puesto que es posible poner en relación los nombres indígenas de la estela de Lerga (38) con un hecho trascendente. Mientras que la epigrafía del Norte testimonia antroponimia indoeuropea en toda su totalidad, y algunos autores insisten en que no se puede hablar de vasconismo para vardulos, caristios, y autrigones, es un hecho que pueden ser hablantes vascos aunque la onomástica de la epigrafía sea indoeuropea.

El problema de las lenguas del Norte se ha centrado en torno a la vasca dado que es la única que ha sobrevivido. Pero ¿qué hablaban el resto de los grupos humanos del territorio? Aquí la opinión

coincide entre los investigadores. Para Tovar, y por lo que se refiere al Norte, sólo los vascos hablaban una lengua no indoeuropea (39) pero hay que entender que si bien es verdad que cántabros, astures y galai-cos habían sido indoeuropeizados, también lo habían sido los vascos, como prueba el léxico vascón, y sin embargo su lengua se conservó. Posiblemente por razones de aislamiento de algún grupo de la zona septentrional de Navarra, muy en relación con la zona vaso-francesa, y también por el aislamiento producido en la época visigoda, ya evidente desde el Bajo Imperio, como prueban las cartas de Paulino de Nola a Ausonio.

Caro Baroja admite que la lengua vasca sería hablada por vardulos y caristios, parte de los vascones -dado que la zona meridional habría sido latinizada tempranamente- y parte de los autrigones (40), con los autrigones se plantea el problema de su, parece, evidente celtismo, pero es indudable que bajo ese indoeuropeismo que evidencian las fuentes toponímicas y antroponímicas (41) pudiera pervivir un substrato afín, sino igual, al vasco. En general los investigadores no aceptan en la zona más lengua no indoeuropea que el vasco de los vascones, vardulos y caristios. Pero esta interpretación tiene sus oponentes. Caro Baroja defiende, aunque sin acaloramientos, que los cántabros por sus afinidades con los aquitanos, que citan las fuentes literarias, debían de hablar una lengua similar o afín al vasco (42), lo que también defienden otros autores como Iglesias Gil (43). González Echegaray apunta lo problemático de tal suposición indicando que en cualquier caso supondría un residuo lingüístico verdaderamente exiguo y de difícil

cil composición (44).

Caro Baroja insiste en admitir una lengua común para el Norte, aunque subdividida en dialectos, exceptuando a los astures y galaicos en los que reconoce un idioma céltico según lo observa Plinio (45).

Por lo que respecta a los berones y turmogos puede aplicarse lo mismo que a los autrigones sin más que aumentar el grado de celtización. En el caso de los primeros la zona de contacto con los vascones no plantearía demasiados problemas dada la latinización de estos últimos en la época de las guerras cántabro-astures. Y por lo que respecta a los segundos su grado de indoeuropeización se muestra, si cabe, más fuerte aún, como puede desprenderse del uso de la antroponimia, aún con todas las salvedades ya referidas (46).

Resumiendo el problema sobre las lenguas, y en vista de los testimonios de los investigadores, se puede apreciar como muy positiva, en la línea de Michelena, que la presencia de onomástica indígena no debe enmascarar la posibilidad de que, a pesar de la fuerte indoeuropeización, durante la época romana se siguiesen hablando, lenguas no indoeuropeas, afines al vasco, en un amplio territorio que incluiría a los vascones hasta el Valle de Arán (47) por el Este, y tal vez hasta los Cántabros por el Oeste. Por el Sur podría llegar hasta el territorio de Turmogos, por lo menos la zona Norte, y contaminar a los berones en el N. de la actual provincia de Logroño. Vuelve aquí a aparecer el discutido tema de las deducciones lingüísticas sobre los antropónimos y

su repercusión histórica. Puede interpretarse que los testimonios antroponímicos están en relación con ciertos individuos que, durante la época romana, son tanto los representantes de una jerarquía tribal como, y por la misma razón, los únicos que tienen acceso a unos determinados bienes de prestigio, como son las inscripciones en lengua latina. Para que esta interpretación tuviera valor habría que demostrar que es precisamente entre estos individuos donde está presente la onomástica de tipo indoeuropeo, bien por pertenecer ellos mismos a una vieja ascendencia indoeuropea, bien por el hecho de que ciertas modas, relativas al uso de la onomástica, como indica Michelena, se den precisamente entre determinadas jerarquías, tal vez como expresión de un significado semántico, o tal vez por cualquier otra razón que en principio se escapa a la investigación. Hay que admitir que esta hipótesis no puede pasar de ser eso, una hipótesis, pero, en cualquier caso, puede servir de pauta para futuras investigaciones lingüísticas. Naturalmente, es labor de los especialistas en lingüística intentar relacionar el significado semántico de ciertos nombres con el concepto de jerarquía, del que se tratará más ampliamente en las páginas siguientes. Queda tan solo apuntada la idea.

Tendrían así cierta lógica los datos que sobre dispersión de antropónimos ofrecen los trabajos de Albertos y Untermann, como ya se ha indicado reiteradamente, cuyas áreas de dispersión no se corresponden con ninguna otra distribución ni de pueblos ni de tribus. Tal vez las stirpes indoeuropeas representen una función guerrera en la

estructura social indígena, a pesar de su entronque con el elemento autóctono. Eso explicaría tanto su omnipresencia como la pervivencia de lenguas no indoeuropeas hasta muy entrada la época romana. Allí donde ciertas condiciones especiales no permitieron este fenómeno, la lengua y la caída del Imperio mantuvieron lo preindoeuropeo, la lengua de los vascones.

b.- El problema de los límites tribales, se decía páginas atrás, que era necesario abordarlo a través del estudio de las demarcaciones administrativas romanas. Si es verdad que cada autor, que ha trabajado una zona en concreto, ha planteado el corrimiento de la frontera, Kilómetro más o menos, también es verdad que todos y cada uno de ellos parten de tres elementos fundamentales: las Tablas de Ptolomeo, el artículo de Sánchez Albornoz y la obra de Caro Baroja (48). En estas dos obras se detallan minuciosamente las posibles fronteras de estos pueblos, que en algunos casos han ido modificándose en razón de determinados testimonios epigráficos; tal es el caso de la delimitación occidental de los astures presentada por Lomas (49), y sin calificar por ello de bizantina a la discusión, el problema de los límites no tiene, tal vez, una trascendencia histórica, dado que las comunidades tribales se interfieren por lo que respecta al hábitat, dependiendo tanto de las necesidades económicas y demográficas como de las características del territorio circundante. En relación con esto sería necesario admitir que las indicaciones de los autores clásicos tienen un sentido global más que un intento de precisión geográfica. Respetando, por lo que pudieran tener de positivo, los trabajos de delimitación de los

investigadores, lo único honrado es remitir al lector a sus publicaciones (50).

c.- Por lo que respecta a los rasgos comunes de los Pueblos del Norte, es necesario indicar que algunos de sus elementos, relaciones de parentesco, organización social, estructura económica, etc., tienen un tratamiento especial en los apartados siguientes. Aquí, por lo tanto, solo caben algunas apreciaciones de índole general y de la mayor brevedad.

Las semejanzas reflejadas etnohistóricamente Caro Baroja las relaciona con elementos etnográficos modernos y éste es, tal vez, uno de los rasgos más sobresalientes de su libro Los Pueblos del Norte, y como él mismo indica en el prólogo a la segunda edición, el más problemático.

Señala, muy acertadamente, Caro Baroja algunos de los rasgos que justifican la inclusión de galaicos, astures, cántabros, autrigones, várdulos, caristios, vascones, berones y turnogos en un solo ciclo histórico-cultural: ausencia de urbanismo, ausencia de control por parte de otros pueblos que en la Historia dominaron en otras regiones de la Península Ibérica. Y se podrían añadir algunos más que, aunque el autor no los destaca especialmente, están implícitos en el contexto, y son, por ejemplo: parecida respuesta a la presencia romana, análogo nivel observable de indoeuropeización, aunque, como expresamente indica Caro Baroja, lo vasco aparece como una extrapolación del problema.

Por el simple procedimiento de relacionar una realidad etnográfica con la visión de un historiador de la Antigüedad, Estrabón, se establece así un área cultural cuyo mérito consiste en dar una "im presión general de las características dominantes de una serie de sociedades a señalar el parentesco que expresa una historia en parte común" (51). De tal manera que Caro Baroja aprovecha los mejores logros de la escuela de los ciclos culturales sin caer en su antievolucionismo macanicista y en las contradicciones que le han señalado en relación con su difusionismo esquemático, dado que "la Kulturkreislehre no quiso acometer el trabajo de separar lo que es arbitrario de lo que es inherente en los elementos culturales, especificando en primer lugar las condiciones nomotéticas bajo las que esos rasgos se presentan" (52). El mérito de Caro Baroja consiste en no haber seguido ni la interpretación de los ciclos de Schmidt, ni siquiera la de Graebner, tomando únicamente el concepto meyeriano de ciclo cultural, es decir, su interpretación general histórica.

2.- Los Pueblos del Norte como sociedades tribales.

El problema fundamental que presentan a la investigación los llamados Pueblos del Norte está intimamente vinculado con su organización social y sobre todo con el estadio evolutivo en que se encontraban a la llegada de los romanos. En éste y en otros aspectos hay que referirse a los trabajos de Caro Baroja, dado que es el único que ha estudiado globalmente estos problemas, a partir de herramientas me

todológicas coherentes con el tipo de investigación pretendida (53).

Cuando los investigadores hablan de pervivencias de la organización social, tras la caída del Imperio, entre los pueblos de la Hispania septentrional, están dando a entender que la organización que estos pueblos tenían a la llegada de los romanos se mantuvo lo suficiente para que los rasgos de su cultura, descritos por Estrabón y otros autores clásicos, coincidieran con los elementos de la estructura social, deducibles de un material epigráfico cuyas fechas, más o menos, se aceptan entre los siglos II y IV. Que estos rasgos perviven tras la desaparición de esa epigrafía, la cual resulta ser así no más que una moda pasajera de expresión. Pero lo que no quieren decir es que el estadio evolutivo de estos grupos humanos permaneciera intacto tras los siglos de dominio romano.

Es bien cierto que la organización social depende en todo momento del grado de evolución de las formaciones humanas, pero es después de la aparición del Estado cuando el desarrollo civilizador va desdibujando la organización social, las relaciones de parentesco, aunque deja durante siglos huella en las instituciones que van desarrollándose.

El hecho de que los Pueblos del Norte entraran en la órbita del Imperio Romano no significa lo mismo, económica y socialmente hablando, que si por evolución interna independiente hubieran llegado a formar Estados, evolucionando a partir de su situación anterior.

¿Cuál es entonces su situación anterior? Los datos de los historiadores griegos y latinos, las Fuentes arqueológicas y epigráficas, el tipo de implantación romana, incluso, permiten entender claramente que los Pueblos del Norte se encontraban en el nivel tribal de la línea de su evolución histórica. No hay que remontarse ni a Morgan ni a Gordon Childe para comprender qué quiere decir estadio tribal. Los trabajos de Service, Sahlins, Steward, White, Sanders y Price, entre otros, han puesto de relieve, han definido con suficiente claridad el significado de tribu, como para confundirlo con el concepto que Caro Baroja quiere eliminar del estudio de los Pueblos del Norte y que coincide con la palabra tribu (54).

Las sociedades tribales son, sin lugar a dudas, las sociedades más abundantes de la Historia. Su posición en la evolución cultural las coloca entre las bandas de cazadores-recolectores y los Estados civilizados; son, por lo tanto, el lugar de paso de toda sociedad humana en su desarrollo. Las tribus "viven en asentamientos relativa o completamente permanentes. Tales asentamientos pueden formar núcleos compactos, en cuyo caso podemos llamarlos poblados -no confundir con urbanismo- o el asentamiento aparece disperso, en cuyo caso es preferible el término caserío (...) Las comunidades individuales se incorporan a la sociedad mayor mediante grupos de descendencia teórica, basados generalmente en el principio unilineal (...) Las tribus se componen de varias comunidades de individuos formadas por uno o más grupos de descendencia genuina o linajes y, por tanto, son socie-

dades segmentarias primitivas. Algunos son conjuntos relativamente amorfos, en los que las comunidades están integradas exclusivamente por matrimonios entre pariente, lazos de parentesco, pactos de no agresión, y por la participación de una cultura, lenguaje, territorio y nombre comunes" (55). Juzgue el lector si todo lo que aquí se incluye no está en relación con los rasgos que muestran las Fuentes sobre los grupos humanos del Norte Peninsular.

Al mismo tiempo que las más abundantes las sociedades tribales son las más variadas y complejas. Algunos tipos se presentan muy elementales, en relación con su situación próxima a los niveles de banda recién desarrollados. Otros, por el contrario, están hablando de un grado de complejidad que las acerca a los Estados prístinos, típicos del Oriente mediterráneo. Los matices se presentan, sobre todo, en las entidades tribales más complejas, y algunos autores prefieren colocar entre la sociedad tribal y el Estado propiamente dicho, un tipo de sociedad que se califica normalmente como jefatura, cacicato o señorío. El elemento diferenciador fundamental es la aparición del rango o jerarquía. Para Sanders y Marino, que son los autores que dan una definición más clara sobre el problema, en los señoríos "los linajes presentan una gradación conforme a una escala de prestigio, y no es infrecuente el que uno de los linajes se reserve el derecho de ejercicio del cargo político. Suele existir la idea de que todos los miembros son descendientes comunes de un antepasado único y de que el rango de linajes e individuos habrá de basarse en el principio de primogenitura. Todo

miembro está situado con relación al jefe y su rango se mide en el cálculo de proximidad o distancia a él (56). En el señorío o jefatura el parentesco sigue gozando de una importancia considerable puesto que implica un enlace dentro del rango, dado que éste se limita a añadir al parentesco unos principios estructurales nuevos. El principio de la jerarquía y el rango puede alcanzar grados extremos, aproximándose cada vez más al Estado, aunque lo uno no es determinante de lo otro. La figura del jefe puede llegar a revestirse de carisma, convertirse en sacrosanta y asumir funciones sacerdotales. Los acontecimientos de su vida se invisten de ceremonial y aparecen así las normas suntuarias propias de las clases más altas de los Estados, pero que aquí están reservadas al jefe y pocas personas más. Como señala Sahlins "un cacicato es una sociedad cerrada. Los grupos de descendencia y comunidad de una tribu segmentaria son iguales en lo esencial, pero los de un cacicato están distribuidos jerárquicamente, los más encumbrados superiores oficialmente en autoridad y con derecho a gozar de deferencia por parte de los demás. Un cacicato no es una sociedad de clases" (57).

La existencia y tipología de los modelos tribales, señoríos incluidos, es fundamental para comprender el desarrollo de la historia europea inmediata al Imperio Romano. La Nación celta, que nunca fundó Estados propiamente dichos, se agrupaba en torno a jefes, formando estructuras cerradas del tipo que los antropólogos denominan cacicatos, jefaturas o señoríos. El tipo de clan del mundo celta, conocido como "clan cónico", es el más universal y su estructura en círculos concéntricos ex

plica perfectamente el funcionamiento de la sociedad celta (58).

Como se indicaba líneas atrás, uno de los rasgos más peculiares de las sociedades tribales es su extrema variedad. La adaptación produce cambios importantes que hace de cada tribu un caso especial y concreto. Muchas de estas adaptaciones dependen del tipo de asentamientos o del grado de segmentariedad. Algunas de las adaptaciones llegan a modificar, incluso, los rasgos primitivos del grupo en cuestión, introduciendo un tipo de habitat nuevo o haciendo que se perpetúen aspectos que eran característicos del estadio de bandas. Este puede ser el caso de ciertos grupos con nomadismo pastoril, cuyo ejemplo más peculiar para el Norte sería el de los vadinienses. En estos casos los rasgos de la propia estructura social tribal explican el comportamiento económico visible a través de la arqueología. La imagen que producen las lápidas vadinienses implica una economía típicamente pastoril, es decir, pobre; se explica, asimismo, el hecho de que las sociedades nómadas pastoriles son extremadamente abiertas a la comunicación y al intercambio cultural, con lo que la presencia de la epigrafía vadiniense aparece como un préstamo cultural tomado en una serie de contactos que no son necesariamente sistemáticos ni necesitan de la presencia próxima romana para entender la aparición del préstamo (59).

En relación con la ciudad citada por Ptolomeo como sede de los vadinienses, Vadinia, se pueden hacer algunas precisiones en correspondencia con la estructura de un grupo pastoril. Estas sociedades sue-

len tener un centro de reunión y mercado que acostumbra a estar situado en la zona central del territorio. Naturalmente no se trataría de un poblado, y mucho menos de una urbe, sería un mero punto de referencia. Ante el hecho de que Roma "trata" sólo con ciudades y no con grupos dispersos, puede entenderse la referencia ptolomaica sobre una base algo real, fundamentada en el intento romano de que, por lo menos en el papel, los pueblos habiten ciudades.

La diversidad de las formaciones tribales ha llamado la atención de los investigadores que han desarrollado varios modelos que puedan integrar todos los tipos posibles (60). Se puede hablar de tribus de agricultura forestal, con fuerte base recolectora -recordando lo que Estrabón indica de los Pueblos del Norte sobre las bellotas, tantas veces citado-, tribus nómadas pastoriles, tribus de cazadores ecuestres, de agricultura intensiva, etc. (61). Indudablemente no pueden establecerse a priori unos modelos para todos los casos, en principio porque la estructura básica de los grupos tribales en el Norte Peninsular se escapa a la investigación en gran medida.

Conviene ahora abordar, aunque sea brevemente, algunas cuestiones generales que permitan comprender con mayor profundidad el contacto romano-indígena. Destaca Sablins un rasgo típico de las tribus en contacto, bélico, con otros grupos de mayor complejidad social, más poderosos y mejor preparados. La tribu genera entonces una "parecida organización contrapuesta que se convierte en una exigencia elemental de

subsistencia" (62). Se produce así lo que este autor llama una "cristalización" de las estructuras bajo la presión exterior. Este tipo de cristalización de una estructura, en un momento dado, ha sido planteada en el capítulo primero al hablar de ciertos procesos de cambio en los que lo romano no interviene directamente con la intención de producir ese cambio, sino que se efectúan como resultante de una presión ajercida sobre la sociedad indígena. El hecho de cristalizar una determinada estructura no será el único aspecto de la presión romana.

Otro de los rasgos peculiares de las sociedades tribales radica en el tipo de cohesión de sus miembros, y en las consecuencias que ello significa. La fuerza de la tribu está depositada en las unidades familiares de producción (63), estas unidades proyectan sus relaciones de parentesco en las unidades más inmediatas como son los linajes segmentados, verdaderas organizaciones gentilicias. Y son los linajes, o los segmentos de linaje, que para el caso es lo mismo, los depositarios de todas las funciones del grupo. El linaje funciona como entidad económica ante problemas económicos, el linaje dirime cuestiones entre los miembros y actúa entonces como cuerpo de ley; si contienda con otro grupo por cualquier asunto que sea, funciona como entidad política. No existen personas para desempeñar estas funciones, sino que es el linaje entero, a través de sus estructuras de parentesco, el que asume la realidad económica, jurídica, política e ideológica del grupo humano (64). Pueden así comprenderse las reiteradas inclusiones gentilicias que los individuos indígenas expresan como parte integrante de su filiación.

Hay otro hecho profundamente relacionado con el problema de los linajes, indica Sahlins (65) que la tribu, valorada como un todo unitario "es el eslabón más débil de la cadena segmentaria. Sus comunidades periféricas desarrollan relaciones íntimas y similitudes culturales con pueblos vecinos, y más que con un límite tribal definido nos encontramos con una zona de transición ambigua". Es por ello que hablar de límites tribales resulta comprometido, cuando no improcedente, para analizar las culturas en que se integran los grupos. Se producen así situaciones en las que la tribu por ella misma no tiene entidad propia, llegando a sufrir, según Sahlins, una crisis de identidad. Porque es frecuente que la tribu carezca de nombre, de realidad política y económica, las gentes pertenecen a sus linajes, que sólo formalmente están comprendidos en estructuras mayores, clanes, fratrías, tribus, pueblos, etc.. La importancia de estos hechos recae sobre la filiación de los individuos, que mencionan unidades de parentesco próximos a sí mismos, linajes, fratrías y clanes, pero nunca tribus salvo casos muy concretos que, en principio, son difíciles de separar del concepto de nación o pueblo, tal y como lo define Caro Baroja. Tomándolo en este sentido se comprende la oposición de este autor a utilizar el término de tribu para designar a los grupos indígenas del Norte. Efectivamente es difícil admitir la traducción gentes = tribus, dado que la realidad más próxima al linaje serían las fratrías y los clanes, y la última realidad social, la que da nombre a la región y a todas sus tribus, es decir la nación, tiene tal vez más importancia que la propia unidad tribal que quizá no tenga nombre. Ahora bien, esto no quiere decir que sea impropio referirse a tribus, cuando se trata

de estos pueblos, porque el concepto de tribu que Caro Baroja critica, y cómo él mismo explica, se refiere a entidades mucho más complejas integradas en Estados (66). Lo que sí podría integrarse en la organización tribal, como eslabón último de su cadena, son las sociedades del Sur de la Península que hay que incluir dentro de los grupos jerarquizados, en los que ha hecho aparición el rango, en los que el principio de desigualdad apunta hacia la creación de castas y clases, en los que ya existe la realeza, es decir, que están próximos a la noción de Estado y que, por lo tanto, hay que designarlos con el calificativo de señoríos, jefaturas o cacicatos.

Los Pueblos del Norte, a la llegada de los romanos, se encontraban en ese estadio evolutivo, conocido con el nombre de sociedades tribales, pero con grandes diferencias que puede sospecharse vayan desde tribus, prácticamente igualitarias, de recolectores pequeño agricultores o nómadas pastoriles, hasta grupos más cerrados, de tipo jerárquico, tal vez sospechables en el seno de la cultura castreña, pero seguramente no tan complejos como los del Sur de la Península. Estos pueblos no son, por lo tanto, una unidad étnica, dada la diversidad del substrato, no indoeuropeo, indoeuropeo precelta e indoeuropeo celta que se ha señalado páginas atrás. No son tampoco, desde un punto de vista estricto, una unidad cultural, pues cada grupo, cada segmento tribal, puede tener una cultura propia, pero sí pueden ser considerados como una unidad histórica, puesta de relieve por Caro Baroja, aunque tomando el concepto en un sentido general del acontecer de los pueblos.

Los patrones de asentamiento de las sociedades tribales se ajustan a modelos suficientemente conocidos, al igual que es suficientemente conocida su relación con el medio geográfico. Poblados y caserío disperso son los dos elementos fundamentales. Por lo que respecta a los señoríos, puede darse en ellos una mayor estructura que, en un sentido lato, se puede denominar urbana. Pero del conocimiento de la arqueología prerromana del Norte no se podría deducir, en principio, la existencia de señoríos importantes, comparables a los ya citados del Sur Peninsular. Hablar de urbanismo en general es un tanto peligroso porque, como indica Miguel Rivera, "el problema al que se enfrentan los arqueólogos es el de la definición cuantitativa de frases como grandes poblaciones, área pequeña, etc.", es decir, ¿cuando puede apreciarse que un núcleo de población alcanza el grado de urbano? Para Miguel Rivera esta dificultad radica en que en el desarrollo de las sociedades humanas no todos los rasgos diagnósticos evolucionan al mismo ritmo en todas ellas (67). Este autor construye unos índices a partir de los cuales se puede establecer un baremo para apreciar el grado de urbanismo de un núcleo de población; pero en el estado actual de la arqueología del Norte, donde la excavación por entero de un poblado es caso raro, se hace difícil establecer estos baremos.

Ya se ha discutido en otros lugares de este trabajo el problema de las civitates, citadas por Plinio, y la distribución de los nombres de población del mapa de Ptolomeo. Son, sin duda, una interpretatio desde la óptica romana, caso de Vadinia citado páginas atrás. J.

Maluquer ha expuesto con notable claridad los problemas del urbanismo prerromano, distinguiendo la llamada zona de la cultura castreña, o zona del Noroeste, de la llamada cultura de los castros de la Meseta, cuya zona norte tocaría, parcialmente, el territorio aquí estudiado. La parte más oriental del Norte entraría dentro de la subdivisión dedicada al Valle del Ebro y zona ibérica, propiamente dicha (68). Estas tres subdivisiones responden a un tipo de construcción, es decir, a un tipo de arquitectura, y no necesariamente a un tipo de habitat, aunque son indudables las afinidades que pueden establecerse entre uno y otro aspecto (69). Es decir, desde la estructura de poblado compacto, propia de la arquitectura castreña (70), hasta la casa rectangular aislada del caserío vasco, las únicas posibles matizaciones son los pequeños núcleos de poblados del norte de la Meseta, que es en los que más difícilmente se puede utilizar con garantías el concepto de urbanismo (71). Hay, sin embargo, en esta zona central que Maluquer identifica con zona cántabra y que relaciona con celtíberos, vacceos y carpetano-vettonos, algunos núcleos aislados de importancia como puede ser Monte Cildá, que responde al tipo de estructuras delimitadas por este autor (72), en las cuales el elemento más característico y conocido son las murallas (73). En este tipo de núcleos o castros de la Meseta, la estructura corresponde a pequeños enclaves, de fuertes murallas, a veces de más de cuatro metros de altura, demostrando su realidad como centros defensivos en habitats compactos y aislados. Esto por lo que hace a focos conocidos de cierta importancia, puesto que hay que pensar que un 90% de los núcleos de población serían demasiado exi

guos como para no dejar rastro como material arqueológico.

Algunos autores han relacionado los monumentos funerarios en forma de casa, evidenciados en época romana en la zona de Burgos, región de Poza de la Sal, con algunas ideas arquitectónicas que están presentes en la construcción castreña y las llamadas "pedras fermosas" (74). Esta relación, que se ha dado como hipotética, la pone en contacto Romero Maslá con construcciones de tipo religioso dentro de la arquitectura castreña (75). En la estructura de castros aislados se podría incluir el caso del enclave de Lancia, sobre el cerro "El Castro" a once kilómetros al Sudoeste de León (76), núcleo de población, ya famoso en las Guerras Cántabras, notable por su resistencia y que citan Dion Cassio, Floro y Orosio.

Este tipo de emplazamientos contrasta con el habitat de la cultura castreña en el que, como dice Maluquer (77), los núcleos rurales y urbanos se diferencian poco entre sí, salvo algunos casos concretos que sobresalen por su extensión: Briteiros, Sabroso, San Fins, Sta. Luzia, el Tecla, Coaña, Penda, que sin embargo "apenas se diferencian en cuanto a estructura urbana de los centenares de pequeños castros diseminados por todo el Noroeste. Las viviendas aisladas, de planta circular dominante, van distribuidas siguiendo los caminos y vías de circulación que, incluso, llegaron en casos a ser empedradas para evitar la erosión". Esto se complementa con la existencia de pequeñas callejas transversales, escaleras para salvar los desniveles, murallas con

paramentos exteriores, líneas defensivas, etc.. Los emplazamientos son de notable estrategia "en montes aislados, en cornisas terminales de sierras o en laderas, rara vez en llano ni en los fondos de los valles". Estas estructuras se conjuntan perfectamente con una sociedad jerarquizada, en la que se hacen presentes organizaciones cerradas y que, incluso, podía relacionarse con grupos de fuerte vinculación entre sí, linajes posiblemente, que se agrupan en torno a un centro más importante, sede, en cierto modo, de una cierta "capitalidad", como es frecuente encontrar en los señoríos. Podría citarse el caso de la citania de San Fins, que parece el centro de un sistema de castros, y que según Afonso do Paço, debió de tener gran importancia en la Guerras Cántabras (78).

Esta desigual estructura urbana -o pre-urbana, según se apliquen o no esquemas estrictos- corresponde, por lo que hace a todo el territorio septentrional, con esas variantes en la organización tribal a las que se hacía referencia páginas atrás.

En relación con todo ello, Lourdes Albertos ha planteado recientemente un interesante problema que tiene que ver con la pertenencia de los individuos a los núcleos de población; se trata de la posible referencia, dada en las filiaciones de una serie de lápidas, al concepto de castellum, deducible del signo C . Esta investigadora agrupa en el mismo tipo aquellas inscripciones en que aparece el término castellum o el signo citado o la mención de populus, civitas, domus, vicus, etc. (79). A pesar del indudable contenido urbano de estas filiaciones no hay que

olvidar que para el indígena la filiación es una expresión del parentesco, y que la presencia de palabras latinas, referentes a lugares habitados, no son más que una expresión de la adopción de formas culturales romanas "traducidas" a la cultura indígena. Por lo tanto, aunque manifiesta ción de núcleos habitados, no es de esperar que indiquen ni un estatuto jurídico ni un verdadero urbanismo.

3.- Organización social y parentesco.

En las sociedades pre-estatales, bandas, tribus, señoríos, las relaciones de parentesco van decreciendo en importancia conforme se produce una mayor complejización en la organización de la sociedad; de tal manera que si en las bandas las relaciones de parentesco son el único elemento de cohesión, en las tribus estas relaciones pierden algo de su importancia para ser sustituidas en parte por relaciones de afinidad. Estas últimas aparecen como rasgos superpuestos al parentesco y estructurado sobre él, de tal manera, que todavía en los señoríos o jefaturas el parentesco sigue siendo una infraestructura de las relaciones sociales, sobre la cuál va montado todo el aparato del rango o la jerarquía. En los Estados prístinos, incluso, pueden adivinarse, solapadas bajo el desarrollo institucional, las viejas relaciones de parentesco. Su importancia no sorprende a nadie medianamente familiarizado con las sociedades primitivas, y el historiador de la España Antigua conoce perfectamente cómo aflora su existencia en las filiaciones de los individuos que figuran en las inscripciones hechas por y para indígenas.

El parentesco sustituye a las relaciones sociales de producción dentro de los grupos familiares o suprafamiliares, regula la división del trabajo, codifica el reparto de bienes, y no hay que olvidar las enormes pervivencias que, en la sociedad rural, tiene incluso en el mundo de hoy.

Aparentemente, hay cuestiones que parecen estar más allá de las meras relaciones de parentesco; pero esto no es cierto, porque la cohesión entre los grupos tribales es también una extensión del parentesco, por ejemplo el pacto entre los Zoelas (80). Indudablemente el parentesco nace e irradia a partir de la unidad celular de producción, es decir, de la familia; se habla de familia extensa o de familia colectiva para designar la extensión del parentesco a los parientes, incluso más alejados, que conviven en un sólo hogar; pero es que también hay que incluir como parentesco esas otras unidades, dentro de la organización tribal, que son los linajes, los clanes, las fratrías, los pueblos, etc. Sus elementos están unidos por las relaciones de parentesco y no existe otro lazo que los vincule excepto ese. Naturalmente, el parentesco se rige por leyes, y no es cosa de entrar en su explicación, cuya problemática ha producido prolijos y difíciles volúmenes de erudita investigación (81).

Sería interesante preguntarse que efectos produciría la rotura de las r.d.p. en un grupo tribal. ¿La escisión del grupo en otros grupos autónomos? sin duda mucho más que eso, se produciría la destrucción del grupo y la dispersión de sus elementos. Pero hay fórmulas den-

tro de la propia evolución de los grupos tribales que llevan, a través del proceso de jerarquización, a la creación de las clases sociales, sin que se produzca por eso la destrucción de sus componentes. Esas fórmulas son las que vienen dadas por la propia evolución de la sociedad y factores externos, procedentes de un contacto cultural con una sociedad más evolucionada, que pueden producir, a través de un mecanismo de difusión, una aceleración de este proceso, y naturalmente, a nadie se le escapa que ésto pudo ocurrir perfectamente para el caso que aquí se estudia. Pero antes de llegar a plantear esos problemas conviene descender a las unidades más pequeñas del parentesco y tratar de comprender algunos de sus rasgos más importantes, en vías de una mejor observación de los datos que se poseen sobre los Pueblos del Norte.

Se hablaba líneas atrás de la familia como unidad celular de producción, y aquí radica una de las cuestiones más interesantes que ya había sido apuntada en el apartado anterior. Explica Sahlins (82) que "la fuerza de una tribu radica generalmente en la casa solitaria y en el caserío, los grupos menores y las esferas más estrechas. Aquí en la infraestructura tribal, la interacción social es máxima y la cooperación presenta la mayor intensidad. Esta cohesión expresa, de manera general, las limitaciones de las economías neolítica o cazadora avanzada: producción en pequeña escala, limitada división del trabajo, productividad relativamente baja". Es decir, que son los grupos más elementales de la estructura de la sociedad tribal los que tienen mayor importancia en la mecánica de las relaciones suprafamiliares; o sea,

en los procesos de intercambio económico o de intercambio social. Se puede volver de nuevo al ejemplo citado del pacto de los Zoelas; es un pacto entre grupos dentro de un mismo grupo más general. Las unidades menores que hacen el pacto no pueden ser familias, como tales unidades celurares, deben de ser, por tanto, grupos sociales algo mayores; y no puede haber otros que los linajes o los elementos producidos por la segmentación de éstos, es decir linajes también. Pero es mejor posponer esta cuestión, de momento, para seguir matizando los problemas del parentesco (83).

La fuente más importante para conocer los g.d.p. es la filiación contenida en la epigrafía indígena. Hace ya tiempo que Barbero y Vigil llamaron la atención sobre el sistema de filiación gentilicia utilizado por los indígenas: a) nombre propio, b) genitivo de filiación, c) gentilicio, destacándose el hecho de que, frecuentemente, el parentesco gentilicio tiene prioridad sobre el parentesco familiar, sistema que se perpetúa en la Alta Edad Media sin más que sustituir el parentesco gentilicio por un topónimo, y citan estos autores un caso elocuente, el de Rodrigo Díaz de Vivar (84).

Indudablemente, la filiación de los individuos hace mención de los grupos de parentesco que están más cerca de su persona, por lo menos cuando la información se da en un contexto familiar. Pero cuando un individuo se encuentra lejos de su territorio natal, si hace mención, en su filiación, de algún grupo suprafamiliar lo hará de aquel que signifi-

que una entidad mayor, que pueda ser más conocida que la entidad menor con la cuál está más vinculado. Esa entidad mayor sería, forzosamente, o la tribu, si ésta tuviera nombre, o, en el mejor de los casos, la nación o pueblo, como ocurre tal vez con los individuos que aparecen en las lápidas de Tarragona, que hacen referencia a su condición de cántabros (85). Estas entidades tribales en las que las personas se agrupan en una relación de parentesco unilíneal, reciben el nombre de linajes. El linaje se limita, normalmente, a los parientes que están estrechamente vinculados; Hoebel señala que esta vinculación rara vez va más allá de seis generaciones (86). La peculiaridad más importante del linaje es que todos los elementos que lo integran poseen un antepasado común histórico, es decir real, conocido y recordado. Cuando este antepasado comienza a olvidarse se producirá la segmentación de aquél; esta característica es la que distingue claramente el linaje del clan. Este último vincula a los individuos a través de sus respectivos linajes, de tal manera que todos ellos creen tener el mismo antepasado común, al que, frecuentemente, recuerdan identificándolo con un mito que es propio de cada clan.

Si bien el linaje afecta a los hechos más cotidianos de la vida de los individuos y de su vinculación con los que viven en su entorno físico, el clan es una unidad superior, más abstracta, pero más en relación, también, con la infraestructura tribal, como es el control de la producción y el control de los matrimonios, al mismo tiempo que es el depositario de estructuras ideológicas y religiosas.

De la realidad de los conceptos expresados se puede deducir fácilmente que, en el número de los nombres gentilicios que proporciona la epigrafía, el mayor porcentaje debe corresponder a grupos de linaje, y, al mismo tiempo, será también el más frecuente de los que se den cuando el individuo cite solamente un grupo de parentesco.

Tanto el linaje como el clan tienen una serie de funciones que son universales en los grupos tribales, cuyo reparto no siempre coincide, y sobre cuyo análisis no son unánimes las opiniones de los investigadores (87); a pesar de ello, algunas de estas funciones están claramente diferenciadas, como son las ya expuestas sobre el linaje. Por lo que respecta al clan, sería interesante tener en cuenta sus funciones de protección del grupo y de reproducción del mismo mediante la regulación del matrimonio. No en vano ha señalado Godelier cómo el control de las mujeres, "función visible de los sistemas de parentesco, significa al mismo tiempo codificar y controlar la reproducción de las unidades de producción, del suelo en particular entre los agricultores, o del rebaño entre los ganaderos, y significa también controlar la distribución de los factores materiales de la producción" (88). Este tipo de controles, de trascendencia para el grupo, quedarían reservados a la organización clánica, mientras que otros aspectos propios de lo cotidiano, de lo institucional, por decirlo de alguna manera, estarían vinculados al linaje; es decir, funciones de gobierno, funciones legales para el linaje; funciones reguladoras del matrimonio, funciones religiosas y ceremoniales, ayuda para los miembros, al clan. Todo ello supone una

hipótesis de interpretación que indudablemente puede no ajustarse con rigor, conforme la documentación produzca más datos, pero que en estado actual de los conocimientos puede ser útil para comprender el problema de la integración de gentes, gentilidades y centurias en un contexto coherente. Son muchas las opiniones de los diversos autores que quieren ver en estas estructuras grupos a los que identifican como linajes, clanes o tribus (89). La organización presentada por Caro Baroja de tres niveles, es razonable en función de los datos aportados por la epigrafía; así, de mayor a menor, se pueden establecer casos como los dos siguientes: 1) cantabri--2) orgenomesci--3) pembeli ; 1) astures--2) Zoe-lae--3) desonci (90). Pero aquí hay que poner de relieve una serie de problemas previos a cualquier intento de identificar los conceptos de linaje, clan, etc., con gentes, gentilidades, etc..

En primer lugar, hay que considerar que no todos los pueblos del territorio septentrional tendrían idéntica estructura social, y sus grupos de parentesco no tienen por qué ser ni iguales en número ni representar las mismas funciones. Faust parece referirse a esta circunstancia al indicar el hecho de que las inscripciones con (ex) gente pertenecen a una región limitada, aspecto que se pone de relieve en los mapas elaborados por este investigador (91).

Otro aspecto, de no menor importancia, es el que se deduce del proceso mismo de latinización. Hay que tener en cuenta que el hecho de que un indígena dedique una lápida a un pariente, o un ara a una deidad, no significa que hable latín, ni perfecta ni imperfectamente. Su

traducción de las unidades de parentesco a las que pertenece, de su lengua al latín, no estaría fijada por ninguna regla determinada, y su ejecución podía ser perfectamente arbitraria. Por ello, los términos que en latín implican organizaciones del parentesco no tienen por qué corresponderse, ni cualitativa ni numéricamente, con las organizaciones de los Pueblos del Norte. De tal forma que no puede adscribirse sin más una gentilidad a un linaje, unidad menor, ni una centuria a un clan, unidad mayor (92).

Pero hay más casos de adjudicación de gentilidades a unidades de parentesco. Es el caso de Albertos (93) que al hacer su relación de las 211 gentilidades -incluyendo (ex) gente y los gentilicios sin la especificación dicha-, supone que hay que vincularlos a clanes, indicando que estos clanes "se formaban a partir de un antepasado común o de un miembro cualificado de la familia". Indudablemente, cambiando la palabra clan por linaje quedaría solucionado el problema, dado que el término de parentesco está aquí utilizado con cierta amplitud, y sin tener en cuenta las implicaciones teóricas que ello conlleva (94). De todas formas no puede solucionarse la cuestión tan fácilmente como quieren algunos investigadores, caso de Schtjerman, en el sentido de que la gens es una unidad inferior a la gentilitas, y ésta hay que identificarla con el clán (95). Las contradicciones son suficientes como para no poder afirmarlo tan tajantemente.

Prescindiendo de estas contradicciones, ya apuntadas por Caro Baroja (96), puede pensarse, resumiendo lo hasta aquí expuesto, que

la unidad gentilicia más próxima, citada por los indígenas, será el linaje, tal y como se define páginas atrás, pero que los grupos superiores a éste no pueden precisarse con exactitud, dado que por encima del linaje en las organizaciones tribales existen diversos grupos de parentesco que se influyen unos en otros (97). En relación con esto hay un hecho a tener en cuenta. Lomas apunta que los elementos de filiación gentilicia desprovistos de la indicación expresa, es decir los que añaden una terminación al genitivo gentil, según explica Navascués, no deben indicar gentilidad sino simplemente oriundez (98). Se hace difícil aceptar esta hipótesis por cuanto implica la creencia de que las organizaciones gentilicias menores han territorializado su entidad de parentesco. La filiación indicará el parentesco hasta la Edad Media, como Barbero y Vigil dicen en un pasaje ya comentado. Es necesario que un grupo abandone su sentimiento de vinculación parental para sentirse simplemente oriundo de un lugar, eso o, tal vez, que se tratara de personas desligadas de sus grupos tribales, pero incluso en estos casos es difícil de aceptar, porque tales lugares de nacimiento expresarían el nombre del grupo o linaje del sujeto. Se podría aceptar, quizá, una excepción, se trata de los epígrafes que citan castellum y los que portan el signo de D (99), e incluso aquellos que indican civitas, aunque en este caso no sería muy válido el argumento siguiente. Como ya se ha dicho, no todos los Pueblos del Norte se encontrarían en el mismo grado de evolución social. En el Noroeste la arqueología habla por sí sola de una estructura semi-urbana de implantación de castros, y estos castros, social y organizativamente hablando, pueden significar, muy probablemente,

sistemas de señorío o jefatura. En tales sistemas el patrón de asentamiento condiciona la organización del grupo y la dependencia incluso de otros núcleos, a veces fortificados, dependientes del central, que expresa así una especie de capitalidad. En tales casos puede darse co-referencia la oriundez de que hace Lomas una hipótesis.

Una consideración final sobre los datos proporcionados por las inscripciones lleva a plantearse quiénes serían los personajes que la erigieron. La expresión corriente sería indicar de ellos que son individuos "romanizados", pero no es a esa cuestión a la que llevaría este apartado. Se trata de conjeturar "qué" serían en la sociedad indígena. De siempre se ha dicho que Roma se vale de las aristocracias locales -el término de aristocracia sería aplicable en la Eética, aquí sería más apropiado hablar de jerarquías- para mantener una relación de dependencia y posible tributación por parte del elemento indígena, que sigue teniendo como jefes visibles a los suyos propios. Como hipótesis con mayor probabilidad cabría esperar, por lo tanto, que el mayor número de estelas y aras pro venga de dichos jefes locales, dado que son los que mantienen una relación directa con el elemento romano. Podrá ser el caso del princeps Albionum, que perteneció a la centuria Cariaca (100). Naturalmente, no todas las inscripciones procederían de individuos con rango dentro de la sociedad indígena, pero esto no quita que el hacer una inscripción no resulte un elemento de prestigio, dado que el contexto es indígena. Cuando no ocurre así, cuando la inscripción se localiza en un territorio de fuerte presencia romana, zona minera o ciudades co-

mo Tarraco, capital de una provincia, se perdería este significado por lo que hace a la representatividad del individuo, pero no dejaría, por ello, de ser un elemento de difusión cultural.

Otra de las cuestiones que ha interesado a los investigadores, empezando por Caro Baroja en sus Pueblos del Norte (101), es la del papel que representó la mujer, y el que aún representa, en las sociedades indígenas. ¿Existió el matriarcado? La respuesta es no; ni aquí ni en ningún lugar del mundo. El matriarcado, como dominio de la mujer, como preeminencia social y jurídica, no ha existido nunca, porque desde que los hombres iban en bandas de cazadores se acostumbraron al mando, y a dejar a las mujeres en los bosques o en los poblados. El hombre se apropió de la organización y del mandato. Lo que sí existe, y hay abundantes pruebas de ello, es la herencia por la madre, como la hay por el padre, al igual que hay sistemas que mantienen las dos al mismo tiempo. Evidentemente, entre los Pueblos del Norte, hay pruebas de que la mujer tenía una cierta importancia; ahí está el texto estra-boniano, comentado recientemente por Bermejo y por Alonso del Real (102), para probarlo, entre otras cosas. Pero, como ya se ha dicho, el control de las mujeres está en manos de la organización clánica (103), sea cual sea el aspecto de ésta en la sociedad indígena septentrional, y la organización clánica, como la jefatura de los linajes y de las familias, esta en manos del hombre, porque, incluso en los casos de matrilinealidad, en quién reside la potestad familiar, cuando hay matrilinealidad, es en el hermano de la madre (104). Indudablemente, la pre-

eminencia de ciertos sistemas matrilineales queda confirmada en muchos aspectos lingüísticos, incluso en inglés el concepto de tío -uncle- deriva de la palabra que significa hermano de la madre (105). Por todo ello se puede pensar que en el Norte la situación de la mujer no cambió a lo largo del dominio romano, dada la existencia de la epigrafía, en que se siguen citando mujeres, pero no mejorando sus condiciones de vida como quiere Albertos (106), y persiste la estructura matrilineal señalada por la presencia de los avunculos. La persistencia de los sistemas matrilineales podría imputarse al hecho, destacado por toda la investigación, del paterfamiliarismo indoeuropeo (107).

Hay otro aspecto que ponen de relieve las estelas vadinien-
ses, aparte del caso citado del avunculo. Se trata de la existencia de ciertas lápidas en que el difunto es homenajeado por un amigo. El rasgo no es extraño dadas las características de la sociedad vadiniense, matrilineal, o tal vez cognática, y posiblemente por su carácter pastoril contenga algún tipo de asociación que escapa al parentesco. Se trata de los llamados clubs de edad o grupos de edad, típicos de varones, lo que probaría, en cierto modo, la existencia separada en la vida comunitaria de hombres y mujeres (108).

La cuestión del matrimonio y el papel de la mujer en la sociedad indígena queda bien resumido, a modo de colofón, en las palabras de Mercier: "...en todas las sociedades con linajes las reglas matrimoniales se basan en la preocupación por equilibrar el número de mujeres

que cada grupo da y recibe; pero en las sociedades de mayor dimensión, existen muy diversas formas de matrimonio y cada grupo interesado las utiliza en cada caso, haciéndolas objeto de una complicada estrategia, lo que les permite alcanzar el necesario equilibrio" (109).

Un último aspecto que toca la estructura social de los Pueblos del Norte es el problema del igualitarismo o desigualitarismo en el seno de sus grupos de parentesco. Dada la diversidad dentro de los grupos indígenas que aquí se contemplan, es previsible encontrar algunos en los que el grado de jerarquía se halle más evolucionado que en otros. Es siempre cierto que las sociedades no estatales no contemplan la presencia de clases sociales, puesto que ésta es una premisa fundamental del Estado. Pero como indica Balandier, las sociedades segmentarias no son ni igualitarias ni carecen de relaciones de preeminencia o subordinación (110). A veces los clanes y linajes no son ni equivalentes ni tienen el mismo significado en la organización tribal, pueden aparecer linajes preeminentes que tengan funciones específicas -¿tal vez guerreras, por estirpe celta en el Noroeste?-, en ocasiones la diferenciación viene señalada por diversidades en cuanto a principios de culto, o de índole ritual. Esto no quiere decir que la tribu no sea igualitaria, es decir, que todos sus miembros tienen el mismo acceso a los recursos estratégicos y las diferencias de rango no impiden esta última premisa (111).

Todos los investigadores están de acuerdo en señalar que el

principio de jerarquía conlleva un cierto germen de desigualdad, y que, en potencia, este germen contiene los principios del desarrollo en clases propio del Estado (112). Por lo tanto, jerarquía no es sinónimo de desigualdad social en cuanto tal, pero su evolución, la duración en el tiempo, puede implicar, cuando otros factores contribuyen, la introducción de un rasgo de desigualdad que rompe la sociedad tribal o la transforma drásticamente.

4.- Aspectos económicos de la sociedad indígena.

Ya se había adelantado que en las sociedades tribales no se pueden separar en niveles diferentes lo económico de lo social, y todo ello es indisoluble con las relaciones de parentesco. El trabajo del indígena no está especializado y las rel. de parent. integran las reglas de matrimonio como las de residencia, las de propiedad o posesión como las de herencia, es decir que regulan el conjunto de las relaciones sociales y económicas del grupo. Sin embargo, a la hora de abordar de una forma práctica el estudio de la sociedad indígena, el dividir en parcelas, según la ya tradicional fórmula de la ciencias sociales, resulta fundamentalmente útil, por encima de cualquier otra consideración. Lo único que hay que tener en cuenta, para no caer en implicaciones peligrosas, es dejar claramente sentado cuál es el principio básico por el que se rigen las distintas esferas de la formación económico-social. Y en las sociedades primitivas es evidente que este principio regulador está representado por el parentesco.

Al entrar en el ámbito económico surgen cuatro procesos: producción, distribución, intercambio, consumo. Pero hay que ver en que esfera se dan estos procesos para poder comprender su significado en la saciedad tribal.

A menor grado de complejidad social mayor participación del parentesco en las funciones económicas tribales. Cuanto más compleja sea la división social del trabajo, el grupo de parentesco, el linaje, la comunidad local, perderán una parte de sus funciones económicas (113). Desde los grupos tribales más sencillos, como recolectores y pequeño-agricultores, como los señalados por Estrabón (114), hasta los grupos más complicados de los señorios de la cultura castreña o los agricultores más intensivos del Valle del Ebro, es indudable que existen notables diferencias (115). Cuando la pequeña producción de la unidad celular familiar traspasa los límites de ésta, se inicia así un proceso de intercambio que sólo puede tener lugar a través de los grupos en que está incluída la subsodicha unidad. Es decir, que, como indica Sahlins (116), al hablar de intercambio hay que pensar en el parentesco. Cuando la producción rebasa esos límites locales y cae en la esfera de unas relaciones que pueden empezar a ser entonces relaciones de producción, se puede decir que el grupo productor está sentando las bases de un desarrollo posterior. El hecho de que esto no ocurra no quiere decir, sin embargo, que se pueda aplicar a ese grupo el concepto de economía de subsistencia, cuya invalidez ha sido destacada recientemente por varios investigadores; Sahlins prefiere hablar de la subproducción opulenta cuando se refiere a economías

en las que las necesidades no rebasan lo límites de que puede dar de sí el entorno (117). En cambio, para Godelier, el término de subsistencia o autosubsistencia "debe ser rechazado en cuanto que enmascara el hecho de que estas economías no se limitan a la producción de bienes de subsistencia, sino que producen un excedente destinado al funcionamiento de las estructuras sociales de parentesco, de religión, etc. Enmascara asimismo la existencia de numerosas formas de intercambio que acompañan el funcionamiento de esas estructuras sociales" (118). Estas consideraciones deben ser tenidas en cuenta en relación con un hecho de gran trascendencia, que en las sociedades primitivas no sólo existen los bienes de subsistencia sino que se dan también otros, cuyo intercambio permite la circulación de las mujeres, dada la exogamia de clanes, permite los pactos tribales, las declaraciones de guerra, las ofrendas rituales, los sacrificios de animales; son, en una palabra, los llamados "bienes de prestigio".

Estos bienes de prestigio son muchas veces detectables por el arqueólogo, y su aparición, frecuentemente, conlleva la presencia de rango o jerarquía entre sus portadores. Este es el caso, por ejemplo, de las joyas de la orfebrería castreña (119). Es obvio que no todos los bienes de prestigio han de ser imperecederos, y la ausencia de objetos de cultura material en un determinado entorno, calificables como posibles objetos de prestigio, no tienen ningún significado. Efectivamente, en los señoríos y cacicatos, señalan Sanders y Marino que "la base económica principal del poder del jefe radica en su papel de redistribuidor

de bienes. En las sociedades de señorío la especialización local en productos de artesanía y en la producción de comestibles y materias primas está muy desarrollada. Nada más característico que el excedente de estos bienes lo produzcan periódicamente grupos locales emparentados y lo entreguen al jefe en pago, como obligación de parentesco. Este, a su vez, utiliza estos excedentes para el mantenimiento de su séquito y, lo que es más importante, para la redistribución entre sus súbditos" (120).

La diferencia fundamental entre estos dos tipos de bienes es que son imposibles de intercambiar pasando de una categoría a otra. Los cambios de bienes de prestigio que, como se indicaba líneas atrás, "circulan" a través de las relaciones sociales, ceremoniales, etc., son intercambios que están compartimentados y limitados a reglas y situaciones concretas (121), y el hecho de que no se den con abundancia puede dejar rastro negativo en el registro arqueológico.

El hablar de consumo lleva también, ineludiblemente, a la consideración de los dos tipos de bienes, subsistencia y prestigio. Los bienes de subsistencia en función del consumo se explican por sí mismos, y los bienes de prestigio redundan en beneficio de los portadores del rango o jerarquía, de manera que, en una especie de círculo vicioso, se vuelve de nuevo a las relaciones de parentesco como reguladoras, a través del intercambio y la distribución, de los dos tipos de bienes. Debido a esta aparente opacidad a la intervención económica exterior, el grupo es considerado, desde fuera, como portador de una economía de subsistencia, pero su conceptualización es inválida dado que no analiza en profundidad los mecanismos parentesco-económicos internos al grupo (122).

Este conjunto de fenómenos, que parecen todos ellos girar en ese entorno cerrado que viene significado como modo familiar de producción, como señalan Sahlins y Godelier, no debe ser confundido con producción familiar dado que lo que se cuestiona es la regulación de la producción y su objetivo (123). Esta es la característica más importante, de nivel general, que puede constatarse sobre las sociedades tribales: que no puede suponerse la existencia de un modo de producción tribal sino que, en el análisis de los niveles de las sociedades tribales, aparecerán diferentes modos de producción caracterizados por distintas actividades, por ejemplo las agropecuarias en la cultura castreña (124), y que esas actividades tienen como punto de contacto la existencia de modos de producción comunitarios, que, como ha indicado Samir Amin (125), se encuentran a medio camino entre la sociedad más primitiva, es decir entre el estadio de bandas, y la sociedad de clase, el Estado.

Esto lleva a considerar uno de los problemas fundamentales de la sociedad primitiva, y es el de la propiedad de la tierra.

Es un hecho constatado que, en la mayor parte de las sociedades preestatales, la tierra es propiedad comunal de los grupos de parentesco y es simplemente poseída por los individuos. Conforme la sociedad se jerarquiza, y aparece el rango como elemento diferenciador de los grupos, linajes frecuentemente, pueden darse casos en que determinados grupos, clanes sobre todo, sean propietarios de la tierra, y determinados otros, propietarios de los ganados. Los dos elementos del proceso quedan unidos en el grupo local en el que están representados los

dos tipos de clanes (126). Es decir, en una organización social como la de los Pueblos del Norte, de la que es pensable, parte por deducción, parte por datos de las fuentes, una agricultura de tipo medio -globalizando el territorio-, la propiedad, como en toda comunidad sedentarizada, es colectiva, y la posesión, hereditaria o no, individual (127), de tal manera que "propiedad" significa simplemente pertenencia a una comunidad en la que se es poseedor.

Los rasgos de la estructura económica aquí señalados, no son más que una parte mínima de los que se podían enumerar a la hora de plantear un estudio económico de las sociedades tribales, y son los únicos enumerados porque, de alguna manera, integran los pocos datos que sobre este aspecto se conocen de los Pueblos del Norte y, porque, además, son de indudable trascendencia para comprender en que medida la presencia romana pudo, sin que se pueda hablar de intenciones, alterar la estructura económico-social de estos pueblos, manteniendo vivos unos rasgos sin modificar otros.

oooOoooOoooOooo

El capítulo que sigue, por su contenido, debería incluirse como apartado del presente, pero la enorme vinculación de los aspectos, ideológicos y religiosos, con problemas más generales de los pueblos del Occidente europeo, exigía un mayor abundamiento en el desarrollo temático y, por lo tanto, excedía de los límites de la estructura de este capítulo, por lo cual se incluye aparte.

oooOoooOoooOooo

NOTAS AL CAPITULO IV

- 1.- BOSCH-GIMPERA, 1932; 1945; MARTINEZ SANTAOLALLA, 1946.
- 2.- Recientemente MORALEJO, 1977, 363 ss., plantea, y muy posiblemente con razón, que se debe pronunciar y escribir ástur y ástures, pues esta sería la manera en que lo pronunciaban los romanos.
- 3.- CARO BAROJA, 1973, 111; SANCHEZ SALOR-IGLESIAS GIL, 1977, 73 ss.
- 4.- Ver capítulo siguiente, en el que se estudian los problemas relativos a la esfera religiosa indígena, separados del presente capítulo sólo por razones de volumen.
- 5.- BLOCH, 1977, 263.
- 6.- HAVEMANN, 1971, 170.
- 7.- GODELIER, 1974, 69.
- 8.- El planteamiento de CARO BAROJA se entronca directamente en la teoría de los ciclos histórico-culturales de la escuela de Viena; en este sentido véase su interesante prólogo a la segunda edición de 1973, y la página 39 ss.
- 9.- Strab., III, 3,7.
- 10.- CARO BAROJA, 1973, 141 ss.
- 11.- Las diferencias de matiz se refieren a lugares muy localizados, Flaviobriga por ejemplo, dentro de entornos en los que su influencia apenas se aprecia. Otras zonas, dentro del Norte, significan diferencias drásticas, sería el caso de comparar la zona norte de los astures con la sur de los vascones, una especie de Bética en pequeño, en relación con el resto.
- 12.- Strab., III, 3,8.
- 13.- GODELIER, 1974, 81.
- 14.- CARO BAROJA, 1971, 55; 1974, 129; 1975, 192, discute la actividad ganadera, pero es evidente su vinculación antigua. Sobre este problema ver BLAZQUEZ, 1947, 159 ss. y CARO BAROJA, 1943, 159.
- 15.- SAHLINS, 1977b.
- 16.- Un ejemplo interesante de esto último se refiere al análisis del texto de Estrabón sobre la "ginecocracia" de los cántabros: Strab., III, 4, 18, que ya trató CARO BAROJA, 1973, 35 ss. y que, bajo una

óptica absolutamente diferente, ha analizado BERNERO, 1976, 13 ss.

- 17.- CARO BAROJA, 1975, 200.
- 18.- SCHULTEN, 1962; BOSCH-GIMPERA, 1932; 1933; sobre todo de este segundo autor cabe decir que muchos de sus planteamientos sobre los substratos peninsulares son todavía aceptados por algunos investigadores, aunque hay que añadir que el concepto de paniberismo está unánimemente rechazado.
- 19.- MENENDEZ PIDAL, 1939, 189 ss.; 1952, 71-104.
- 20.- ALBERTOS, 1972a, 143; para el problema del substrato indoeuropeo pre-celta puede ser interesante la discusión en LOMAS, 1975, 25 ss.
- 21.- TOVAR, 1960, 125.
- 22.- En este aspecto la bibliografía también es exhaustiva. Los elementos fundamentales para el estudio de estas áreas se pueden obtener de los trabajos de ALBERTOS, 1964-5; 1966; 1970; 1972a; 1972c; 1972d; 1974a; 1975; 1976a; 1977a; y UNTERMANN, 1965.
- 23.- MICHELENA, 1977, 28.
- 24.- GARCIA MERINO, 1973a, 9 ss.; 1975, 181 ss.; del trabajo de esta autora y del de MAGALLON, 1976, 149 ss., se evidencia el movimiento de poblaciones indígenas dentro de amplias zonas de la Península Ibérica y en relación con el Norte, y si se piensa que la relación entre los datos aparecidos y los que pudieran ser reales debe ser mínima, ésto daría una movilidad para las poblaciones indígenas que hace dudar de si muchos de estos movimientos no estarían, de alguna manera, provocados por las autoridades romanas.
- 25.- Todo ello según se considere, puesto que los romanos eran indoeuropeos también. El sentido de oleada queda claro frente a la ocupación colonialista de un Estado. Los celtas que formaron la más colosal Nación de Europa no llegaron, sin embargo, a formar Estados duraderos, su nivel evolutivo, entre el cacicato y la jefatura y el Estado propiamente dicho, es uno de los factores que permiten comprender su dispersión y su amalgamación con otros núcleos de estructura socio-económica en un grado menor, o más primitiva que la

suya propia; de esta forma puede comprenderse su arcaización, es decir su vuelta a un nivel evolutivo inferior que enmascara su presencia en las zonas en que se asentaron. Sobre la trascendencia que este problema plantea en los niveles religiosos ver el capítulo siguiente.

- 25 bis.- Sin embargo COROMINAS, 1976, 96, explica algunos topónimos por el celta clásico, como Becerreá, en Lugo: "(civitas) PERGEDO-REDA-NA, la ciudad del camino del Bierzo", lo que implicaría la presencia de grupos lingüísticos de fuerte celtismo clásico, frente a la interpretación de TOVAR que se cita en la nota siguiente.
- 26.- Ver BLANCO, 1960, 161; BOSCH-GIMPERA, 1942, 661 ss.; por lo que se refiere al uso del concepto celtas para las culturas anteriores a La Tène, la investigación está hoy prácticamente a favor, por lo menos en líneas generales, al hablar de cultura o étnia celtas; concretamente TOVAR, 1977, 171, aclara el problema con términos que son tajantes: "Si nos inclinamos a identificar a los galos con la cultura de La Tène, no tenemos derecho en cambio a confundir a todos los celtas con esa cultura. Gentes de Hallstatt son celtas también, pero sería arriesgado decir que todos los miembros de esa cultura -aquí sería mejor decir pueblos- hablaban lenguas célticas", como se ve el problema se reduce a una cuestión lingüística.
- 27.- LOMAS, 1975, 37 ss.; su controversia con TOVAR, 1967, 249 ss. se basa, fundamentalmente, en que este autor considera trascendental para la futura Historia del Norte Peninsular, y aún para parte de la Meseta, esta presencia uniformadora indoeuropea, pre-celta y celta, y, por el contrario, Lomas se inclina por valorar la indoeuropeización a través del factor romano "indoeuropeos también ellos, que ensordeció las estructuras anteriores, las neutralizó, las debilitó. Ni las apagó ni las aniquiló, al menos totalmente, por cuanto resurgieron en el siglo II", LOMAS, *idem*. Esta interpretación de la "resistencia" del substrato étnico astur parece desenfocar el problema de la colonización romana, mezclando dos hechos históricos que en principio no parece fácil que pudieran rela

cionarse.

- 28.- Véase SEVILLA, 1979; presenta una serie de topónimos de la zona asturiana como avance a un trabajo de mayor envergadura, lo que, una vez acabado, puede significar un gran paso en la identificación de grupos tanto aislados como homogeneizados, y discutir así con mayor fuerza los planteamientos de LOMAS.
- 29.- FAUST, 1976, 181, donde analiza toda la problemática general de la toponimia prerromana con afirmaciones que son realmente importantes y ponen de relieve la debilidad de muchos "montajes" históricos.
- 30.- HARMAND, 1960, 25 ss.
- 31.- ALONSO DEL REAL, 1952, 219 ss., intentó delimitar el concepto, indicando que para ello era necesaria una interdisciplinaridad que, normalmente, no se da; según este autor no puede darse aisladamente el problema de los celtas peninsulares sin encuadrarlo dentro de la problemática general de los celtas europeos.
- 32.- TOVAR, 1977, 177-B.
- 33.- ALBERTOS, 1972c, 57.
- 34.- Pueden observarse en los trabajos de UNTERMANN, 1965, y sobre todo en las nuevas aportaciones de ALBERTOS, a partir de su obra general: 1964-5; 209 y 110; 1966; 1970, 107 ss.; 1972c, 47 ss.; 1972d, 1 ss. y 287 ss.; 1975; 1976a, 57 ss.; 1977a, 33 ss., obra en la que ofrece correcciones a todos los trabajos anteriores, incluyendo los de Palomar Lapesa.
- 35.- GARCIA Y BELLIDO, 1963a, 39 ss.; ALBERTOS, 1976a, 62, plantea con claridad el problema de las deducciones antroponímicas y su vinculación general con la lingüística histórica.
- 36.- CARO BAROJA, 1973, 100; debido a la importancia, ya clásica entre los investigadores, del texto, se ha preferido dar la cita textual. Este es, verdaderamente, el punto de partida para el planteamiento del vasco antiguo. Interesa, asimismo, CARO BAROJA, 1945, 33 ss.; idéntico parecer expresa MICHELENA, 1977, 29, y un innumerable conjunto de trabajos que resultan innecesarios de repetir.

- 37.- MICHELENA, 1961, 67.
- 38.- MARCOS, 1960, 319 ss. y PLAMPONA, 1961, 213 ss., sobre esta interesante estela, además del trabajo de Michelena citado en la nota anterior, hay que resaltar también BARANDIARAN, 1968, 199 ss. y ALBERTCS, 1972b, 213 ss.
- 39.- TOVAR, 1950, 22.
- 40.- CARO BAROJA, 1973, 102.
- 41.- El mejor estudio es el relativo a la provincia de Alava, de ALBERTCS, 1970, es lamentable que el fragmento autrigón de Alava es muy pequeño. Por lo que respecta a la totalidad del material véase SOLANA, 1978, 96 ss., que abunda en la idea de su total indoeuropeización, al igual que en su enorme grado de romanización. Ambas aseveraciones parecen exageradas.
- 42.- CARO BAROJA, 1973, 104.
- 43.- IGLESIAS GIL, 1978, 186.
- 44.- GONZALEZ ECHEGARAY, 1966, 122.
- 45.- Plin., *Nat. Hist.*, III, 3, 28; ver CARO BAROJA, 1973, 106.
- 46.- Ver UNTERMANN, 1965, y las correcciones y ampliaciones de los trabajos ya citados de ALBERTCS.
- 47.- CARO BAROJA, 1973, 102; AZAOLA, 1976, 110.
- 48.- SANCHEZ ALBORNOS, 1972, 52 ss.; CARO BAROJA, 1973, 41 ss.; y en cuanto a Ptolomeo ver mapas 2 y 3.
- 49.- LOMAS, 1975, 11 ss.
- 50.- GARCIA MERINO, 1975, 18 ss.; PAMPLONA, 1966, 207 ss.; JORDA, 1977, 29; PASTOR, 1977, 24 ss.; RODRIGUEZ COLMENERO, 1979, 13 ss. y 82 ss.; SOLANA, 1978, 32 ss.
- 51.- MERCIER, 1976, 83.
- 52.- HARRIS, 1978, 332, con una explicación detallada de la teoría de las áreas culturales y su interpretación por los distintos seguidores de la escuela.
- 53.- Aquí interesan especialmente, CARO BAROJA, 1970, donde amplía, matiza y da una nueva visión de las organizaciones sociales en el Norte, y CARO BAROJA, 1973, 2ª ed. de su trabajo general sobre el Norte.

- 54.- CARO BAROJA, 1970, 13 ss., somete a una crítica profunda la identificación de gens con tribu, pero es indudable que esto nada tiene que ver con el moderno concepto de tribu: SERVICE, 1962=1971, 99 ss.; 1975; SAHLINS, 1977a y 1977b; STEWARD, 1955; WHITE, 1959; SANDERS-PRICE, 1968; SANDERS-MARINO, 1973; GODELIER, 1974, 196 ss.
- 55.- SANDERS-MARINO, 1973, 14.
- 56.- SANDERS-MARINO, 1973, 15; un estudio más en profundidad es el de SERVICE, 1971, 133 ss., en el que se basan fundamentalmente Sanders y Marino.
- 57.+ SAHLINS, 1977a, 43. Para Sahlins las gradaciones posibles entre las tribus segmentadas y el cacicato son tantas como pueblos, cada uno es un caso, de tal manera que al hablar de sociedades tribales el señorío o cacicato queda integrado en ellas como último eslabón de la cadena.
- 58.- Ver los diagramas de SAHLINS, 1977a, 31 y 44. Para la problemática del paso de los señoríos al Estado ver: SERVICE, 1975, 71 ss. y 203 ss.
- 59.- Los datos que dimanar de la existencia de las lápidas vadinienses hablan en este sentido. Su dispersión, su rusticidad, que ha llamado la atención de todos los investigadores. Por lo que respecta a las lápidas ver: IGLESIAS GIL, 1976; RABANAL, en prensa; que recogen todo el material anterior. Por sus consideraciones particulares son interesantes además: GARCIA MERINO, 1972, 499 ss.; ALBERTOS, 1974b, 79 ss.; MARCOS VALLAURE, 1971, 69 ss. Toda la problemática del grupo puede verse en GARCIA MERINO, 1975, 22 ss.; recientemente GAGE, 1979, 133 ss. plantea a los vadinienses como una sociedad de caballeros y deduce para ellos una progresiva romanización en función de su latinización, piensa que Vadinia, el nombre dado por Ptolomeo a su capital, es una civitas, lo que no deja de ser algo fuera de lugar. Precisamente PARPERO-VIGIL, 1974, 141 ss. plantean la contradicción de Ptolomeo sobre Cantabria, de que ya no existían tribus sino ciudades, cuando la epigrafía vadiniense demuestra nomadismo, es decir, todo lo contrario a urbanización.

Estos autores consideran al grupo vadiniense como tribu, entendida ésta como sociedad gentilicia, compuesta por grupos menores, lo que en principio concuerda con el modelo establecido.

- 60.- Por ejemplo, BALANDIER, 1976, 88, cita el caso de Eisenstadt, que los divide en: segmentarios, segmentarios no particularistas, con asociaciones, con estratificación ritual, con aldeas autónomas. El problema de los modelos es que sean racionales, es decir, que las razones de su existencia estén en relación directa con la realidad económico-social y las bases ecológicas del sistema ambiental, que es, en última instancia, el principio generador de las adaptaciones.
- 61.- SAHLINS, 1977a, 49-78. Este autor señala la desigualdad de los modelos, producto de lo diferente de los ámbitos en donde la tribu desarrolla su vida.
- 62.- SAHLINS, 1977a, 76.
- 63.- SAHLINS, 1977a, 32; 1977b, 30 ss.
- 64.- Ver en este sentido lo que indica SAHLINS, 1977a, 30 ss.; su negativa a separar los tres componentes de la formación económico-social está razonada sobre el hecho mismo de ser el linaje el depositario de todas las funciones, pero eso no impide separar los tres niveles para realizar un estudio de una sociedad tribal, precisamente para poder comprobar como es la estructura de parentesco la depositaria de todas las funciones del grupo.
- 65.- SAHLINS, 1977a, 32.
- 66.- CARO BAROJA, 1970, 61.
- 67.- RIVERA, 1975, 190.
- 68.- MALUQUER, 1976, 7 ss.
- 69.- Como muy bien señala Maluquer, los tipos urbanísticos y arquitectónicos de algunas zonas, por ejemplo las provincias de Alava y Navarra, mantienen una vinculación muy directa con la arquitectura popular todavía viva, cuyo estudio se ha revitalizado últimamente: FLORES, 1973.
- 70.- LOPEZ CUEVILLAS, 1952, 5 ss.; GARCIA Y BELLIDO, 1966d; 1971a; BALIL,

- 1972a; 1974a; MALUQUER, 1975, 269 ss.; ROMERO MASIA, 1976.
- 71.- MALUQUER, 1976, 7 ss.; ILANOS, 1974, 101 ss.
- 72.- MALUQUER, 1976, 22.
- 73.- GARCIA-GUINEA-GONZALEZ ECHEGARAY-SAN MIGUEL, 1966, 11 ss.; GARCIA GUINEA-IGLESIAS GIL-CALOCA, 1973, 45 ss.
- 74.- MARTINEZ SANTAOLALLA, 1931-32, 127 ss.; ARASOLO-ALBERTOS-ELORZA, 1975.
- 75.- ROMERO MASIA, 1976, 119 ss.; GARCIA Y BELLIDO, 1968b, 16 ss.
- 76.- GARCIA MERINO, 1977, 31.
- 77.- MALUQUER, 1976, 21; LOPEZ CUEVILLAS, 1953, 121 ss.
- 78.- PAÇO, 1968, 45 ss.
- 79.- ALBERTOS, 1977b, 17 ss.
- 80.- Véase D'ORS, 1953, 374.
- 81.- Por citar el ejemplo más significativo, véase LEVI-STRAUSS, 1969; más asequible sería FOX, 1972, aunque para la problemática que aquí se trata, dado lo exiguo de la información, bastaría el capítulo correspondiente de cualquier buen manual de antropología: HOEBEL, 1973, 332-393.
- 82.- SAHLINS, 1977a, 32.
- 83.- Cuando el pacto se renueva mediante la inclusión en el grupo de individuos que portan nombres latinos, es indudable que se está ante el hecho de una adopción que en todas las sociedades gentílicas reside, igualmente, en el único grupo de parentesco que tiene esa posibilidad instituida, es decir el linaje.
- 84.- BARBERO-VIGIL, 1974, 107; este sistema, no demasiado diferente del romano, permitía a ciertos individuos que "andaban a la moda" adoptar progresivamente el sistema romano, como muy bien señalan ETIENNE-FABRE-LE ROUX-TRANOY, 1976, 99.
- 85.- CIL, II, 4192, 4233, 4240.
- 86.- HOEBEL, 1973, 374.
- 87.- Ver SAHLINS, 1977a, 32 y 50 ss.; HOEBEL, 1973, 376; LOWIE, 1972, 84 ss.

- 88.- CODELIER, 1974, 92.
- 89.- El problema se complica aún más porque también existen alusiones a populi, civitates, castella, etc.; el material se ha reunido en ALBERTOS, 1975. Existen algunos trabajos que tocan aspectos o soluciones posibles: FAUST, 1979, 426 ss., por no citar salvo los últimos aportes. La identificación que los investigadores han hecho de las estructuras sociales citadas por la epigrafía ha sido indiscriminada, sin que en ningún momento se den razones para ella. CARO BAROJA, 1970, 30 ss., es más prudente, limitándose a analizar los tres niveles en que pueden organizarse los casos citados por la epigrafía, sin tratar de identificarlos con linajes o clanes. Niega expresamente su identificación con tribus, pero al darle a este término una conceptualización diferente de la aquí empleada, según se ha dicho ya, huelga su valoración, aunque se esté de acuerdo en su no identificación.
- 90.- CARO BAROJA, 1970, 30 ss.
- 91.- FAUST, 1979, 442.
- 92.- UGARTECHEA, 1970, 79 ss., cita 140 clones sin que se pueda justificar la identificación con gentilidad. LOMAS, 1975, 54 ss. habla de subfracciones, pero es término que induce a error.
- 93.- ALBERTOS, 1975, 25.
- 94.- Pueden analizarse otros ejemplos de este problema, como PASTOR, 1977, 105 ss.; SCHULTEN, 1962, 64 ss.; GONZALEZ ECHEGARAY, 1966, 99 ss.; IGLESIAS GIL, 1976, 33; 1978, 179; NAVASCUES, 1970, 175 ss. explica como a la latinización de los genitivos gentilicios se le añade -orum en la zona astur-leonesa; esto sirve para la estela de Cármenes: Allae Viancior(um) = Allae ex gente Viancior(um), e indica que este caso es representativo de otras estelas del mismo grupo, cuyas fechas rondarían el siglo III; ahora bien, esto no prueba que los gentilicios así formados pertenezcan al mismo tipo que los que explícitamente indican ex gente o gentilitas, como se ha hecho mención al hablar de Faust. Podrían ser grupos de indígenas diferentes, pero también podrían ser simples arbitrariedades de la inter-

pretación hecha por el indígena sobre la fórmula latina que debía de emplear para indicar la pertenencia a su grupo de parentesco.

- 95.- SCHTAEJERIAN, 1977.
- 96.- CARO BAROJA, 1970, 56 ss.
- 97.- El caso del cántabro orgenonesco citado en la lápida de El Centenillo (Jaén), sería uno de los típicos en que se citan las unidades superiores, nacionales y tal vez tribales, con restricciones, dado que están fuera de su contexto social, por lo que se citan sus unidades más generales; ver D'ORS-CONTRERAS, 1959, 168. Esto coincide con la opinión de ALBERTOS, 1975, 65, aunque como puede observarse, por el planteamiento aquí seguido, las razones que llevan a la misma opinión son totalmente diferentes, lo cuál, indudablemente resulta muy positivo.
- 98.- LOMAS, 1975, 83.
- 99.- Que, según ALBERTOS, 1975, 63 ss., y 1977b, 17 ss., significan también castellon.
- 100.- GARCIA Y BELLIDO, 1943, 418 ss.; D'ORS, 1944, 123 ss.
- 101.- CARO BAROJA, 1973, 35 ss.
- 102.- BERNIEJO, 1976, 13 ss.; ALONSO DEL REAL, 1976, 53 ss., con un plan teamiento muy acabado del problema.
- 103.- GODELIER, 1974, 27, explica que: "Hay que destacar la importancia decisiva de la mujer en las sociedades primitivas para el mantenimiento de las comunidades por sus funciones reproductivas y económicas, y que esta importancia hace necesario el control por la sociedad del acceso a las mujeres. Pero este control son siempre los hombres quienes lo ejercen (...) En los sistemas matrilineales, la autoridad recae en el hermano de la mujer y en el tío materno, mientras que en los sistemas patrilineales corresponde al padre y al marido. Por esta razón, ambos sistemas no son el simple reflejo invertido el uno del otro. En un sistema patrilineal son las esposas de los hombres quienes reproducen el linaje, mientras que en un sistema matrilineal son sus hermanas. El problema, por consiguiente, consiste en asegurar el control completo de la esposa y renunciar al de la hermana, o bien a la inversa.

Por tanto no existe estado matriarcal aún cuando en las sociedades matrilineales las mujeres gocen de un estatuto muy elevado".

- 104.- Caso típico serían las estelas vadinienses en que se cita al avunculo, RABANAL, en prensa, nº 76, 80, 86, por lo que respecta a León; MARCO, 1978, 81 ss. y nº 117, 125, 128 y 93; la importancia del avunculo se aprecia en inscripciones como CIL II, 2972, en la que se le incluye junto al padre y la madre.
- 105.- HARRIS, 1978, 113. Su importancia ha sido destacada por todos los antropólogos, LEVI-STRAUSS, 1968, 37 ss., por ejemplo.
- 106.- ALBERTOS, 1977d, 181 ss.
- 107.- HOEBEL, 1973, 367: " Entre los pueblos cultivadores y pastores, la familia colectiva aparece universalmente como una entidad tertrateniente corporativa, alojada en una vivienda única o en casas aisladas, pero juntas, constituyendo una "casa". Los pueblos arcaicos indoeuropeos adoptaron frecuentemente este tipo de organización, conocida entre los pueblos balcánicos con el nombre de zadrugá".
- 108.- Ver HOEBEL, 1973, 394. Para las estelas, por ejemplo, MARCO, 1978, nº 90, 96, 102, 104, 107, 111, 112, 124.
- 109.- MERCIER, 1976, 181.
- 110.- BALANDIER, 1976, 69.
- 111.- SANLINS, 1977a, 33; este autor señala que aunque estén jerarquizadas, ninguna sociedad tribal presenta clases sociales, ya que contra la estratificación económica se levanta el sistema de producción autónoma; ver SANLINS, 1976, 235.
- 112.- GODELIER, 1975, 81; 1974, 126; FLANNERY, 1972, 44.
- 113.- GODELIER, 1976a, 263.
- 114.- Strab., III, 3, 7, que indica que la recolección de frutos naturales los alimentaba durante las 2/3 partes del año.
- 115.- CARO BAROJA, 1973, 53 y 55.
- 116.- SANLINS, 1977a, 119.
- 117.- SANLINS, 1977b.
- 118.- GODELIER, 1974, 35; 1975, 133.
- 119.- Véase, por ejemplo, LOPEZ CUEVILLAS, 1951.

- 120.- SANDERS-MARINO, 1973, 16.
- 121.- GODELIER, 1975, 131.
- 122.- GODELIER, 1976a, 276, expresa claramente esta cualidad de la economía primitiva, cuando considera que sus ingresos no dependen esencialmente de la venta de productos en un mercado.
- 123.- GODELIER, 1975, 63; SANLINS, 1977a, 22.
- 124.- TAPADA, 1977, 71.
- 125.- AMIN, 1969, 57.
- 126.- En este sentido, aunque no con la misma orientación, ver GODELIER, 1974, 87.
- 127.- GODELIER, 1975, 62.

oooOoooOoooOooo

222

V

SOBRE LO SAGRADO
ENTRE LOS INDIGENAS

1.- Introducción

Queda fuera de cualquier duda que, sean cuales sean los grupos humanos a estudiar, los aspectos relativos a la religión o, en su defecto, a "lo sagrado" (1), son los elementos menos cambiantes en el contacto de dos de tales grupos. El hecho de que dos culturas se enfrenten, y posteriormente intercambien elementos de su entorno, solo a muy largo plazo deja huella en ese oscuro rincón de la ideología que es el pensamiento religioso. Y ésto es doblemente importante por cuanto este pensamiento es un elemento recalcitrante a los cambios y, además, por el hecho de que la ideología de las sociedades arcaicas, sobre todo las que desconocen la creación literaria, viene generalmente enmascarada por metáforas religiosas (2).

El problema que se plantea al enfrentar dos grupos humanos, de tan diferentes características, en torno a lo religioso, viene determinado precisamente por los dos distintos niveles de comprensión del fenómeno religioso en que se encuentran el indígena y el romano. Niveles tan separados que no es pensable un trasvase del uno al otro sin sufrir ciertos traumas. Efectivamente se trata de dos mundos distanciados y no es de esperar que todos los romanos supieran darse cuenta, cual un Tucídides (3), que el estadio social de los indígenas con los que tomaban contacto era análogo a aquel por el que habían pasado ellos en los primeros momentos de su historia.

Nada había en la religión romana que tuviera una semejanza con el pensamiento religioso de los indígenas. El primitivismo de dicha religión se limita a los ritos, como ha señalado Bayet (4), llegando a matizar que el conservadurismo romano lo era más por precaución que por convicción. La estructura de los ritos, la organización sacerdotal de los romanos hablan por sí solos en función de las diferencias fundamentales con una sociedad que, en el momento de su contacto con Roma, se encuentra en un estadio tribal, prácticamente igualitario.

Se hace, pues, necesario definir los campos en los que puede delimitarse el pensamiento religioso en indígenas y romanos, para estar en condiciones de apreciar posteriormente los préstamos que los segundos tomarán de los primeros y, sobre todo, para captar debidamente si estos préstamos indican lo profundo de las creencias o se quedan simplemente en la superficie como meros vehículos sin fin propio.

Es indudable que la mayor dificultad con que se tropieza para el conocimiento de la religión indígena reside en la parquedad de las fuentes literarias. Poco debió de traslucirse a los historiadores de la Antigüedad sobre el comportamiento religioso de los pueblos del Norte, hay, sin embargo, material aprovechable gracias, entre otras cosas, a los esfuerzos de J.M. Blázquez en espurgar los autores griegos y latinos (5). El otro aporte fundamental es el que brinda la epigrafía y, en este sentido, habrá que tener en cuenta los trabajos de Blázquez y de Albertos fundamentalmente. Por medio de uno y otro tipo de fuentes

se pueden evaluar, sin pecar de pretenciosidad, algunos de los aspectos más importantes de la esfera religiosa indígena.

Por lo que respecta a los romanos la dificultad es menor, ya que implantaban allí donde fueran un mismo sistema, reflejado tanto literaria como epigráficamente. Lo que sería impropio es no valorar las diferencias lógicas en función del entorno ecológico diverso en el que se van a efectuar las conquistas romanas y, sobre todo, la diferente respuesta de los pueblos indígenas, tal y como se vió en el capítulo segundo.

Otro aspecto que se muestra con rasgos muy sugestivos sería, dada la evidente indoeuropeización del Norte peninsular señalada páginas atrás y en la que se muestran unánimes todos los autores, intentar analizar las muestras religiosas indígenas en el contexto de la trifuncionalidad indoeuropea citada a todo lo largo de la producción de Dumézil y por esta comprensión, difícil por otra parte, intentar entrever zonas islas fuera de ese contexto indoeuropeo. Naturalmente en éste jugaría un gran papel un elemento tan discutido como el celta, y su implantación peninsular.

Para comprender el fenómeno religioso indígena hay que plantearse la existencia o no existencia de sacerdocio y, aunque la pobreza de las fuentes es manifiesta, hay, sin embargo, algunas cuestiones dignas de relieve que pueden ayudar en la búsqueda. Intimamente ligado con

ello se encuentran el panteón indígena y todos los problemas de interpretación que plantea. Se hace necesario estudiarlo en el contexto general de la sociedad en que se da, para ver el sentido de ciertos númenes sagrados y, sobre todo, para comprender el aparente sincretismo de ciertos dioses romanos con estos númenes indígenas, analizando el contenido de esas divinidades (unas y otras) y su significado en el seno de lo indoeuropeo.

La propia naturaleza del material epigráfico, fundamental y único para el estudio del panteón, plantea diferentes problemas de no fácil solución, que se intentarán analizar.

Todos estos elementos, por muy provisionales que pudieran parecer, abocan por supuesto a una consideración final. Definir el entorno religioso del individuo indígena, tratar de adentrarse en su imagen del entorno social y ver cuáles son las metáforas religiosas de su estructura social, esto, por lo menos, de una manera un tanto hipotética, pues la falta de mitos escritos libera al historiador de las religiones de un análisis trascendente.

En toda esta construcción es indudable que la elaboración de hipótesis previas es camino obligado para la consecución de unos resultados medios. Dada la escasez de las fuentes literarias y arqueológicas no existe otro camino que el que aquí se contempla, bien es verdad que puede ser mejorado sin lugar a dudas. Es evidente que las hipótesis es-

tán ahí para ser planteadas, la investigación futura dirá si son o no verosímiles, pero por la negación de las primeras se puede llegar a elaborar las segundas y éste es, sin duda, el camino de cualquier investigación. En todo caso debe quedar claro que no se intenta realizar un estudio global sobre la religión indígena o la religión romana en el mundo indígena sino plantear aquellos problemas, y su posible explicación, que tienen un significado en el enfoque general de este trabajo.

2.- Fuentes. Validez y problemática.

No se trata de plantear aquí una consideración general sobre los tipos de fuentes sino sólo de aquellos aspectos de éstas que se relacionan con la esfera de lo religioso.

Las primeras a considerar van a ser las fuentes epigráficas y, en ellas, surge como primera cuestión el problema de su fecha.

Como fuente de carácter religioso hay que considerar el material epigráfico desde dos puntos de vista. Por una parte las aras votivas a divinidades de tipo indígena cuya información se refiere fundamentalmente al elemento autóctono, en relación con las divinidades que en ellas aparecen. De gran importancia es, también, el hecho de que el personaje dedicante sea romano o romanizado, lo que no siempre es fácil de diferenciar. Por otra parte, las estelas funerarias informan exclusivamente sobre creencias relativas a la muerte; desde el punto de vista re

ligioso sufren un planteamiento muy diferente, como se verá páginas más adelante. Esta es la razón de separarlas.

Por lo que respecta a las aras votivas dedicadas a divinidades indígenas hay que considerar algunos aspectos, en torno a su posible cronología, más o menos aceptados por los investigadores. Prescindiendo de algunos casos muy contados, como el ara de Erudino, del 399 d.C., el resto oscila, según la mayoría de autores, entre el siglo II y el III. Para algunos son razones históricas y tolerancia de las autoridades romanas, Lambrino, por ejemplo(6). El caso de las inscripciones de Endovelico, aunque no pertenezca al ámbito geográfico aquí estudiado, es muy significativo. Lambrino las fecha también en los siglos II y III.

Blázquez ha recogido en dos trabajos (7), fundamentalmente, el conjunto de fechas más o menos conjeturables dadas por los diversos editores de las aras. Son fechas, en su mayoría, paleográficas, cuya relación con el planteamiento histórico podría ser análoga, pero teniendo en cuenta que el siglo I d.C. es ante todo, en epigrafía del Norte, una fecha post quem. La cronología dada por Blázquez a partir de cuarenta y seis inscripciones con nombres de dioses lleva del siglo I al siglo IV, siendo la última la de Erudino antes citada. Esto sirve, sin duda, de orientación (8) pero no integra todo el territorio aquí estudiado y hace, en cambio, referencias a otras zonas. Se podría aceptar la fecha del siglo I para la zona del Alto Aragón, comarca de las Cinco Villas, Valle Medio del Ebro, Rioja y alguna que otra zona colindante, pero pa-

ra llegar a esta conjetura habría que partir de razones históricas o estratigráficas (9), las paleográficas son arriesgadas siempre que no se trate de talleres reconocibles y exista alguna pieza indudablemente fechada. A pesar de estas dificultades de índole paleográfica se sigue dando por este sistema con demasiada frecuencia (10).

Refiriéndose a estelas funerarias García Merino (11) indica la ubicación en el siglo III de muchas de las del Convento Cluniense, que por la letra "se dice que corresponden a los siglos I y II".

Sería inútil reseñar más testimonios sobre la cronología de las aras. Visto lo expuesto puede apreciarse que la tendencia actual es subir la cronología, suponiendo del siglo III, e incluso de la primera mitad del IV, lo que antes se pensaba del I, II y parte del III.

En cuanto a las estelas funerarias, de las cuales en el ámbito del Norte una enorme cantidad son decoradas, aparte del problema señalado por García Merino, el mismo uso funerario les da un carácter más recalcitrante aún en el seno de las creencias religiosas de la comunidad indígena.

El mayor número de estelas funerarias ha permitido fijar ~~una~~ criterios cronológicos basados en paralelos con piezas fechables por razones arqueológicas (presencia en murallas atribuíbles al siglo III, estratigrafías, etc.). Desde García y Bellido (12) la fecha tradi-

cional han sido los siglos II y III, prescindiendo de las llamadas "ibéricas", que el citado investigador consideraba del siglo I a.C.. En la bibliografía menuda la datación ha oscilado entre esas fechas. Algunos de estos trabajos han tenido y tienen una significación especial en relación con el tema de esta obra, serán éstos los que de alguna manera será más interesante citar.

Diversos autores dieron preferencia a valoraciones estilísticas y paleográficas, en ausencia de otros elementos. Es el caso de las estelas de Vigo, conjunto de características uniformes que parece salido de un mismo taller en pocos decenios. Juliá las fecha en la primera mitad del siglo III (13), en contra de la orientación dada por García y Bellido sobre estelas con hornacina (14), cuya fecha era más tardía, del IV, aunque esta datación era simplemente estilística. Pese a ser paleográficos, y por ello no totalmente seguros, los argumentos de Juliá tienen bastante peso por el cúmulo de relaciones que establece. Ahora bien, y como reconoce la autora citada, los elementos decorativos integrados en estas estelas son producto de una tradición ancestral (15) y ésto hay que contactarlo con la idea de García y Bellido sobre la posible tradición en madera del trabajo de "talla" de las estelas (16), y el hecho, evidente por otra parte, de que la costumbre romana de la epigrafía lapidaria potencie el fenómeno de la estela decorada entre ciertas clases de la sociedad indígena, en relación con las formas de vida romanas, aunque ésto no deba considerarse "romanización", en el sentido que se le daba en el capítulo I.

Por lo que respecta a otras zonas concretas, no varía mucho la opinión de los autores. Marco Simón (17) acepta la fecha "desde mediados del siglo II hasta fines del IV o comienzos del V", para las inscripciones cántabras. Según este autor, las de Monte Cildá (18) y Peña Amaya serían del siglo III y las Vadinienses se repartirían entre éste y la primera mitad del siglo IV. Para Vigil (19), las estelas cántabras irían desde el siglo III a la primera mitad del V, siendo el núcleo mayor el del siglo III. García Merino considera las inscripciones vadinienses "ocupando todo el siglo III y el final de la serie puede colocarse un poco antes de los dos epitafios de Soto de Cangas, cristianos y del siglo IV"(20).

En cuanto a las estelas de Lara de los Infantes, Abásolo (21) plantea una cronología, basada en el estilo y la letra, que va desde el último tercio del siglo I a la mitad del siglo III, coincidiendo la época de esplendor con los años 130-200 d.C.

Marco, para la zona de Burgos en general, da la fecha de los siglos II y III (22), lo mismo que para Palencia y Soria. Para Vizcaya piensa en una cronología más alta, siglos III y IV. La estela de Oyarzun (Guipuzcoa) la sitúa en el siglo I, el grupo alavés en los siglos II y III y las de Navarra en los siglos I, II y III. Conviene señalar el carácter paleográfico de estas dataciones, en general, apuntadas ya por los editores de los epígrafes.

Quedan otra serie de estelas , dispersas entre los grupos citados, cuya datación se hace aún más difícil, precisamente por ser elementos aislados. Sirva ésto de muestra de cual es el estado de la cuestión.

La datación por el estilo es también frecuentemente aplicada dado que las características de las estelas se prestan a ello. Sin embargo, por sus connotaciones históricas, el mayor número es posible que gire en torno a la segunda mitad del siglo III en las zonas más al Norte y por lo que respecta a los ejemplares más aislados, y admitir próximas al siglo II las de la zona más impregnada de romanidad, como Soria y Burgos.

Esta cronología, de todas formas, pudiera estar en contradicción con el problema de la crisis, durante la anarquía militar y las invasiones, y sufrir modificaciones en función de como se puedan ir solucionando ciertas cuestiones. En cualquier caso, la falta de material epigráfico en relación con la crisis y las invasiones afectará más a otros territorios de la Hispania romana que al Norte propiamente dicho, aunque ciertas zonas concretas no se salvaran del problema (23). Este cabe plantearlo, pero al tratar sobre información relativa a lo religioso la problemática se reduce drásticamente. Hay que recordar las primeras palabras del capítulo, en donde se ponía de relieve el hecho, de gran trascendencia, de la lentitud con que se producen los cambios en la esfera de la ideología, y mucho más en el mundo de las creencias re-

ligiosas. Una sociedad que está pasando de ser una organización libre, a nivel tribal, a integrarse en un mundo más complejo, como provincia de un imperio que tiene una religión oficial, tampoco impuesta con sangre, es un caso en el que la evidente lentitud de los cambios permite un amplísimo margen en el uso de las fuentes, en cuanto a su fecha se refiere. Ya indicaba Lambrino, en el trabajo citado anteriormente (24), el hecho significativo de que un epígrafe fechable en el siglo I, aunque esta data se refiere a una inscripción de Mérida, implica unas creencias, él dice cultos cosa que es más discutible, que pueden durar sin obstáculo hasta el triunfo del cristianismo. Por la misma razón una inscripción fechable en el siglo IV avanzado, como la de Erudino, conlleva unas creencias mantenidas a lo largo de los siglos anteriores con todo su vigor.

La utilidad de las fuentes en materia religiosa, por lo que respecta a la epigrafía, toman así un valor que se podría denominar intemporal.

Este carácter intemporal traspasa la línea de la Historia Antigua y de la Etnografía de los pueblos peninsulares, sobre todo por lo que se refiere a los elementos decorativos esculpidos en algunas aras dedicadas a dioses y, sobre todo, en las "estelas decoradas". De esta propiedad intemporal en su esfera religiosa son buena prueba relieves de época medieval como los recogidos por Díez-Coronel (25), aunque fuera del territorio estudiado; en Alava, en la iglesia de San Vicentejo,

existen relieves dentro de este estilo tardo romano.

Los elementos decorativos geométricos han sido clasificados de forma útil por diversos autores. Marco (26) hace notar la dificultad de interpretar objetivamente el cúmulo simbólico de estos elementos geométricos; al mismo tiempo los cataloga siguiendo un criterio meramente descriptivo pero con una documentación muy completa. Los aspectos religiosos de estos símbolos se verán en el apartado siguiente. Resta añadir algunas palabras más sobre otros aspectos de las fuentes en el tema religioso.

Desde el punto de vista epigráfico la aportación fundamental de las estelas funerarias al aspecto religioso es de difícil vinculación, por cuanto se desconocen los elementos de las creencias funerarias, mitos o prácticas chamánicas en torno al problema de la muerte. Su información cae dentro de los aspectos sociales, edad, grupo tribal, organización, etc..

Otro tipo de creencias en númenes sagrados o individualidades divinas, o divinizadas, podría valorarse en algunas aras votivas que contienen elementos decorativos, aunque esto es raro. En cualquier caso podría señalarse la vinculación de ciertas divinidades con aspectos de la vegetación, el carácter solar o lunar. De todos modos, estas deducciones implican un cierto riesgo. Hay que pensar que los artesanos acumularían un determinado número de aras y estelas, ya talladas, en sus

almacenes, que estos bloques, cuyo uso votivo o funerario claramente diferenciado en un principio, pudieran alterarse en un momento en que un cliente necesitara una pieza que no estuviese preparada y se utilizase otra no prevista para ese fin (27).

Ello es pensable, sin duda, para los grandes talleres de la zona de Burgos, Lara por ejemplo, Monte Cildá en Palencia, o los de Alava en su límite con Navarra. Por su dispersión los vadinienses sugerirían un taller en algún punto medio, pero aquí es posible que la realidad esté reñida con este tipo de consideraciones metodológicas. El taller, si fuera posible hablar de un taller, sería tan trashumante como la tribu, y lo más probable es que se tratase de artesanos locales, dentro de los diversos linajes o grupos humanos en que estuviera dividida la tribu. El número de estelas, cerca de sesenta (28), hace pensar en diferentes grupos, antes que en uno solo, por mucha movilidad que desarrollara.

De las fuentes literarias hay que decir que no pueden compararse con los datos que se tienen sobre los galo-celtas, por ejemplo, sin embargo se ha podido sacar buen partido de ellas y hay que esperar que la aplicación de nuevos métodos dé un mejor fruto. Pese a ello es evidente su aspecto disperso y su poca cantidad y calidad. El hecho religioso es, por sí mismo, doblemente difícil de interpretar, y su análisis conlleva una carga de subjetivismo en la que se proyecta la propia cultura, bien sea consciente, por comparación, o inconscientemente, en

la simple narración de unos datos etnológicos, caso de Estrabón. Los aspectos mágico-religiosos de los "bárbaros" del Imperio siempre fueron motivo de anécdota más que otra cosa. El propio Plinio el Viejo es una buena muestra de ello.

Aunque breves y dispersos, los datos han sido recogidos en un artículo de J.M. Blázquez (29) sobre religiosidad de los pueblos de la Hispania Antigua, en el que clasifica las noticias de los autores de la Antigüedad según zonas geográficas.

Los datos de los autores clásicos constituyen, por lo que se refiere al Norte, un elenco más bien pobre, excepción hecha de Estrabón, y, más que considerarlos poco fidedignos habría que tacharlos de poco precisos. Lo que expresan no será, posiblemente, falso, pero si enmascarado y muchas veces incomprendido por el propio autor. La excepción estraboniana merece consideración aparte dado que se le debe la casi totalidad de los datos sobre el Norte Peninsular. La calidad de Estrabón la achaca Alonso del Real (30) a su pertenencia a la escuela de Posidonio. El serio análisis de Alonso hace obligada su cita al hablar de fuentes literarias.

Otro problema que se aprecia fácilmente es la dispersión en el tiempo de los diversos autores. Desde Estrabón a San Martín de Dumio, pasando por Livio, Plinio el Viejo, Floro, Justino, etc...Una dilatada cronología que prueba, una vez más, que lo religioso es más firme en lo

temporal que otros aspectos del entorno social. Precisamente esta duración es esgrimida por Lambrino (31), en lo que se refiere a los cultos, pensando que llegan hasta el Cristianismo, como parece debió ocurrir.

Desde un punto de vista estricto, el problema de las fuentes clásicas depende, simplemente, de que sus autores no visitaron directamente los pueblos de los que hablan, no los observaron como haría un antropólogo en una tribu primitiva actual. Es por ello que su interpretación adolece de los defectos subjetivos de interpretatio que se indican líneas antes. Pese a todo son datos inestimables, dado que son los únicos que pueden servir de apoyo a una consideración científica del material arqueológico y epigráfico, y, en algunos casos, como ocurre en el País Vasco, incluso a la etnología moderna (32). El paralelismo de ciertos rasgos religiosos observables en el folklore actual con los extraídos de los escritores de la Antigüedad no deja de ser una muestra de la fuerza de dichos rasgos referidos a la esfera de lo religioso; ejemplo evidente pueden ser las danzas de bebedores, edate-dantza en el País Vasco, citadas ya por Estrabón (33), muy comentadas por Caro Baroja (34) tanto en su obra Los pueblos del Norte, donde analiza los pormenores, como en un estudio más general sobre las danzas vascas publicado en diversas ocasiones (35). Caro acude al pasaje de Estrabón para darle verdadero sentido al actual correcales o pasacalles, Karrikadantza también llamado, y que otros autores recogen y describen como edate-dantza, cuyo originario sentido está claro en Estrabón.

Desgraciadamente ejemplos como éste no son frecuentes, pero el citado sirve para corroborar el aún positivo valor de estos datos, a pesar de los contras enumerados líneas atrás.

Fuentes literarias y epigráficas son, por lo tanto, las que mayor importancia poseen en la búsqueda de los aspectos religiosos de los pueblos del Norte. Los paralelos etnológicos plantean la posibilidad del juego inverso, es decir, proyectar la equivalencia en otras sociedades sobre la sociedad indígena antigua.

En esto reside un peligro indudable, por cuanto las circunstancias no siempre son iguales y el desarrollo no tiene porque parecerse. Un exceso de tacto no está reñido con la finalidad científica.

Otro aspecto muy diferente puede obtenerse mediante las teorías del desarrollo de las culturas. Es de aquí, sin lugar a dudas, a donde se puede acudir en demanda de claridad. Procurará hacerse en la medida de lo posible (36).

3.- Aspectos generales de lo sagrado.

Los párrafos que anteceden, por otra parte, sin ninguna intención adivinatoria, hablan, sin embargo, de las dificultades que son pre-
visibles de encontrar en la búsqueda de las creencias religiosas de los antiguos habitantes del Norte.

Cuando la parquedad de las fuentes es tal, se hace necesario pasar revista a todo lo que, de alguna manera, se hace sospechoso de "sagrado" y, con el máximo cuidado, separarlo de lo "profano".

Son éstos, dos conceptos evidenciados por Mircea Eliade en dos de sus obras más famosas (37). El tema es complejo, y no es caso de resumir aquí los aportes de este investigador al conocimiento de la Historia de las Religiones. El problema de disociar lo sagrado de lo profano en las sociedades primitivas viene dado porque lo primero "puede manifestarse de cualquier forma y en cualquier sitio dentro del mundo profano" (38). Como muy bien señala el famoso historiador de las Religiones, la dialéctica de lo sagrado es válida para todas las religiones, y no sólo para las llamadas primitivas (39). Pero hay un hecho destacable, y es que para el hombre de las sociedades preclásicas todos los actos de la vida están enmascarados con el carácter de religioso o, mejor dicho, de sagrado (40).

El mundo del hombre de estas sociedades está lleno de hierofanías, por cuanto que las manifestaciones de sacralidad son la única explicación a su desconocimiento científico, y no significa, como han querido ver algunos autores, que el pensamiento del hombre primitivo sea anticientífico. Su deseo de explicarse los hechos le hace sacralizar lo inexplicable, le hace representarse a la naturaleza y a las relaciones sociales con una imagen ilusoria, "alienada" de la realidad (41).

Esta sacralización contiene una idea de "orden", de organización y de estructura dependientes del hecho de que el hombre necesita habitar un Cosmos y no un Caos (42). Su entorno cotidiano supone un minicosmos en el que se puede integrar su vida y la sociedad a la que pertenece. Más allá de esta idea, idea que se corresponde con un espacio físico, está el Caos. Por ello el ámbito conocido es sagrado, y cuando el grupo se desplaza debe sacralizar el entorno mediante un rito. La leyenda de la fundación de Roma recoge un rito de este tipo. Ello es posible porque, según explica Eliade (43) "la instalación en un territorio equivale a la fundación de un mundo", es decir, de un Cosmos nuevo.

El hombre de la sociedad tribal concibe la vida dentro de un conjunto de actividades religiosas que encubren o disfrazan aspectos pragmáticos del vivir cotidiano, pero que deben ser sacralizadas para poder ser integradas en la imagen que del mundo se forma el hombre.

La primera de estas hierofanías es la del entorno, como se desprende del párrafo anterior. El entorno sagrado es el territorio tribal dado que la determinación de ocupar un espacio físico "implica una decisión vital que compromete la existencia de la comunidad por entero" (44), y este hecho es sacralizado. Su recuerdo pervive frecuentemente en la leyenda de las ciudades, caso citado de Roma.

Para el hombre religioso existe una oposición evidente entre el espacio sagrado, "el único que es real, que existe realmente, y todo

el resto, la extensión informe que le rodea" (45). Mircea Eliade va aún más allá en estas consideraciones, analizando como primordial la experiencia que para la sociedad primitiva supone esta discontinuidad del espacio, añadiendo: "no se trata de una especulación teológica, sino de una experiencia religiosa primaria, anterior a toda reflexión sobre el mundo(...). Se ve, pues, en que medida el descubrimiento del espacio sagrado tiene un valor existencial para el hombre religioso: nada puede comenzar, hacerse, sin una orientación previa, y toda orientación implica la adquisición de un punto fijo". Este punto fijo es el espacio o de marcación del grupo (46) y es a partir de esta entidad, que sabemos dá nombre al grupo en muchas ocasiones, que lo "sagrado" se manifiesta y trasciende a toda la actividad del conjunto humano.

Viniendo a colofón de lo expuesto hay un texto de Estrabón

(47) que ha sido comentado ampliamente: Τοὺς δὲ θανατουμένους καταπεποῦσι, τοὺς δὲ πατραλοίας ἔξω τῶν ὁρῶν ἢ τῶν ποταμῶν καταλεύουσι.....Es decir:

"despeñan a los condenados a muerte. Lapidan a los parricidas, lejos de montañas y de ríos".

Lomas primero (48) y Bermejo después (49) han señalado este párrafo estraboniano relacionándolo con el concepto de territorialidad. Evidentemente sería difícil de explicar sin admitir que "lejos de montañas y de ríos" habría que entenderlo como: "fuera de los límites marcados por montañas y ríos", que, como muy bien señala Lomas, son los límites naturales de los grupos humanos (50). Este autor se pregunta a que

territorio se refiere: ¿familia?, ¿subfracción?. Aparte de lo impreciso del término subfracción, no es excesivamente complicada la respuesta. El territorio no puede ser familiar porque las familias no viven aisladas. Los territorios en la organización tribal pertenecen a la comunidad, con todos sus clanes y linajes, pero cuando éstos son muy amplios y, sobre todo en un medio montañoso con habitat disperso, los territorios se fragmentan, perteneciendo ciertas circunscripciones a poblados en los que conviven diversos linajes y, normalmente, sin mezcla de clanes (51). Estos territorios, en otras ocasiones, son patrimonio de ciertos linajes, quedando separados unos de otros por zonas que no pertenecen a la esfera de lo real, es decir, que no son sagrados. No hay necesidad, pues, de hablar de fracciones y subfracciones a la hora del habitat. Clanes y linajes son divisiones relacionadas con el parentesco, pero no excluyen la fragmentación en poblados, castros o similares agrupaciones. Agrupaciones que se forman y dividen, tanto por necesidades económicas de explotación del territorio como por razones defensivas y estratégicas.

El problema del espacio sagrado conlleva implicaciones de enorme relieve. La denominación de los clanes, linajes y familias se reviste de sagrado (52). Darán nombre a ciertos númenes protectores cuando las modas funerarias romanas introduzcan el epígrafe en alfabeto latino. Pero sobre esta cuestión se volverá al hablar del Panteón.

Otra prueba de la vinculación entre el territorio sacralizado y el individuo es señalada por Lomas (53) refiriéndose a la cita de Es-

trabón (54) de que los enfermos eran expuestos en los caminos. Lomas opina que Estrabón comprende mal la cuestión, puesto que no se trata de sacarlos a los caminos para que los que hubiesen tenido la enfermedad les dieran el remedio, sino para evitar la contaminación del territorio sagrado. La cosa es debatible por cuanto, como ya se ha indicado, todo fenómeno social se enmascara con lo sagrado. La vinculación, de todas formas, es evidente.

Estos hechos, puestos de relieve por Estrabón, están en íntima relación con la aparición de la territorialidad en las lápidas, funerarias o votivas. Evidentemente es una situación que, ya se ha indicado varias veces, hubo de durar siglos, más allá del fin del Imperio, como se verá más adelante.

Volviendo al texto estraboniano, hay un pequeño problema que no ha sido suficientemente matizado. Aunque Estrabón, en el párrafo citado y líneas más abajo, indica que todo lo dicho anteriormente se refiere a las poblaciones montañosas de la costa Norte de Iberia, es decir, galaicos, astures, cántabros y vascos, es evidente que estos rasgos no estarían presentes por igual en todos y cada uno de los pueblos citados. La homogeneidad debía de ser bastante grande, sobre todo en cuestiones generales de la organización territorial, pero se hace difícil precisar a qué pueblo concreto se referirá cada atributo recogido por el autor griego. Indudablemente, sólo la epigrafía podrá, algún día, llegar a clarificar estos datos.

Retomando la primera cita de Estrabón, relativa a la territorialidad, interesa precisar, aunque Bermejo lo ha hecho ya en lo que respecta a su interés jurídico (55), que el parricida comete sacrilegio por matar dentro del territorio sagrado, pero no solo por eso. No es necesario pensar en el mundo griego, de hecho en los orígenes de todas las civilizaciones están en reliquia las relaciones de parentesco como elemento constitutivo de las leyes y de las relaciones entre los hombres. Se castiga al que atenta contra el parentesco porque rompe los vínculos de unión del grupo, cuyo carácter, casi "tabú", explica la íntima razón de ser de la comunidad.

El carácter sagrado del territorio es lo que marca de forma primordial los otros aspectos sobrenaturales del individuo y la comunidad, de aquí el interés de estudiarlo primero.

El territorio da su nombre al grupo, tiene un sentido sobrenatural como espacio sagrado, protege al individuo y es, por ello, númer o deidad protectora. El territorio es tierra madre de la comunidad, será también deidad femenina, madre y fertilizadora. Finalmente, el territorio es el grupo mismo. Toda hierofanía tiene su origen en él (56). Así, no debe sorprender la aparición de aras votivas en que se deifica a la tribu. El individuo no deifica a la tribu al construir la lápida, simplemente plasma un hecho, una realidad social(57). El hecho de que el nombre tribal o de clan o de linaje designe tanto a los habitantes como a su territorio tiene paralelos en el mundo celta de La Tène, y pertene-

ce al dominio común de las organizaciones tribales (58).

Mircea Eliade, al clasificar las hierofanías en cósmicas, biológicas y tópicas, incluye en el tercer apartado todos los lugares y centros sagrados (59). Evidentemente, entran aquí todas las concepciones de la sacralidad territorial antes mencionada, así como otros conceptos frecuentes en todo ámbito humano. Centros religiosos y centros sagrados, es necesario distinguir bien ambos conceptos. En ocasiones coinciden, pero a veces no. Depende del grado de organización religiosa. Un centro religioso es un centro de culto, un centro sagrado no lo es necesariamente. El territorio, el poblado, la morada, constituyen, todos y cada uno, una imago mundi, todos y cada uno, se sitúan en el "Centro del Mundo". No se trata de un espacio físico, sino de un espacio existencial y sagrado de estructura radicalmente distinta. Su multiplicidad no es una dificultad para el pensamiento religioso (60). Es en esta teoría general del espacio sagrado en la que hay que encuadrar el dato estraboniano sin duda alguna.

Cuando una sociedad organiza su religión, es decir, organiza su culto, instituye un clero, censa sus dioses, entonces el centro sagrado se convierte en lugar de culto, en centro religioso, pero sólo entonces.

La aparición de un determinado número de lápidas votivas a una deidad como Vurovius (61) no implica un centro de culto propiamente

dicho, aunque tampoco es factible demostrar lo contrario. El carácter de los númenes sagrados y la inexistencia de un clero indígena propio, como luego se verá, lo impiden.

Otro muy diferente aspecto sería la presencia de colegios de sacerdotes nacidos en el seno de la sociedad romana, allí donde la administración de la metrópoli tenga suficiente fuerza y la asociación de un nombre de divinidad romana con un "ente" indígena permita la existencia de un ara a un Iúpiter Solutorius Eaeus, por ejemplo(62). Lugares de culto propiamente dicho solo pueden darse con la presencia de un sacerdocio, y ello es posible solamente a la vista de Administración romana.

Volviendo al problema del "centro", queda indicar lo peligroso de las generalizaciones, influidos por el modo de obrar de la cultura romana. Para la sociedad indígena no es válido el concepto de culto, puesto que todo su territorio es sagrado. Solo una hierofanía especial transforma un lugar común en un "centro". Sería éste el caso de ciertos manantiales, luego localizados por la óptica romana como sede de ninfas (63). Por el manantial se muestran los númenes protectores de la tribu, la esencia de la tribu misma. También las montañas son un ejemplo de esto último, caso del monte Larouco (64). Manantiales, ríos, montañas, en suma potencias de la naturaleza que se muestran como sagrados lugares. Tal vez sería éste un segundo modo de leer el texto citado de Estrabón. Apartar a los parricidas de los lugares sagrados al lapidarlos. No hay

que descartar esta posibilidad que, si bien no niega a la otra, por lo menos la matiza sensiblemente. En cualquier caso lo segundo implicaría, por extensión del lugar sagrado, lo primero.

Pero el fenómeno religioso no se queda en las hierofanías tópicas. Mircea Eliade considera las cósmicas, que divide en acuáticas y celestes, y las biológicas, que en un paréntesis abierto pueden ir desde los ritmos lunares o solares a la vegetación y la sexualidad (65), y, seguramente, algunas más relacionadas con ideas cíclicas o fertilizadoras.

Las implicaciones del primer grupo han producido Cosmologías y Cosmogonías. Pero son creaciones de colegios sacerdotales (66) y aparecen en sociedades complejas. El segundo grupo de hierofanías, en relación con los ciclos vitales, tiene más campo abonado en las sociedades tribales con o sin sacerdocio. Son éstas las muestras más evidentes de las religiones de estos grupos humanos. Lo celeste, lo acuático, existe en todo el aparato simbólico, pero no da origen a mitografías, y si hay mitos tienen una relación indirecta con lo cosmogónico, no son creaciones intencionadas.

Lo cíclico, lo biológico es lo inmediatamente cercano al hombre y su entorno. El sol, las estrellas y la luna son símbolos celestes por su procedencia, pero contienen un elemento escatológico. Son símbolos de lo fijo, de lo eterno. En este sentido hay que interpretar los

símbolos de las estelas funerarias del Norte, hay tantos casos que se hace inútil citarlas (67).

Se tienen, por lo tanto, representados los elementos simbólicos de un nivel hierofánico, el biológico. También en el panteón se podrán observar espíritus de la fecundidad, de las aguas, del territorio, de la montaña, de la vegetación y de la vida animal. Blázquez ha analizado el carácter sicopómpico del caballo y de otros elementos próximos a las creencias de ultratumba (68), es por ello que se hace innecesario repetir esas ideas, pero sí conviene analizar su relación con las creencias generales.

Es indudable que no vamos a conocer nunca las convicciones que sobre el mundo de ultratumba tenían los antiguos hispanos, como tampoco sus mitos ni el significado verdadero de esos nombres plasmados en las aras votivas y que se interpretan como númenes o dioses. El mayor conocimiento vendrá con una amplia especulación sobre los datos que se van obteniendo. Siendo así, la interpretación de los signos astrales cae dentro de generalizaciones que desgraciadamente no son originales, y explicarlas en relación con creencias de ultratumba no deja de ser lógico dado que aparecen en lápidas funerarias. Lo único que se puede pretender es tratar de establecer relaciones que aclaren la idea que de la esfera sagrada se forjaba el individuo (69).

Parece evidente, por las implicaciones que pueden desprender

se del cuadro de las hierofanías de Eliade, que las creencias de ultratumba están en relación con un animismo biológico: vegetación, agua, cielo, estrellas, luna, sol, etc... De todo lo que concierne a las creencias religiosas de un pueblo cabría esquematizar los siguientes elementos:

- 1.- Cosmologías, de existencia improbable por cuanto suelen ser productos muy elaborados, propios de altas culturas y clases sacerdotales.
- 2.- Mitologías, aunque relacionables con las primeras contienen un elemento popular, y su existencia es universal. Un único acercamiento sería por la vía del Panteón, como ha señalado recientemente Bermejo (70), pero queda otra vía realmente escabrosa y difícil: la del folklore, como muestra tardía (Edad Media), testimoniada en costumbres, bailes, literatura, etc...
- 3.- Animismo. Analizable por el Panteón contenido en las aras votivas. El lingüista tiene la palabra.
- 4.- Seres sobrenaturales o deidades; la denominación exacta depende del punto de vista que se adopte sobre la definición del concepto de religión. Su estudio ha de realizarse a partir, fundamentalmente, de la documentación epigráfica, puesto que, aunque ésta aparezca en época romana, refleja las creencias ancestrales de los indígenas.
- 5.- Objetos y lugares sagrados. Se tienen algunos ejemplos y la explicación general de su existencia.
- 6.- Creencias de ultratumba. J.M. Blázquez ha analizado en varios trabajos (71) la relación entre el caballo y ciertos ritos funerarios; es evidente la función sicopópica del caballo en ciertas zonas de la Penín-

sula Ibérica, como por ejemplo entre los vadinienses y algunos núcleos de estelas burgalesas. En una sociedad ganadera o en la que el caballo tiene una gran importancia en la vida cotidiana, su relación con las creencias cae dentro de lo que es, religiosamente, lógico. No es cosa de repetir aquí el contenido de dichos trabajos.

7.- Cultos y ritos funerarios. El culto funerario no implica sacerdocio dado que es familiar, y en cada grupo doméstico hay un cabeza de familia que asume las funciones sagradas. Los ritos se escapan al investigador, mientras la arqueología no aporte datos. Otros pueblos hispanos han mostrado algunos, por ejemplo las cerámicas ibéricas, con las danzas o luchas a la muerte de un régulo.

8.- Especialistas de la muerte. El chamán o mago puede ser de carácter temporal o fijo, depende del grado de especificidad de funciones a que llegue el grupo. Como indica Alonso del Real (72) refiriéndose a la huela de jefaturas masculinas, aunque Estrabón no hable de ellas es evidente que las hubo, por los rasgos generales y la aparición de ciertos elementos arqueológicos. Sobre el chamán se puede decir casi lo mismo. El contexto lo pide.

Esto por lo que hace a las creencias. Relativo a la praxis se podrían plantear asimismo los siguientes puntos:

- 1.-Prácticas propiciatorias. Relacionables con adivinación. Estrabón cita arúspices entre los lusitanos.
- 2.- Prohibiciones y tabúes.
- 3.- Prácticas orgiásticas. ¿Se podrían considerar así las danzas de bebe

dores citadas por Estrabón, y ya comentadas?.

4.- Práctica de la Magia o rituales (no funerarios). De difícil rastreo. Solamente una aplicación arqueológica de extremada finura podrá algún día decir algo. Hasta hoy la arqueología española no ha tenido en cuenta "lo indígena".

5.- Organización religiosa. Indagable su ausencia. Evidenciada en época romana como elemento autóctono de préstamo cultural.

El panorama no es del todo negativo, como puede verse, a pesar de las dificultades generales planteadas por las fuentes. Solo un estudio minucioso, llevado a cabo en zonas concretas, analizando la toponimia y los hallazgos arqueológicos, podrá matizar estos conocimientos. Pero es ese un trabajo que deberá ser abordado por un equipo de especialistas ya que la iniciativa personal no puede abarcar un estudio de tal envergadura.

Para llegar a esos métodos hay que plantear antes todas las síntesis posibles, las cuales permitan las generalizaciones suficientes para luego estudiar lo particular. Las líneas que siguen son un intento en este sentido.

4.- Indoeuropeismo y celtismo. La ideología tripartita indoeuropea.

Como ya se indicaba al comienzo del capítulo, la esfera de la religión es uno de los aspectos de la ideología más recalcitrantes

al cambio, seguido de las estructuras del parentesco y de las relaciones sociales de producción, cuyos rasgos se verán proyectados hasta la Baja Edad Media. Precisamente por esta característica los restos del aparato religioso deberían presentar los mismos rasgos mezclados, propios de la combinación de culturas que se fueron superponiendo con el tiempo y, en su conjunto, significar una recesión sobre las esferas generales de la sociedad indicando un estadio menos avanzado evolutivamente que el resto. Y es necesario plantearlo de esta forma para poder imaginar la relación ideológica de las gentes del Norte con el mundo indoeuropeo.

Decir indoeuropeo en materia de ideología o religión es traer se rápidamente al tapete la figura de George Dumézil y su concepto de la trifuncionalidad indoeuropea.

Hay, pues, que hacerse una pregunta: ¿es lícito plantearse la posible pertenencia del Norte al mundo indoeuropeo, con pleno sentido?. La respuesta es evidente.

A través de toda la bibliografía especializada se ha remachado la dominante indoeuropea de casi media Península Ibérica. No es cosa de repetir aquí los planteamientos sobre la evolución anterior de la sociedad del Norte, aunque, eso sí, interesa recalcar algunos rasgos que van a tener una importancia fundamental para comprender el fenómeno religioso indoeuropeo (73).

En las poblaciones mezcladas del Norte existen elementos indoeuropeos, preceltas y celtas que se conservan parcialmente aislados, sin detrimento de su existencia en otros lugares, en los cuales la mezcla tiene un carácter más homogéneo. La Península Ibérica es una zona de la periferia del mundo indoeuropeo y, como tal, las oleadas indoeuropeas han llegado de forma sucesiva y con unión de pueblos en diferentes niveles de evolución cultural (y social). En este fondo de saco se han ido acumulando esos distintos estratos de difícil separación, pero de los que queda claro un substrato no indoeuropeo muy borroso en general, menos en algún caso concreto como el vasco, sobre el que se impone una amalgama procedente de Europa. Si se tiene en cuenta que todo rasgo cultural en contacto con una sociedad más arcaica se arcaiza a su vez, hay que pensar que la Península Ibérica, al recibir grupos en diferentes niveles, no avanzó de forma lineal en su evolución sino, antes bien, esta evolución funcionó a base de escalones o saltos cuyos intervalos significan periodos de amalgama con el último aporte. De este tipo de evolución es del que hay que partir para observar si ciertas constantes se encuentran presentes en el Norte (74).

Se trata, pues, de comprobar, en la medida de lo posible, si los elementos predominantes en la religión del Norte entran de lleno o no en el mundo indoeuropeo, bien entendido que se trata de comprobar el conjunto, tomado en su totalidad, lo cual, no se olvide, tiene el peligro de hacer creer que todos y cada uno de los grupos humanos integrantes son idénticos, lo cual es evidentemente falso. Es, como queda repetidamente

dicho a lo largo de la obra, un intento de análisis global de ciertas constantes que predominan, y hacen de la religión del Norte algo continental más que otra cosa.

Son muchos los trabajos consagrados en los últimos años al mundo institucional indoeuropeo (75), pero pocos están en la línea de Dumézil, que ha orientado a un nuevo campo los estudios de mitología comparada. Desde 1924 a 1979 ha publicado sesenta libros y más de trescientos artículos, y en todos aborda de una u otra forma el tema de la mitología indoeuropea y sus implicaciones en el dominio geográfico o temático (76). No cabe duda que si hay un especialista sobre el tema es él. Dumézil ha acuñado una serie de conceptos y términos que no tienen sentido fuera del contexto. Su método, bien simple por otra parte, se funda en el estudio de las oposiciones y comparaciones, en el análisis de mito y literatura, en la explicación de los textos y de los ritos; todo ello basado en la coherencia de un sistema (77) da una estructura simple: los pueblos indoeuropeos tienen como patrimonio común una ideología tripartita, y esta ideología se corresponde con una trifuncionalidad reflejada en el concepto de las potencias de la divinidad y los estamentos sociales. Pero es necesario, para el fin propuesto, detallar algunos de los pasos de este complejo teórico.

Como punto de partida Dumézil toma el hecho de que los prototipos indoeuropeos, es decir los pueblos históricos que hablaron su lengua madre, "han trabajado su herencia antes de olvidarla; este trabajo,

esta elaboración tiene como base el substrato común" (78). Naturalmente no se trata de una identidad, pero a nivel estructural los hechos y la ideología se mantienen. En este sentido Dumézil ha sido calificado como pre-estructuralista, y no sin cierta razón; en realidad su método contiene un análisis estructural.

Las razones de la analogía en las concepciones del mundo y la sociedad están en función de las necesidades básicas de la herencia indoeuropea. Concibe cómo toda agrupación humana debe satisfacer tres necesidades que son básicas: administración de lo sagrado, defensa y alimentación (79). Son estos tres arquetipos los que buscará a los largo y ancho de la geografía indoeuropea. La ideología trifuncional responde a la triple razón de ser del espíritu, de la defensa y de la manutención. No es una construcción filosófica abstracta sino una "concepción global del Universo y de las fuerzas que le orientan y le sostienen, una visión realista, nacida de la experiencia de los hombres y de las reflexiones resultantes de los equilibrios y las tensiones (...) necesarios para el buen funcionamiento del cosmos y las sociedades del mundo de los dioses y del de los hombres" (80).

La especificidad del fenómeno indoeuropeo estriba en que, con palabras de Dumézil, "aunque las funciones correspondan a tres necesidades que todo grupo humano debe satisfacer para no perecer, son muy pocos los pueblos que de esta estructura natural han extraído una ideología explícita o implícita" (81)- y continúa- "Esta ideología no aparece sino

entre pueblos que hablan lenguas indoeuropeas o que han sufrido, en fechas conocidas, la influencia de los indoeuropeos".

Naturalmente ésto no puede ser entendido de una forma dogmática, pues todos los pueblos indoeuropeos no se desarrollan exactamente por los mismos caminos (ni se puede probar por igual la ideología tripartita en todos ellos, por falta de fuentes); a la concepción tripartita se añaden otros elementos complejos, en palabras de Eliade (82): "la ideología tripartita constituía un sistema coherente y a la vez flexible diversamente completado por una multitud de formas divinas, de ideas y prácticas religiosas (...) Hay motivos para pensar que la ideología tripartita, si bien fue elaborada en la época común, había descartado o reinterpretado de raíz unas concepciones igualmente venerables, por ejemplo, la del dios del cielo, creador, soberano y padre. La retirada de Dyauspitar en beneficio de Varuna, de que encontramos huellas en el Rigveda, parece reflejar o prolongar un proceso mucho más antiguo". Y podría añadirse que tan antiguo como que los primeros textos indoeuropeos, en sánscrito, están a más de dos milenios de la dispersión indoeuropea. La fuerza del fenómeno es verdaderamente asombrosa, por lo que el parentesco ideológico de los distintos pueblos indoeuropeos cobra así un sentido más evidente.

A lo largo de su enorme producción, Dumézil ha vuelto muchas veces sobre las mismas ideas y ha dado múltiples definiciones y precisiones sobre la trifuncionalidad (83). Pero mejor que copiar sus pala-

bras será dar el esquema, más completo, que de las funciones da Riviere (84): Primera función: administración misteriosa y regular del mundo, soberanía real, poder sacerdotal, magia, derecho, política, ciencia, etc.. Segunda función: fuerza física en todas sus manifestaciones, virtudes guerreras, energía, coraje, heroísmo. Tercera función: Fecundidad, salud, productividad, provisión de bienes, recolecciones, abundancia de hombres, riqueza, etc.

Estas tres funciones se corresponden con la ideología en dioses de la soberanía mágico-religiosa, dioses de la fuerza guerrera y dioses de la fecundidad y la prosperidad económica (85).

Como muy bien indica Mircea Eliade (86), es en la tercera función "donde se aprecia mayor diversificación morfológica, pues las expresiones religiosas en relación con la abundancia, la paz, la fecundidad están necesariamente en relación con la geografía, la economía y la situación histórica del grupo". La cita no está elegida al azar, sino porque en este nivel "económico" es donde se muestra más la uniformidad indoeuropea en cuanto a ideología, por la aparición de númenes sagrados o dioses que pueblan el mito cuando no el folklore o la literatura. Se puede pensar fácilmente en ninfas, náyades y nereidas, Príapos o Ceres, dioses protectores de la casa, la familia, o la gens; y sus equivalencias en el mundo tribal: númenes tutelares, protectores de la tribu o el linaje, la propia demarcación tribal como entidad sobrenatural protectora, númenes de los bosques, las montañas, los ríos y las fuentes.

Por el mismo enmascaramiento de los hechos económicos a que se hacía mención al comienzo del capítulo (87), esta tercera función está más diversificada en relación con el entorno, como expresa Mircea Eliade correctamente, pero por un hecho trascendental en la cultura de todo pueblo expresa la inquietud por la subsistencia.

Esta función será, por todo lo expuesto, la más enmascarada, y los elementos sociales que la corresponden tendrán en las sociedades históricas de la época del Imperio Romano diversas vinculaciones con los otros órdenes o grupos sociales correspondientes: pastores, agricultores, productores, artesanos, plebe, laboradores (88). Este estrato social es difícil de encontrar puro en las sociedades que analiza Dumézil. El ejemplo más evidente es el caso de los celtas, tal y como lo analiza César en De bello gallico; la tercera función está supeditada a la segunda como mera clientela, ha perdido su independencia como función exclusiva de un estrato (89), y ello, sencillamente, porque en la sociedad celta ha aparecido una estratificación en clases más evolucionada de lo que tal vez sería dado esperar en un pueblo de ese nivel. El problema está en relación con la aparición de la jerarquía en la sociedad del Norte Peninsular. Es por esta razón que la ideología trifuncional representa un "ayer" que depende de los niveles de evolución de las sociedades históricas. Con palabras de Riviere (90): "Elle n'a pas été plaquée sur une réalité toujours changeante pour enfermer celle-ci dans un cadre dogmatique ou abstrait. Elle est au contraire profondément réaliste et profondément naturaliste. Traduisant avant tout une réflexion

sur le réel , elle exprime la facon spécifique dont les peuples indo-européens ont, de tous temps, répondu aux nécessités qu'exige un ordre social harmonieux, en étendant cette réponse à tous les domaines de la pensée et de la vie. Elle est le fruit d'une certaine facon d'être et d'appréhender l'univers". Es, indudablemente, una "ideología", con todos los dobles sentidos del término, es decir, "una falsa ideología" de una realidad económica y social en la que el fenómeno religioso enmascara una estructura en la que ha hecho su aparición la jerarquía y la diversificación social. Un principio de desigualitarismo análogo a aquel en que se encuentran las gentes del Norte Peninsular. Y ésta es la idea a la que era necesario llegar, y para la que era imprescindible analizar la "concepcion dumeziliana" del fenómeno indoeuropeo. Pero, indudablemente, hay otros factores nacidos de esta concepción, que es necesario examinar para ver sus posible consecuencias en relación con lo que aquí interesa.

Una de estas proyecciones es la dimensión temporal de la ideología. Como indica el propio Dumézil (91): "este es un sueño, no precisamente privilegiado por su contenido, sí por sus condiciones de observación, durante milenios (...) y los autores que permiten contemplarlo en ocho o diez conjuntos humanos que la han conservado (la ideología) después de su completa separación", indican claramente la fuerza del fenómeno, producto de unas condiciones de estructura social mantenidas a lo largo de esos milenios y a lo ancho de esa geografía. Y tal es así que tras el periclitarse del sistema romano de producción (es

clavismo mercantilista) y tras su catástrofe final, la estructura social de la Europa Medieval vuelve a seguir durante unos siglos la huella de la trifuncionalidad indoeuropea. Se agrupa la sociedad en oradores, bellatores y laboratores. "Esto ocurre sobre todo entre el siglo VIII y el XI época en que la aristocracia se constituye en clase militar, los clérigos forman una verdadera casta clerical y la condición paisana se uniformiza al nivel de los siervos" (92). Esta fue la época del renacimiento indoeuropeo, cuando la herencia romana sufrió una transformación a todas luces regresiva. Es indudable que este tránsito histórico está en relación con el proceso histórico que sufrirán las poblaciones del Norte desde el siglo III en adelante.

Este universalismo dilatado en el tiempo ha permitido observar con la misma óptica desde los indios hasta los celtas. Lógicamente, son los pueblos con más proximidad a la Península Ibérica los que interesa observar, es decir, celtas y romanos. Celtas porque el elemento está presente en la Península Ibérica, étnica y culturalmente, aunque sea en forma arcaizada. También, porque es la nación histórica más cercana cuya ideología trifuncional ha sido comprobada, y que no constituyeron Estados estables ni ciudades-estado al estilo clásico. Se encuentran más próximos, dada su organización, al mundo del Norte Peninsular que los mismos romanos; éstos interesan por pertenecer, asimismo, al mundo indoeuropeo y, sobre todo, por imponer su estructura militar, social, política y religiosa a las poblaciones, otrora libres, de Hispania. Su exposición sería prolija dado que se han dedicado muchos trabajos al tema en los últi

mos tiempos(93).

Los resultados de estas investigaciones han llevado a integrar las leyendas de los reyes romanos en los mismos capítulos del trifuncionalismo indoeuropeo, aunque autores como Heurgon (94) no acepten esta interpretación. Roma sería el último pueblo que muestra rasgos ideológicos indoeuropeos, pero su sentido de la Historia madura el mito y lo convierte en leyenda. Dumézil quiere ver en esto un sentido más universal y eterno del espíritu indoeuropeo: "Queda claro que ahí está, distribuido en el tiempo y expresado en forma de creación humana progresiva, el esquema que, desde los tiempos indoeuropeos, servía a los pensadores para analizar armoniosamente la realidad tanto cósmica y mítica como social y psicológica; el esquema que otros muchos pueblos de la familia utilizaron también como orden cronológico para la expresión de sus orígenes" (95).

El entusiasmo que se observa en las palabras del investigador francés está tal vez en relación con el hecho de que en los últimos años ha dedicado varios trabajos al mundo romano. Llega incluso a hacer extensivo este entusiasmo al pueblo celta, "se sabe que las lenguas itálicas y a menudo las lenguas célticas han conservado un número bastante considerable de términos, relativos a la religión y a la organización social, que han desaparecido o nunca se han utilizado en las otras partes del dominio indoeuropeo. ¿Hay que pensar que, habiendo recibido de sus antepasados una forma particularmente nítida y vigorosa de la ideología tripartita, estaban mejor preparados estos dos conjuntos periféricos que los

otros para utilizarla en sus obras épicas?" (96). Tal vez la palabra clave de esta cita sea "periferia". Verdaderamente es en la periferia de las culturas donde se produce la mayor aceleración histórica. Los lingüistas conocen bien el problema de que es la periferia de los idiomas la que muestra rasgos más evolucionados. En otro lugar de este capítulo se hace referencia al proceso social del pueblo celta, que le aproxima más a las civilizaciones históricas con organización estatal que a la organización tribal de otros pueblos europeos.

Entre los celtas de Irlanda Marie-Louise Sjöstedt (97) descubrió elementos de la trifuncionalidad indoeuropea relacionados con la organización druidica. Y es precisamente entre los celtas que la estructura social reflejó de mejor manera, en una época ya histórica, las tres órdenes: sacerdotes, guerreros y campesinos.

Otro aspecto que interesa anotar es la procedencia de los datos necesarios para las deducciones de Dumézil, verdadero caballo de batalla: las fuentes (98). Son los textos, literarios, épicos, teológicos, históricos, en lo que ha bebido el gran investigador francés para elaborar sus teorías (99). Pero él mismo reconoce que muchos de los elementos del problema están plasmados en el folklore, en los pormenores de la vida social (100), pues no se hubieran mantenido vivos tantos milenios sino hubiesen impregnado la cultura misma de los pueblos hasta su concreción en los textos. Su aparición en la literatura épica o religiosa (caso de los Vedas) o en la leyenda histórica (caso de Roma) se produce tras

milenarios de escisión y separación definitivas. Allí donde fueron llevados su ideología, pero no en todos los lugares se produjo la creación literaria. Esto será lo que diferencie a unos de otros, esto amén de un factor que no debe olvidarse: la mezcla con otros substratos.

De lo expuesto anteriormente se deduce que las construcciones míticas, las leyendas históricas y la literatura religiosa en general son los medios fundamentales (101) para la comprensión de la ideología indoeuropea, pero que su elaboración se ha hecho a partir de los elementos presentes en la idiosincrasia, en la cultura de cada pueblo, después de milenios de la diáspora. También es evidente que en esa cultura hay rasgos que se plasman tanto en la literatura como en los objetos de la cultura material, en el idioma, en el nombre de las cosas, en los topónimos y teónimos, etc., etc., lo que ocurre es que su lectura e interpretación se hace más difícil todavía.

Al llegar a este punto hay que retomar de nuevo a la pregunta del comienzo sobre si sería positivo o no plantearse la pertenencia de los Pueblos del Norte al esquema indoeuropeo. Para poder evidenciar más esta posibilidad solo resta añadir algunas cuestiones de detalle, apuntadas en las páginas precedentes.

En primer lugar la presencia en la sociedad nortea de una fase de desigualitarismo que avanza con el intercambio cultural romano. Fase se que se hace evidente allí donde el análisis de Dumézil plantea la tri

funcionalidad indoeuropea. En segundo lugar, vinculación de las poblaciones del Norte a la esfera de lo indoeuropeo, con mayor o menor proporción según las zonas, pero muy indoeuropeizadas en general, incluso un elemento tan recalcitrante como el vasco. Presencia de elementos de estirpe celta y de parentescos religiosos con lo celta en varios aspectos de la esfera sagrada como ha probado Blázquez (102), entre otros, en diversos trabajos. Casos como el de los sacrificios humanos y la presencia de cabezas, que se ha señalado para celtas, celtíberos y lusitanos, es indudable que se darían en núcleos más o menos localizados; los sacrificios de animales a un dios guerrero, machos cabríos más exactamente, (103) y que el propio Estrabón adjudica a Ares, indicando asimismo la presencia de caballos, son evidentes parentescos con lo celta; ello sin contar con las relaciones que la semántica de los nombres de númenes o dioses puede aportar.

Tal vez uno de los rasgos más importantes de la práctica sagrada, y por lo tanto evidencia de la ideología religiosa, sea el ritual. Dumézil ha señalado reiteradamente la importancia de este elemento por su contenido equiparándolo, como fuente de datos, a las construcciones deológicas, la mitología, la literatura sagrada o la organización sacerdotal (104). Pero desgraciadamente los elementos del ritual se han perdido, tal vez para siempre. La arqueología no puede reconstruirlos y no deben esperarse milagros en materia de fuentes literarias.

Fundamentalmente, los ritos sagrados se conservan de forma an

cestral, impregnan todos los ámbitos de la cultura, en especial la literatura. Pero su conservación depende en buena parte de la existencia del oficio de sacerdote. Este es otro problema que hay que abordar de inmediato.

5.- El sacerdocio.

Hace ya algunos años que Lambrino expresaba la opinión de que la ausencia de druidismo en la Península Ibérica se debía al hecho de que los celtas se encontraban en minoría frente a las poblaciones indígenas establecidas en el territorio antes de la llegada de los primeros (105) y que, por lo tanto, no pudieron imponer su sistema social y religioso y, sobre todo, su casta sacerdotal. El argumento puede ser válido pero en cualquier caso incompleto o, por lo menos, no muy exacto.

Todos los historiadores de la religión y antropólogos están hoy de acuerdo en que el hombre se representa lo sobrenatural a imagen de la sociedad en que vive, "que los dioses, mitos y prácticas rituales simbolizan los principales valores y relaciones sociales" (106), y esto es doblemente interesante en el problema de la interpretación dumezilliana de lo indoeuropeo. Es éste el único sentido explicable entre la trifuncionalidad y la división tripartita de la sociedad entre los celtas. La presencia de esta estructura social no es necesariamente esperable, y en muchos pueblos indoeuropeos no aparece muy claramente, aunque esto no implica negar su existencia (107). Incluso el propio Dumezil ha expre

sado esta falta de relación: "la ideología tripartita no se halla acompañada forzosamente, en la vida de una sociedad, de la división tripartita real de esta sociedad, según el modelo indio; que, por el contrario, allí donde se la podía constatar, podía no ser (o ya no ser, o no haber sido nunca) más que un ideal y, al mismo tiempo, un medio para analizar e interpretar las fuerzas que aseguran el curso del mundo y la vida de los hombres" (108).

Esta ausencia de estructura tripartita no implica, necesariamente, ausencia de indoeuropeismo. Así se pueden establecer dos núcleos básicos de indoeuropeos, los del Norte y Este de Europa y los del tipo indoiranio y celta. Entre los primeros, como los escitas, por ejemplo, o los germanos, no hay nada comparable a los druidas celtas (109). Sentado esto, cuya trascendencia es evidente, hay que valorar qué se puede deducir de las fuentes, o de la situación general de la sociedad del Norte, en un sentido o en otro.

En un principio parece que la presencia de un sacerdocio está íntimamente ligada al hecho de que, si lo hubiera habido, sería del tipo druídico por la presencia de los celtas y por el parentesco evidente con capas próximas al celtismo de la sociedad de media Península Ibérica.

Ningún autor de la Antigüedad ha dejado referencia clara a sacerdotes entre los pueblos del Norte, tampoco la arqueología ni la e-

pigraffa, de momento(110). El parentesco celta, además, plantea sus problemas. La sociedad celta más evolucionada es la de La Tène y el celtismo peninsular tiene raíces muy anteriores. No ha dejado de incrementarse con nuevos aportes desde las fases de Hallstald D por lo menos, de tal manera que cada oleada de pueblos encuentra un estadio más arcaico que su nivel propio, arcaizándose a su vez. Es decir, su nivel evolutivo retrocede. De esta forma el nivel social de los celtas históricos no debió darse nunca en la Península Ibérica.

Se podría justificar esta falta de huella en la sociedad indígena del Alto Imperio pensando que las luchas contra Roma produjeron un disloque tal (111) de la sociedad que borrarón su estructura, perdiéndose el sacerdocio; pero en otros aspectos sociales se constata su recalcitrismo a pesar de los enormes traumas que pudieran adquirir. Por otra parte, se conoce la persecución de que fueron objeto los druidas galos por parte de Augusto y de Claudio (112), y, sin embargo, aunque César no hubiera dejado nada escrito la institución druidica hubiera sido conocida suficientemente. Esto aboga, pues, en la opinión de que difícilmente se hubieran borrado todos los vestigios de sacerdocio si éste hubiera existido. Ello, de todas formas, no debe ser argumento para negar su existencia. Hay, sin embargo, otras razones para negarla, y residen precisamente en la propia situación evolutiva de la sociedad indígena.

En principio habría que partir del hecho de que toda sociedad

humana cuenta con magos, chamanes o sacerdotes. Unos u otros siempre es tán presentes en las relaciones del hombre con lo sobrenatural. La separación entre lo sagrado y lo profano se da de forma universal a través del tiempo y del espacio, lo que no tiene por qué darse es una especialización colegiada, una función instituida como casta. Lo que primero aparece es el chamán o mago, el cual vive el rito como experiencia personal (113). El sacerdote, por el contrario, debe su poder al puesto que desempeña dentro de una iglesia constituida. Su personalidad está revestida más de lo social que de lo mágico. Aparece siempre en culturas más ricas y complejas, en las que el grado de organización social implica la aparición de especialistas, tanto de lo religioso como de otras actividades sociales, caso de la guerra (114).

Esta diferencia fundamental entre chamán y sacerdote no implica que ambos no puedan coincidir en una misma persona en una sociedad dada; en general, y de hecho, ocurre frecuentemente, pero en este caso las funciones de ambos especialistas implican esferas de actuación paralelas aunque de significado social diferente. Cuando esta coexistencia tiene lugar el chamán es una reminiscencia de estadios evolutivos anteriores.

El mismo Mircea Eliade ha puesto de manifiesto en su obra citada una relación muy antigua entre el chamanismo asiático y el indoeuropeo, a través del análisis de las mitologías que han sobrevivido en los pueblos históricos (115). El sistema puede relacionarse con las in

investigaciones de Dumezil pero, logicamente, evidencia una época muy anterior en la que la sociedad indoeuropea no ha cristalizado en su estructura tripartita ni, por lo tanto, su trifuncionalidad ideológica. Las referencias al chamanismo indoeuropeo deben darse en un contexto social arcaizante, es decir, en el seno de sociedades que conserven vestigios de un pasado muy remoto y en las que, por otra parte, ya estén más evolucionadas otras formas de manifestación social religiosa, como el caso de la sociedad griega de época arcaica. La religión y la mitología griega han sido transformadas en gran manera, tanto por influencias extranjeras (egeas en un principio, orientales seguidamente) como por el genio creador y crítico de los helenos (116). Las dificultades para analizar la ideología indoeuropea en el seno de la religión griega vienen también por la mezcla de conceptos de los diferentes substratos, como indica Dumezil (117), de ahí los enormes peligros, de hacer análisis comparados con lo griego, que han señalado algunos investigadores siguiendo la pauta marcada por Dumezil.

Análogo, en cierto modo, es el problema de los pueblos hispanos de parentesco indoeuropeo. Es impensable que la estructura de la sociedad celta pudiera plasmarse en un contexto menos evolucionado en el que mayoritariamente se disolvió adoptando, más o menos modificadas, sus características propias. Esta sería la razón interna de las palabras de Lambrino, antes citadas; pero detrás de esta cuestión está el hecho fundamental de la situación evolutiva del substrato, que haría inviable la creación de ciertas instituciones (118). En una estructura tribal las re

laciones de parentesco juegan un papel a nivel de infraestructura y la existencia de un colegio sacerdotal no es compatible con esa infraestructura. Es necesario un largo camino dentro del desarrollo desigualitario, como el recorrido por los pueblos celtas (119).

A pesar de lo dicho anteriormente, y gracias a ciertos datos de las fuentes, se puede arrojar alguna luz, aunque débil, y matizar ciertas cuestiones en lo que se refiere a la relación RELIGION-INDIVIDUO.

Relacionado con el tema del sacerdocio podría plantearse la existencia de arúspices, y ello en función de dos textos, uno de Estrabón y otro de Silio Itálico. En el primero de ellos Estrabón habla de la adivinación entre los lusitanos (120) y cita al *ἱεροσκόπος* aunque no como institución, sino más probablemente como persona ejecutante del hecho. Silio Itálico (121) es menos concreto aún, limitándose a indicar que los galaicos vaticinaban, sin decir cómo ni a través de qué, y sin mencionar los ejecutantes. Es indudable que de aquí no se puede deducir una profesionalización del augur, debido a las mismas razones expuestas anteriormente sobre el sacerdocio. En algunas culturas el augur es siempre un tipo especializado de sacerdote, pero en otras es un individuo que no tiene otra función o, simplemente, la función de augur la realizan diferentes personas con cierto rango en el seno del parentesco. El problema de la función del arúspice entre los celtas, según Hubert, parece mas bien recaer en los vates, poetas adivinos y *ἱεροποιοί*

que en Irlanda toman el nombre de filid y que, como corporaciones, estaban subordinados a los druidas (122) y que, curiosamente, cuando el druidismo sucumbió, los vates junto con los bardos subsistieron, dado su papel más literario que religioso, por lo que no suponían un peligro para la romanización. Se puede apreciar fácilmente la complejidad de la sociedad celta.

Es indudable que los pueblos del Norte no poseían corporaciones de este tipo y si los autores clásicos como Estrabón pudieron conocer diversos aspectos de la religiosidad de los indígenas hispanos, el no hablar de sacerdocio es, tal vez, porque sus funciones eran desempeñadas de una forma no colegiada ni especializada, bien por un jefe local o un miembro de la comunidad familiar de aldea. Es decir, las funciones sacerdotales, la ejecución de los ritos estaban enmascaradas bajo otro role social, como es frecuente allí donde impera el parentesco.

Incluso dentro del mundo indoeuropeo, en sociedades que han alcanzado un grado de complejidad considerable dentro de la organización tribal, la posibilidad de especialización no está ni a favor ni en contra de la ideología trifuncional indoeuropea. Dumézil presenta ejemplos en los que la ideología tripartita no se ve reflejada en la división tripartita, bien porque no estén claramente diferenciadas (123) o bien porque radica en los mismos individuos (124).

El problema estriba, por lo tanto, en ver quién es el persona je, o la institución si la hubiera, en el cual se acumulan varias funciones, sea permanente o no, y que enmascara el problema. No es fácil a clarar la cuestión, pues los indicios son muy leves. En las sociedades tribales la acumulación de funciones en las instituciones, como el linaje por ejemplo, puede ser de tal manera que la distinción de una u otra depende de las circunstancias. Además, entre los pueblos del Norte existen diferencias dentro del espectro tribal (125) aunque en general ha a parecido entre ellos el rango, principio de desigualdad potenciado por la presencia romana a lo largo de dos siglos. Sin embargo, en la época de Augusto su estructura no puede ni siquiera aproximarse a la de los galos y su situación posterior a estos dos siglos está condicionada por el proceso de intercambio cultural. Si existía también un proceso de se paración de las funciones, éste se rompió para dar salida según unos pa trones algo diferentes.

Hay que pensar, de todas formas, que, con la presencia del elemento diferenciador que es el rango, algún individuo realizaría estas funciones sacerdotales, bien el propio jefe del poblado o linaje, bien un chamán caracterizado por su patología personal, bien un individuo cualquiera designado por la comunidad en función de circunstancias concretas. En Estrabón (126) hay ciertos indicios de que el rango se relacionaba con la edad cuando cuenta que para comer se distribuyen según su edad y rango. Al margen de los errores propios de la interpretatio del autor hay aquí un elemento doble de distinción: edad, cuya traduc-

ción no tiene posibilidad de error y $\tau\iota\mu\eta$ que se puede entender perfectamente como rango, dignidad o concepto similar.

En cualquier caso no puede darse a la traducción un valor exacto dado que no es posible comprender lo que quería expresar la fuente de Estrabón y si éste entendió perfectamente el rango de que se trataba. A la hora de interpretarlo es, pues, un dato de tercera mano, y al considerar una sociedad primitiva, hablar de la existencia de rango no es lo mismo que hablar de la dignidad de los ancianos. Pero hay algo evidente, y es la idea general que se desprende del texto sobre la presencia de individuos que gozan de determinado prestigio, sea por edad o por otras razones. Ahora bien, este prestigio ha de ser adquirido y ello conlleva inmediatamente la idea de rango social. El rango de un individuo indica su papel en el seno de su grupo.

El individuo de cierto rango puede desempeñar algunas funciones rituales en ocasiones determinadas(127). Estas funciones pueden ser propiciatorias o adivinatorias o, incluso, de tipo chamánico. No hay muchas otras posibilidades. La mera presencia del rango está muy lejos de la colegiabilidad de una función y se hacen necesarios varios escalones más en el grado de evolución social para que pueda darse una estructura del tipo celta de los druidas (128).

Lo que antecede apunta en la dirección de considerar la ausencia de sacerdocio como algo lógico dado el nivel de los pueblos del Nor

te. Pero considerándolo en sentido estricto en relación con su contexto habría que formular la inexistencia, asimismo, de una religión organizada. Sin sacerdotes no hay culto organizado, aunque se den ciertas prácticas religiosas. Sin sacerdotes no hay la posibilidad de un sincretismo real con divinidades tomadas de otro mundo en contacto, por lo cual hay que buscar otra explicación para la aparición de nombres de deidades romanas asimiladas a nombres que se presumen de númenes o divinidades indígenas (129).

La presencia de este material epigráfico hace a veces pensar en cultos locales, aunque de esto ya se trató en páginas anteriores. Sin embargo, conviene recordar que lugares sagrados, "centros" en el sentido que lo toma Mircea Eliade (130), son, a veces, lugares de reunión, como el famoso bosque de los Carnutos en Galia, donde los druidas tenían su "centro" (131), pero no lugares de culto.

Sin embargo, la existencia de "material religioso" exige una explicación como tal aspecto de lo social, algo separado de las concepciones sagradas, puesto que implica una proyección de éstas sobre la esfera del comportamiento. Es, pues, necesario tratarlo aún cuando se cuente con ausencia de sacerdotes.

En resumen, los indicios más evidentes se mueven en el sentido de negar la existencia de una función sacerdotal, y la estructura presumible de la sociedad nortea antes de la presencia romana está en

la misma razón de su ausencia.

6.- Guerreros y campesinos.

Hay que pasar revista a los otros dos elementos de la tripartición social propios de la ideología indoeuropea. Realmente, preguntarse sobre su existencia es una cuestión inútil puesto que son dos principios básicos de una comunidad de la que sabemos con seguridad sostuvo luchas contra Roma y sobre la que Estrabón nos cuenta de su rudeza y carácter feroz (132).

Desgraciadamente las fuentes son tan poco explícitas sobre el particular como sobre el sacerdocio. Recientemente Bermejo (133) ha intentado probar la presencia de los representantes de la tripartición indoeuropea para la sociedad del NO., basándose en la imposición de los grupos celtas sobre la sociedad castreña precelta, e indica: "esta minoría dominante ocuparía los dos escalones más elevados de la estructura social, las funciones Iª y IIª, quedando las poblaciones anteriores, y quizá algunos elementos célticos integrados en las clases productivas de la IIIª función" (134). No es ésta una suposición que se pueda afirmar, las razones han sido ya explicadas para el caso del sacerdocio, éstas serían razones generales para negar la existencia de funciones establecidas y diferenciadas. Lo que no se puede negar es la existencia de guerreros. Su presencia es absolutamente lógica y necesaria, pero no tiene por qué probar, necesariamente, una pertenencia a los nive

les indoeuropeos de estructura tripartita.

Cita Bermejo,asimismo, el caso de las centurias. El tema se trata en otro lugar y no es cosa de repetirlo aquí; como ya se ha visto, no tiene por qué implicar una estructura militar. El princeps de los Albiones no deja de ser un préstamo lingüístico y cultural romano a un grupo social indígena (135) que levanta una inscripción a un Nicer, hijo de Clutosus, que, como dice D'Ors (136), sería un princeps peregrinorum, dentro de la estructura romana, y es éste un fenómeno que se produce tras el contacto romano, desvirtuando el carácter primario de la estructura indígena.

Que había guerreros, y por ello jefes, es innegable. Ya se había indicado cómo el texto estraboniano probaba la existencia de rango, pero ni esto ni las citas de Justino y Silio Itálico que recoge Bermejo (137) referentes a la ocupación de los hombres en la guerra y el robo y las mujeres en la agricultura, pueden utilizarse como argumento de la existencia de una casta o clase guerrera. Antes al contrario, si todos los hombres se dedican al robo y la guerra supondría una manifestación de igualitarismo que implicaría la ausencia de funciones específicas y de clases sociales(138).

En el caso más probable sería dado pensar que ciertos grupos de estirpe celta pudieron quedarse aislados y evolucionar en el mismo sentido que los celtas de La Tène, pero, de cualquier modo, no puede sa

berse en tanto que no aparezca alguna documentación al respecto.

Desde el punto de vista global no puede admitirse para la generalidad de los pueblos norteros una estructura del tipo tripartito, por lo menos con carácter instituido. Por lo que respecta a los campesinos huelga todo comentario, pues ya está implícito en lo antes indicado.

7.- Las creencias y el Panteón.

Líneas atrás se decía que, analizando los datos en su contexto, se podría hablar de creencias religiosas más que de religión organizada. En cualquier caso, habría que añadir, si ello pudiera probarse de "religiones varias", según los grupos que poblaron el Norte (139).

Evidentemente existen unos datos, un material que habla de creencias, expresado por lo que pudieron conocer los autores clásicos y por un conjunto de epígrafes. En un apéndice se establece una relación de estos nombres, posibles númenes o divinidades, elaborada fundamentalmente a partir de los trabajos de M.L. Albertos y J.M. Blázquez, cuyas referencias más imprescindibles se citan (140). Cabe ahora establecer ciertos criterios sobre lo que implica la presencia de este material, cuya importancia supera con mucho cualquier juicio ligero, pero cuya evaluación es necesariamente difícil, cara a establecer un cuadro general de la religión indígena en tierras del Norte.

La primera dificultad viene del hecho del aislamiento de ciertas inscripciones. Por ejemplo la de Erudino (Pico Dobra, Torrelavega, ⁽¹⁴¹⁾ Santander) que datada en el 399 d.C. significa una de las fechas más altas de la epigrafía del Norte. Casos de este tipo se ven en las provincias de Logroño y Vizcaya. Los datos se aglomeran por lo que respecta a la Galicia Romana, Conventos Bracaraugustano y Lucense, donde se agrupan más del centenar. Albertos propone como explicación de este fenómeno el hecho de que los elementos más antiguos de las migraciones indoeuropeas se encuentran refugiados en las "zonas montañosas que bordean la Meseta Norte, incluida la parte occidental, no sólo la septentrional, oriental y meridional (...). Pero la diferencia está en que mientras los grupos que voluntaria o forzosamente se encontraban establecidos en las montañas de Portugal y Galicia conservaron bastante vivos durante la dominación romana sus cultos muy antiguos y sólo en estado fósil y vinculada a esos cultos la estructura gentilicia, en cambio las gentes de la Cordillera Cantábrica, de la Ibérica y Carpetovetónica, que apenas conservaron los dioses más antiguos (...) mantuvieron vivas sus propias entidades suprafamiliares, las gentilitates" (142).

Esta explicación parte de la idea de que lo que se conoce, epigráficamente hablando, responde a la realidad y que no es pensable el que futuros hallazgos cambien la proporción, y, desde este sentido es una argumentación lógica. Sin embargo, habría que añadir que no se conocen, ni tal vez se lleguen a conocer nunca, las estructuras internas de la sociedad indígena, por lo que este tipo de explicaciones tiene un ca

rácter doblemente interesante, por cuanto son puntos de partida para una integración de los datos en una teoría coherente. Su significado a ultranza está íntimamente ligado con la sacralización del territorio o la denominación a un grupo con el epíteto de un héroe fundador de clan (143). Las dos posibilidades son frecuentes en sociedades de este tipo, y la divinización de ciertos antepasados es un rasgo indoeuropeo por excelencia. Tendría relación con el hecho de representar sectores antiguos de las oleadas indoeuropeas o, tal vez, enraizamientos de éstos con el substrato, ahí más recalcitrante. No hay que olvidar el carácter eminentemente conservador de la antroponimia tanto como de la teonimia, como muy bien señala Albertos en otro lugar (144).

En apoyo de la uniformidad de ciertos grupos viene el caso de los nombres en COSO...o COSSVE... que se agrupan en el Noroeste, que aparecen tanto entre galaicos como entre astures, tal es el caso del nombre de COSIOVI ASCANNO (145). También los datos epigráficos de carácter religioso hablarían entonces de grupos de la misma procedencia que quedaron aislados o disueltos con un substrato, hipótesis que tampoco es imposible.

Estas repeticiones, o raíces comunes, como es el caso también de los nombres BANDV o BANDVE, con diversos epítetos, sugieren otro tipo de explicación internamente relacionada con el problema de la territorialidad y las unidades de parentesco. Podría pensarse en la presencia de unos nombres (las raíces o elementos comunes) propios de grupos de-

terminados cuyas terminaciones, o epítetos, implican un carácter local o un atributo determinado de un dios más general, precisamente en relación con un linaje específico o con un clan. Esto se puede compaginar perfectamente con un aspecto frecuente en el mundo de las sociedades tribales y con el hecho de que se relacionen ciertos teónimos (146) con la territorialidad o la nominación del grupo de parentesco (sea tribu, clan o linaje). Se trata de la innominación de los dioses que podría darse como explicación del texto de Estrabón cuando refiere que los galaicos eran ateos y, asimismo, indica que los celtíberos y sus vecinos adoraban a un dios sin nombre en las noches de plenilunio (147). Esta referencia estraboniana se ha interpretado de diversas formas, por ejemplo, Blázquez (148) la orienta en el sentido de que no representaban a sus dioses aunque, como apunta Taboada (149), no puede uno fiarse excesivamente de Estrabón en este sentido, puesto que poco más adelante cuenta como sacrifican cabrones, personas y caballos a un dios que el autor identifica con Arez. Taboada niega la no representación de dioses basándose en el relieve de Lourizán que "muy posiblemente, representa al numen Vesto Aloniego (150).

La innominación tendría más bien el carácter que le da Caro Baroja (151), en torno a la presencia de tabús, frecuentes en las sociedades primitivas. El evitar el nombre del dios o, simplemente, no tenerlo puede explicar la presencia de nombres gentilicios o relacionados con la organización y demarcación de la tribu o linaje. El dios pasa a ser "el que es del lugar", de la misma manera que en el vasco

primitivo se utiliza jaungoikoa para designar "el señor de lo alto", pe rífrasis de la divinidad innominada. El tabú de la nominación en vasco de la divinidad produjo otras perífrasis, como señala el propio Caro Baroja (152).

El problema de las representaciones plásticas de la divinidad queda relegado a si son o nó divinidades propiamente dichas lo que aquí se está barajando. Se decía páginas atrás que es difícil admitir religión organizada sin comprobar la existencia de sacerdocio y es frecuente que el culto se establezca cuando la organización religiosa es un he cho. Ahora bien, pueden darse representaciones de númenes, de carácter antropomorfo o zoomorfo, ante la presencia de ciertos mitos. Mitos que, por otra parte, se ignoran y que, con casi absoluta seguridad, se seguirán ignorando (153). Esto ocurriría con más probabilidad, y como muy bien indica Lambrino (154), cuando el contacto con lo romano fue más frecuente, y la imitación de ciertos aspectos culturales produjo, o pudo producir, entre otras cosas, la aparición de algunas representaciones de númenes o dioses. Así pues, y en principio, la tesis de Blázquez puede ser cierta para el momento en que escribe Estrabón.

Antes de seguir con estas consideraciones hay que aclarar un aspecto de radical importancia sobre la presencia de los que son llamados "dioses indígenas".

Aparte de las pocas citas referidas a la existencia de dioses

que dan las fuentes, el material es fundamentalmente epigráfico. Esto sólo es posible tras la adopción por parte de los indígenas de una forma de invocación que no es indígena, que significa un préstamo cultural y que, por lo tanto, implica el trastoque, por aparición de nuevas formas, de la sociedad no romana. Al juzgar estos materiales no se está analizando "exactamente" lo indígena, sino el fenómeno resultante de un proceso de cambio cultural. Ahora bien, estos restos epigráficos son lo único con que se cuenta y a ello hay que ceñirse, aunque teniendo en cuenta esta connotación.

Lambrino (155) hace resaltar que el uso de deus o dea acompañando el nombre de un dios indígena, como cuando acompaña a un dios greco-romano, debe tener un sentido especial, aunque él no lo explica. Esto naturalmente es un préstamo romano más.

El indígena, por muy en contacto que esté con núcleos de gentes o instalaciones romanas, no es, sobre todo para lo que respecta al Norte, un hablante de latín. Si manda hacer un ara a un númen indígena y lo califica de deus (él o el lapicida, que será lo más probable), es porque "en romano" se hace así, aunque sea a su espíritu o númen tribal al que recuerde con este acto. Y ello porque en la práctica religiosa indígena se invoca al dios por razones análogas, es decir, se trata de un acto conocido aunque mediante un vehículo material de nueva forma, algo "que se lleva" entre los que mandan, entre la clase poderosa que impone su criterio en el país. De esta forma, unos númenes sagrados,

tal vez protectores, o guerreros o espíritus de la naturaleza, quedan elevados a la categoría de dioses por la simple presencia de unas formas culturales romanas, cuando en la realidad del contenido religioso de una y otra sociedad hay una separación abismal.

De esta forma los datos parecen probar lo que tal vez las intenciones de los indígenas nunca rozaron. Existen unos dioses, ésto exige unos cultos, ritos, una organización sacerdotal, un "aparato religioso", en suma, que lo más probable es que nunca existiera de forma autóctona. La presencia de los romanos durante varios siglos acabaría por implantar ciertas modas que, tras los años de crisis de la organización romana, terminarían por olvidarse.

Bajo esta óptica habría que explicarse el fenómeno de la desaparición de los nombres indígenas sustituidos por dioses romanos tras un sincretismo que todo el mundo cita pero del que es difícil hacerse una idea cabal (156). La erección de aras a los númenes convertidos en dioses es producto de un préstamo, una moda de ciertos grupos adaptados o conocedores de la vida romana, según acaba de exponerse. Cuando estas "modas" dejen de practicarse desaparecerán los "dioses" indígenas de la epigrafía, pero ésto no impide que ciertos sectores, o individuos aislados, desvinculados de su medio natural, adaptados a la vida romana y latinizados, no puedan seguir erigiendo a dioses romanos alguna que otra ara (157), o que hagan lo mismo "romanos" en sentido pleno, cual es el caso de las decenas de dedicantes a dioses romanos que portan los tria

nomina, o un solo nombre pero de tipo romano. No habría, por lo tanto, que tomar este proceso, según Lambrino "como una romanización progresiva de los cultos indígenas" que él quiere testimoniar en el siglo II d. C. (158), sino precisamente todo lo contrario.

Bermejo ha llamado la atención sobre los epítetos indicando que "no se puede deducir la existencia de una divinidad a partir de la existencia de un teónimo" (159), razonándolo en el hecho de que teónimos distintos pueden ser advocaciones de la misma divinidad, como ocurre en la cultura celta. No parece ser esto, a primera vista, una dificultad demasiado grande. Es indudable que para los usuarios de un determinado epíteto o teónimo, éste tiene un carácter de numen o divinidad, al margen de otras advocaciones. Solo cuando el nombre de la divinidad sea una raíz a la que se le añaden epítetos, como es el caso de Coso, hará esto viable, pero mientras ello no ocurra no hay manera de saber si lo que se tiene entre manos es una advocación simple o una divinidad en sentido pleno. La razón de su argumentación puede basarse en un hecho cierto dentro de la religión celta, su reducidísimo panteón de dioses, que sin embargo supone decenas de epítetos. Se volverá sobre el tema seguidamente.

El hecho de que se tomen como númenes sagrados en el sentido un poco amplio con que los considera Taboada (160) no modifica, en modo alguno, las demás consideraciones que se puedan hacer sobre este Panteón. Con una categoría u otra, son principios religiosos y estas diferencias

de matiz solo tienen la intención de colocar, metodológicamente hablando, las cosas en su sitio.

Pero para poder adentrarse en el papel social que representan estas divinidades (161) hay que preguntarse por su significado, y es éste un problema filológico que todos los investigadores han señalado como único positivo. Bermejo ha llegado a afirmar: "el único método aplicable por lo tanto para alcanzar un progreso en el conocimiento de la mentalidad de esta cultura (se refiere a la castreña) consistiría en analizar los teónimos y tratar de establecer cierta correlación entre estos dioses y los mencionados en las fuentes textuales" (162). Pero, lamentablemente, no son tantos los mencionados en las fuentes textuales como para llevar a cabo este estudio, hay que quedarse por necesidad en el mero análisis filológico y su comparación con otros contextos culturales de los que se conozcan nombres de dioses. En este quehacer destacan en los últimos años los trabajos de Albertos y Blázquez que, entre otros, han tratado el tema de los parentescos lingüísticos con el elemento indoeuropeo, y el más concreto y próximo a la Península Ibérica, el celta.

La vinculación con lo celta es precisamente lo que más ha llamado la atención de los investigadores y ya Blázquez (163) señala el enorme parentesco del politeísmo indígena hispano con el de la Galia, indicando que el carácter es el mismo aunque varíen los nombres. Los dioses relacionables con lo celta tienen una base no sólo filológica, y es

tán indicados en el apéndice. Dioses como los Lugones, emparentados con Lug, el gran dios solar que dió su nombre a Lugdunum, parentesco, ya señalado por Hubert (164), que aparece en dos inscripciones de Lugo, o la relación que ha establecido recientemente Bermejo sobre los dioses de los caminos (165), cuya importancia ha remarcado Blázquez (166). Es la abundancia de nombres de divinidades lo que más ha despertado el interés de los estudiosos por lo que respecta a la Galia, y Vendryès fue el primero en establecer una estadística (167) de los dioses galos. Sin embargo, a pesar del número considerable que resulta, subsiste la idea de que no son sino expresiones de una misma noción común (168). La obra de Jan de Vries, que, por otra parte, hace un estudio exhaustivo del Panteón celta, recoge diversos testimonios y abunda en la misma opinión (169): los numerosos nombres de divinidades acusan una coincidencia enorme en poquísimas funciones e incluso éstas se superponen. Es, tal vez, una idea que subyace, pero su demostración se hace difícil, y en el seno de la ideología trifuncional lo celta cumple los requisitos, el análisis del mito de las batallas de Mag Tured demuestra que la interpretatio romana es la que ofrece un número de dioses, César es culpable de esta tergiversación, que confunden y enmascaran bajo nombre latinos epítetos diferentes de una ideología trifuncional (170). Renardet recarga aún más esta idea indicando que este número de dioses no aparecen más que después de la conquista dado que son enumerados por un general extranjero que juzgó las cosas a partir de sus propias concepciones (171), pensando que, puesto que los romanos tenían dioses, los galos habían de tenerlos igualmente. Se produjo en Galia lo que Hubert ha llamado "una especie de

clasificación de las divinidades por tipos suministrados por el Panteón latino" (172) y, en un párrafo sin desperdicio, continúa: "Algunas veces han aparecido dudas sobre la etiqueta: un mismo dios ha podido llegar a ser alternativamente Mercurio, Marte o Dispatér. Por otro lado, los dioses se vulgarizaron. ¿Quién podría reconocer el noble Lug, el vencedor de la batalla de Mag Tured, en el pequeño Mercurio con la pesada bolsa, o el dios de los Muertos, cervecero místico, en el dios del mazo, bonachón y familiar patrón de los toneleros, casado con una Fortuna apacible y sin carácter?--Son figuras corrientes, anodinas, que se parecen a los santos pueblerinos. El héroe fue reemplazado en la Galia por el genio doméstico, que ha adquirido una figura clásica, cuyo tipo suministraba Roma al mismo tiempo que los medios de reproducción. La disolución de los grupos políticos domésticos y su substitución por grupos territoriales, suprimían la razón de ser del héroe-dios". Estas palabras de Hubert son el mejor colofón sobre el sincretismo galo-romano y también la mejor oración por la religión galo-celta.

La sugerencia que plantea lo que antecede deriva de un hecho idéntico al caso galo. Las noticias que han llegado hasta hoy sobre el Panteón indígena son todas de época romana y producto de un intercambio cultural en el cual los indígenas utilizaron medios de expresión ajenos a su cultura, dando así a conocer una imagen no verdadera de sus creencias, por la simple comparación con los dioses de la religión romana. Es decir, produciéndose un sincretismo en la mente del personaje que levanta un ara a un numen local, pensando en un dios romano cuyas caracte-

rísticas él ve como análogas o idénticas, cuando para un romano tiene una connotación muy diferente de la idea que del numen se forma el indígena. El sincretismo llega a producirse sin la presencia del nombre del dios romano.

No se puede, pues, hablar de sincretismo religioso en sentido estricto. Cuando se piensa en un sincretismo al estilo celta se olvida que ese fenómeno está en la mente de César y en la de los romanos presentes en la Galia. El verdadero sincretismo es aquel al que personificado se le rinde culto, siendo este culto organizado por unos sacerdotes.

El fenómeno que normalmente se llama sincretismo, cuya base argumental son las aras con teónimos indígenas y romanos unidos, da a entender con cierta evidencia una pérdida cultural, una "romanización", como se dice generalmente. Pero podría ser interesante verlo desde otra óptica.

Hay que pensar que los indígenas no han madurado sus creencias en un panteón al estilo romano, a la llegada de éstos. Conocen ciertas hierofanías que, por el significado de los nombres extraídos de las inscripciones (173), se pueden clasificar funcionalmente en númenes protectores y tópicos, númenes de la vegetación y las aguas y númenes de la guerra. Esto por lo que respecta a aquellos que pueden someterse a un análisis etimológico. El paralelo con la ideología trifuncional es eviden

te pero ello no debe ser tomado con demasiado optimismo puesto que este proceso tiene lugar durante la época romana y por lo tanto puede estar contaminado.

Estas concepciones, estas creencias, no comportan por sí mismas una religión. El proceso de sincretismo contemplado desde el exterior de un material epigráfico puede parecer un fenómeno intencionado por parte de los romanos, en contra de lo que pensaba Lambrino respecto de la tolerancia de éstos para con la religión indígena (174), pero hay algo que lo niega inmediatamente: la estructura de la implantación romana en el Norte. No hay que olvidar que la explotación no implica necesariamente implantación. Pero volviendo a la sincretización, este fenómeno se produce en la mente del individuo en unas circunstancias determinadas. Para el indígena un dios extranjero es siempre poderoso, mientras no se demuestre lo contrario, y ese dios, por las características de su función, es relacionable con una idea, numen o potencia presente en la mente indígena. Cuando esto ocurre se puede pensar en un sincretismo. Y sin embargo es el mismo proceso de la multiplicidad de los epítetos de una divinidad, producto de núcleos de población distintos, de una naturaleza cambiante, pero que en una abstracción teológica responderían a una sola divinidad. Los aspectos externos de este fenómeno permiten planteamientos a nivel de aculturación como el que hace Etienne y otros en un trabajo realmente interesante (175).

En definitiva, el fenómeno del sincretismo aparece como algo

que enmascara una realidad, la persistencia de las creencias indígenas que durante el largo contacto de dos siglos se muestran a través de la epigrafía romana, "sincretizando" lo indígena, dedicante y numen, con lo romano, lengua latina y vehículo material formado por la idea de la lápida inscrita. Este es verdaderamente el sincretismo cultural (176). Es un proceso social en tanto que suma de los procesos individuales, pero no está socialmente organizado porque falta el especialista.

oooOoooOoooOooo

Otros aspectos del Panteón son directamente observables en el apéndice de nombres que acompaña este trabajo, aunque requieren un pequeño comentario.

Por lo que respecta a los dioses de la guerra, Bermejo ha publicado un estudio en razón de la cita estraboniana (177) ya mencionada, relativa a Ares. Naturalmente se trata de una interpretatio del autor de Amaseia pues no hay nada que permita identificar la figura y el mito de Ares con un dios guerrero entre los indígenas del Norte (178). La deducción de Bermejo sobre el dios de la guerra en el Noroeste, que habría que sintetizar en Coso, siendo las demás terminaciones epítetos o denominaciones tópicas, es realmente interesante y apunta en la línea a que antes se hacía referencia de los dioses galos. Por los rituales y sacrificios que da a conocer Estrabón, el paralelo con el Marte galo es mucho más evidente, por lo que se puede concluir que su estirpe es perfectamente celta, como era de esperar, por otra parte. No en vano los

dioses de la guerra caen fuera de las hierofanías previstas en la sociedad primitiva: cósmicas, tópicas y biológicas, a qué se hacía referencia al principio del capítulo.

Dentro de este contexto hay dificultades para encuadrar por ejemplo a Tilleno (179) que aparece toponímicamente como dios monte en Viloria, Orense y que surge asociado a Marte en Quintana del Marco, en León (180). Se trata del sincretismo de una deidad, numen, etc., o hierofanía tópica asociada a la idea de la guerra. El ejemplo es interesante y más si se pudieran conocer las fechas de las inscripciones, porque tal vez sea éste el proceso de adopción de dioses procedentes de contexto celta, o indoeuropeo más reciente, por parte de gentes del subtrato y/o los indoeuropeos más antiguos. La hierofanía tópica, la más primitiva relacionable con las unidades del parentesco, va a adoptar o a enmascarar a las divinidades protectoras, muchas veces símbolo de la propia tribu, como es el ejemplo de la inscripción recogida en el Danubio en la que un soldado dedica un ara a la diosa(?) Cantabria (181).

Las divinidades tópicas también tienen una íntima relación con los factores reproductores: "lo sagrado es lo real por excelencia, y a la vez potencia, eficiencia, fuente de vida y fecundidad" (182). Los númenes del territorio, potencias innombrables en la mayoría de los casos, sirven de percha para colgar innumerables atributos de dioses romanos. Los númenes del territorio, la primera hierofanía indígena, confunden sus funciones ante la presencia de dioses romanos. En principio

debieron de ser protectores y reproductores, porque la reproducción del ganado y de la vida en general implica protección. Esto se hace extensible a las divinidades de carácter acuático, a las que los romanos identifican con ninfas. De este tipo se ha incluido una muestra en el apéndice, por cuanto su nombre es romano, aunque sea, como en otros casos, producto de un sincretismo por parte del indígena, probablemente por el hecho antes aludido. La falta de nombre específico para los dioses o númenes primigenios (183) hace que nombres tribales y territoriales o sencillamente tópicos, propios de accidentes de la naturaleza, ríos, lagos y montañas, se confundan con la idea sagrada primitiva en una primera fase, fase que estaba en su apogeo a la llegada de los romanos. Tras la implantación de éstos se comienza un segundo ciclo en que la asociación de ideas cristaliza en una epigrafía, cuya cronología variará con las zonas y que tendrá su crisis tras el colapso del siglo III, aunque se mantiene en cierto modo. La vuelta a los usos y costumbres tradicionales significará una tercera etapa que podría plantearse a partir del siglo IV. La observación de estos nombres epigráficos viene señalada por un parentesco con nombres celtas e indoeuropeos, puesta de relieve por diversos autores, tanto desde el punto de vista del parentesco lingüístico (184) como desde el análisis de ciertos contenidos religiosos en autores clásicos (185), como el de ciertas representaciones relacionables iconográficamente con el mundo galo-celta (186).

Conclusión

Las ideas expresadas en el presente capítulo están todas ellas vinculadas a los elementos materiales de que dispone el investigador: los datos de las fuentes literarias y epigráficas. Y ha sido sobre todo en función de estas últimas que se han expuesto todos los planteamientos generales previos. Por lo que respecta al análisis de material arqueológico y a las creencias de ultratumba, los estudios de J.M. Blázquez, reunidos en su libro Imagen y Mito, hacía innecesario repetir aquí ciertas características generales de las creencias indígenas que no afectaban, además, a los temas que interesaba resaltar y que, en líneas generales, se pueden precisar en los siguientes aspectos (187):

Se puede intuir por el carácter deducible de las deidades indígenas tres niveles que corresponden a épocas diferentes de la maduración de las creencias indígenas. En un primer nivel la sacralización del espacio tribal o comunal está relacionado con personificaciones de los grupos de parentesco. Estas divinidades, al no poseer un nombre, tal vez por un tabú, se podían confundir con la propia tribu o con el propio nombre del grupo. Su carácter sería lógicamente soberano, protector de la sociedad y necesariamente vinculado a su reproducción y mantenimiento. Se trata de una idea de la divinidad intrínsecamente monoteísta. Su materialización en diferentes nombres tópicos, en accidentes geográficos, en potencias de la naturaleza, lo demuestra.

En un segundo nivel, los grupos del Norte sufren un proceso de homogenización desde el punto de vista indoeuropeo y celta que cataliza la identificación de esta divinidad primigénia, pero plurilocal, en distintos númenes relacionables con la esfera trifuncional indoeuropea, por el simple hecho de que esta sociedad está fuertemente indoeuropeizada y celtizada. Sin embargo el elemento autóctono y el sentido sagrado del espacio siguen vigentes, produciendo asociaciones de diverso tipo. Por otra parte, la sociedad no presenta la típica tripartición indoeuropea, por la misma estructura arcaizante del fenómeno de asimilación demográfica.

En una tercera fase, la creencia en númenes o dioses se materializa mediante la presencia del elemento romano y los distintos niveles de sacralización se vienen ahora a mezclar con unos dioses a los cuales es costumbre dedicar aras votivas. La imitación de esta práctica produce, según las zonas y los grupos, diversas identificaciones de la divinidad primigenia soberana que así se mostrará según sea el grado de desarrollo evolutivo del grupo, más o menos celtizado. Este fenómeno tiene toda la apariencia de un sincretismo, pero es un sincretismo no organizado, producido por individuos aislados no por una creencias dirigidas y orquestadas. Muy probablemente este fenómeno se dió a partir del siglo II en la zona Norte e, incluso, a lo largo del siglo III. Debido a él se materializan dioses de niveles muy diferentes que borran la idea de trifuncionalidad con la presencia de tipos que no es fácil reducir a los tipos indoeuropeos. La identificación de las creencias indíge-

nas con ciertas prácticas romanas pierde su fuerza cuando la crisis de je su herencia en la organización administrativa romana. Se dejan de hacer inscripciones aunque diversas gentes que se romanizan lo siguen haciendo a los dioses de sus nuevas creencias (mas que nuevas, adaptadas). En los núcleos más reacios, o alejados de la presencia romana, las creencias se han visto implicadas en un proceso de maduración que no supone necesariamente una religión organizada. Se dan centros sagrados, pero es difícil pensar en cultos. Así, amplios grupos mantienen creencias similares con matizaciones locales, como puede ser la mitología vasca analizada por Barandiarán, entre otros. Como muy bien intuyera Lambrino, el cristianismo llegará a estas gentes uniformando aún más sus convicciones, pero sin lograr borrar nunca los restos de una ideología religiosa peculiar y diferente, porque los elementos que la mantienen viva residen en el entorno físico, en el folklore y en el inconsciente colectivo.

Este proceso, caso de ser cierto, no se produciría de una forma lineal. A partir de la conquista romana, el trauma adquirido por la población, tras la dispersión y masacre, posibilitó la asimilación y mezcla de dioses y creencias. Dioses de parentesco celta toman aspecto y nombre del mundo romano, como los Lares Viales por ejemplo (188). Este trauma no se borraría de la mente de los indígenas ni fácil ni rápidamente, debió de pervivir varias generaciones; ésto explicaría para el Norte que el proceso de asimilación cultural romano se diera al final del Alto Imperio y durante el siglo III.

Existe un fenómeno similar en Gran Bretaña. Se documenta la presencia de dioses celtas en la epigrafía a partir del siglo III, como movimiento de reacción y de asimilación al mismo tiempo (189).

A partir de este momento los cultos romanos en la zona y las creencias indígenas deben seguir, muy probablemente, caminos separados, porque todo apunta en contra de la hipótesis de que el sincretismo con lo romano llevara a los cultos romanos.

oooOoooOoooOoooOooo

NOTAS AL CAPITULO V

- 1.- Se utiliza el término "lo religioso" apareándolo con "lo sagrado", aunque no sea del todo correcto, para oponerlo a "religión", idea que implica un culto organizado al estilo romano, por ejemplo. Así pues, y refiriéndose a las sociedades indígenas tribales, decir religión es decir demasiado, aunque el empleo del término en la bibliografía al uso está ya tan extendido que se hace difícil precisar su contenido. Esta idea se matizará a lo largo de las páginas que siguen.
- 2.- En el sentido de que disfraza las relaciones sociales a través de fórmulas religiosas. Véase al respecto GODELIER, 1974, 331.
- 3.- Tuc., I, 1. Como muy bien señala recientemente ALONSO DEL REAL, 1978, 54, al analizar la interpretatio del escritor de la Antigüedad.
- 4.- BAYET, 1973, 42 y ss.
- 5.- Aunque son varios los trabajos que aquí se citarán de este autor, trabajos de distinta índole y sobre diferentes tipos de fuentes, en el sentido que aquí se trata sería inexcusable no citar el más general de todos ellos y uno de los más interesantes: "La religión de los pueblos hispanos vista por los autores griegos y latinos", Enérita, XXVI, 1958, 79-110. Recientemente ha recogido la totalidad de los artículos dispersos, incluyendo este último, en una obra de conjunto, Imagen y Mito, Madrid, 1977.
- 6.- LAMFRINO, 1965, 224, que piensa que los cultos pueden durar hasta el triunfo del Cristianismo y que durante el siglo II se da un apogeo del material epigráfico.
- 7.- BLAZQUEZ, 1962 y 1975c.
- 8.- BLAZQUEZ, 1977a, 372 y 373; aunque se trata de un artículo publicado con anterioridad, éste y todos los recopilados en Imagen y Mito, Madrid, 1977, se citarán por esta publicación para mayor brevedad.
- 9.- Suponiendo epigrafía obtenida en excavaciones sistemáticas.

- 10.- Son interesantes en este sentido algunos de los últimos trabajos:
LE ROUX-TRANOY, 1973, artículo excelente, por otra parte, pero que expresa bien esta corriente al atribuir las fechas de las inscripciones, aunque en su defensa habría que indicar que lo hace basándose más en razones históricas que paleográficas. No así ABASOLO-ELORZA, 1974, que se apoyan en razones plásticas, estilísticas y paleográficas. De igual manera GARABITO-SOLOVERA, 1975a, intentan basarse en la cronología de unos vasos de vidrio para la inscripción de Hammelhri, pero en otras de Nieva de Cameros y Varea dan la fecha directamente sobre el tipo de letra. También puede observarse idéntico método en MONTENEGRO-SOLANA-SAGREDO-LAZARO, 1975, 348, donde expresan su opinión paleográfica sobre la fecha de las inscripciones relativas al dios Vurovius, principios del siglo IV o, a lo sumo, indican segunda mitad del siglo III. SOLANA, 1978, 175, repite las mismas fechas. Estos trabajos son solo a título de ejemplo de la situación del problema, indudablemente muy discutida.
- 11.- GARCIA MERINO, 1974, 56, nota 46, asimismo en su trabajo de 1975, sobre población del convento cluniense, donde se puede apreciar lo que se indica en la cita anterior.
- 12.- GARCIA Y BELLIDO, 1949a, I, 325.
- 13.- JULIA, 1971, 21.
- 14.- GARCIA Y BELLIDO, 1967a, 119.
- 15.- JULIA, 1971, 26.
- 16.- GARCIA Y BELLIDO, 1962a, 741.
- 17.- MARCO SIMON, 1978, 65 ss.
- 18.- En principio estas estelas evidencian un momento entre los siglos II y III relacionable en Monte Cildá con el conjunto general, pero sin precisiones más concretas. Ver: GARCIA GUINEA y otros, 1973, 51 ss., y también: IGLESIAS GIL, 1976, con un excelente estudio extereométrico comparable, y más concreto, al de MARCO SIMON, 1978, obra de enorme mérito por el despliegue de material y el estudio del mismo.

- 19.- VIGIL, 1971, 225 ss.
- 20.- GARCIA MERINO, 1975, 23 ss.
- 21.- ABASOLO, 1977, 83 ss.
- 22.- MARCO SIMON, 1978, 67 ss.
- 23.- Habría que relacionar este problema de la cronología de las fuentes con un hecho que parece contemplarse respecto al siglo III, y es el hecho de que en el Norte la anarquía militar no parece significar un vacío total de poder o importancia de la organización romana, como puede verse a través de los miliarios de dicha zona. Por ejemplo en la provincia de Orense: RIVAS, 1974 y 76; para la zona de Cinco Villas: BELTRAN LLORIS, 1969; en Santacara, Navarra, de Maximino vid: GARCIA Y BELLIDO, 1971, 185; sobre Alava: ELORZA, 1967, nº 42; los de Max. Tracio con la V Potestas Tribunicia y la VII proclamación imperial: CIL, II, 4756, 57, 58 y 4788, 4853, 4850, 4886, 6228, Zephyrus, XI, 1960, 99, nº 397, y un largo etc., que haría esta lista interminable. Algunas de las consecuencias de la presencia de miliarios se recogen en el trabajo de ARIAS, 1976, 101 ss.. Para más detalle se puede ver el capítulo sobre la implantación romana.
- 24.- LAMBRINO, 1965, 224 ss.
- 25.- DIEZ-CORONEL, 1976, 161 ss.
- 26.- MARCO SIMON, 1978, 15 ss.
- 27.- Por ejemplo la estela del Cerro de la Morterona, Saldaña, addenda 15 de IGLESIAS GIL, 1976: D(iis) M(anibus) (M(ommentem) p)osuit (Pa)ternus ...us pat(ri).
- 28.- MARCO SIMON, 1978, 109 ss., da 57.
- 29.- BLAZQUEZ, 1958, 79-110, y reeditado, en 1977, 438 ss.
- 30.- ALONSO DEL REAL, 1978, 67.
- 31.- LAMBRINO, 1965, 224.
- 32.- Por ejemplo CARO BAROJA, 1973, 252 ss.; ya BLAZQUEZ, 1958, 80 y 1977, 453, ha llamado la atención sobre la validez de estos paralelos etnohistóricos entre la Antigüedad y el folklore actual.
- 33.- Strab., III, 3, 7.
- 34.- CARO BAROJA, 1973, 236.

- 35.- La última, 1976, 25 ss.
- 36.- El método comparativo, cuando se establece entre pueblos que proceden de la dispersión de un mismo pueblo histórico, tiene un margen de validez muy grande, sería buen ejemplo el desarrollo de Dumézil sobre los indoeuropeos.
- 37.- 1967, 19 ss. y 1974, 23 ss.
- 38.- ELIADE, 1974, 55.
- 39.- ELIADE, idem.
- 40.- Véase nota (1 se este apartado) sobre el carácter enmascarador de la ideología. GODELIER, 1974, 331.
- 41.- GODELIER, 1974, 347.
- 42.- ELIADE, 1967, 48.
- 43.- ELIADE, 1967, 52.
- 44.- ELIADE, 1967, 39.
- 45.- ELIADE, 1967, 26.
- 46.- No tiene por qué ser todo el territorio de la tribu, que a veces abarca extensiones considerables. Cada grupo, cada fracción tribal, funda su Cosmos y tiene su entorno físico, su territorio.
- 47.- Strab., III, 37.
- 48.- LOMAS, 1975, 64.
- 49.- BERMEJO, 1978, 23.
- 50.- Así lo debía de entender GARCIA Y BELLIDO en su traducción de Estrabón, bastante libre por cierto, cuando traduce: "A los criminales se les despeña y a los parricidas se les lapida, sacándolos fuera de los límites de su patria o de su ciudad", 1968^c, 122. Es indudable que la versión de García y Bellido ha pesado en la mente de los autores que han tratado el tema.
- 51.- Para estas cuestiones ver SANLINS, 1977a, passim,
- 52.- Por ejemplo una inscripción del Danubio, CIL, III, 10842, en la que un soldado cántabro diviniza a su tribu.
- 53.- LOMAS, 1975, 65.
- 54.- Strab., III, 3,7.
- 55.- BERMEJO, 1978, 25.

- 56.- Incluso en un mundo organizado con una religión oficial, la sacralización del espacio queda patente en VARRON, I, 4-6, cuando al comenzar su obra invoca a los dioses agrarios, enumerando a todos los que tendrán relación con el contenido de la misma. La sacralización del espacio queda como reliquia, en la presencia de los dioses protectores de las faenas agrícolas. Se puede trazar así una ecuación: espacio tribal sagrado -diosa madre tierra -prácticas agrícolas.
- 57.- Este tipo de hierofanía tal vez pueda reconocerse en ciertos epítetos indígenas aplicados a dioses romanos o, incluso, en muchos de los nombres de divinidades a las que se les da una función protectora o cuyo carácter se reconoce como tópico.
- 58.- HUBERT, 1957, 190, que recoge opiniones de diversos autores.
- 59.- ELIADE, 1974, *passim*.
- 60.- ELIADE, 1967, 61.
- 61.- En *Barcina de los Montes*, cuatro aras a esta deidad publicadas varias veces algunas de ellas. Vid.: MONTENEGRO-SOLANA-LAZARO, 1975; AFASOLO-ALBERTOS, 1976; ALBERTOS, 1977; SOLANA, 1978, 196 ss.
- 62.- FERNANDEZ FUSTER, 1955, 319, comentado ampliamente por SOLANA, 1978, 125.
- 63.- Hay varios ejemplos, véase la lista del panteón.
- 64.- Vid.: ALBERTOS, 1974a, 148, entre otros.
- 65.- ELIADE, 1974, 30 ss.
- 66.- Por ejemplo las cosmogonías menfita o heliopolitana egipcias.
- 67.- Su iconología es tan universal que no se necesita buscar paralelos en lo romano o griego.
- 68.- Reunidos en *Imagen y Mito*, 1977.
- 69.- Ver MARCO SIMON, 1978, 15 ss.
- 70.- BERNHEJO, 1978, 27 ss.
- 71.- BLAZQUEZ, 1977a, 261-289.
- 72.- ALONSO DEL REAL, 1978, 67.
- 73.- En este orden de cosas es muy interesante el ya citado artículo de TOVAR, 1977, 163 ss.

- 74.- Algunos autores no solo hablan de elementos indoeuropeos disueltos por el Norte, sino que etiquetan a la sociedad resultante como plenamente indoeuropea, por ejemplo ALONSO DEL REAL, 1978, 63.
- 75.- Algunos de especial significación: BENVENISTE, Le vocabulaire des institutions indoeuropéennes, 2 vol., Paris, 1969; LOCCHI, "Le mythe cosmogonique indo-européen: reconstruction et réalité", Nouvelle Ecole, XIX, 1972, 87-95; LINCOLN, "Death and Resurrection in Indo-European Thought", The Journal of Indo-European Studies, V, 1977, 247-264; MARINGER, "Fire in prehistoric Indo-European Europe", The Journal of Indo-European Studies, IV, 1976, 161-186, entre otros.
- 76.- Para un análisis de la obra de Dumézil, véanse dos estudios típicos: BENOIST (éd): Georges Dumézil et les études indoeuropéennes. Nouvelle Ecole, XXI-XXII, 1972, y RIVIERE y otros, Georges Dumézil à la découverte des Indo-Européens, Paris, 1979.
- 77.- RIVIERE, 1979, 21 ss.
- 78.- DUMEZIL, 1977, 603.
- 79.- DUMEZIL, 1977, 41.
- 80.- RIVIERE, 1979, 35.
- 81.- DUMEZIL, 1977, 43.
- 82.- ELIADE, 1978, 211.
- 83.- Hay en castellano una obra de gran sencillez para apreciar los conceptos fundamentales: DUMEZIL, Los dioses de los indoeuropeos, Barcelona, 1970. Recientemente, en la serie Mythe et épopée, I, II y III, ha replanteado muchos de sus trabajos anteriores. La obra de síntesis más importante tal vez sea: L'idéologie tripartite des Indo-Européens, Coll. Latomus, 31, Bruxelles, 1958. El estudio más denso y acabado de la primera función es también reciente: Les dieux souverains des Indo-Européens, Paris, 1977.
- 84.- RIVIERE, 1979, 37.
- 85.- Para todas las correspondencias en los distintos niveles ver en la obra de RIVIERE, 1979, el cuadro de la página 63.
- 86.- ELIADE, 1978, 210.

- 87.- CODELIER, 1974, 331.
- 88.- RIVIERE, 1979, cuadro pág. 63.
- 89.- Ver lo que al respecto opina RIVIERE, 1979, 129.
- 90.- RIVIERE, 1979, 133.
- 91.- DUMEZIL, 1977, 603.
- 92.- J. LE COFF, La civilisation de l'Occident Médiéval, Paris, 1964, 317-25, citado por RIVIERE, 1979, 132.
- 93.- En los últimos años DUMEZIL ha publicado varios trabajos sobre los aspectos religiosos de los romanos, actualizando y remodelando obras anteriores. Las más interesantes son: Mythe et épopée III. Histoires romaines. Paris, 1973; Fêtes romaines d'été et d'automne. Paris, 1975; Idees romaines. Paris, 1969; y el más conocido: La religion romaine archaïque. Paris, 1966.
- 94.- HEURGON, 1975, 150.
- 95.- DUMEZIL, 1977, 256.
- 96.- DUMEZIL, 1977, 605.
- 97.- Dieux et héros des celtes, 1940, 41, y en un artículo de la Revue de l'Histoire des Religions, CXLVI, 1954, 5-17, citados por DUMEZIL, 1977, 574; se trata del llamado "trío de las Macha".
- 98.- Sobre las deducciones a partir de los textos literarios religiosos, aunque el material lo ha analizado en muchas obras diferentes, quizás la más significativa y puesta al día sea la citada Mythe et épopée I, trad. esp. Madrid, 1977, por la que se cita.
- 99.- Atendiendo bien a una máxima dumeziliana, que una cosa es interpretar un mito existente y otra muy diferente inventarlo a partir de elementos muy hipotéticos, DUMEZIL, 1934, 27.
- 100.- DUMEZIL, 1977, 594.
- 101.- Pero no son los únicos, pues el propio DUMEZIL reconoce que "fuera de los indios, de los romanos y de los osetos, la ideología trifuncional(...) se encuentra casi en todas partes en estructuras más modestas que a veces se han vinculado a conjuntos de otro origen", 1977, 554.

- 102.- BLAZQUEZ, 1970a, 65 ss.; 1975c, passim; 1977a, 431 ss., entre otros.
- 103.- Strab., III, 3,7.
- 104.- DUMEZIL, 1954, 7, entre otras.
- 105.- LANBRINO, 1965, 224; el argumento lo toma de VENDRYES, 1948, 292, a quién cita. Sin embargo este autor líneas más arriba expresa su duda indicando que la omisión de los druidas hispanos en los textos se deba a un mero accidente. La idea de su existencia ha persistido hasta hoy en líneas generales.
- 106.- SANLINS, 1977a, 152.
- 107.- Ver RIVIERE, 1979, 129.
- 108.- DUMEZIL, 1977, 14.
- 109.- DUMEZIL, 1977, 424.
- 110.- Por lo que respecta a sacerdocio indígena propio.
- 111.- Ver RODRIGUEZ COLmenero, Augusto e Hispania, Bilbao, 1979, con toda la bibliografía anterior.
- 112.- Por lo menos eso es lo que se desprende de Suetonio, Claud, 25,5. Es indudable el ataque a la vieja institución druidica por cuanto ellos fueron el principal baluarte contra la romanización, puesto que eran los depositarios de los valores culturales del pueblo galo y los jefes indiscutibles desde el punto de vista pancéltico. Todos los autores están de acuerdo en admitir esta persecución, que con Claudio se hace prohibición expresa. Para más detalle ver VENDRYES, 1948, 294. Este hecho entra de lleno en la política de Claudio, que sigue fielmente el dictado augústeo de convertir a los galos en romanos, HATT, 1970, 128 ss.
- 113.- Sobre este problema ha tratado ampliamente ELIADE, 1976, 37 ss.. Según este investigador, el chamanismo contiene una dosis de psicopatología por parte del individuo, psicopatología que está presente en todas las latitudes en que esta práctica se manifiesta. El origen primigenio habría que buscarlo en Siberia y otras regiones de Asia Central, sin menospreciar el parentesco con el chamanismo de los indoeuropeos más antiguos. Por el contrario, los antropólogos no especializados en Historia de las Religiones se in-

clinan a ver al chamán como "el tipo de especialista religioso más primitivo, existente en aquellos sistemas en los que la religión no ha constituido una iglesia": HOEBEL, 1973, 482.

114.-Ver HOEBEL, 1973, 485.

115.-Ver ELIADE, 1976, 296 ss.

116.-RIVIERE, 1979, 130.

117.-DUMEZIL, 1977, 558.

118.-Serían razones dentro del seno de la organización tribal, SAHLINS, 1977a, 11 ss. y CODELIER, 1974, 198. Desde otro punto de vista CARO BAROJA, 1970, 15. La discusión de estos problemas se ve en el capítulo de organización social.

119.-Otro caso podría ser el de los pueblos agrupados bajo los régulos ibéricos con un grado de complejidad mayor. Ver CARO BAROJA, 1971a, 92 ss., esta estructura sería semejante pero más evolucionada que entre lusitanos y celtíberos, por lo que a religión se refiere, ver CARO BAROJA, 1976, 153.

120.-Strab., III, 3,6. ELAZQUEZ, 1971, 42, lo toma en sentido amplio como sacerdote, pero es evidente que induce a error.

121.-Sil. It., III, 344.

122.-HUBERT, 1957, 224.

123.-DUMEZIL, 1971b, 58 ss. al plantear los orígenes de Roma y la leyenda de los primeros reyes, en la que Rómulo representa dos funciones y Tulo una sola.

124.-DUMEZIL, 1977, 598, refiriéndose a la Gesta de Volx, en la que este personaje triunfa gracias a la magia y a la inteligencia, siendo chamán y príncipe-guerrero, es decir, uniéndose en él las dos primeras funciones.

125.-Dilatado según el concepto en SAHLINS, 1977a, 30 ss.

126.-Strab., III, 3,7.

127.-Esto encaja en las sociedades tribales tal y como las contempla SAHLINS y otros antropólogos de la escuela inglesa y americana.

128.-La colegialidad de los druidas celtas ha llamado la atención de los investigadores desde hace mucho tiempo. HUBERT, 1957, 224, por

ejemplo. La cita clásica es: César, De Bello Gallico, VI, 13.

- 129.- El problema de la adopción de formas romanas se verá más adelante.
- 130.- ELIADE, 1974, 43 ss.
- 131.- César, De Bello Gallico, VI, 14.
- 132.- Strab., III, 3,8.
- 133.- BERMEJO, 1978, 58 ss.
- 134.- BERMEJO, 1978, 59.
- 135.- GARCIA Y BELLIDO, 1943, 418 ss. y D'ORS, 1944, 123 ss.
- 136.- D'ORS, 1944, 125.
- 137.- JUSTINO, XLIV, 3,7; Sil. It., III, 349,353.
- 138.- BERMEJO, 1978, 53, ha establecido una relación entre lo que se conoce de la sociedad castreña y los elementos paralelos de la religión griega. Metodológicamente la comparación es muy interesante pero sus resultados pueden llevar a consideraciones tal vez precipitadas. La presencia de un dios de la guerra, que Estrabón identifica con Ares(III, 3,7), no implica que este numen o dios tenga las mismas características que el Ares griego. Y el hecho de que el Ares griego suponga la existencia de guerreros no tiene por qué hacerse extensivo a la sociedad castreña. En una sociedad primitiva la guerra es un medio que puede ser básico para la vida y en ella participa todo el pueblo. Justificar la tripartición funcional indoeuropea a partir de elementos de la religión griega, gentes a las que Dumézil ha reconocido como no indoeuropeos, parece peligroso y más relacionándolo con una sociedad drásticamente diferente por su grado de evolución. Puestos a hacer mitología comparada hay que partir del estudio de dos mitos paralelos, pero lamentablemente no es este el caso.
- 139.- El problema de generalizar los resultados de la observación de los epígrafes es que, dada la dispersión de éstos, la generalización no implica que estos aspectos se cumplan en todos los grupos tribales que integran el Norte. Lo que se tratará de evitar es mezclar las deducciones de un lugar con las de otro. Dado el ca-

rácter del presente trabajo, de estudiar el conjunto del Norte, tampoco puede hacerse otra cosa.

- 140.- Los nombres de divinidades se citarán en dativo, salvo advertencia.
- 141.- Las aras que se citan se encuentran clasificadas por nombres de "húmenes" en el apéndice al presente capítulo. La confección de la lista responde a una selección de la zona a estudiar, a partir de BLAZQUEZ, 1979, y siguiendo a . ALBERTOS, 1976b, sobre los criterios de relección de las lecturas dudosas o hipotéticas, eliminando las últimas. Se han tenido en cuenta asimismo: BLAZQUEZ, 1962, 1970a y 1975c. También es interesante para los fines de este apartado el trabajo de ALBERTOS, 1975, 56 ss.
- 142.- ALBERTOS, 1975, 52.
- 143.- "En las sociedades célticas, en lugar del totem del clan, encontramos el héroe del clan, de la tribu, de la nación...", HUBERT, 1957, 230.
- 144.- ALBERTOS, 1976a, 61 ss.
- 145.- Cosiovi Ascanno, Villablino (León); Cosiovio Tabalieno, Villaviciosa (Asturias); Coso, Brandomil (La Coruña); Coso Udariniago, Sada (La Coruña); Coso Calaeunio, Lage (La Coruña); Coso Oenaeco, Seavia (La Coruña); Cossue Nedoledio, Bierzo (León); Cossue Segidiaeco, Arlanza (León); Cosunae, Eiriz (Douro Litoral). Es decir, desde el Bierzo leonés, casi Orense, hasta La Coruña y el Douro portugués. Indiscutiblemente se trata de grupos afines, Ver ALBERTOS, 1976a, con varios mapas de grupos de este tipo.
- 146.- ALBERTOS, 1975, 56, establece una lista de estos teónimos. BLAZQUEZ, 1975c, 86 y 87, lo hace igualmente.
- 147.- Strab., III, 4, 16.
- 148.- BLAZQUEZ, 1977a, 452.
- 149.- TABOADA, 1976, 195.
- 150.- Del cual hay dos aras en Lourizán (Pontevedra), FILGUEIRA-D'ORS, 1955, nº 27 y 28. En dicho relieve López Cuevillas quería ver el dios Lugh, el Lavada de las leyendas irlandesas. El parentesco

del teónimo es celta y la representación del dios recuerda el caldero de Gundestrup.

- 151.- CARO BAROJA, 1973, 93.
- 152.- CARO BAROJA, 1976, 197.
- 153.- Aunque BERMEJO, 1976, 301 ss. ha intentado reconstruir mitos a partir de elementos dispersos en Lusitania.
- 154.- LAMBRINO, 1965, 224.
- 155.- LAMBRINO, 1965, 226.
- 156.- Véase más adelante.
- 157.- Como puede ser la de Cantaber Elguismio, hijo de Lucio, IGLESIAS GIL, 1976, 85; o a los Lares Viales, Dentonus Verecundus, CIL,II, Supp. 5634, a título de ejemplo.
- 158.- LAMBRINO, 1965, 224.
- 159.- BERMEJO, 1978, 36.
- 160.- TABOADA, 1976, 193 ss.
- 161.- Una vez establecido el contexto tanto da utilizar un apelativo como otro.
- 162.- BERMEJO, 1978, 36.
- 163.- BLAZQUEZ, 1962, 226, y 1977, 372.
- 164.- HUBERT, 1957, 227.
- 165.- BERMEJO, 1978, 77 ss.
- 166.- BLAZQUEZ, 1979, 1 ss.
- 167.- VENDRYES, 1948, 237 ss.
- 168.- Ver, por ejemplo, lo que explica DUMEZIL, 1970, 113, sobre la creación de epítetos para un dios según sus diferentes manifestaciones.
- 169.- VRIES, 1975, 154.
- 170.- Ver lo que al respecto indica VRIES, 1975, 164. Por ejemplo, ALBERTOS, 1956, 294 ss. relaciona la interpretación de César sobre el Mercurio celta en De Bello Gallico, VI, 17, con la inscripción del CIL,II, 2473, de Outeiro Seco (Chaves, Portugal), tomando como Deuorix el epíteto de Ermaei que en otro trabajo de 1952 había analizado como "divino". Esta relación está en la línea que comenta en el texto.

- 171.- RENARDET, 1975, 216.
- 172.- HUBERT, 1957, 234.
- 173.- Ver lista de divinidades.
- 174.- LAMERINO, 1965, 224.
- 175.- ETIENNE-FABRE-LE ROUX-TRANOY, 1976, sobre todo la página 102, en que, a nivel de abstracción generalizadora, plantean magistralmente los diferentes problemas del contacto cultural indígenas-romanos. Por lo que se refiere a los caracteres externos de las religiones místicas podría ser cierta la asimilación, si no fuera porque esos elementos simbólicos estarán ya presentes en el mundo indígena; esto con referencia a la argumentación de la página 105 sobre el sincretismo.
- 176.- ALCINA, 1978, 102: "El sincretismo se produce ante una fuerte agresión proselitista, como un procedimiento de autodefensa".
- 177.- Strab., III, 3,7.
- 178.- BERMEJO, 1978, 39 ss., al estudiar los dioses de la guerra en el Noroeste hace un paralelo con ciertos aspectos del Ares griego, pero son un poco forzados en base al substrato diferente de unas y otras poblaciones, aunque esté presente un elemento indoeuropeo, discutible, ver nota 138. Sobre su deducción de una casta de guerreros del tipo celta ya se ha visto las dificultades que plantea su existencia.
- 179.- Ver ALBERTOS, 1974a, 147 ss.
- 180.- BLAZQUEZ, 1962, 126.
- 181.- CIL, III, 10832, citada por GONZALEZ ECHEGARAY, 1966, 117; indica que su posible carácter de diosa madre parece estar en consonancia con el carácter matriarcal de los cántabros, relaciona con ella, incluso, el posible culto a la Luna indicado por Strab., III, 4,16.
- 182.- ELIADE, 1967, 33.
- 183.- BOUZA BREY, 1973, ha señalado el carácter mitológico de que se reviste el elemento acuoso en el Noroeste, pasando revista tanto a la literatura como al folklore.

- 184.- Trabajos de ALBERTOS y PLAZQUEZ citados.
- 185.- BLAZQUEZ y BERMEJO citados.
- 186.- Por ejemplo ELORZA, 1970^g, 275 ss., sobre una representación de Epona en Marquinez (Alava), recalcando el "sedimento celta" en el Norte.
- 187.- Muchas de las relaciones establecidas se deducen directamente del análisis del Apéndice de divinidades indígenas, por lo que se hacía innecesario repetir constantemente nombres y citas. La consecución de dicha lista implicó necesariamente un estudio de la personalidad deducible de las divinidades, estudio con el que lo tratado guarda una relación de causa a efecto.
- 188.- Muy bien estudiado por BERMEJO, 1978 , 77 ss.
- 189.- Lo ha señalado SANCHEZ LLORENTE, Aproximación a un estudio demográfico en el Bajo Imperio en Britania. Tesis de Licenciatura. Sin año. Ejemplar mecanografiado, 123 ss.

oooOoooOoooOoooOooo

311

APENDICE
AL
CAPITULO V

RELACION DE NOMBRES DE DIVINIDADES INDIGENAS

NOTA: Se citan tal y como aparecen en la inscripción. Cuando no se indica bibliografía la lectura se ha tomado de BLAZQUEZ, 1979, 25 ss. La bibliografía citada recoge las opiniones sobre cada caso. Se han eliminado las inscripciones de lectura muy dudosa y las pequeñas dudas se indican con interrogantes. No se incluyen los nombres de dioses romanos salvo en los casos en que acompañen epítetos indígenas.

oooooOooooo

ABNE

Santo Tirso (Douro Litoral). Ded.: Fuscinus Fusci (filius).

Según Leite de Vasconcellos puede tratarse de una deidad de tipo tónico. Para Blázquez el dativo en e es frecuente.

Bibl.: GUIMARAES, 1907, 81; VASCONCELLOS, 1913, 214-215; BLAZQUEZ, 1962, 219; BLAZQUEZ, 1975c, 23; ENCARNACÃO, 1975, 77.

AEGIAMVNIAEGO

Viana del Bollo (Orense). Ded.: Antistius Placidus Cili (f.)

Alterniaicinus (o de la gens Alterniciana). Según Blázquez, Aegia es nombre de lugar y munnia tónico. Lorenzo-D'Ors-Bouza recogen la opinión de Padín que lo considera divinidad guerrera. Otros le atribuyen carácter lunar. Tovar cita el indoeuropeo tenta-, que significa colectividad, pueblo. Lomas considera que Alterniaicinus indica oriundez y no pertenencia a gens.

Para este mismo autor -aecus pertenece al sustrato hispánico y no indoeuropeo; constata la antigüedad de algunas deidades en las que este sufijo forma parte, así, Aegiamuniaeco, Cos-sue Segidiaeco, Evedutoniū Barciaeco, Mentoviaco, Nimmedo Seddiago, Vagodonnaeco.- Tal vez sea una deidad personificadora de un linaje o lugar poblado, divinidad tutelar del grupo.

Bibl.: CIL, II, 2523; TOVAR, 1949, 137; BLAZQUEZ, 1962, 71; VIVES, 1967, 702; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 90; BLAZQUEZ, 1975c, 24; LOMAS, 1975, 83 y 94.

AERNO

Dos aras en Castro de Avellas (Zaras, Tras os Montes), ded.: Ordo Zoelarum, Acidi. Un ara en Malta (Macedo de Cavaleiros), ded.: Lucr(etius) Valens. Leite de Vasconcellos cita a la diosa Arduinna, divinidad de la floresta. Supone un santuario por el hecho de haber dos aras en un mismo lugar. Según Blázquez sería una deidad de la vegetación. Encarnação, citando a Coelho, lo cree dios de las fuentes, puesto que en el Castro de Avellas hay aguas minerales. Derivado de raíces célticas.- Divinidad seguramente de vegetación o, en cualquier caso, más relacionada con la naturaleza que con un lugar concreto. Parece ser propia de una circunscripción tribal o de linaje.

Bibl.: CIL, II, 2606, 2607, 5651; VASCONCELLOS, 1905, 338;

BLAZQUEZ, 1962, 65; IDEM, 1975c, 24; ENCARNACÃO, 1975, 81.

AGINEES(IS), GENIO FONTIS

Boñar "La Calda" (León). Ded.: Brocci L(ibertus) Vip(a)st(a-nus) Alexis Aquilegus. Deidad acuática.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 168; IDEM, 1975c, 101.

AITVNEO

Araya (Alava). Sin dedicante. Según Elorza es palabra compuesta de Aita, padre, y Euna, contracción de Eguna, día. Se trataría, pues, del dios solar; podría provenir también de Aitzune, de Haitz, peña, piedra, y Une, espacio, trecho; en este caso sería una deidad de un monte sagrado. Existen más posibilidades de que sea esta última interpretación. Para Albertos tampoco es imposible que sea indoeuropea, como Aitea, en relación con ai-, dar, participar, y con aito, participación.

Bibl.: ALBERTOS, 1970, 156; ELORZA, 1970c, 816; IDEM, 1973, 415.

ALBOCELO

Villar de Macada (Vila Real, Tras os Montes). Sin dedicante. Divinidad tópica; Albocela, nombre de lugar, es citada en el It. Ant. 434, 7. Polibio habla de Ἀρβουράκη de los vacceos. Bibl.: POLIBIO, III, 14,1; CIL, II, 2394 b; BLAZQUEZ, 1962, 71 ss.; IDEM, 1975c, 25.

AMBIOEREBI

Braga (Minho). Ded.: Arquius Cantabri. Según Albertos podría tener su origen en el radical mbhi- que significa "alrededor", presente en celta y germano. Para Le Roux-Tranoy el nombre del dedicante es de origen indígena; hay cuatro en Braga: CIL, II, 2433, 2435, 2458, 2465; en Uxama: CIL, II, 2830 y en Calderuela (Soria): CIL, II, 2834. El nombre de la divinidad, según estos dos autores tendría relación con el tema reb- (en nominativo reb-is o reb-s, en relación con Reba en Irlanda y con Reb-urrus y Reb-ilus).- Este dedicante tiene otra a ra dedicada a Senaico.

Bibl.: ALBERTOS, 1966, 20; LE ROUX-TRANOY, 1973, 201; BLAZQUEZ, 1975c, 25.

AMEIPICRI

Orjaís, Braga (Minho). Ded.: A(ulus) Crassicius Paternus. Según Blázquez tal vez se tratase de una deidad acuática. En Encarnação recoge las opiniones de varios autores sobre la posibilidad de que se tratara de una ninfa, aunque él no se pronuncia.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 169; IDEM, 1975c, 25; ENCARNÇÃO, 1975 87.

AMEVCN(I?), NIMPHAE FONTIS

León. Ded.: L(ucius) Terentius L(uci) F(ilius) Homullus Iu-

nior. Leg(atus) Leg(ionis) VII G(eminae) F(elicis). Divinidad de las aguas.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 169; IDEM, 1975c, 25.

ANDERONI, IOVI

Lugar indeterminado de Galicia. Ded.: M(arcus) Ulpius Aug(usti) Lib(ertus) Eutyches Proc(urator) Metall(orum) Alboc(olensium). Albocela es la ciudad en que el procurador ejerce su cargo, no es pues un gentilicio. Raiz indoeuropea andh-, posiblemente sería una divinidad protectora del ganado o de las mujeres, tutelar de la fecundación, en relación con el toro que lleva grabado el ara, símbolo de la vida.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 97.

AVGE

Fontes, Sta. Marta de Penaguião (Tras os Montes). Ded.: Cilea (Ha)emini. Aemini es nombre de lugar, locativo de Aeminium, ciudad estipendiaria citada en el It. Ant. 421, 5. Probablemente diosa de la fecundidad, nombre griego de diosa en Tegea.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 105.

BAELISTO

Angostina (Alava). Ded.: Flavos (Andio)nis Fi(lius). Según Albertos el radical podría salir del indoeuropeo bhel- que significa blanco, brillante, o de bel-, fuerte.

Bibl.: ELORZA, 1967, 126; ALBERTOS, 1970, 157; BLAZQUEZ, 1975c
43.

BANE

Dehesa de Paredes (Sayago, Zamora). Ded.: Coltunatus. Deidad
de carácter desconocido.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 207.

BANDE RAEICO

Ribeira da Pena, Vila Real (Tras os Montes). Ded.: Atlus Rae-
burri Fil(ius). Blázquez lo considera deidad tutelar, de la
raíz indoeuropea bendh-, atar, ligar; no está de acuerdo con
Pokorny, al que cita, que propone la raíz band- con el signi-
ficado de gotear, de ahí que piense en una deidad de tipo a-
cuático. Encarnação recoge diversas opiniones sobre los dio-
ses de tipo band-, cree que es una única divinidad con varios
epítetos de lugar y formas lingüísticas diferenciadas que pue-
den corresponder a variantes dialectales o diversos estados e-
volutivos del lenguaje. Lo considera divinidad de tipo mascu-
lino.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 51; IDEM, 1975c, 43; ENCARNÇÃO, 1975,
126, 140 ss.

BANDVE

Cova da Lua, Braganca (Tras os Montes). Ded.: Cornelius Ocu-

tus. Blázquez lo asimila a Tutela. Encarnação cita otro Cornelius en CIL, II, 4118, y un Oculatus en CIL, II, 5741.- Ver Bande Raeico.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 55; ENCARNÇÃO, 1975, 139.

BANDV VIRVBRICO O BANDVAE ERVBRICO O VERVBRICO (?)

Arcucelos (Orense). Ded.: según Lorenzo-D'Ors-Bouza, Mont(ius?) Mo(n)tanus. Deidad tutelar.-Ver Bande Raeico.

Bibl.: LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 84; BLAZQUEZ, 1975c, 47.

BANDVE VEIGEBREAEGO

Rairiz de Veiga (Orense). Ded.: M(arcus) Silonius Gal(eria) Silanus Sig(nifer) Coh(ortis) I Gall(icae) C(ivium) R(omano-rum). Deidad tutelar.- Ver Bande Raeico.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 60; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 85; BLAZQUEZ, 1975c, 47.

BANDVAE (?)

Rairiz de Veiga (Orense). Tal vez sea falsa o mal leída y confundida con otra; habría que poner en tela de juicio la identidad que de ella se hace con Marte.

Bibl.: LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 87; BLAZQUEZ, 1975c, 45.

BANDVAE CALAIGO

Mixós, Verín (Orense). Ded.: Tere(nti)a Ruf(i)na.- Ver Bande

Raeico.

Bibl.: LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 88; BLAZQUEZ, 1975c, 47.

BANDVE AETOBRIGO

Sarreaus (Orense). Ded.: ...cius Cluti? F(ilius). Onomástica del dedicante muy difícil de recomponer. Para Blázquez el teónimo presenta un étnico sobre un nombre de lugar con la terminación en -briga, el cual figura simplemente como masculino en brigo, conforme a un procedimiento conocido en lengua celta. Deidad de tipo tutelar.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 58; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 86; BLAZQUEZ, 1975c, 47.

BANDV AIANOELICAE AENIRVSAL (?)

Eiras, San Amaro (Orense). Sin dedicante. Asimilable quizás a Tutela.

Bibl.: LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 89.

BANDVSO OLECCO

Palas de Rey(Lugo). Ded.: Sulpicius Sincerus. Según Blázquez su nombre recuerda a la Fons Bandusia. Caracter tutelar.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 61; IDEM, 1975c, 47.

BANIENSIVM, GENIO CIVITATIS

Mesquita, Moncorvo(Tras os Montes). Ded.: Sulp(icius) Basus.

El ara está dedicada a Iovi Optimo Max(imo), es decir, que se considera a esta divinidad romana como paralela o relacionable con la divinidad tutelar de la civitas, en un sentido tribal probablemente.

Bibl.: ENCARNACÃO, 1975, nº 44.

BODO

Villapalos (León). Ded.: Veicius. Blázquez cita que en el nombre del caudillo de los Nervios, Boduognatus, está incluido el nombre de la deidad(César, BG,II,23,4) y también en el nombre Teutoboduus (Flor. I,38,10). Según Albertos la radical bodi- (victoria) procedente del indoeuropeo bhoundhi está atestiguada en lenguas célticas.

Bibl.: CIL,II, 5670; PALOMAR, 1960, 354,425; BLÁZQUEZ, 1962, 208; ALBERTOS, 1966, 58, mapa 1; BLÁZQUEZ, 1975c, 47.

BOIOGENAE

Lara de los Infantes (Burgos). Según Blázquez es un término con dos elementos, el segundo corriente en la onomástica hispana para designar la estirpe o el origen. Para Albertos la raíz Boio- se relaciona con Boii, étnico que aparece en Aquitania, Germania, Panonia y Grecia; cita a Pokorny que lo hace derivar del indoeuropeo bhei(a)- "golpear" y para el étnico da la significación de "los luchadores". Sigue el rastro de una cultura en la línea de los protoceltas de los túmulos.

Quizás pudiera identificarse con un dios de la guerra.

Bibl.: ALBERTOS, 1966, 279; IDEM, 1972, 56 ss.; BLAZQUEZ, 1975c, 47.

BORMANICO

Zaras, Caldas de Vizela (Minho). Dos aras. Ded.: C(aius) Pompeius Gal(eria tribu) Caturonis F(ilius) (Mot?)ugenus Uxamen-
sis; Medamus Camali. Según Blázquez es una deidad acuática, perteneciente al sustrato ligur, tal vez el único dios de este sustrato. Recoge opiniones contrarias al indopeurismo de la palabra. Encarnação lo ve como deidad céltica, acuática, relacionable con Borvo, refleja la opinión de Sarmiento que lo considera un dios curandero por las aguas, de Leite de Vasconcellos que opina es el dios tutelar de las aguas termales de Vizela.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 171; ENCARNACÃO, 1975, 144 ss.

BRIGEACIS, MATRIBUS

Peñalba de Castro (Burgos). Ded.: Laelius P(h)ainus. Adjetivo compuesto de la voz celta briga y el sufijo -ko, epíteto que implica localidad. Posible deidad de la fecundidad y la abundancia.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 129.

BRIGO, A.

Vila Nova de Famalicão (Minho), Museo de Guimarães. Ded.:
Flaus Apili (filius) Valabrigensis. Tovar se inclina a creer
que los Cempsí son los portadores de los nombres en -briga,
poco después del 700 a.C., podía también pensarse en nuevas
oleadas (Sefes, Turones, Nemetes) hacia 650-600 a.C. e inclu-
so después (Belgas). Ptolomeo (II, 6, 40) cita Valobriga. Para
Blázquez es un dios toponímico. Encarnação opina que es una
deidad tutelar.

Bibl.: TOVAR, 1957, 77 ss.; BLÁZQUEZ, 1962, 75; IDEM, 1975c,
48; ENCARNÇÃO, 1975, 151.

CABVNIAEGINO

Monte Cildá. Olleros de Pisuerga (Palencia). Ded.: Según Blá-
quez, (Cl)odi(a)...Ridia(na) pro salute Rautoni S(ervae) Ole-
censium; según Sagredo-Crespo, citando a otros autores, Doi-
der(a) (Ae)tridia(n)a pro salute (D)uratonis fl(lil) Polecen-
sium. Para Blázquez es una deidad de carácter bienhechor(?).
Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 109; IDEM, 1975c, 51; SAGREDO-CRESPO,
1978, nº 24.

CAEPOL...

Tuy (Pontevedra). Ded.: Ti(tus) Claud(ius) Cho(mortis) Bra(ca-
raugustanorum) Aurea(nae). El dedicante es conocido en CIL,
III, 1773. Filgueira-D'Ors interpretan como Caepol...

Conv(entinae) en vez de Caepol.. Conv(entus); Blázquez, siguiendo a estos autores considera, en un principio, que son dos aras distintas.

Bibl.: CIL,II, 5613; FILGUEIRA-D'ORS, 1955, nº 30; BLAZQUEZ, 1962, 67 y 191; IDEM, 1975c, 51.

CAMENIO

Campo, Cacabelos (León). Ded.: Granius Sabinus, sin praenomen, tal vez Leg(atus) Aug(usti).

Bibl.: GARCIA Y BELLIDO, 1966c, 31.

CANDAMIO, IOVI ?

Puerto de Candanedo (?) (León). Según Menéndez Pidal indica pedregal. Blázquez le da carácter solar. Más probablemente se trata del dios de la montaña, del dios de lo alto.- Podría ser un dios absoluto, de la primera función. Posible raíz en Kand- (brillar, arder, resplandecer).

Bibl.: MENENDEZ PIDAL, 1952, 170; BLAZQUEZ, 1962, 87; IDEM, 1975c, 52.

CANDAMO, IOVI DEO

Monte Cildá (Palencia). Ded.: Irmuni(cus) Urrilic(um).

Bibl.: SAGREDO-CRESPO, 1978,24, nº 32.

CANDEBERONIO CAEDVRADIO

Vila Nova de Mares, Braga (Minho). Divinidad de tipo céltico relacionada con berones y galos.

Bibl.: LE ROUX-TRANOY, 1973, 198.

CANDIEDONI, IOVI ?

Galicía(?), relacionable con Candedo y Sierra de Candán en Pontevedra. Ded.: Titus Caesius Rufus Saelonus. Ptolomeo (II, 6, 34) cita Σαίλιον tal vez lugar de procedencia del dedicante. Según Blázquez sería un dios solar.

Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 87.

CARAEDVDI ?

Astorga (León). Ded.: Fronto Reburri F(ilius). Dativo celta en -i. Voz cario o carau: piedra. Según Blázquez es una deidad de carácter toponímico.

Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 76; IDEM, 1975c, 52.

CARIBEFACIS o CARIO(O) DE(O)

Baños de Bande (Orense). Ded.: Flacus Secundus (si se interpreta como Cario Deo. Según Blázquez Caribeflacis es deidad de algún lugar peñascoso. En el caso de leer Cario sería simplemente un sufijo toponímico, dios del lugar.

Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 76; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 97,

CARIOGIEGO, MARTI

Tuy (Pontevedra). Ded.: L(ucius) Hispanius Fronto. Filgueira y D'Ors ponen a esta deidad en relación con el Coaranioniceo de Lisboa (CIL, II, 4991), sufijo repetido en area celta. Blázquez recoge la opinión de Menéndez Pidal que lo considera topónimo de Carioca, hoy Quiroga. En cualquier caso es una divinidad de carácter guerrero, sincretizado, que concuerda con la descripción de Estrabón (III, 3, 7) de un dios guerrero al que inmolaban machos cabríos.

Bibl.: FILGUEIRA-D'ORS, 1955, nº 16; BLÁZQUEZ, 1962, 115.

CARO

Arcos de Valdevez (Minho). Según Blázquez, carus, de tipo celta, es "amado" como en latín. Deidad acuática (?).

Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 209; IDEM, 1975c, 53; ENCARNACÃO, 1975, 156.

CASTAECIS

Lousada, Caldas de Vizela (Minho). Ded.: Reburrinus. Para Blázquez posiblemente se trata del nombre de unas ninfas con base en un topónimo; el sufijo celta -aecus es frecuente en los nombres de divinidades hispanas: Tongoenabiago, Cosoudaviniago, Mentoviaco, etc.. Encarnação rechaza la opinión de Blázquez respecto a las ninfas. Lo considera divinidad típica.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1975c, 54; ENCARNÇÃO, 1975, 157.

CAVLECISAEC(O) 7, DEO DOMINO

Castro Caldelas (Orense). Ded.: V(alerius) Fl(acus). Desaparecida.

Bibl.: LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 96.

CERENAECIS, LARIBVS

Marco de Canavezes (Douro Litoral). Ded.: Niger Proculi F(ilius). Dioses protectores.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 131; ENCARNÇÃO, 1975, nº 60; BERMEJO, 1978, 77 ss.

COHVETENE

Trasparga (Lugo). Sin dedicante. Conventina o Coventina es la ninfa de la fuente saluífera de Procolitia, en Britannia. Su nombre presenta numerosas variantes.

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 22; BLAZQUEZ, 1975c, 55.

CONIVMBRIG(ENSIVM), DIS DEABVSQ(VE)

Numão, Vila Nova de Foz Côa (Tras os Montes). Ded.: Ti(berius) Claudius Sailcius eq(uester) Chor(tis) III Lusitanorum. Dioses protectores de la ciudad natal del dedicante.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 129; ENCARNÇÃO, 1975, 174, nº 39.

CORONO

Cerzedelo, Guimarães (Minho). Ded.: Paternus Flavi. El radical del nombre del dios aparece formando topónimos como Coria, étnicos como los galos Vo-corii, Tri-corii, Petru-corii, y antropónimos. Proviene del indoeuropeo Koros, Korios (guerra, ejército), para Albertos es más frecuente en dialectos indoeuropeos orientales, como el ilirio. Según Tovar no es un nombre indoeuropeo sino cántabro. Blázquez lo cree dios de la guerra puesto que Marte aparece asociado a Corotiacus, con el que tiene cierto parecido. Para Encarnação el carácter de esta divinidad es incierto, e indica que la hipótesis de Blázquez es frágil.

Bibl.: TOVAR, 1949, 295; BLÁZQUEZ, 1962, 116; ALBERTOS, 1966, 97 ss. y 282; BLÁZQUEZ, 1975c, 56; ENCARNACÃO, 1975, 162.

CORV...ABE

Briteiros, Guimarães (Minho). Ded.: Medamus Camali (filius). Según Blázquez divinidad de carácter guerrero o tal vez protectora de la montaña.

Bibl.: CIL, II, 5594; PALOMAR, 1957, 85; BLÁZQUEZ, 1962, 117; IDEM, 1975c, 56; ENCARNACÃO, 1975, 162.

COSIOVI ASCANNO

Villablino (León). Sin dedicante. Según Blázquez es una divinidad de carácter guerrero. Dativo precéltico en -i.

Bibl.: DIEGO, 1959, 232; BLAZQUEZ, 1962, 119; IDEM, 1975c, 57.

(COS)IOVIO TABALIAENO

Grases, Villaviciosa (Asturias). Ded.: Luggoni Arganticaeni.

Blázquez recoge la opinión de Lambrino que lee: (Du)lovio, y lo considera deidad de tipo vegetal.

Bibl.: ALBERTOS, 1965, 138; BLAZQUEZ, 1975c, 57.

COSO

Brandomil (La Coruña). Ded.: M(arcus) Vegetianus Fuscus. Blázquez lo identifica con Marte, relacionándolo con Estrabón (III, 3,7). La raíz del nombre del dios es frecuente en Galicia. Lo mas lo asimila a Ares.

Bibl.: BOUZA-D'ORS, 1949, nº 7; BLAZQUEZ, 1975c, 57; LOMAS, 1975, 254.

COSO VDAVINIAGO

San Martín de Meirás (La Coruña). Ded.: Q(uintus) V(alerius?).

Blázquez piensa que es una divinidad posiblemente asociada a Marte.

Bibl.: CASTILLO-D'ORS, 1960, nº 7; BLAZQUEZ, 1962, 120; IDEM, 1975c, 57.

COSO CALAEVNIO

Sta. Maria de Serantes, Lage (La Coruña). Ded.: P(ublius)

S(ulpicius). Según Blázquez es un dios de la guerra.

Bibl.: CASTILLO-D'ORS, 1960, nº 9; BLÁZQUEZ, 1962, 118; IDEM, 1975c, 57.

COSO OENAEKO

Torres de Nogueira, (La Coruña). Ded.: Clives (o Caves) Nepos.

Blázquez lo considera dios guerrero asociado a Marte.

Bibl.: CASTILLO-D'ORS, 1960, nº 8; BLÁZQUEZ, 1962, 118; IDEM, 1975c, 57.

COSSVE NEDOLEDIO

Noceda del Bierzo (León). Ded.: Pavinus Klasa(?). Relacionable con Marte.

Bibl.: GARCIA Y BELLIDO, 1966a, 138.

COSSVE SEGIDIAECO

Arlanza (León). Según Albertos el radical de la segunda palabra es muy corriente en la onomástica indoeuropea, especialmente en la celtibérica y en la germánica. Deriva del indoeuropeo seghos (victoria).

Bibl.: ALBERTOS, 1966, 201; GARCIA Y BELLIDO, 1966a, 138; BLÁZQUEZ, 1975c, 57.

COSVNEAE

Eiriz, Pasos de Feneira (Douro Litoral). Sin dedicante. Para

Blázquez es un dios guerrero. Encarnação opina que es una inscripción muy dudosa.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 120; ENCARNÇÃO, 1975, 169 y 171.

CRARO

Villablino (León).

Bibl. BLAZQUEZ, 1962, 106; ALBERTOS, 1965, 137.

CROVGINTOVDADIGOE

Mosteiro de Ribeira (Orense). Ded.: Fufonia Sever(a). Según Blázquez es un dios topónimo; Crougin- se puede relacionar con el irlandés cruach, que significa montón, colina. El segundo elemento se relaciona con Toudo-pal-andaigae. En indoeuropeo teuta, colectividad, pueblo, de esta raíz derivaría toutatico.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 77; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 91.

CVHVE(TENE?) BERRALOCEGV

Sta. Cruz de Loyo (Lugo). Ded.: Flavius Valerianus.

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 21.

CVSICELENSIBVS ?, LARIBVS

Couto de Algeriz, Chaves (Tras os Montes). Ded.: Q(uintus)

(Ful)vius Placidi F(ilius) (Fla)vin(us). Lápida desaparecida.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 131; ENCARNÇÃO, 1975, nº 61.

CVSV NENEOECO

Burgães, Sto. Tirso (Douro Litoral). Ded.: Severus. Blázquez lo asimila al dios Marte y lo relaciona con el sufijo -oiko.
Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 127; IDEM, 1975c, 75; ENCARNACÃO, 1975, 164, nº 36.

DAFAI SANCTA(I)

Vila Cha, Esposende (Minho). Sin dedicante. Deidad de función desconocida.
Bibl.: ENCARNACÃO, 1975, nº 37.

DEGANT(IAE?)

Cacabelos (León). Ded.: Flavia Flavi (filia) in honorem Argaelorum. Uxama Argaela se cita en CIL, II, 696 y 2907. Según Blázquez es una divinidad de carácter acuático, en cuyo nombre entra la terminación antia, corriente en ríos y ciudades, la raíz deg- significa cautivar.
Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 77; IDEM, 1975c, 79.

DENSOR ?

Felgar, Moncorvo (Tras os Montes). Ded.: Var(us) C(aii) F(i-lius). Tal vez sea una deidad de la vegetación o de la fecundidad.
Bibl.: ENCARNACÃO, 1975, 174, nº 38.

DERCETIO

San Millán de la Cogolla (Logroño). Ded.: M(arcellus Aurelius). Blázquez lo relaciona con una montaña. El nombre del dios se explica por el indoeuropeo denk, mirar.

Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 88; IDEM, 1975c, 79.

DEVACO CABVRIO

Astorga (León). Sin dedicante. Deidad bienhechora. Procede del indoeuropeo devo-, dios.

Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 113; IDEM, 1975c, 77.

DEVORI, ERMAEI

Outeiro Seco, Chaves (Tras os Montes). Ded.: C. Ceraecius Fuscus, conocido como C. Cereacius C. Fil. Quir. Fuscus Aquiflaviensis, en una inscripción de Tarragona. Según Blázquez Deuori es un apelativo indígena que se puede descomponer en Denu-rix, basándose en los conocidos textos de César (BG, VI, 17) y de Tácito (Germ., X) sobre Mercurio. El segundo elemento está atestiguado en todo el área céltica. Funciona como una divinidad propiciatoria.

Bibl.: ALBERTOS, 1952, 52; BLÁZQUEZ, 1962, 133; IDEM, 1975c, 96; ENCARNACÃO, 1975, 197, nº 51.

DVILLIS

Palencia (dos aras). Ded.: Annius Atreus Caerri Africani

F(ilius) y Cl(audius) Latturus. Según Blázquez parecen ser diosas de la naturaleza, protectoras de la vegetación. En irlandés duille, duillen significa follaje; en indoeuropeo dhal, dhel significan reverdecer y brotar. Podrían también tener un carácter benéfico: du/dwe, dueatus, beatus.

Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 67; IDEM, 1975c, 90.

DVRBEDICO

Ronfe, Guimarães (Minho). Ded.: Celea Clout(i). Para Blázquez Durb- está relacionado con el irlandés drucht, orbayo, o derb, claro, cristalino; -ed es un sufijo celta, -cus es sufijo corriente en celtibérico. Deidad acuática.

Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 174; IDEM, 1975c, 92; ENCARNACÃO, 1975, nº 40.

DVRI

Oporto (Douro Litoral). Ded.: C. Iulius Pylades. Según Blázquez es un ara consagrada al río Duero, tendría raíz en dhen que significa correr, fluir. Es un dativo céltico. Encarnación duda de su carácter votivo por el hecho de que el nominativo de Duri es incierto.

Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 174; IDEM, 1975c, 92; ENCARNACÃO, 1975, nº 41.

EDOVIO

Caldas de Reis (Pontevedra). Ded.: Adalus Cloutai. "El dios que caldea las aguas". Proviene del radical dau, deu, du con el significado de quemar.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 175; IDEM, 1975c, 93.

EPANE

Monte Bernorio (Palencia). Sin dedicante. Blázquez indica la variación de Epona. Santos y Crespo creen que pudiera ser un antropónimo.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1975c, 95; IGLESIAS, 1976, nº 133; SAGREDO-CRESPO, 1978, 42.

EPONE

Lara de los Infantes (Burgos). ¿Diosa de los caballos?.

Bibl.: CIL, II, 5788; LLANOS, 1967, 187 ss.; ELORZA, 1970a, 275.

ERREDICI(S), LARIBVS

San Pedro de Agostem, Chaves (Tras os Montes). Ded.: Servius Rufus.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 138; ENCARNÇÃO, 1975, nº 62.

ERVDINO

Pico Dobra, Torrelavega (Santander). Ded.: Corne(lius) Vicanus

Aunigainu(m) Cesti F(ilius). Para Blázquez proviene de la raíz Rud- frecuente en celta. El sufijo -inus abunda en el vasco.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 211; IDEM, 1975c, 96.

EVEDVTONIV BARGIAECO

Naraval, Tineo(Asturias). Ded.: L(ucius) Ser(vius) Secun(di-nus). Deidad toponímica.

Bibl.: DIEGO, 1959, nº 10; BLAZQUEZ, 1962, 75.

FIDVENEARVM

Eiriz, Pacos de Ferreira (Douro Litoral). Sin dedicante. Para Encarnação tal vez fueran divinidades protectoras del lugar, ninfas benefactoras o propias del linaje. Blázquez sugiere que sean divinidades protectoras de carácter guerrero.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 120; ENCARNÇÃO, 1975, 169, nº 35.

FINDENETICIS, LARIBVS

Seleirós, Chaves (Tras os Montes). Ded.: Albinus Balesini (filius).

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 138; ENCARNÇÃO, 1975, nº 63.

FROVIDA ?

Braga (Minho). Ded.: Maternus Flacci. Según Albertos podría

ser una divinidad fluvial, genio de las aguas y ríos de los alrededores de Braga. Blázquez también la considera diosa a cuática cuyo nombre se relaciona con el indoeuropeo sreu (correr) que aparece en Frudis (río), Frontis de la raíz sruti-s, Cambo-frutis, Canfruth, etc.

Bibl.: ALBERTOS, 1952, 55; BLÁZQUEZ, 1962, 176; IDEM, 1975c, 99; ENCARNÇÃO, 1975, nº 43.

GALLAICIS, MATRIBVS

Peñalba de Castro (Burgos). Ded.: T(itus) Fraternus. Epíteto local, posiblemente tribal.

Bibl.: BLÁZQUEZ, 1962, 130.

HEHELPIS MAGNIS

San Martín de Unx (Navarra). Dos aras.

Bibl.: TARACENA-VAZQUEZ DE PARGA, 1946b, 461.

HELLASE

Miñano Mayor (Alava). Ded.: Según Albertos tal vez fuera Ae-lia Hellice, aunque no es seguro que Hellice forme parte del nombre de la oferente. Para Elorza el nombre de Hellase es completamente desconocido y cree que tiene más raíz griega que indoeuropea.

Bibl.: ALBERTOS, 1970, 158; ELORZA, 1973, 417.

ILVRBERRIXO ANDEREXO

Escugnan, Valle de Arán (Lérida). Sin dedicante. La primera parte del nombre se relaciona con el elemento ildur que se encuentra en nombres personales ibéricos y en la ciudad de Ilduro. Si se emparenta con palabras vascas, como parece que debe hacerse por la zona de aparición del ara, Ilurbarrixus significaría espino nuevo(ilurri, espino, berri, nuevo). La segunda parte del nombre, que Blázquez considera epíteto, es una palabra vasca que, si se admite que el sufijo -xo es diminutivo, significaría mujer joven. Proviene de la raíz indoeuropea andh- . Podría ser una deidad protectora del ganado o de las mujeres.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 68.

IVILIAE

Forua, Guernica (Vizcaya). Ded.: M(arcus) Caecilius Montanus pro salute Fusci filii sui posuit. Aparece también el nombre del artesano que hizo el ara: Rai(us) Quintio, el nombre Rai(us) es conocido en CIL, II, 1129, 3499, 4975, 6247. Iuilliae quizá se puede relacionar con Abeli-on, Abellion, denominación de un manantial de aguas medicinales. En vasco ibilli significa bullir, menearse. Es una deidad de carácter acuático.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 198; IDEM, 1975c, 109.

LACVBEGI

Ujue (Navarra). Ded.: Coeli(us) Tesphoros et Festa et Tele-
sinus. Quizás sea palabra vasca, Lacu significa canal de a-
gua. Dativo céltico. Divinidad de tipo acuático. Podría es-
tar relacionada con Lacobriga.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 176.

LADICO, IOVI

Codos de Larouco (Orense). Ded.: M(arcus) Ulp(ius) Aug(usti)
Lib(ertus) Gracilis. El sufijo -icus es frecuente en toponi-
mia. Divinidad de carácter solar, Ladico tal vez indique lu-
gar o linaje.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 88; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 62
y 63.

LAESV

Torre, Vinhais (Tras os Montes). Ded.: Elanicus Taurinus.
Divinidad castreña, posiblemente guerrero.

Bibl.: ENCARNACÃO, 1975, nº 58.

LAPITEARVM

Panóias (Tras os Montes). Ded.: G(aius) C(aius) Calp(urnius)
Fufinus. Para Encarnação los dioses de las lapidas son de las
lapidas de Tesalia. A pesar de esto, el monumento en cues-
tión, el lago sagrado y el templo donde se quemaban las vic-

timas explica, según Blázquez, recintos análogos en otros lugares.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 180; IDEM, 1975c, 112; ENCARNÇÃO, 1975, 85.

LAQVINIE(N)SI, GENIO

Caldas de Vizela (Minho). Ded.: Flavu(s) Flavini (filius)

Fullo. El dedicante era batanero. Genio de lugar geográfico.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 135; ENCARNÇÃO, 1975, nº 48.

LARI SEFIO ?

Adaufe, Braga (Minho). Ded.: Comes. Posiblemente Lares.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 133; ENCARNÇÃO, 1975, nº 67.

LAROCV

Curral de Vacas, Chaves (Tras os Montes). Ded.: Ama Petili-

(i) filia. Dios toponimo, relacionable con Sierra de Laroco.

Divinidad medicinal de la montaña.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 79; ENCARNÇÃO, 1975, 222, nº 68.

LIV(CI)MA

Comunión (Alava). Sin dedicante. Según Elorza es una divinidad lunar, su nombre en indoeuropeo significa "la blanca", "la luminosa".

Bibl.: ELORZA, 1972b, 364; IDEM, 1973, 415.

LOC(I), G(ENIO) ?

Poza de la Sal (Burgos). Ded.: At(ilius) Fr(aternus). La lectura es dudosa pero, suponiéndola cierta, se podría relacionar con las ideas expresadas en el texto sobre la sacralización del entorno.

Bibl.: SOLANA, 1978, 177.

LOXAE, LOSAE

Dos aras. Arquñariz (Navarra) y Lerate (Navarra). Ded.: Lucretius Proculus y Aemilia Paterna. Divinidad relativa a un topónimo.

Bibl.: TARACENA-VAZQUEZ DE PARGA, 1946b, 456; BLAZQUEZ, 1962, 80.

LVCVBV ARQVIENI(S)

Sinoga, Otero de Rey (Lugo). Ded.: Siloniu(s) Silo. Según Blázquez el radical sería el indoeuropeo leik (brillar). Arquienobo, dativo plural, ofrece un radical muy atestiguado en Hispania, documentado en antropónimos; recoge la opinión de Pokorny que considera como ilirio el radical arkuus (curva). Lucoubu, lugubo y lugonibus son tres formas en dativo plural de los Lugones de Galia.

Bibl.: MARTINEZ SALAZAR, 1910, 349; VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS; 1954, nº 18; BLAZQUEZ, 1975c, 117.

LVCVBO ARQVIENOBO

San Martín de Liliarán, Sober (Lugo). Ded.: C(aius) Julius Hispanus.

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 19.

(LVCV)BV ARQVIENIS

San Vicente de Castillones, Monforte (Lugo). Divinidad supuestamente igual a las anteriores.

LVPIANIS, NIMPHIS

Tagilde, Guimarães (Minho). Ded.: Antonia Rufina. La raíz Lup- es un hidrónimo.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 177; ENCARNÇÃO, 1975, nº 69.

MACARI o MA(RTI) CARI(OCIEGO)

Lisouros, Paredes de Cura (Minho). Ded.: Frontonianus Frontonis (filius). Según Encarnação la lectura correcta del nombre del dios es Macari(o). Para Blázquez es un dios naturalista, protector, tal vez, de los vegetales; cita a Holder que explica mager por un primitivo makaros del que Macarius sería un derivado.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 70; ENCARNÇÃO, 1975, nº 71.

MANDICAE

Ponferrada (León). Ded.: L(ucius) Pompeius Paternu(s). Divi-

nidad asimilada a Tutela. La raíz Mand- significa agitar.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 61.

MARINIS, LARIBVS

Oporto (Douro Litoral). Ded.: Ulpus Flav(u)s.

Bibl.: LE ROUX-TRANOY, 1973, 205, nº 15.

MARI(NIS), NIM(PHIS)

San Miguel de Cavedo (Orense). Ded.: Acilius? Catulus? Astu-
ricae Augustae.

Bibl.: LORENZO-D^oORS-BOUZA, 1968, nº 78.

MENTOVIACO

Villalcampo (Zamora). Ded.: Caris...ofono...?. Blázquez cita
la raíz mantelon (camino). Divinidad protectora de los cami-
nos.

Bibl.: TOVAR, 1949, 109; DIEGO, 1954, 466; BLAZQUEZ, 1962,
107; IDEM, 1975c, 125.

MENT(O)VIACO

Zamora. Ded.: M(arcus) Atilius Silonis F(ilius) Quir(inalis)
Silo.

Bibl.: GOMEZ MORENO, 1927, II, 41, nº 99; BLAZQUEZ, 1962, 108.

MIROBIEO

Tarouquela, Sinfaes (Douro Litoral). Ded.: Abrui Arquí (filius?) ...apiobicesis. Encarnação duda del carácter votivo de esta lápida.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 81; ENCARNAÇÃO, 1975, nº 75.

MOCION(I?)

Limia (Orense), Ded.: Iulia Praenia. Según Blázquez tal vez sea una divinidad solar.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 93; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 144.

MOELIO MORDONIECO

Cornoces (Orense). Ded.: Caecilius Fuscus Miles Legionis VII.

Bibl.: LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 92.

MVNIDI...

Chaves (Tras os Montes). Ded.: de difícil lectura. Numen tutelar.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 83; ENCARNAÇÃO, 1975, 77.

NABIAE

Braga (Minho), Monte Baltar (Douro Litoral). Ded.: Rufina y Caturio Pintam(i) respectivamente. Leite de Vasconcellos señala el carácter acuático de la diosa. Blázquez la identifica con el río Navia.

Bibl.: VASCONCELLOS, 1915, 277; BLAZQUEZ, 1962, 178; ALBERTOS: 1964, 231; IDEM, 1965, 118; BLAZQUEZ, 1975c, 131; ENCARNÇÃO, 1975, nº 78, 79.

NABIAE

Nocelo da Pena (Orense). De lectura dudosa.

Bibl.: LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 80.

NABIAE CORONAE

Marecos, Peñafiel (Douro Litoral). Ded.: Victorino Marii F(ilio) Marcoelino Lucretio. Según Blázquez el epíteto es el nombre de otro dios. Epítetos con significación étnica están atestiguados en el Conventus Lucensis, como Navia Sesmaca y Navia Arconunieca. El epíteto podría indicar que Nabia desempeña el papel de paredra de Corono, traducción indígena de Marte, a la vez dios guerrero y protector de la naturaleza.

Bibl.: LE ROUX-TRANOY, 1974, 252; BLAZQUEZ, 1975c, 131; ENCARNÇÃO, 1975, nº 81.

(N)ABIAE ELAESVRRRAEC(AE?)

Castro Caldelas (Orense). Sin dedicante. Blázquez relaciona el adjetivo con la raíz el-, que designa colores. El radical es frecuente en onomástica celtibérica y asturiana. Divinidad acuática.

Bibl.: LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 81; BLAZQUEZ, 1975c, 131.

NAVIAE ARCONVNIECA(E)

San Mamed de Lousada, Guntín (Lugo). Ded.: Maximus. Según Blázquez el epíteto tiene el mismo radical que el teónimo Arco.

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 6; BLAZQUEZ, 1962, 180; ALBERTOS, 1966, 224; BLAZQUEZ, 1975c, 131.

NAVIAE SESMACAE

Puebla de Trives (Orense). Ded.: Ancetolu(s) Auri(ensis). Sesmacae puede ser el epíteto o la gens a la que pertenecía el dedicante.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 179; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 82 y 83.

NAVIE

San Martín de Montedemeda (Lugo). Sin dedicante.

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 7; BLAZQUEZ, 1962, 179.

NENEOECO

Santo Tirso (Douro Litoral), dos aras. Ded.: Severus y Severu(s) (S)aturnini F(ilius). Nine aparece como topónimo prerro

mano. El dios de Nine es Cosus .

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 122; ENCARNAÇÃO, 1975, 164, nº 83.

NIMMEDO SEDDIAGO

Ujo, Mieres(Asturias). Ded.: G(aius) Sulpicius Africanus.

Según Blázquez el radical de la segunda palabra es el indoeuropeo sed (sentarse, estar sentado). Divinidad de carácter desconocido.

Bibl.: DIEGO, 1959, nº 9; BLAZQUEZ, 1962, 213; ALBERTOS, 1966, 201; BLAZQUEZ, 1975c, 132.

NVMINI

Palencia. Sin dedicante. Son deidades no bien determinadas.

Bibl.: SAGREDO-CRESPO, 1978, nº 68.

OBIONE

Estallo, Valle de San Millán (Logroño). Teónimo sobre topónimo.

Bibl.: CIL,II, 5808; FITA, 1907, 310; BLAZQUEZ, 1975c, 135.

OCAERE

San João do Campo, Braga (Minho). Ded.: Anicius Arqui F(ilius).

Deidad de carácter desconocido.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 214; ENCARNAÇÃO, 1975, nº 86.

PARALIOMEGO, IANO?

Lugo. Ded.: Caelius Rufinus. Asimilado a Jano.

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 12; BLAZQUEZ, 1962, 139.

PARAMAECO

Lugo. Según Albertos " estos teónimos son una prueba más de la difusión de la voz primitiva paramus, meseta, no celta pero tampoco ibérica como muchas veces se ha dicho erróneamente".

Bibl.: ALBERTOS, 1965, 137-8; ARES, 1967-8, 105.

PARAMAECO, IANO?

Lugo. Ded.: Según lectura de Ares, Aidi Pothinus et Prud(en-
tius?).

Bibl.: ARES, 1965, 10.

PARAMECO

El Collado, Rioja (Asturias).

Bibl.: MANZANARES, 1959, 75.

PEREMVSTAE

Eslava (Navarra). Ded.: Araca Marcella. Deidad de la naturaleza, de las alturas. Parece ser un compuesto cuyo segundo e lemento sería un tema verbal. Estos compuestos aparecen en

el indoeuropeo más antiguo.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 214; IDEM, 1975c, 137.

P(EREMVSTAE), D(EO) M(AGNO)

Rocaforte (Navarra). Idem anterior.

REGONI

Lugo. Sin dedicante. Radical indoeuropeo reg- (poner derecho).

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 17; BLAZQUEZ, 1962, 23; IDEM, 1975c, 141.

REVE

Mosteiro de Ribeira (Orense). Ded.: Peregrinus Apri F(ilius).

Tal vez sea una deida acuática.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 185; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 93.

REVE RADAVCVA?

Baltar (Orense). Dificil lectura.

Bibl.: LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 94.

SALVS VMERITANA

Otañes (Vizcaya).

SANDAO VIMVMEVRO

Arceniega (Alava). Ded.: Sand(u)s.

Bibl.: ELORZA, 1967, 129, nº 12.

SELAISE

Barbarín (Navarra). Ded.: I(ulius) Germanus, Asclepius Paternus y Sempronius Betunus. Toponímico.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 84 ss.

SENAICO

Braga (Minho). Ded.: Arquius Cantabr(i). Del indoeuropeo sen(a)-, viejo, de origen celta.

Bibl.: LE ROUX-TRANOY, 1973, 199, nº 11; BLAZQUEZ, 1975c, 167.

SILON(IANIS?), NIMPHIS

Alongos (Orense). Ded.: lectura dudosa. Según Blázquez el adjetivo silonianis vendría de un antropónimo, o del teónimo del Sil, Silo.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 189; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 77.

SVLEH(h=n?) SANTV GAICIS

Padrenda (Orense). Ded.: Flavinus Flavi. Según Albertos, del radical indoeuropeo sul (sol).

Bibl.: ALBERTOS, 1966, 213; LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 98; BLAZQUEZ, 1975c, 169.

TAMEOBRIGO

Varzea do Douro, Marco de Canavezes (Douro Litoral). Ded.: Potitus Cumeli. Divinidad de tipo acuático. El río Tâmega divinizado al estilo celta, capaz de tomar bajo su protección a los difuntos. Compuesto de la terminación -briga.
Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 190; IDEM, 1975c, 171; ENCARNÇÃO, 1975, nº 98.

TARMVCENBAECIS CECEAEICIS, LARIBVS

Granginha, Chaves (Tras os Mõntes). Ded.: Encarnação lee: (L)aelius ? Ravu(s) ?. Según Blázquez el adjetivo parece un topónimo, a base del antropónimo celta tarvos que entra a formar parte de nombres de ciudades. El segundo adjetivo lleva -aecus, corriente en la Península Ibérica. Cita otra ara en Galicia (CIL, II, 2597) que Marcus Saeturi dedica a Diis Cocealgis. Le Roux-Tranoy leen el nombre del dedicante F(ublius) Aelius Flavu(s).
Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 130; LE ROUX-TRANOY, 1973, 207; ENCARNÇÃO, 1975, 218, nº 65.

TENDEITERIS, MATRIBVS

Burgos. Ded.: Felix Priscaae. Matres y epíteto local.
Bibl.: ALBERTOS, 1972c, 58; ABASOLO, 1974a, 33; IDEM, 1974b, 31.

TI AVRANCEAICO, GENIO

Estoraos, Ponte de Lima(Minho). Ded.: Camala Arqui F(ilia)

Talabrigensis. Talabriga es citada por Apiano, Ib, 73,75.

Tal vez sea el dios del oppidum, del clan o el dios de "lo alto". El sufijo es -nk-.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 135; IDEM, 1975c, 102; ENCARNACÃO, 1975, nº 49.

TILENO, MARTI

Quintana del Marco (León). Es una placa de plata. Dios de la guerra asociado a dios de la montaña. Da la impresión de no función indoeuropea.

Bibl.: GOMEZ MORENO, 1925, 65; BLAZQUEZ, 1962, 126.

TILLENO

Viloria (Orense). Función como el anterior.

Bibl.: ACUÑA-CAVADA, 1971, 267; ALBERTOS, 1974a, 147 ss.

TONGO, HERCVLI?

Soandres (La Comña). Sin dedicante. Bouza-D'Ors lo asocian a Hércules y Júpiter.

Bibl.: BOUZA-D'ORS, 1949, nº 4.

(T)ONGOBRICENSIVM, GENIO

Marco de Canaveses (Douro Litoral). Ded.: (Fl)avius. Los Ton-

gobricenses están citados en CIL, II, 743. Blázquez cita a Michelena que explica los antropónimos en Tans-, Tang-, Tonc-, Tong- por el céltico tek (unirse). Quizás numen del linaje.
Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 135; IDEM, 1975c, 102; ENCARNACÃO, 1975, 195, nº 59.

TONGOE NABIAGO

Braga (Minho). Ded.: Celicus Fronto Arcobrigensis. Encarnacão
duda de que Tongoe sea teónimo. Blázquez interpreta "Nabia
por el que se jura". El primer elemento es el radical tong-
tenk-.
Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 194; IDEM, 1975c, 173; ENCARNACÃO, 1975,
286, nº 100.

TVERAEO

Vila de Feira (Douro Litoral). Ded.: Arcius Epeici Bracarus.
Podría relacionarse con la función de Banda Velugus Toiraecus.
Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 216; ENCARNACÃO, 1975, 291, nº 102.

TVLLONIO

Alegría (Alava). Ded.: S(empronius) Sever(us). Nombre del dios
de tipo toponímico. Según Blázquez alude a la situación geográfica
del centro de culto. La raíz tulc significa protuberancia
(monte).
Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 85; IDEM, 1975c, 176.

TVRIACO

Santo Tirso (Douro Litoral). Ded.: L(ucius) Valerius Silv-
nus miles Leg(ionis) VI Vict(ricis). Posiblemente es una di-
vinidad de tipo acuático, según Blázquez. El nombre está for-
mado por el sufijo -acus y el radical indoeuropeo teu- (hin-
charse). Antropónimos no latinos que empiezan por Tur- se en-
cuentran por toda la Península Ibérica, menos en Galicia.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 196; IDEM, 1975c, 176; ENCARNACÃO,
1975, 293.

TVTELAE TIRIENSI

Torre de Pinhão, Sabrosa (Tras os Montes). Ded.: Pompei (fi-
lius) Clitus Corinthu(s) Calvinus. Deidad asimilada a Tutela
con el étnico o toponímico Tiriensi.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 63; ENCARNACÃO, 1975, 294, nº 104.

TVTELAE BOLGENSI

Cacabelos (León). Ded.: Claudius Capito. Deidad asimilada a
Tutela. El adjetivo parece estar formado sobre el nombre de
los belgae.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 63; IDEM, 1975c, 177.

VSEIS, MATRIBVS

Laguardia (Alava). Ded.: Pom(peia) (F)rimitiva. Quizás sea un
numen de tipo benéfico.

Bibl.: ELORZA, 1967, 160, nº 76.

VACODONNAEGO

La Milla del Río (León). Ded.: Res P(ublica) Ast(urica)
Aug(usta) per Mag(istratos) G(avium) Pacatum et Fl(avium)
Poculum. El sufijo del nombre del dios es -aegus; el primer
elemento aparece en Vacocaburius, el segundo se puede rela-
cionar con el irlandés donn (moreno), con el galo donno y
con el roncalés dundu que señala un carácter infernal al
dios.

Bibl.: BLAZQUEZ, 1962, 164.

VALMVI?

Maia (Douro Litoral). Ded.: C(aius) S(empronius vel ulpi-
cius?) F(lavus vel ronto?).

Bibl.: LE ROUX-TRANOY, 1973, 214.

VARNAE

Cabriana (Alava). Ded.: Anto(ni)us Flavos Neviensi(s). La
formación del sufijo -na sobre el radical Var- es típica de
hidrónimos. En indoeuropeo vari significa agua. Blázquez ci-
ta otra lápida dedicada a esta divinidad en Miranda (Burgos)

Bibl.: ELORZA, 1967, nº 19; BLAZQUEZ, 1975c, 181.

VERORE

Lugo. Ded.: Rufus M(arci) F(ilius). El radical deriva del in doeuropeo ueros, verdadero.

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 13; BLAZQUEZ, 1975c, 182.

VERORE

Lugo. Ded.: Po(terna?) Primi (uxor).

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 14.

VER(ORE)

Lugo. Sin dedicante.

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 16.

VEROR(E)?

Castro Liboreiro Corro (Pontevedra). Sin dedicante.

Bibl.: FILGUEIRA-D'ORS, 1955, nº 29.

VERORE?

Verín (Orense). Sin dedicante. Dudosa.

Bibl.: LORENZO-D'ORS-BOUZA, 1968, nº 106.

VESTIO ALONIECO

Lourizán (Pontevedra). Dos aras. Ded.: Severa; la segunda sin dedicante. El radical uest- entra en la formación de to-

pónimos y nombres propios como Vestiniacum. Aloniecus alude a la gentilidad. El teónimo lleva un radical celta con una denominación geográfica como es frecuente en el NO.

Bibl.: FILGUEIRA-D'ORS, 1955, nº 27 y 28; BLAZQUEZ, 1975c, 181.

VESTIO ALONIECO

Lugo.

Bibl.: D'ORS, 1960a, 143.

VIBONI

Cova da Lua, Braganca (Tras os Montes). Ded.: (Fla)cus. Ara muy dudosa.

Bibl.: ENCARNACÃO, 1975, nº 106.

VIRRORE VILLAEGO

Lugo. Ded.: Attanius Paternus.

Bibl.: VAZQUEZ SACO-VAZQUEZ SEIJAS, 1954, nº 15.

VISVGI

Agoncillo (Logroño).

VVROVIVS

Barcina de los Montes (Burgos). Cuatro aras. Ded.: L. Cassius Flaccus, Sulpicius Maternus Latturi F(ilius), (T)urarius Ebu-

357-

renius Cala(e)ti F(ilius), Sulpicius Proculi F(ilius). El
hecho de ser varias aras podría implicar un santuario.

Bilb.: MONTENEGRO-SOLANA-SAGREDO-LAZARO, 1975, 345 ss.; ABA-
SOLO-ALBERTOS, 1976b, 373 ss.; ALBERTOS, 1977c, 61-64; SOLA-
NA, 1978, 175.

ooOoo

V I

CONCLUSIONES

Para poder valorar el contacto de las dos culturas, a través de los elementos que se han ido exponiendo a lo largo de las páginas precedentes, es necesario recordar el problema que se planteaba en el capítulo 1, es decir, el concepto de romanización.

Parte del planteamiento de este trabajo reside en tratar de distinguir claramente aquello que evidencia la presencia de romanos, en el sentido pleno de la palabra, ejército, administradores, legados, procuradores, colonos, etc., y analizarlo prescindiendo de esa documentación que sólo "habla" de objetos de cultura material, cuya valoración como "romanización" es simplemente una forma excesivamente optimista de considerar su presencia.

Sin embargo, como se ha señalado en el capítulo III, en muchos trabajos que analizan la simple presencia de material se acude al uso del término "romanización" sin tener en cuenta para nada su posible significado de proceso cultural. Así pues, y prescindiendo de una catalogación, tan prolija como inútil, de materiales aislados, se llega, por reducción, al análisis de que el proceso cultural del contacto romano-indígena sólo puede ser evidenciado a través de los dos conceptos, tantas veces repetidos, difusión y aculturación.

Indicado ya el carácter más profundo, como fenómeno cultural, del segundo de estos conceptos, interesa ahora realizar algunas precisiones. ¿Donde pudo darse este fenómeno, y que evidencia arqueológica hubiera dejado? Evidentemente, allí donde se diera una simbiosis,

una vida en común de lo romano y lo indígena. Ese lugar de contacto profundo sólo puede ser el municipio romano y, en su defecto, aquellos núcleos de población donde la presencia de autoridades romanas o aristocracias urbanas pudieran encontrarse en contacto con personas procedentes del ámbito indígena.

Se ha señalado en el capítulo III la poca consistencia del proceso urbanizador, que en la realidad fue una mera implantación militar, dado que no pueden tomarse con mucha veracidad ni los datos de Plinio ni los de Ptolomeo como evidencia de las intenciones romanas de establecer a la población indígena en urbes propiamente dichas. Idea que, como se sabe, ya se puede constatar desde la época de Augusto (1). Es cierto que algunos núcleos dan pruebas de una cierta afinidad con "lo romano" (2), pero también es cierto que muchos establecimientos prerromanos, sobre todo en la zona NO., se convierten de nuevo en zonas habitadas, tras los años difíciles de la crisis, y que otra buena parte de ellos sólo observarán presencia de materiales romanos en el Bajo Imperio (3).

Todo ello lleva a considerar que ese proceso de aculturación no tuvo las condiciones básicas para producirse, y que, si bien, se puede aceptar que se dió en algunos de los núcleos urbanos conocidos, hay que pensar que su trascendencia fue mínima en el proceso general de contacto con las sociedades tribales del Norte Peninsular.

Del otro proceso de contacto, la difusión, de menor trascendencia y, por lo tanto, con mayores posibilidades de frecuencia, existen toda una serie de pruebas, de evidencias arqueológicas, cuyo representante más cualificado es el material epigráfico, concretamente, las estelas decoradas.

La presencia de este material es de indudable importancia para comprender el fenómeno de la difusión cultural entre el elemento indígena. Frecuentemente se aduce que son un signo evidente de latinización, y sin negar la posible existencia de ciertos contingentes que hablaran latín, hay que plantearse antes quiénes pudieron ser los personajes que mandaron construir estas estelas funerarias. El conocimiento y uso de la escritura latina es evidente que sería muy restringido y estaría circunscrito al elemento militar y a aquellos jefes locales que estuvieran en contacto con las autoridades romanas y que, como se sabe, Roma utilizó profusamente. Estos personajes pudieron, con mayor probabilidad, conocer y utilizar el elemento epigráfico. Ellos, y un reducido entorno, serían, por lo tanto, en principio, los que implantarían la moda de su uso. Tiene lugar aquí, además, un fenómeno de interesante constatación; se han citado ya los llamados bienes de lujo o prestigio, frecuentes en toda sociedad tribal, pero Roma había privado a los indígenas, por lo menos en la zona NO., del material más importante para la fabricación de esos torques y joyas de la orfebrería castreña. La estela funeraria puede substituir, en cierto modo, como elemento nuevo tomado prestado, las prerrogativas ceremoniales, funerarias, que, por progresiva difusión, fueron alcanzando a diversos miembros de las comunidades indígenas, convirtiéndose así en un

objeto exótico, testimonio del grado de importancia, dentro de los grupos indígenas, de algunos de sus elementos (4). Del análisis estilístico de las estelas decoradas se han planteado provincias artísticas -García y Bellido-, tipologías epigráficas -Navascués-, etc., que expresan, simplemente, una realidad, por otra parte difícil de observar de otra manera, y es la existencia de unos principios ornamentales propios de núcleos y artesanos determinados -Elorza-.

Constatar la escasez de ciudades propiamente dichas, y por tanto de municipios, es, sin embargo, negar un hecho evidente: el desarrollo histórico de las sociedades indígenas las llevaba, inexorablemente, a la fijación de los linajes en lugares determinados, pequeños núcleos en los que no se puede verificar presencia romana, pero a los que sí llegaban, a través de relaciones comerciales, esos objetos producto de la civilización romana. Y este desarrollo es, sin duda, prueba de la difusión de la idea de ciudad que podía esperarse del contacto con Roma. Aquí hay que admitir que con la progresiva fijación de los grupos indígenas, se daban las condiciones para una transformación de sus instituciones sociales, pero, teniendo en cuenta que esta fijación lo sería en pequeños núcleos, frecuentemente de habitat disperso, a los que no se puede dar el apelativo de urbe, y que, en todo caso, no se desarrollarán hasta la Alta Edad Media (5); se puede añadir, que el fenómeno se dará con más fuerza al sur de la Cordillera Cantábrica y en el Valle del Ebro, permaneciendo las laderas norte de las montañas y la zona más septentrional en un nivel menos desarrollado. A este hecho hay que sumar el desarrollo de los puntos de intercambio -los fora- que, como indica

Plázquez, pudieron transformarse con el pas. del tiempo en pequeños núcleos urbanos, los vici.

Por lo que respecta a la propiedad rural, su desigual distribución no implica una desigual difusión de la cultura romana, sino, simplemente, un problema ecológico. Su trascendencia es más cualitativa que cuantitativa, pues la existencia de un propietario privado contrasta, drásticamente, con el tipo de propiedad de la sociedad indígena.

¿En qué medida puede pensarse que los distintos tipos de propiedad, producto de la implantación romana, afectaron a la estructura económico-social de la sociedad indígena? Para poder contestar a esta pregunta es necesario plantearse antes dos cuestiones fundamentales: a) los mecanismos del proceso interno de transformación de la sociedad indígena, b) las circunstancias históricas en que se desenvuelve el proceso de contacto.

Por lo que hace al apartado primero, hay que partir del hecho de que Roma no interfirió por igual, ni entados los Pueblos del Norte, ni entados los niveles de la sociedad indígena. La forma concreta en que se produjeran las injerencias no pueden conocerse en su totalidad, pero sí puede intuirse cuál fue el camino por el que se produjeron los procesos de cambio. El sistema seguido por los romanos permitió a los jefes de las comunidades indígenas, bien fueran locales, tribales o de clan, mantener el contacto con el elemento colonizador e, incluso, convertir este contacto en un privilegio, cara a los miembros de la sociedad tribal.

Los dos rasgos característicos de la sociedad indígena, a saber, las relaciones de parentesco y la propiedad comunal, sin duda, fueron interferidas en grados muy diferentes.

El proceso de destrucción de la propiedad comunal no terminará hasta dentro de siglos, pero su comienzo viene marcado por la mera presencia de una sociedad, la romana, en la que existe un tipo de propiedad diferente. La difusión de los elementos de su cultura tendrá, pues, parte fundamental en la toma de conciencia de esa realidad diferente, que el indígena contempla por primera vez, y de la que, además, no podría, en un principio, hacerse una idea cabal. El hecho de que se modificaran las condiciones de su pertenencia al grupo de parentesco - ya que la propiedad de la tierra corresponde al grupo- tendría, por lo tanto, una trascendencia fundamental en su existencia, pudiendo producir incluso su desenraizamiento de la comunidad de parentesco.

En lo que Roma afectó meno directamente fue en ese elemento tan importante que son las relaciones de parentesco.

Es evidente, sin embargo, que, aunque no fueron interferidas directamente, podían serlo a través de la perturbación de cualquier otra de las condiciones económicas y sociales en que se desenvolvía la vida indígena. Como indica Godelier (6) el desarrollo o la evolución hacia nuevas formas de organización política se reduce a conocer en qué condiciones las relaciones de parentesco cesan de desempeñar el papel dominante. Cuando en el seno de la sociedad se dan nuevas formas de producción

se ven modificados otros elementos como la residencia, el factor demográfico, etc., y son necesarias nuevas relaciones sociales y nuevas formas de autoridad. Estas nuevas condiciones sociales exigen unas relaciones de parentesco nuevas, o su sustitución por unas relaciones sociales que desempeñarán el papel dominante, creando nuevas funciones. La sociedad, entonces, ha cambiado de estadio.

Pero si lo que se ve perturbado no es la producción, sino el estatuto de la propiedad de la tierra, la formación evoluciona integrando la perturbación, para que no dañe al conjunto de la sociedad. Esa adaptación no sustituye las relaciones de parentesco por relaciones sociales, pero sí puede transformarlas en la medida de adaptar una nueva situación, tributaria y de dependencia hacia esos personajes, primero los colonizadores, después los señores feudales, que pueden permitir el uso de la tierra en condiciones aparentemente iguales, pero que internamente son drásticamente diferentes. Se potencian así los factores de dependencia. Los grupos indígenas tienen que adaptarse ante la nueva situación, situación que no les lleva hacia la falta de identidad ni a la destrucción (7). Muchos de estos pueblos, sobre todo los que se encontraban al Norte de la Cornisa Cantábrica, no parece que transformaran, en gran medida, sus modos de vida. Sin embargo, el historiador sabe que el camino llevaba a todos los pueblos hacia la misma meta, pero también sabe que las condiciones no fueron iguales para todos y que, por eso mismo, las formas culturales fueron diversas en el seno de la propia Península Ibérica, en cualquiera de sus periodos históricos.

En este punto medio, en esta adaptación a las nuevas circunstancias, surge una cuestión que ha sido puesta de relieve repetidas veces: el renacimiento de lo celta, aunque se podría hablar más generalmente de lo indígena. Este hecho puede evidenciarse a través del análisis de las estelas decoradas. El renacer del indigenismo se pone en relación con la crisis del momento y la debilidad de Roma y, sin pretender minusvalorar esta debilidad, hay que considerar que las muestras de arte indígena sobre el vehículo, el objeto romano que es la estela, representa el proceso de adaptación del objeto a un arte indígena, y para que se produjese este fenómeno era necesario un tiempo suficientemente largo bien que coincidiera con la crisis de la romanidad.

Otro factor que hay que tener en cuenta radica, también, en una perturbación de la estructura socio-económico indígena, y sus resultados llevan a un mayor grado de complejidad y, por lo tanto, a avanzar un cierto número de grados en la evolución social. Se trata del lento incremento de la producción, que pudo ser provocado por dos hechos fundamentales, la imposición tributaria llevada a cabo por los romanos y la crisis, con todas sus secuelas de revuelta social que se traduciría en una escasez e intranquilidad manifiesta. Ante una situación de este tipo, la sociedad reacciona aumentando su productividad, siempre en paralelo con un aumento demográfico. Se desconoce la forma concreta en que se llevaría a cabo la recaudación tributaria, lógicamente fundada en la entrega en especie, dado que la moneda, ya se ha visto, no puede pensarse que tuviera un auge considerable hasta el Bajo Imperio. Pero

aunque no se conozca, es evidente que Roma explotó los productos de las tierras del Norte, sus caballos por ejemplo, que gozaron de fama, el margen de la extracción minera.

El hecho de que la producción viniera a incrementarse como respuesta a los impuestos romanos, colocaría a la sociedad indígena en la vía de aumento de las fuerzas productivas y en la posibilidad de crear un excedente, que, por lógica, de las relaciones de parentesco, recaería, de nuevo, en los jefes y familias representantes del poder tribal. El excedente, la complejidad social, conllevan la división del trabajo y son motivo de un desarrollo mayor.

A los elementos de desigualdad, ya presentes en algunos sectores de los Pueblos del Norte, vienen ahora a sumarseles un conjunto de factores que aumentan esas distancias que antes sólo venían señaladas por rango o jerarquía. Se inicia, por lo tanto, el camino hacia la desigualdad hereditaria (8). Esos jefes tribales que han visto mejorarse sus condiciones de prestigio, sus prerrogativas estratégicas en el seno de su comunidad, están ya a un paso de representar el papel de las aristocracias tribales celtas que, en la Irlanda del siglo VIII, se apropiaron de las tierras comunales de los que antes fueron meros administradores como jefes de los clanes. Este proceso de apropiación de la tierra puede constatarse en la organización medieval de la propiedad privada y la propiedad eclesiástica que se apoyaba en los viejos vínculos de la comunidad de aldea. No cabe duda de que aún se está muy lejos de que

esos hechos tengan lugar, pero lo que resulta indiscutible es que la presencia de Roma hizo entrar en la Historia, en el Desarrollo Social y Político a las comunidades indígenas, que se convertirían así, con el correr del tiempo, en sociedades campesinas, inmersas en un sistema tributario feudal (9), cuyas premisas parten de finales del Alto Imperio.

Ahora bien, en este desarrollo interno, ¿se puede pensar que influyeran las condiciones generales de crisis y de revuelta social del Imperio, durante el siglo III, en general, y de la Hispania Romana en particular?

No se está en situación de dar una respuesta categórica a esta pregunta. En el estado de los conocimientos actuales, se puede decir que se intuye, pero es de difícil constatación en lo que respecta al Norte Peninsular.

La crisis social del siglo III es más el resultado de un largo proceso que una situación crítica nacida espontáneamente (10), de la que los gobernantes no tuvieron una conciencia clara dado que sus soluciones fueron accidentales, sin institucionalizarlas (11); no podía esperarse, tampoco, una respuesta planificada al estilo de la política económica de los Estados modernos (12), por lo que los años de la crisis fueron los de una larga enfermedad que se cura cuando el organismo recupera sus defensas naturales (13).

Dado que el aspecto más importante de los años aciagos fue una crisis de la propia sociedad romana, es de esperar que sus repercusiones tuvieran lugar allí donde estuviera presente esta sociedad, allí donde la implantación fuera un hecho real y no una presencia nominal, pero desde este punto de vista habría que concluir que entre los Pueblos del Norte, dado que no se puede constatar una implantación mayoritaria, la crisis no debió de afectar. Y ello porque el más importante de los factores vino señalado por una crisis de las aristocracias municipales, como ha señalado acertadamente María Luisa Sánchez León para la Lética (14), y en el Norte la urbanización no tiene un significado de gran relieve.

Pero esto no corresponde con la situación de desequilibrio que parece vivir la zona septentrional y que ha sido estudiada por diversos autores, y a la que hacen incluso referencia las fuentes. Paso de las bandas de Materno (15) en 186, citadas por Herodiano (16), revueltas en Lusitania (17) que Eláquez piensa que estarían provocadas por la dureza de las levas y la recaudación de impuestos (18). La mayor parte de los investigadores, desde Rostovtzeff, están de acuerdo en afirmar el agotamiento de las provincias por la dureza de la presión fiscal romana (19).

Vigil y Barbero piensan que los primeros síntomas de intranquilidad aparecen con las invasiones de Materno a finales del siglo II (20) y que un clima de inseguridad viene a sustituir el largo periodo de

ocupación pacífica -o casi pacífica por lo que respecta al Norte- de los dos primeros siglos del Imperio. Esta intranquilidad pudo suponer una respuesta a la esquilación provocada por los romanos, pero también pudo significar la existencia de grupos desarraigados de la organización tribal de parentesco, a causa de una rotura de ésta en razón de una progresiva presencia de propiedad privada. Lo que no puede conjeturarse es la proporción en que estos hechos pudieran darse, pero no hay que olvidar que a todo este clima de inseguridades vino a sumarse el problema de las invasiones germánicas. No es caso de entrar en la discusión de si las oleadas fueron dos o una, la mayoría de los investigadores están en la idea de una sola (21), pero lo que tiene un verdadero significado es el texto de Orosio sobre el hecho de que los invasores se mantuvieron durante doce años en la Península (22). Ante tal afirmación cabe preguntarse qué representaba la presencia de la Legio VII Gemina en el Norte. ¿Estaban ya sus soldados convertidos en meros campesinos? o, simplemente, ¿la legión no era en ese momento una realidad física? Sea cuál sea la respuesta a estas preguntas, lo único que cabe afirmar es que el siglo III significa un corte drástico hecho a la Historia del Imperio. La Península Ibérica, al igual que el resto del Imperio, no se sustrajo, en mayor o menor medida, del marasmo general.

Los resultados son significativos, si se unen las causas naturales como las pestes de la época de Marco Aurelio, que debieron de reducir la población en un tercio por lo menos. La crisis de los municipios intensificó la presencia y potenciación de la propiedad privada en la zona rural, lo que agravaría la situación de las masas, casi campesi-

nas. Sería en este momento cuando puede considerarse que comienza el proceso de feudalización, en principio con carácter verdaderamente rudimentario. La instalación de las villae, o mejor dicho, su intensificación significaría un cambio en los sistemas y tipos de cultivo, lo que vendría a agravar la situación de los grupos todavía en régimen de propiedad comunal, aumentando así su tendencia a convertirse en verdaderos campesinos dependientes.

ooo0ooo0ooo0ooo

¿Qué puede concluirse de todo lo hasta aquí expuesto?

- 1.- Que, como proceso cultural, lo que normalmente se denomina romanización no tiene más realidad que el resultado de un proceso general de difusión.
- 2.- Debido a este proceso, la sociedad tribal absorbe ciertos elementos de cultura romana que no supondrán sino ciertos "usos", sin trascendencia cultural importante, a pesar de su aparente "romanidad".
- 3.- Que la verdadera transformación radica en los resultados del enfrentamiento entre el tipo de propiedad comunal tribal y la propiedad privada implantada por Roma.
- 4.- Paralelo al proceso de privatización, el encumbramiento de ciertos personajes revestidos de rango lleva a un proceso de desigualdad, en camino hacia la sociedad estratificada.
- 5.- Afectada la producción por diversos motivos, el desequilibrio conduce a un reajuste que lleva, asimismo, hacia el desigualitarismo social, aunque muy lentamente.
- 6.- Los mecanismos reguladores de las funciones sociales, parentesco e

ideología - o mejor dicho, pensamiento religioso que es lo único observable- se adaptan a la nueva situación alterando mínimamente sus esquemas, que perdurarán largo tiempo.

- 7.- Ante estas perturbaciones, la sociedad evoluciona en el sentido de verse afectada lo menos posible, dirigiéndose a un sistema tributario de campesinos dependientes, facilitado por el encumbramiento de las aristocracias tribales.
- 8.- Estas adaptaciones serán más rápidas en los territorios de la mitad sur de la zona estudiada, dándose más lentamente en la mitad norte.
- 9.- A partir del siglo III no puede hablarse, en propiedad, de "romanos e indígenas", porque lo que se produce es una nueva sociedad, diferente de la romana, en cierto modo autónoma, pero más autóctona que otra cosa.
- 10.- Como síntesis final puede señalarse el hecho de que Roma "cataliza" el proceso de evolución de la sociedad indígena, proyectándola hacia la comunidad occidental. Es el "arranque" inicial, la Historia marcará su camino.

NOTAS AL CAPITULO VI

- 1.- Ver Flo., 2, 33, 52; Mela, 3, 15; los movimientos del grupo de los saelini y los paesici que cambian su residencia: ver Mela, 3, 15; Ptolomeo, 2, 6, 8. Aunque puede discutirse la efectividad de estas medidas y pensar que son sólo muestras de intenciones y no constatación de hechos consumados.
- 2.- Por ejemplo, los tamagani dedican a Vespasiano, el año 79, una inscripción, junto con otros nueve pueblos. Ver CIL, II, 2477 y suppl. 5616.
- 3.- Por ejemplo Iria Flavia, en el It. de Ant.; ver CHAMOSO, 1974, 131.
- 4.- Ver, por ejemplo, GARCIA Y BELLIDO, 1962a, 729 ss.; JULIA, 1971; ABASOLO-ALBERTOS-ELORZA, 1975; DIEZ CORONEL, 1976; ABASOLO, 1977, 61 ss.; MARCO, 1978, aparte de los repertorios epigráficos provinciales ya citados en notas anteriores.
- 5.- BARBERO-VIGIL, 1978, 53 ss.
- 6.- GODELIER, 1974, 56.
- 7.- Es decir, que no los coloca ante un estado de nepantlismo, de estar entre dos ideales sin tocar ninguno, LEON PORTILLA, 1976, 18.
- 8.- FLANNERY, 1975, 16; AMIN, 1976, 77.
- 9.- Ver ANDERSON, 1979, para una visión de conjunto de estos problemas.
- 10.- Ver últimamente MAZZA, 1973, que revaloriza y se muestra digno discípulo de su maestro: MAZZARINO, 1961 y 1973, dando un nuevo enfoque a planteamientos que hicieron huella en su día: ALTHEIM, 1953; 1965; CALDERINI, 1949.
- 11.- MULLER, Hc., 1976, 197.

- 12.- VOGT, 1968, 51.
- 13.- BERNARDI, 1973, 27 ss.; WALEANK, 1978, 57 ss.; MARROU, 1980, 183.
- 14.- SANCHEZ LEON, 1978a, 1978b.
- 15.- THOMPSON, 1977, 61 ss.
- 16.- Jerod. , 1, 10, 1.
- 17.- SHA. Vita Marc., 22, 11.
- 18.- BLAZQUEZ, 1975b, 68.
- 19.- BLAZQUEZ, 1975a; 1978a, 461 ss.; 1978b, 211 ss.; BALIL, 1959, 269 ss.; 1967b, 245 ss.
- 20.- VIGIL-BARBERO, 1968, 81 ss.
- 21.- BLAZQUEZ, 1978c, 223 ss.; BALIL, 1957, 95 ss.; 1959, 269 ss.; 1967b, 245 ss.; TARACENA, 1952, 37 ss.; TARRADELL, 1956, 95 ss., con la discusión de todos estos problemas.
- 22.- Gros., VII, 41, 2.

oooOoooOoooOooo

315

REFERENCIAS
BIBLIOGRAFICAS

ABASOLO

- 1970 "Lápidas inéditas de Pancorbo (Burgos)", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, XXXVI, 1970, 455-458.
- 1971 "El yacimiento romano de Villavieja de Muño. Epigrafía", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, XXXVII, 1971, 145-161.
- 1972 "Epigrafía romana de Iglesia Pinta (Burgos)", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, XXXVIII, 1972, 165-187.
- 1973 "Epigrafía romano-burgalesa inédita", Durius, I, 1973, 97-100.
- 1974a Epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes. Burgos.
- 1974b "Dos aras inéditas del Museo Arqueológico de Burgos", Trabajos de Prehistoria, 31, 1974, 365-370.
- 1975 Comunicaciones de la época romana en la provincia de Burgos. Burgos.
- 1976 "Una inscripción romana en Belbimbre (Burgos)", Durius, IV, 1976, 61-62.
- 1977 "Las estelas decoradas de la región de Lara de los Infantes. Estudio iconográfico", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, XLIII, 1977, 61-90.

ABASOLO-ALBERTOS

- 1976a "Acercas de unas inscripciones de Foza de la Sal", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, XLII, 1976, 323-407.
- 1976b "Vurovivo, divinidad de la Bureba", Emérita, XLIV, 1976, 373-384.

ABASOLO-ALBERTUS-ELCERZA

- 1975 Los monumentos funerarios de época romana, en forma de casa, de la región de Foza de la Sal. Burgos.

ACUÑA

- 1975 Esculturas militares romanas de España y Portugal.
I. Las esculturas thoracatas. Roma.

ACUÑA CASTROVIEJO

- 1971 "Los Lares Viales en la Galicia Romana", Actas de
II Congreso Nacional de Arqueología, Coimbra 1971,
(II), 353-357.
- 1972 "Los mosaicos de La Cigarrosa (Orense)", Boletín
del Seminario de Arte y Arqueología de la Univer-
sidad de Valladolid, XXXVIII, 1972, 468-476.
- 1973a Mosaicos romanos de Hispania Citerior. II. Conven-
tus Lucensis. "Studia Archaeologica", nº 24, Valla-
dolid, 1973.
- 1973b Los mosaicos de La Cigarrosa (Orense). Estudios so-
bre mosaicos romanos. "Studia Archaeologica", nº 25,
Valladolid, 1973, 6-11.
- 1974a "Consideraciones sobre los mosaicos portugueses del
convento Bracaraense", Actas de III Congreso Nacio-
nal de Arqueología. I. Porto, 1974, 201-210.
- 1974b Mosaicos romanos de Hispania Citerior, III: Conven-
tus Bracaraensis. "Studia Archaeologica", nº 31, Va-
lladolid, 1974.
- 1975 "Mosaicos españoles del convento bracaraense", XIII
Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, 1973),
Zaragoza, 1975, 889-894.
- 1976a "Las formas del arte provincial romano en Galicia",
La Romanización de Galicia, La Coruña, 1976, 85-92.
- 1976b "Sobor da representación do tema "Ulises e as sireas"
na estela de Vilar de Sarria (Lugo)", Boletín Auri-
se, VI, 1976, 107-113.

ACUÑA CASTROVIEJO-CAVADA

- 1971 "Noticias arqueológico-numismáticas del Castro Lupu-
rio", Cuadernos de Estudios Gallegos, XXVI, 1971,
265-277.

AGUIÑA CASTROVIEJO y otros

- 1979 Prehistoria e Arqueoloxia de Galicia. Estado da cuestión. Santiago.

ALARCÃO

- 1973 Portugal Romano. Lisboa.

ALBERTINI

- 1923 Les divisions administratives de l'Espagne romaine. Paris.

ALBERTOS

- 1952 "Nuevas divinidades de la antigua Hispania", Zephyrus, III, 1952, 49-63.
- 1956 "¿Mercurio, divinidad principal de los celtas peninsulares?" Enérita, XXIV, 1956, 294-297.
- 1964 "Nuevos antropónimos hispánicos", Enérita, XXXII, 1964, 209-252.
- 1965 "Nuevos antropónimos hispánicos", Enérita, XXXIII, 1965, 110-143.
- 1966 La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética. Salamanca.
- 1970 "Alava prerromana y romana. Estudio lingüístico", Estudios de Arqueología Alavesa, IV, 1970, 107-223.
- 1972a "De la Sierra de Cantabria a los Picos de Europa, del Cantábrico al Tajo y la nueva estela de Castro Urdiales", Estudios de Arqueología Alavesa, V, 1972, 143-153.
- 1972b "Los nombres eusearos de las inscripciones hispano-romanas y un Ibarra entre los vettones", Estudios de Arqueología Alavesa, V, 1972, 213-218.
- 1972c "El conjunto epigráfico del museo de Burgos y los antropónimos hispánicos de Lara de los Infantes y sus proximidades", Homenaje a Antonio Tovar, Madrid, 1972, 47-58.

- 1972d "Nuevos antropónimos hispánicos, 2ª serie", Emérita, XL, 1972, 1-29 y 287-318.
- 1973 "Lenguas primitivas de la Península Ibérica", Boletín Sancho el Sabio, XVII, 1973, 69-142.
- 1974a "El culto a los montes entre los galaicos, astures y berones y algunas de las deidades más significativas", Estudios de Arqueología Alavesa, VI, 1974, 147-157.
- 1974b "A propósito de unas estelas de cátabros vadinienses de Remolina (León)", Durius, II, 1974, 79-88.
- 1975 "Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua. "Studia Archaeologica", nº 37, Valladolid, 1975.
- 1976 "La antroponimia prerromana en la Península Ibérica", Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca, 1974), Salamanca, 1976, 57-86.
- 1977a "Correcciones a los trabajos sobre onomástica indígena de Palomar Laposa y Mª Lourdes Albertos", Emérita, XLV, 1977, 33-54.
- 1977b "Perduraciones indígenas en la Galicia romana: los castros, las divinidades y las organizaciones gentilicias en la epigrafía", Actas del Bimilenario de Lugo, Lugo 1977, 17-28.
- 1977c "Más sobre Vurovivs, divinidad de la Bureba", Emérita, XLV, 1977, 61-64.
- 1977d "La mujer hispanorromana a través de la epigrafía". Revista de la Universidad Complutense, XXVI, nº 109, 1977, 179-198.
- 1978 "A propósito de la ciudad autrigona de Uxama Barca", Estudios de Arqueología Alavesa, IX, 1978, 281-291.
- ALBERTOS-ALFASOLO
- 1976 "De epigrafía romana. Inscripciones de Briviesca, Monasterio de Rodilla y Lara de los Infantes", Durius, IV, 1976, 188-193.

ALBUJERQUE

1962

"Hallazgos romanos en la mina DO FOJO DAS FOMEAS, Valongo (Portugal)", Archivo Español de Arqueología, XXXV, 1962, 166-176.

ALCINA

1978

"Difusión, como aculturación en arqueología", Perspectivas de la antropología española, Madrid, 1978, 85-112.

ALFARO

1977

"Memoria preliminar de las excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento romano de Cirro Brión (La Coruña), 1973", Noticiario Arqueológico Hispánico. Arqueología, 5, 1977, 261-268.

ALFOLDY

1969

Fasti Hispanienses. Wiesbaden.

1970

"Die Senatorischen Kommandeure der Legio VII Gemina", Legio VII Gemina, León, 1970, 383-400.

1973a

"La manumisión de esclavos y la estructura de la esclavitud en el Imperio Romano", Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 9, 1973, 99-123.

1973b

Flamines Provinciae Hispaniae Citerioris. Madrid.

ALONSO PASCUAL

1973

"Elementos romanos en la antigua Tritium", Zephyrus, XXIII-XXIV, 1972-73, 209-220.

ALONSO DEL REAL

1952

"Sobre la delimitación del concepto "celtas", II Congreso Nacional de Arqueología (Madrid, 1951), Zaragoza, 1952, 219-224.

1976

"Estrabón revisitado", Gallaecia, III-IV, 1977-78, 53-69.

ALTMEIN

1953

Le déclin du monde antique. Examen des causes de la décadence. Paris.

- 1965 Visión de la tarde y de la mañana. De la Antigüedad a la Edad Media. Buenos Aires.
- ALVAREZ BLAZQUEZ
1955 "Hallazgo de estelas funerarias romanas en Vigo (pen-tevedra)", III Congreso Nacional de Arqueología (Galicia, 1953), Zaragoza, 1955, 462-475.
- AMIN
1976 Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales. Barcelona.
- ANDERSON
1979 Transiciones de la Antigüedad al Feudalismo. Madrid.
- ARES
1966 "Ara dedicada a Reo Paramaeco Aidi". Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Lugo, VIII, 1965-66, nº 63-66, 104-114.
- 1968 "Mercurio y Rea en la epigrafía lucense", Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Lugo, VIII, 1967-68, 104-112.
- 1973 "Hallazgo de tres lápidas romanas", Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Lugo, IX, 1973, nº 79-80, 78-85.
- ARGENTE-URIPARRI
1977 "Informe sobre la primera campaña de excavaciones realizadas en la villa romana de Baños de Valdecarados (Burgos)", Boletín Arqueológico Hispánico. Arqueología, 5, 1977, 235-242.
- ARIAS
1972 Las murallas romanas de Lugo. "Studia Archaeologica", nº 14, Santiago de Compostela, 1972.
- 1973 "Notas sobre el recinto bajoimperial de Lugo", XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén 1971), Zaragoza 1973, 763-768.
- 1976a "Lucus Augusti". La Romanización de Galicia, La Coruña, 1976, 55-62.

- 1976b "Dous miliarios do tramo viario Lucus-Timalino",
Boletín Auriense, VI, 1976, 97-105.
- ARIAS-CAVADA
1978 "Calicia Bajorromana", Gallaccia, 3-4, 1977-78,
91-108.
- ARIAS-LE ROUX-TRANOY
1979 Inscriptions romaines de la province de Lugo. Paris.
- ARNESTO-AMAU
1843 Apuntes concernientes al vestigio romano descubierto
en la calle de Batitales de la ciudad de Lugo. Lugo.
- AZAOLA
1976 Los vascos ayer y hoy. I. Madrid.
- BALANDIER
1976 Antropología política. Barcelona.
- BALIL
1953 "La tasa del "portorium" en Hispania", Archivo Espa-
ñol de Arqueología, XXVI, 1953, 185-187.
- 1957a "La cronología de las fortificaciones de Barcino en
el Bajo Imperio", IV Congreso Nacional de Arqueología,
(Burgos, 1955), Zaragoza, 1957, 227-230.
- 1957b "Las invasiones germánicas en Hispania durante la segun-
da mitad del siglo III d.C.", Cuadernos de Trabajo de
la Escuela Española en Roma, IX, Roma, 1957, 95-143,
- 1958 "Los trabajos de fortificación en las provincias del
Occidente romano después de la crisis del siglo II y
su significación política, militar y social", I Congre-
so Español de Estudios Clásicos(1956), Madrid, 1958,
281-284.
- 1959 "Hispania en los años 260 a 300 d.C.", Emérita, XXVII,
1959, 269-275.
- 1960 "La defensa de Hispania en el Bajo Imperio", Zephyrus,
XI, 1960, 179-197.
- 1963 "Las fortificaciones del Bajo Imperio en las provincias
romanas de España", Celticum, VI, 1963, 293-296.

- 1964 "Los gobernadores de la Hispania Tarraconense durante el Imperio Romano", Enérita, XXXII, 1964, 19-34.
- 1964a "Política y propaganda en las acuñaciones severianas", Estudios de Numismática Romana, Barcelona, 1964, 5-24.
- 1965 "Funcionarios subalternos en Hispania durante el Imperio Romano", Enérita, XXXIII, 1965, 297-319.
- 1966a "Las murallas romanas de Barcelona. Aspectos metodológicos para el estudio de la fortificación romana", Celticum, XV, 1966, 207-208.
- 1966b "Funcionarios subalternos en Hispania durante el Imperio Romano, II", Enérita, XXXIV, 1966, 305-313.
- 1967a "Estado actual del estudio de la numismática romana en España", Príncipe de Viana, XXVIII, 1967, 15-19.
- 1967b "De Marco Aurelio a Constantino. Una introducción a la España del Bajo Imperio", Hispania, 106, 1967, 245-251.
- 1968 "La España del Bajo Imperio", Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos (1966), I, Madrid, 1968, 177-207.
- 1969 "Dos mosaicos hispánicos de tema mitológico", X Congreso Nacional de Arqueología (Mahón, 1967), Zaragoza, 1969, 379-386.
- 1970 "Sobre el mosaico romano bíblico en la Península Ibérica", XI Congreso Nacional de Arqueología (Mérida, 1968), Zaragoza, 1970, 540-548.
- 1971a "Notas de lectura", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, XXXVII, 1971, 419-423.
- 1971b "Los senadores hispanos de Septimio Severo a Diocleciano", Saitabi, XI, 1971, 45-60.

- 1972 "Economía de la Hispania romana. "Studia Archaeologica", nº 15, Santiago de Compostela, 1972.
- 1972a Casa y urbanismo en la España Antigua. II. "Studia Archaeologica", nº 16, 1972.
- 1973a "Algunos aspectos y problemas de la Galicia Romana", Cuadernos de Estudios Gallegos, XXVIII, 1973, 161-180.
- 1973b "Indígenas y Colonizadores", Historia Social y Económica de España. I: La Antigüedad, Madrid, 1973, 111-243.
- 1973c "El Imperio Romano hasta la crisis del siglo III", Historia Económica y Social de España. I: La Antigüedad. Madrid, 1973, 243-328.
- 1974a Casa y urbanismo en la España Antigua. IV. "Studia Archaeologica", nº 26, Valladolid, 1974.
- 1974b "De nuevo sobre Galicia y sus relaciones marítimas durante la época imperial romana", Actas do III Congreso Nacional de Arqueología, Porto (1973), 1974, 211-221.
- 1975a "Sobre los mosaicos romanos de Galicia: identificación de un taller mosaicario", La Mosaïque Gréco-romaine, II. Paris, 1975, 259-263.
- 1975b "Vespasiano y la concesión del ius Latii en la Península Ibérica", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, 1975, 133-135.
- 1975d "Notas sobre precios y costes en época romana", Cuadernos de Historia Económica de Cataluña, XIII, 1975, 9-71.
- 1976a "Bracara Augusta y el Conventus Bracarum", La Romanización de Galicia, La Coruña, 1976, 45-54.
- 1976b "Decius Valerinus y Gallaecia", Boletín Auriense, VI, 1976, 117-120.

- 1977 "Torres do Oeste, Caloira (Pontevedra), 1973", Noticiario Arqueológico Hispánico. Arqueología, 5, 1977, 379-385.
- BALSA DE LA VEGA
1910 "Enigma arqueológico", Boletín de la Real Academia Gallega, III, 1909-10, 27-31.
- BANUS
1973 "Romanización del País Vasco. Dos presupuestos a tener en cuenta", II Semana Internacional de Antropología vasca, Burgos, 1973, 443-445.
- BARANDIARAN
1965 "Sondeo estratigráfico en la Pamplona romana", Noticiario Arqueológico Hispánico, VIII-IX, 1964-65, 223-247.
- 1968 "Tres estelas del territorio de los vascones", Caesaraugusta, XXXI-XXXII, 1968, 199-225.
- 1973 "Notas para el estudio de la romanización de Guipúzcoa", XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén 1971), 1973, 537-552.
- 1976 Guipúzcoa en la Edad Antigua. Protohistoria y romanización. Zarauz.
- BARANDIARAN y otros
1977 "Necrópolis de Santa Elena, Irún (Guipúzcoa), 1973", Noticiario Arqueológico Hispánico. Arqueología, 5, 1977, 269-274.
- BARRERO-VICIL
1965(=1974) "Sobre los orígenes sociales de la reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio Romano hasta la invasión musulmana", Boletín de la Real Academia de la Historia, CLVI, 1965, 271-339. Reeditado en: Sobre los orígenes sociales de la Reconquista. Barcelona, 1974, 13-95.
- 1971(=1974) "La organización social de los cántabros y sus transformaciones en relación con los orígenes de la recon-

- quista", Hispania Antiqua, I, 1971, 197-232. Reeditado en: Los orígenes sociales de la reconquista, Barcelona, 1974, 141-195.
- 1978 La formación del feudalismo en la Península Ibérica. Barcelona.
- BARCELO
- 1975 "La cuestión del "Limes Hispanus": los datos numismáticos", Acta Numismática, V, 1975, 31-45.
- 1976 "Ensayo introductorio" en AMIN, Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales, Barcelona, 1976, 5-53.
- DARRUOL
- 1976 "La résistance des substrats préromains en Gaule méridionale", Assimilation et résistance a la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VI Congrès International d'Etudes Classiques. Paris- Bucarest, 1976, 389-406.
- BAYET
- 1973 Histoire politique et psychologique de la religion romaine. Paris.
- BELTRAN LLORIS
- 1969 "Notas arqueológicas", Caesaraugusta, XXXIII-IV, 1969, 53-78.
- BELTRAN MARTINEZ
- 1951 "La villa romana de Liédana (Navarra)", Archivo Español de Arqueología, XXIV, 1951, 216.
- BENABOU
- 1976a "Résistance et Romanisation en Afrique du Nord sous le Haut-Empire", Assimilation et résistance a la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VI Congrès International d'Etudes Classiques. Paris- Bucarest, 1976, 367-376.
- 1976b La résistance africaine à la romanisation. Paris.

BENVENISTE

- 1969 Le vocabulaire des institutions indo-européennes.
Paris.

BERMEJO

- 1976 "Los caballos y los vientos: un mito lusitano antiguo", Hispania Antigua, VI, 1976, 301 ss.
- 1978 La sociedad en la Galicia Castreña. Santiago de Compostela.

BERNARDI

- 1973 "Los problemas económicos del Imperio Romano en la época de su decadencia", en CIPOLLA, La decadencia económica de los imperios. Madrid.

BINFORD-BINFORD

- 1968 New perspectives in Archaeology. Chicago.

BLANCO

- 1960 "La cultura castreña", I Symposium de Prehistoria Peninsular, Pamplona, 1960, 179-194.
- 1977 "El Panteón romano de Lucus Augusti". Actas del Bimilenario de Lugo, Lugo, 1977, 107-122.

BLANCO-FUSTER-GARCIA ALLEN

- 1961 "La necrópolis galaico-romana de la Lanzada (Noalla, Pontevedra)", Cuadernos de Estudios Gallegos, XVI, 1961, 141-158.
- 1967 "La necrópolis galaico-romana de La Lanzada (Noalla, Pontevedra), II", Cuadernos de Estudios Gallegos, XXII, 1967, 35 ss.

BLAZQUEZ

- 1957 "La economía ganadera de la España Antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas", Emérita, XXV, 1957, 159-187.
- 1958 "La religiosidad de los pueblos hispanos vista por los autores griegos y latinos", Emérita, XXVI, 1958, 79-110.

- 1962 Religiones primitivas de Hispania. I. Fuentes literarias y epigráficas. Madrid.
- 1963a "El impacto de la conquista de Hispania en Roma (218-194 a.C.)", Estudios Clásicos, VII, 1962-63, 1 ss.
- 1963b "El impacto de la conquista de Hispania en Roma (194-83 a.C.)", Elío, XLI, 1963, 160 ss.
- 1964 "Causas de la romanización de Hispania", Hispania, 1964, 3-90.
- 1966 "Los vascos y sus vecinos en las fuentes literarias griegas y romanas de la Antigüedad", Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas. IV symposium de Prehistoria Peninsular, Pamplona 1966, 177-205.
- 1968a "La cordillera cántabra, vasconia y los Pirineos durante el Bajo Imperio", Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos (1966), t.II, Madrid, 1968, 137-142.
- 1968b "La crisis del siglo III en Hispania y Mauritania Tingitana", Hispania, XXVIII, 1968, 5-37.
- 1968c "Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto", Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica, Barcelona, 1968, 121-269.
- 1969 "Problemas en torno a las raíces de España", Hispania, XXIX, 1969, 245-256.
- 1970a "Las religiones indígenas del área Noroeste de la Península Ibérica en relación con Roma", Legio VII Gemina, León, 1970, 65-76.
- 1970b "Fuentes literarias griegas y romanas referentes a las explotaciones mineras de la Hispania Romana", La minería hispana e iberoamericana, I, León, 1970, 117-150.

- 1971 "La Iberia de Estrabón", Hispania Antiqua, I, 1971, 11-94.
- 1973 "El imperio y las invasiones desde la crisis del siglo III al año 500", Historia Económica y Social de España. I. La Antigüedad, Madrid, 1973, 332-452.
- 1974a La Romanización, I, Madrid.
- 1974b "Estela de Galdacano", Estudios de Arqueología Alavesa, VI, 1974, 237-245.
- 1975a La Romanización II, Madrid.
- 1975b "Hispania desde al año 138 al 235", Hispania, XXXV, 1975, 5-87.
- 1975c Diccionario de la religiones prerromanas de Hispania, Madrid.
- 1975d "Migraciones en la Hispania romana en época imperial", Anuario de Historia Económica y Social, 1975, 7-25.
- 1976 "Rechazo y asimilación de la cultura romana en Hispania (ss. IV y V)", Assimilation et résistance a la culture gréco-romaine dans le Monde Ancien. Paris-Bucarest, 1976, 63-94.
- 1977a Imagen y Rito, Madrid.
- 1977b "La Romanización del NO. de la Península Ibérica", Actas del Bimilenario de Lugo, Lugo, 1977, 67-82.
- 1977c "Prólogo" a la Historia de Asturias. III: Asturias Romana y Visigoda, Vitoria.
- 1978a "Conflicto y cambio en Hispania durante el siglo IV", Transformation et conflits au IV siècle ap. J.C. (Bordeaux, 1970), Bonn, 1978, 53-94.
- 1978b Economía de la Hispania Romana. Bilbao.
- 1978c Historia Económica de la Hispania Romana. Madrid.
- 1979 "Últimas aportaciones a las religiones primitivas de Hispania", Estudios dedicados a Carlos Calleja Serrano. Cáceres, 1979, 1 ss.

- BLOCH
1977 "La propiedad y el final de la alianza". M. BLOCH
(ed.) Análisis marxistas y antropología social.
Barcelona, 1977, 241-267.
- BOAS
1920 "The Methods of Ethnology", American Anthropologist,
XXII, 1920, 311-322.
- BOLES
1960 "La toponimia romana en Asturias", Emerita, XXVIII,
1960, 241-284.
- BOSCH GIMFERA
1932 "Etnología de la Península Ibérica", Arqueología i
Art Iberics, Barcelona, 1932, 496-602.
1945 El poblamiento antiguo y la formación de los pue-
blos de España. Mexico.
1933 (=1974) "El problema de los cántabros y de su origen", Bole-
tín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, 1933; repu-
blicado en Paletnología de la Península Ibérica,
Graz, 1974, 1067-1084.
1942(=1974) "Two Celtic Waves in Spain", Proceeding of the Bri-
tish Academy, XXVI, Londres, 1942; republicado en
Paletnología de la Península Ibérica, Graz, 1974,
661-784.
- BOUZA BRY
1955 "Los tesorillos de monedas romanas de Tremoedo y de
Sarandón y su significado histórico en Galicia", III
Congreso Nacional de Arqueología (Galicia, 1953), Za-
ragoza, 1955, 375-391.
1973 La mitología del agua en el Noroeste Hispánico, Vigo.
BOUZA BRY-D'ORS
1949 Inscripciones romanas de Galicia. I. Santiago de Com-
postela. Santiago de Compostela.
BOUZA BRY y otros
1971 "Las aras del Santuario galaico-romano de Donen(Río,

- Caugas)", Cuadernos de Estudios Gallegos, XXVI, 1971, 64-81.
- EROUCTION
1965 "Municipal institutions in Roman Spain", Cahiers d'Histoire Mondiale, IX, 1965, 126-142.
- PUSTAMANTE
1964 "La calzada romana Pisorica-Flaviobriga en el valle de Mena", Boletín de la Institución Fernán González, XLIII, nº 163, 1964, 272, 276.
- CAAMAÑO
1976 La vía nº 18 del It. de Antonino a su paso por la actual provincia de Orense. Extracto de tesis. Santiago de Compostela.
- 1977 "Aportaciones al estudio de los miliarios del tramo orensano de la vía XVIII", Boletín Auriense, VI, 1977, 121-130.
- 1977-78 "Posible reutilización de caminos prerromanos en época romana", Gallaecia, III-IV, 1977-8, 281-285.
- 1978 "Las mansiones de la vía 18 en su tramo orensano", Gallaecia, 3-4, 1977-78, 109-135.
- CALDERINI
1949 I Severi. La crisi dell'Impero nel III secolo. Bologna.
- CANTO
1978 "Saturninus Augusti Libertus", Gallaecia, III-IV, 1977-8, 301-306.
- CARO PAROJA
1943 "Regímenes sociales y económicos de la España Pre-romana", Revista Internacional de Sociología, I, 1943, 157-190, 286-317.
- 1945 Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina. Salamanca.

- 1970 "Organización social de los pueblos del Norte de la Península Ibérica en la Antigüedad", Legio VII Gemina, León, 1970, 9-62.
- 1971a "La realeza y los Reyes en la España Antigua". Estudios sobre la España Antigua, Cuadernos de la Fundación Pastor, nº 17, Madrid, 1971, 51-156.
- 1971b Etnografía histórica de Navarra. Pamplona.
- 1973 Los Pueblos del Norte. San Sebastián. 2ª ed.
- 1974 De la vida rural vasca. San Sebastián.
- 1975 Los Pueblos de España. 2 vol.; 2ª ed., Madrid, 1976.
- 1976 "El ritual de la danza en el País Vasco", Baile, familia, trabajo (Estudios Vascos VII), San Sebastián.
- CASTIELLA
- 1970 "Cata estratigráfica en una calzada de Libia de los Berones (Herramélluri, Logroño)", XI Congreso Nacional de Arqueología (Mérida, 1968), Zaragoza, 1970, 696-706.
- CASTILLO
- 1973 "El progreso de la epigrafía romana de Hispania", Emerita, XLI, 1973, 109-127.
- CASTRO
- 1915 Catálogo Monumental de España. Provincia de Alava. Madrid.
- CAVADA
- 1972 "Hallazgos monetarios en castros de Galicia", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, XXXVIII, 1972, 211-248.
- 1973 "Circulación monetaria romana en la provincia de La Coruña", XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971), 1973, 753-763.
- CLARKE
- 1968 Analytical Archaeology. London.

CORONINAS

1976

"Elementos prelatinos en las lenguas romances hispánicas", Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica, Salamanca, 1976, 87-164.

COUCEIRO DA COSTA

1956

"Esperanca de vida na população da época romana a occidente da Península Ibérica, segundo o sexo" XXIII Congresso Luso-Espanhol o Progresso das Ciências, VIII, Coimbra, 1956, 269-273.

CRESPO-SAGREDO

1976

"Las profesiones en la sociedad hispana romana", Hispania Antiqua, VI, 1976, 53-74.

CHAFOSO LAMAS

1956

"Excavaciones arqueológicas en la citania de San Cibrán das Las y en el poblado y explotación minera de oro de época romana de Barbantes (Orense)", Boletín Arqueológico Hispánico, III-IV (1954-55), Madrid, 1956, 114-130.

1974

"Iria Flavia", Archivo Español de Arqueología, 45-47, 1972-74, 131.

CHANG

1976

Nuevas perspectivas en arqueología. Madrid.

DEMOUGEOT

1975

"La Notitia Dignitatum et l'histoire de l'Empire d'Occident au début du V siècle", Latomus, XXXIV, 1975, 1075-1134.

DHOQUOIS

1976

"La formación económico-social como combinación de modos de producción", en LUPORINI-SERENI, El concepto de Formación Económico-social. Mexico.

DIAZ Y DIAZ

1975

"Penetración cultural latina en Hispania en los siglos VI y VII", Assimilation et résistance à la culture

re gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VI Congrès International d' Etudes Classiques, Paris-Bucarest, 1976, 109-116.

DIERO

1954 "Las nuevas estelas astures", Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, VII, 1954, 461-492.

1958 "Dos inscripciones inéditas de Asturias", Actas del I Congreso Español de Estudios Clásicos, Madrid, 1958, 479-484.

1959 Epigrafía romana de Asturias. Oviedo.

1963 Romanización de Asturias a través de su epigrafía romana. Oviedo.

1975 "Die Integration Nord und Nordwestspaniens als römische Provinz in der Reichspolitik des Augustus", Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt, 11, Principal, 3, Berlin, 1975, 522-571.

1976 Asturias romana y visigoda. Oviedo.

DIEZ CORONEL

1976 El arte romano rústico del Valle de Arán y sus pervivencias medievales. Lérida.

DONERGUE

1970 "Introduction a l'etude des mines d'or du Nord-ouest de la Péninsule Ibérique dans l'antiquité", Legio VII Gemina, León, 1970, 253-286.

1975 "Excavaciones en las minas de oro romanas de la provincia de León: campañas 1971-1973", XIII Congreso Nacional de Arqueología, (Huelva, 1973), Zaragoza, 1975, 647-654.

DONERGUE-HERAIL

1977 "Une methode pour l'etude des mines antiques en Alluvion: l'exemple des mines d'or romaines de la Valduerna (León)", Melanges de la Casa de Velazquez, XIII, 1977, 2-29.

DONERGUE-MARTIN

- 1977 Minas de oro romanas de la provincia de León, II.
"Excavaciones Arqueológicas en España", nº 94.

DONERGUE-SILLIERES

- 1977 Minas de oro romanas de la provincia de León, I.
"Excavaciones Arqueológicas en España", nº 93.

D'ORS

- 1944 "Sobre la inscripción romana Emerit II p 418",
Enérta, XII, 1944, 123-126.
- 1953 Epigrafía jurídica de la España Romana. Madrid.
- 1959 "Miscelánea epigráfica", Enérta, XXVIII, 1959,
367-374.
- 1960 "Miscelánea epigráfica", Enérta, XXVIII, 1960,
143-149.
- 1962 La Era Hispánica. Estudio General de Navarra, Mundo
Antiguo, I. Pamplona.
- 1963 "Miscelánea epigráfica. Notas de lectura", Enérta,
XXXI, 1963, 139-140.
- 1966 "Un miliario del emperador Juliano en España", Me-
langes offerts à André Piganiol. Paris, 1966, III,
1337-1339.
- 1974 "La condición jurídica del suelo en las provincias
de Hispania", I diritti locali nelle province romane
con particolare riguardo alle condizioni giuridiche
del suolo. Roma, Accademia Nazionale dei Lincei,
1974, 253-266.

D'ORS-CASTILLO

- 1959 "Inscripciones romanas de Galicia. Suplemento al
fascículo I: Provincia de La Coruña", Cuadernos de
Estudios Gallegos, XIV, 1959, 145-164.

D'ORS-CONTRERAS

- 1959 "Orgenomescos en las minas romanas de Sierra Morena",
Archivo Español de Arqueología, XXXII, 1959, 167-8.

- 1977 "Miscelánea epigráfica", Enérita, XLV, 1977, 7-17.
- DUDY
- 1962 L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'occident médiéval. Paris.
- DUNEZIL
- 1934 Ouranos-Varuna. Essai de mythologie comparée indo-européenne. Paris.
- 1954 Rituels indo-européens à Rome. Paris.
- 1971a Los dioses de los indoeuropeos. Barcelona.
- 1971b El destino del guerrero. Mexico.
- 1977 Mito y Epopeya. Barcelona.
- ELIADE
- 1967 Lo sagrado y lo profano. Madrid.
- 1974 Imágenes y símbolos. Madrid.
- 1976 El chamanismo. México.
- 1978 Historia de las creencias y de las ideas religiosas. Madrid.
- ELORZA
- 1967 "Ensayo topográfico de epigrafía romana alavesa", Estudios de Arqueología Alavesa, II, 1967, 119-191.
- 1970a "Un posible centro de culto a Epona en la provincia de Alava", Estudios de Arqueología Alavesa, IV, 1970, 275-281.
- 1970b "Estelas romanas en la provincia de Alava", Estudios de Arqueología Alavesa, IV, 1970, 235-250.
- 1970c "A propósito de algunas divinidades de época romana en la actual provincia de Alava", XI Congreso Nacional de Arqueología (Hérída, 1966), Zaragoza, 1970, 815-820.
- 1972a "Dos nuevas estelas alavesas", Estudios de Arqueología Alavesa, V, 1972, 133-141.
- 1972b "Religiones del país vasco-navarro en época romana", Estudios de Deusto, XX, 1972, 361 ss.

- 1972c "A propósito de la muralla romana de Iruña (Alava)", Estudios de Arqueología Alavesa, V, 1972, 183-194.
- 1975 Esculturas romanas en la Rioja. Logroño.
- ELORZA-ALASOLO
- 1974a "Nuevos términos de época romana en el País Vasco-Navarro", Estudios de Arqueología Alavesa, VI, 1974, 247-253.
- 1974b "Un posible centro de culto de época romana en la Bureba (Burgos)", Laurus, II, 1974, 115-120.
- ENCARNACAO
- 1975 Divinidades indígenas sob o dominio romano em Portugal. Lisboa.
- ESCRIBANO
- 1976 "Gentes menores, inferiores vel plebei", Caesariquinta, XLV-XLVI, 1976, 195-210.
- ESPINOSA
- 1978 "Una estatuilla romana de bronce hallada en la zona de Calahorra (Rioja)", Archivo Español de Arqueología, L-LI, 1977-78, 431, hgh.
- ESPINOSA-GONZALEZ
- 1977 "Noticia de un yacimiento arqueológico prerromano y romano situado en el cerro y zona de Santa Ana (Entena, Logroño)", XIV Congreso Nacional de Arqueología (Viteria, 1976), Zaragoza, 1977, 1021- 1038.
- ESTEFANIA
- 1960 "Vías romanas de Galicia", Zephyrus, XI, 1960, 5-103.
- 1963 "Aspecto económico de la penetración y colonización romana de Asturias", Enérita, XXXI, 1963, 43-52.
- ETIENNE-FABRE-LE ROUX-TRANOY
- 1976 "Les dimensions sociales de la romanization dans la Péninsule Ibérique des origines à la fin de l'Empire", Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Paris- Bucarest, 1976, 95-107.

- EVANS
1976 Las teorías de la religión primitiva. 2ª ed. Madrid.
- FABRE
1970 "Le tissu urbain dans le EO. de la Péninsule Ibéri-
que", Latomus, XXIX, 1970, 314-339.
- FACCHIA
1973 "Notas sobre la circulación monetaria a mediados del
siglo III después de Cristo, en el Noroeste Peninsu-
lar", XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén 1971),
1973, 747-752.
- 1975 "Excavación da A Lanzada. Informe preliminar de la
campaña 1974", El Museo de Pontevedra, XXIX, 1975,
165-172.
- FARIÑA-GARCIA ALEN
1978 "La estela funeraria romana de Sabarigo (Sta. María de
Cola, Pontevedra)", Gallaecia, 3-4, 1977-8, 317-327.
- FATAS
1978 "El vilicus en Hispania", Caesaraugusta, XLV-XLVI,
1978, 113-147.
- FANST
1976 "Cuestiones generales de toponimia prerromana". Ac-
tas del I Coloquio sobre las lenguas y culturas pre-
rromanas de la Península Ibérica, Salamanca, 1976,
165-189.
- 1979 "Tradición lingüística y estructura social: el caso
de las gentilitates", Actas del II Coloquio sobre
lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibé-
rica, Salamanca, 1979, 436-452.
- FERNANDEZ AJLER
1976 "Mosaico romano en PuenteAlmuhey(León)", Noticiario
Arqueológico Hispánico. Arqueología, IV, 1967, 377-
385.
- 1978 Epigrafía y Numismática Romanas en el Museo Arqueo-
lógico de León. León.

FERNANDEZ FUSTER

- 1955 "Eaeus, aportación al estudio de las religiones primitivas hispánicas", Archivo Español de Arqueología, XXVIII, 1955, 319.

FERNANDEZ MARTINEZ

- 1956 "Colección numismática del museo de Santa Tecla", Museo de Pontevedra, X, 1956, 25-37,

FERRIO COUSELO

- 1972 "Estatuas sedentes y una columna miliaria de Xinzo de Limia", Boletín Auriense, II, 1972, 329-335.
1974a "La romanización en la parte bracarense del sur de Galicia", Boletín Auriense, IV, 1974, 255-259.
1974b "El topónimo Eouses", Boletín Auriense, IV, 1974, 260-261.

FILGUEIRA-D'ORS

- 1955 Inscripciones romanas de Galicia. III. Museo de Pontevedra. Santiago de Compostela.

FILGUEIRA-FARIÑA

- 1974 "Plan nacional de excavaciones 1973. A Lanzada (Saugénjo, Pontevedra)", El Museo de Pontevedra, 28, 1974, 83-86.

FILGUEIRA-GARCIA ALEN

- 1959 "Adiciones a la carta arqueológica de la provincia de Pontevedra", El Museo de Pontevedra, XIII, 1959, 19-97.

FITA

- 1907 "De Clunia a Tricio: viaje epligráfico", Boletín de la Real Academia de la Historia, L, 1907, 271-310.

FLACHERY

- 1975 La evolución cultural de las civilizaciones. Barcelona.

FLORES

- 1973 Arquitectura popular española. III. Madrid.

FONTAINE

1976

"Romanité et hispanité dans la littérature hispano-romaine des IV et V siècles", Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VI Congrès International d'Etudes Classiques. Paris-Bucarest, 1976, 301-322.

1977

"Convergencia de culturas en la iconografía hispánica de los siglos IV-VII", Concilium, 122, 1977, 135-148.

FORNI

1970

"L'occupazione militare romana della Spagna nord-Occidentale, alogie e paralleli", Legio VII Gemina, León, 1970, 207-225.

1974

"Estrazione etnica e sociale dei soldati delle legioni nei primi tre secoli dell'impero", Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt, II, Principat, 1. Berlin, 1974, 339-371.

FOX

1972

Sistemas de parentesco y matrimonios. Madrid.

FRIEDMAN

1977

"Tribus, estados y transformaciones" BLOCH (ed.) Análisis marxistas y antropología social. Barcelona, 1977, 191-239.

GAGE

1964

Les classes sociales dans l'Empire Romain. Paris.

1979

"Une société cavalière dans le Nord-Ouest de l'Espagne romaine: le dossier des "vadinienses", Mélanges Pierre Gillemaier, Collection d'études latines, Paris, 1979, 133-142.

GALSTERER

1971

Untersuchungen zum römischen Städtewesen auf der iberischen Halbinsel. "Madrider Forschungen" 8. Berlin, 1971.

GAMER

- 1974 "Römische altarformen in Bereich der Stelengruppen Burgos und Navarra", Madrider Mitteilungen, 15, 1974, 209-246.

GARABITO

- 1978 Los alfares romanos riojanos. Producción y comercialización. Madrid.

GARABITO-SOLOVERA

- 1975a "Aras y estelas romanos de territorio beron (Rioja)", Durius, III, 1975, 325-343.
- 1975b Terra sigillata hispánica de Tricio. I. Moldes. "Studia Archaeologica", nº 38, Valladolid, 1975.
- 1976 Terra sigillata hispánica de Tricio. II. Marcas de alfarero. "Studia Archaeologica", nº 40, Valladolid, 1976.

GARCIA Y BELLIDO

- 1943 "Los Albiones del NO. de España y una estela hallada en el occidente de Asturias", Enérita, XI, 1943, 418-430.
- 1949a Esculturas romanas de España y Portugal. 2 vol. Madrid.
- 1949b "Retratos romanos de la Península Ibérica", ICongreso Nacional de Arqueología (Almería, 1949), Cartagena, 1950, 228-235.
- 1953 "Dos villae rusticae romanas recientemente excavadas", Archivo Español de Arqueología, 1953, 207-217.
- 1956 "Excavaciones en Iuliobriga y exploraciones en la región cántabra", Noticiario Arqueológico Hispánico, V, 1956-61, 218-245.
- 1960a El elemento forastero en Hispania romana. Madrid.
- 1960b "Jupiter Dolichenus y la lápida de Villadecanos", Zéphyrus, XI, 1960, 199-204.
- 1961a "El exercitus hispanicus desde Augusto a Vespasiano", Archivo Español de Arqueología, XXXIV, 1961, 114-160.

- 1962 "Las más bellas estelas geométricas hispano-romanas de tradición céltica", Homenajes à Albert Grenier, II, Coll. Latomus, LVIII, 1962, 729-743.
- 1963 "Dispersión y concentración de itinerantes en la España Romana", Archivum, XII, 1962, 39-52.
- 1964 "Nueva lápida romana", Archivos, XXXVI, 1964, 25 ss.
- 1966a "Parerga de arqueología y epigrafía hispano-romanas III", Archivo Español de Arqueología, XXXIX, 1966, 131-145.
- 1966b "Sobre la estela discoide de Valdenebro(Valladolid)", IX Congreso Nacional de Arqueología (Valladolid 1965), Zaragoza, 1966, 395-6.
- 1966c "Nuevos documentos militares de la Hispania Romana", Archivo Español de Arqueología, XXXIX, 1966, 31.
- 1966d "O problema dos enterramentos na cultura castreja" Revista de Guimarães, LXXVI, 1966(Pag. ind. separata).
- 1967a "Sobre un tipo de estela funeraria de togado bajo hornacina", Archivo Español de Arqueología, XL, 1967, 110-120.
- 1967b "La latinización de Hispania", Archivo Español de Arqueología, XL, 1967, 3-28.
- 1968a "Lápidas votivas a deidades exóticas halladas recientemente en Astorga y León", Boletín de la Real Academia de la Historia, CLXIII, 1968, 191-209.
- 1968b "Cámaras funerarias de la cultura castreña", Archivo Español de Arqueología, XLI, 1968, 16-44.
- 1968c España y los españoles hace dos mil años. Madrid.
- 1969 "Esculturas romanas de Galicia", Cuadernos de Estudios Gallegos, XXIV, 1969, 27-34.
- 1970a "Nacimiento de la Legio VII Gemina", Legio VII Gemina, León, 1970, 303-330.
- 1970b "Parerga de arqueología y epigrafía hispano-romanas", Archivo Español de Arqueología, XLIV, 1970, 137-152.

- 1970c "Estudios sobre la Legio VII Gemina y su campamento en León", Legio VII Gemina, León 1970, 559-600.
- 1970d "Novedades sobre la Legio VII Gemina Pia Felix", Tierras de León, 12, 1970, pag. ind. separata.
- 1971 "Novedades epigráficas", Boletín de la Real Academia de la Historia, CLXVIII, 1971, 179-207.
- 1971a "Orígenes de la casa redonda de la cultura castreña del NO. de la Península", Revista de Guimarães, LXXXI, 1971, pag. ind. separata.
- 1976 "El ejército romano en Hispania", Archivo Español de Arqueología, XLIX, 1976, 59-101.
- 1977 "Bandas y guerrillas en las luchas con Roma", Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua, Madrid, 1977, 13-60.
- GARCIA GUINEA-IGLESIAS GIL-CALOCA
- 1973 Excavaciones de Monte Cildá. Olleros de Pisuerga (Palencia). Madrid.
- GARCIA GUINEA-GONZALEZ ECHEGARAY-SAN MIGUEL
- 1966 Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia). Campañas de 1963-65. "Excavaciones Arqueológicas en España, nº 61, 1966.
- GARCIA MERINO
- 1972 "Nuevo epígrafe vadiniense procedente de Carande (León), y el problema de los vadinienses como grupo de población hispanorromano", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, XXXVIII, 1972, 499-512.
- 1973a "Las tierras del NO. de la Península Ibérica, foco de atracción para los emigrantes de la Meseta en época romana". Hispania Antiqua, III, 1973, 9-28.
- 1974 Análisis sobre el estudio de la demografía de la Antigüedad y un nuevo método para la época romana. "Studia Archaeologica", nº 26, Valladolid, 1974.

- 1975 Población y poblamiento en Hispania Romana. El Conventus Cluniensis. Valladolid.
- 1977 "Informe sobre la campaña de excavaciones en Lancia (León)", Noticiario Arqueológico Hispánico, Arqueología, 5, 1977, 29-35.
- GARCIA MORENO
- 1975 "La romanización del valle del Duero y del Noroeste peninsular, ss. I-VII d.C. Algunos problemas y perspectivas de su estudio". Hispania Antiqua, V, 1975, 327-350.
- GODELIER,
- 1974 Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas. Madrid.
- 1975 Teoría marxista de las sociedades precapitalistas. Barcelona.
- 1976a Racionalidad e irracionalidad en economía. Madrid.
- 1976b Antropología y economía. Barcelona.
- 1976c Funcionalismo, estructuralismo y marxismo. Barcelona.
- GOMEZ MORENO
- 1925 Catálogo Monumental de España. Provincia de León. Madrid.
- 1927 Catálogo Monumental de Zamora. 2 vol. Madrid.
- GONZALEZ
- 1976 "La estela de Valduno", Miscelánea Histórica Asturiana. Oviedo, 1976, 149-179.
- GONZALEZ ECHEGARAY
- 1966 Los Cántabros. Madrid.
- CORDES
- 1979 Les villas hispano-romaines. Inventaire et problématique archéologiques. Paris.
- GUIMARAES
- 1907 "Catálogo do Museu Archeologico", Revista de Guimarães, XXIV, 1907, 81.

- HARTLAND
1960 L'Occident Romain. Paris.
- HARRIS
1978 Caníbales y reyes. Los orígenes de las culturas.
Barcelona.
- HATT
1970 Histoire de la Gaule Romaine. 3^a ed. Paris.
- HAVEMANN
1971 Dialéctica sin dogma. Barcelona.
- HERSKOVITS-LINTON-REDFIELD
1936 "Memorandum for the study of aculturation", American Anthropologist, XXXVIII, 1936, 149-152.
- HEURGON
1975 Roma y el mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas. Barcelona.
- HOEDEL
1973 Antropología: el estudio del hombre. Barcelona.
- HORTA PEREIRA
1971 "Situla con inscricao encontrada em S. Silvestre, Assafarge", Actas do II Congresso Nacional de Arqueologia. Coimbra, 1971, II, 365-369.
- HUBERT
1957 Los celtas desde la época de La Tène y la civilización céltica. Mexico.
- IGLESIAS GIL
1974 Onomástica prerromana en la epigrafía cántabra.
Santander.
1976 Epigrafía Cántabra. Santander.
1978 "Estructura social, poblamiento y etnogenia de Cantabria", Memorias de Historia Antigua, I, 1977, (publ. 1978), 179-189.
- JIMENEZ
1973 "Los acueductos de BELLONE CLAUDIA (Etolonia, Cádiz)" Habis, 4, 1973, 273-293.

JORDA

1957

Las Murias de Belorio (Cenozo, Gijón). Una villa romana en Asturias. Oviedo.

1962

"Excavaciones en Lancia. Campaña 1961", Noticiario Arqueológico Hispánico, VI, 1962, 165-170.

1977

"La cultura de los estros y la tardía romanización de Asturias", Actas del Bimilenario de Lugo, Lugo, 1977, 29-40.

JULIA

1971

Etude épigraphique et iconographique des stèles funéraires de Vigo. Heidelberg.

LABEAGA

1976

Carta arqueológica del término municipal de Viana (Navarra). Pamplona.

LAMBRINO

1965

"Les cultes indigènes en Espagne sous Trajan et Hadrien", Les Empereurs Romains d'Espagne. Paris, 1965, 223-242.

LEGLERC

1973

Antropología y colonialismo. Madrid.

LE ROUX

1972

"Recherches sur les centurions de la Legio VII Gemina", Mélanges de la Casa de Velázquez, VIII, 1972, 89-160.

1977

"Lucus Augusti, capitale administrative au Haut Empire". Actas del Bimilenario de Lugo, Lugo, 1977, 83-106.

LE ROUX-TRANOY

1973

"Rome et les indigènes dans le Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique. Problèmes d'épigraphie et d'histoire", Mélanges de la Casa de Velázquez, IX, 1973, 177-231.

1974

"Contribution à l'étude des régions rurales du NO. hispanique au Haut Empire: deux inscriptions de

- Penafiel". Actas do III Congresso Nacional de Arqueologia, I, Porto, 1974, 249-258.
- LEON FORTILLA
1976 Culturas en peligro. México.
- LEVEQUE
1976 "Problemas teóricos de la Historia y sociedades antiguas", La historia hoy. Barcelona 1976.
- LEVI-STRAUSS
1968 Antropología estructural. Buenos Aires.
1969 Las estructuras elementales del parentesco. Buenos Aires.
- LIZ-CASTRO-URIBARRI
1972 "Un yacimiento romano en el Eajo Arlanzón. Villavieja de Muño(Burgos)", Ampurias, XXIII-IV, 1971-1972, 251-276.
- LOEWINSOHN
1965 "Una calzada y dos campamentos romanos del conventus asturum", Archivo Español de Arqueología, XXXVIII, 1965, 26-43.
- LONAS
1971 "Excavaciones en Santa María del Juncal, Irún (Guipúzcoa)", Boletín Arqueológico Hispánico, XVI, 1971, 399-423.
1975 Asturia prerromana y alto imperial. Sevilla.
- LOPEZ CUEVILLAS
1951 Las joyas castreñas. Madrid.
1952 "La etnología de la cultura castreña", Zephyrus, III, 1952, 5-13.
1953 La civilización céltica en Galicia. Santiago de Compostela.
- LORENZO-BOUZA EREY
1965 "Inscripciones romanas votivas de la provincia de Orense", Cuadernos de Estudios Gallegos, XX, 1965, 127-179.

LORENZO-D'ORS

- 1964 "Inscripciones romanas de Galicia. IV. Provincia de Orense. Parte 1", Cuadernos de Estudios Gallegos, XIX, 1964, 267-319.

LORENZO-D'ORS-BOUZA BREY

- 1966 Inscripciones romanas de Galicia, IV. Provincia de Orense. Santiago de Compostela.

LOWIE

- 1972 La sociedad primitiva. Buenos Aires.

LUENGO

- 1962 "Las excavaciones de la villa romana de Centroña. Puente deume (La Coruña)", Cuadernos de Estudios Gallegos, XVII, 1962, 5-19.

LLANOS

- 1967 "En torno al bajorrelieve de Marquinez (Alava)", Estudios de Arqueología Alavesa, 2, 1967, 187-194.

- 1973 "La romanización de Alava. Elementos arqueológicos", II Semana de Antropología Vasca, Bilbao, 1973, 303-309.

- 1974 "Urbanismo y arquitectura en poblados alaveses en la Edad del Hierro", Estudios de Arqueología Alavesa, VI, 1974, 101-146.

MACIAS

- 1903 Epigrafía romana de la ciudad de Astorga. Orense.

MAGALLON

- 1978 "Los desplazamientos humanos de época romana en el valle medio del Ebro a través de los documentos epigráficos", Caesaraugusta, XLV-XLVI, 1978, 149-170.

HALUQUER

- 1975 "La cultura castreña de la Edad del Hierro", Actas de las I Jornadas de Metodología Histórica, I, Santiago de Compostela, 1975, 269-284.

- 1976 "Panorama general de la problemática sobre el urbanismo prerromano", Symposium de Ciudades Augusteas, I. Zaragoza, 1976, 7-27.
- 1977 "El mundo indígena del Noroeste hispánico antes de la llegada de los romanos", Acta del Bimilenario de Lugo. Lugo, 1977, 7-16.
- MAHCAS
- 1971a Esclavos y libertos en la España Romana. Salamanca.
- 1971b "Un capítulo de los gastos en el municipio romano de Hispania a través de las informaciones de la epigrafía latina", Hispania Antiqua, I, 1971, 105-146.
- 1980 Hispania romana en Historia de España, Tuñón de Lara, I, Barcelona.
- MANZANARES
- 1959 "Otro epígrafe romano inédito encontrado en Asturias", Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Oviedo, 1959, 75-78.
- MAÑANES
- 1976a "Asturica Augusta y su convento jurídico", La Romanización de Galicia, La Coruña, 1976, 37-44.
- 1976b "Asturica Augusta", Symposium de Ciudades Augusteas, II, Zaragoza, 1976, 77-84.
- 1976c "De epigrafía leonesa", Archivos Leoneses, 59 y 60, 1976, 359-368.
- MARCHETTI
- 1906 Hispania, en RUGGIERO, Dizionario Epigrafico di Antichità Romane, III, Roma.
- MARCO
- 1978 Las estelas decoradas de los conventos CaesarAugustano y Cluniense. Zaragoza.
- MARCOS
- 1960 "Una nueva estela funeraria hispanorromana proce-

- dente de Lerga(Navarra)", Príncipe de Viana, XXI, 1960, 319-333.
- 1966 "Esquema sobre la relación cultural entre vascos, indoeuropeos y romanos en la región navarra", IV Simposium de Prehistoria Peninsular. Pamplona, 1966, 169-176.
- 1973 "Trabajos del Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra en la provincia de Logroño durante los años 1965-1966", Miscelánea de Arqueología Riojana, Logroño, 1973, 9-52.
- 1979 Trabajos arqueológicos en la Libia de los Berones. Logroño.
- MARCOS VALLAURE
- 1971 "Nuevas lápidas vadinienses de la provincia de León", Tierras de León, XI, 1971, 69-78.
- MARINER
- 1976 "La difusión del Cristianismo como factor de latinización", Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Paris-Bucarest, 1976, 271-282.
- MARROU
- 1980 ¿Decadencia romana o antigüedad tardía? siglos III-VI. Madrid.
- MARTIN VALLS
- 1973 "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, XXXIX, 1973, 403-411,
- 1975 Epígrafes romanos de Sansueña (Rosinos y Santibañez de Vidriales), "Studia Archaeologica", nº 36, Valladolid, 1975, 13-18.
- MARTIN VALLS-DELIBES
- 1975 El campamento de Rosinos de Vidriales, "Studia Archaeologica", nº 36, Valladolid, 1975, 3-7.

- 1976 "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora III", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, XLII, 1976, 411-435.
- MARTIN VALLS-MAÑANES
1975 Nuevo documento militar del campamento de Rosinos de Vidriales, "Studia Archaeologica", nº 36, Valladolid, 1975, 9-12.
- MARTINEZ BURGOS
1935 Catálogo del Museo Arqueológico Provincial de Burgos. Madrid.
- MARTINEZ SALAZAR
1910 "Los lucoves, dioses gallegos y celtibéricos", Boletín de la Real Academia de la Historia, LXVI, 1910, 349-351.
- 1916 "Del tesoro de monedas de Alvara", Boletín de la Real Academia Gallega, IX, 1916, 217-230.
- MARTINEZ SANTAOLALLA
1932 "Antigüedades romanas de Poza de la Sal (Burgos)", Anuario de Prehistoria Madrileña, II-III, 1931-2, 127-175.
- 1946 Esquema paleontológico de la Península Hispánica. Madrid.
- MAZZA
1973 Lotte sociali e restaurazioni autoritaria nel III d.C. Roma.
- MAZZARINO
1961 El fin del mundo antiguo. México.
1973 L'Impero Romano, II. Roma.
- MELENDEZ PIDAL
1935 Historia de España II. España Romana. Madrid.
1939 "Sobre el substrato mediterráneo occidental", Zeitschrift für roman. philol., LIX, 1939, 189-206.
1952 Toponimia prerrománica hispana. Madrid.

MERCIER

1976 Historia de la antropología. Barcelona.

MEZQUIRIZ

1953 "Sigillata hispánica de Liédena", Príncipe de Viana, XIV, 1953, 271-307.

1956 "Los mosaicos de la villa romana de Liédena (Navarra)", Príncipe de Viana, XVII, 1956, 9-35.

1957 "La excavación de Pamplona", Noticiario Arqueológico Hispánico, XXX, 1957, 108-111.

1958 La excavación estratigráfica de Pompaelo. I campaña de 1956. Pamplona.

1960 "Materiales procedentes del yacimiento romano de Andión", Príncipe de Viana, XXI, 1960, 57-67.

1965 "Segunda campaña de excavaciones en el área urbana de Pompaelo", Príncipe de Viana, XXVI, 1965, 379-384.

1971 "Hallazgos de mosaicos romanos en Villafranca (Navarra)", Príncipe de Viana, XXXII, 1971, 177-188.

1974 "Nuevos datos sobre sigillata hispánica", Zephyrus, XXV, 1974, 425-428.

1976a "Algunas aportaciones al urbanismo de Pompaelo", Symposium de Ciudades Augústeas, II. Zaragoza, 1976, 189-193.

1976b "Hallazgo de un taller de sigillata hispánica en Bezares (Logroño)", Príncipe de Viana, XXXVII, 1976, 299-304.

1978 Pompaelo II. Pamplona.

MICHELENA

1961 "Los nombres indígenas de la inscripción hispano-romana de Lerga (Navarra)", Príncipe de Viana, XXII, 1961, 65-74.

1973 "Romanización de Guipúzcoa", II Semana Internacional de antropología vasca, Burgos, 1973, 335-337.

1977 La lengua vasca. Durango.

MONTENEGRO-SOLANA-SAGREDO-LAZARO

- 1975 "Inscripciones inéditas de Ercina de los Montes (Burgos) y el nuevo dios indígena Vvrovivs", Darius III, 1975, 346-354.

MORALEJO

- 1977 "Ni astur ni astores sino ástur y ástures", Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, XXXI, 1977, 363-371.

MORESTIN

- 1976 "Inscriptions religieuses et pierres funéraires inédites ou peu connues de la province de Logroño", Archivo Español de Arqueología, XLIX, 1976, 181-192.

MULLEN, MAC

- 1976 Roman Government's response to Crisis. A.D. 235-337. New York.

MUÑIZ COELLO

- 1980 El sistema fiscal en la España Romana (República y Alto Imperio. Huelva.

NAVASCUES

- 1959 "Descubrimiento de una bodega romana en término de Funes(Navarra)", Príncipe de Viana, XX, 1959, 227-229.
- 1970 "La estela funeraria de Cármenes", Archivo Español de Arqueología, XLIII, 1970, 175-194.

NIETO GALLO

- 1958 El oppidum de Iruña (Alava). Vitoria.

MONY

- 1970 "A propos des nouveaux procureurs d'Astorga", Archivo Español de Arqueología, XLIII, 1970, 195-201.

NOSTRAND

- 1959 "Roman Spain" en FRANK, An Economic Survey of Ancient Rome, III, New Jersey, 1959, 119-224.

OSABA

- 1958 Simbolismo en la ornamentación de las estelas his-

- panorromanas del Museo Arqueológico de Burgos.
Burgos.
- 1962 "Catálogo Arqueológico de la provincia de Burgos",
Noticiario Arqueológico Hispánico, VI, 1962, 227-
274.
- PACO
- 1966 "Citânia de Sanfins (Pacos de Ferreira, Portugal)",
Archivo Español de Arqueología, XLI, 1966, 45-59.
- PALOL
- 1960 "Etapas de la Romanización", Primer Symposium de
Prehistoria de la Península Ibérica. Pamplona.
- 1970 Castilla la Vieja entre el Imperio Romano y el Rei-
no Visigodo. Valladolid.
- 1976 "Perduración de las ciudades augústeas. La zona
Norte y la Meseta", Symposium de Ciudades Augústeas,
I, Zaragoza, 1976, 263-265.
- PALCHAR
- 1957 La monástica personal prelatina de la Antigua Lu-
sitania. Salamanca.
- PAMPLONA
- 1961 "De nuevo sobre la lápida hispanorromana de Lerga
(Navarra)", Príncipe de Viana, XXII, 1961, 213-216.
- PASTOR
- 1974 "El culto imperial en el conventus asturum", Hispa-
nia Antiqua, IV, 1974, 203-223.
- 1976a "Los astures augustanos y su romanización", Hispa-
nia Antiqua, VI, 1976, 267-283.
- 1976b "La religión romana en el conventus asturum", His-
pania, XXXVI, 1976, 489-524.
- 1976c "Astórica Augusta ¿Fundación de Augusto?" Symposium
de Ciudades Augústeas, II, Zaragoza, 1976, 69-76.
- 1977 Los astures durante el Imperio Romano (Contribución
a su historia social y económica). Oviedo.

PEREIRA MENAUT

- 1970 "La esclavitud y el mundo libre en las principales ciudades de Hispania romana. Análisis estadístico según las inscripciones", Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 10, 1970, 159-166.

PEREIRA-BOST-HENARD

- 1974 Fouilles de Conimbriga, III. Les Monnaies. Paris.

PFLAUM

- 1950 Les procurateurs équestres sous le Haut-Empire. Paris.
- 1961 Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire romain. Paris.
- 1966 "Augustianus Alpinus Cellicus Sollers membre de la gens Cassia", Archivo Español de Arqueología, 1966, XXXIX, 3-23.
- 1970 "Les officiers équestres de la Legion VII Gemina", Legio VII Gemina, León, 1970, 353-362.
- 1974 Abrégé des procurateurs équestres. Paris.

RABANAL

- en prensa Fuentes literarias y epigráficas de León en la Antigüedad.

RENARDET

- 1975 Vie et croyances des Gaulois avant la conquête romaine. Paris.

RESINA

- 1975 La propiedad de la tierra en Roma. Granada.

RIBEIRO

- 1970 El proceso civilizatorio. Etapas de la evolución sociocultural. Caracas.

RIVAS FERNANDEZ

- 1974 y 1976 "Addenda al catálogo y estudio de los miliarios orensanos", Boletín Auriense, IV, 1974, 91-146 y VI, 1976, 127-142.

RIVERA

1975 "El concepto de ciudad en Arqueología". Revista de la Universidad Complutense, XXIV, 1975, 182-204.

1975a "Modelos de aculturación en arqueología", Primera Reunión de Antropólogos Españoles, Sevilla, 1975, 71-78.

RIVIERE y otros

1979 Georges Dumézil à la découverte des Indo-Européens. Paris.

RODRIGUEZ COLMENERO

1973 "Los interamici del convento jurídico Bracaraugustano y su dios indígena Toroilogombiecteco", Hispania Antiqua, III, 1973, 407-416.

1977 Galicia Meridional Romana. Bilbao.

1979 Augusto e Hispania. Conquista y organización del Norte Peninsular. Bilbao.

RODRIGUEZ DIEZ

1909 Historia de la muy noble, leal y benemérita ciudad de Astorga. Astorga.

ROLDAN

1974 Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España Antigua. Salamanca.

1975 Itineraria Hispana. Fuentes Antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica. Madrid.

1976 "El ejército romano y la romanización de la Península Ibérica", Hispania Antiqua, VI, 1976, 125-145.

ROMERO MASIA

1976 El habitat castreño. Santiago de Compostela.

ROSTOVITZEFF

1962 Historia Social y Económica del Imperio Romano. Madrid.

SAENZ-VELEZ

1974 Contribución al estudio de la minería primitiva del oro en el noroeste de España. Madrid.

SACREDO-CRESPO

1978 Epigrafía de la provincia de Palencia. Palencia.

SAHLINS

1977a Las sociedades tribales. 2ª ed. Barcelona.

1977b Economía de la Edad de la Piedra. Madrid.

SANCHEZ ALLOPNOZ

1970 Miscelánea de Estudios Históricos. León.

1972 Orígenes de la Nación española. Estudios críticos sobre la Historia del Reino de Asturias. I. Oviedo.

SANCHEZ LEON

1978a "Notas sobre la economía de la zona sur de la Península Ibérica durante la etapa de dominio romano (ss. II-III)", Moneda y Crédito, nº 144, 1978, 43-68.

1978b Economía de la Hispania Meridional durante la dinastía de los Antoninos. Salamanca.

SANCHEZ PALENCIA

1979 "La explotación aurífera romana del Caurel", XV Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza, 1979, 879-886.

SANCHEZ SALOR-IGLESIAS GIL

1977 "El latín de las inscripciones cántabras", Emerita, XLV, 1977, 73-104.

SANCHO

1978 "Los conventus iuridici en la Hispania romana", Caesaraugusta, XLV-XLVI, 1978, 171-194.

SANDERS-MARINO

1973 Prehistoria del Nuevo Mundo. Barcelona.

SANDERS-PRICE

1966 Mesoamérica. The Evolution of a Civilization. New York.

SANTERO

1978 Asociaciones populares en Hispania Romana. Sevilla.

SCHTAJERIAN

1976 "La caída del régimen esclavista" en La transición

- del esclavismo al feudalismo. Madrid, 1976, 59-107.
- 1977 "Las provincias hispanas" en Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua. Madrid, 1977, 115-127.
- SCHULTEN
- 1962 Los cántabros y astures y su guerra con Roma. Madrid.
- 1963 Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica. II. Madrid.
- SEECK (Ed.)
- 1962 Notitia Dignitatum. 1876. Red. Frankfurt am Main.
- SERVICE
- 1971 Primitive Social Organization. New York. 2ª ed.
- 1975 Origins of the State and Civilization. New York.
- SEVILLA
- 1979 "Topónimos asturianos de origen indoeuropeo prelatino" Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, XXXIII, 1979, 153-180.
- SEVILLANO
- 1967 "Tegulas romanas de la provincia de Zamora", Archivo Español de Arqueología, XL, 1967, 151-154.
- SOLANA
- 1974 Los autrigones a través de las fuentes literarias. Vitoria.
- 1976 Los turneges durante la época romana. I. Las fuentes literarias. Valladolid.
- 1977 Flaviobriga. Castro Urdiales. Santander.
- 1978 Antrigonia Romana. Valladolid.
- STEWART
- 1955 Theory of Culture Change, Chicago.
- STRONAKER
- 1974 "Spanien im spätrömischen Reich", Archivo Español de Arqueología, XLV-XLVII, 1972-74, 587.

SYME

- 1970 "The conquest of North-West Spain", Legio VII Gemina, León, 1970, 79-81.

TAEODADA

- 1976 "Nuevos testimonios del culto a los Lares Viales en la Gallaecia", Gallaecia, II, 1976, 193-199.
- 1977 "El aspecto agropecuario de la economía castreña", Revista de la Universidad Complutense de Madrid, XXVI, 1977, 71-83.

TARACENA

- 1942 "Restos romanos en la Rioja", Archivo Español de Arqueología, XV, 1942, 17-47.
- 1949 "Excavaciones en Navarra. La villa romana de Liédena, I", Príncipe de Viana, X, 1949, 353-382.
- 1950 "Excavaciones en Navarra. La villa romana de Liédena. II", Príncipe de Viana, XI, 1950, 9-39.
- 1952 "Las invasiones germánicas en España durante la segunda mitad del siglo III d.C.", Actas del I Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos (San Sebastián, 1950), Zaragoza, 1952, 37-45.

TARACENA-VAZQUEZ DE PARGA

- 1946a "Excavaciones en Navarra. Prospecciones en El Castellar de Javier y Los Casquilletos de San Juan de Gallipienzo", Príncipe de Viana, VII, 1946, 9-25.
- 1946b "Excavaciones en Navarra. La romanización", Príncipe de Viana, VII, 1946, 413-469.

TARRADELL

- 1956 "Sobre las invasiones germánicas del siglo III d.C. en la Península Ibérica", Revista de Estudios Clásicos, III, 1955-56, 95-110.
- 1957 "Problemas cronológicos de las invasiones germánicas del siglo III d.C.", IV Congreso Nacional de Arqueología (Burgos, 1955), Zaragoza, 1957, 230-239.
- 1958 "La crisis del siglo III d.C. en Hispania: algunos

- aspectos fundamentales", I Congreso Español de Estudios Clásicos (1956), Madrid, 1958, 263-275.
- TERRAY
1971 El marxismo ante las sociedades primitivas. Buenos Aires.
- THOMPSON
1977 "Revueltas campesinas en la Galia e Hispania Bajo-Imperial", en Conflictos y Estructuras Sociales en la Hispania Antigua. Madrid, 1977, 61-76.
- TOVAR
1949 Estudio sobre las primitivas lenguas hispánicas. Buenos Aires.
1950 La lengua vasca. San Sebastián.
1957 "Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico", Zephyrus, VIII, 1957, 77-83.
1960 "Lenguas indoeuropeas. Testimonios antiguos", Enciclopedia Lingüística Hispánica, I, Madrid, 1960, 101-126.
1967 "Lingüística y arqueología sobre los pueblos primitivos de España", Las Raíces de España, Madrid, 1967, 213-251.
1971 "Consideraciones sobre la geografía e historia de la España Antigua", Estudios sobre la España Antigua, Cuadernos de la Fundación Pastor, nº 17, 1971, 11-50.
1977 "El nombre de celtas en Hispania", Revista de la Universidad Complutense de Madrid, XXVI, 1977, 163-178.
- TOVAR-BIAZQUEZ
1975 "Forschungsbericht zur Geschichte des römischen Hispanien", Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt, Berlin, 1975, 428-451.
- TRAILOY
1977 "A propos des "Callaeci" de Pline. Epigraphia et peuplement", Bracara Augusta, XXXI, 1977, pag. ind. sep.

UGARTECHEA

- 1970 "Ethnología prerromana del Pinaro Occidental",
Estudios de Arqueología Alavesa, IV, 1970, 79-
106.

UNTERDANN

- 1965 Elementos de un atlas antropológico de la Hispania Antigua. Madrid.

VASCONCELOS

- 1897-1913 Religiões da Lusitânia, I-III, Lisboa.

VAZQUEZ SAGO-VAZQUEZ SEIJAS

- 1974 Inscripciones Romanas de Galicia. II. Provincia de Lugo. Santiago de Compostela.

VAZQUEZ VARELA-ACUÑA

- 1976 "Pervivencia de las formas culturales indígenas",
La Romanización de Galicia. La Coruña, 1976, 77-
84.

VENDRYES

- 1948 La religion des Celtes, en el t. III de Mana,
Paris, 1948, 239-320.

VIGIL

- 1961 "Ala II Flavia Hispanorum Civium Romanorum", Ar-
chivo Español de Arqueología, XXXIV, 1961, 104-
113.
- 1971 "La organización social de los cántabros y sus
transformaciones en relación con los orígenes
de la Reconquista", Hispania Antigua, I, 1971, 197-
232.
- 1973 Historia de España, Alfaguara, I: Edad Antigua.
Madrid, 1973, 186-446.
- 1977 "Romanización y permanencia de estructuras socia-
les indígenas en la España Septentrional", en Con-
flictos y Estructuras Sociales en la Hispania An-
tigua, Madrid, 1977, 122-137.

VIGIL-BARBERO

1968

"Algunos problemas sociales del Norte de la Península a fines del Imperio Romano", I Remiñon de Historia de la Economía Antigua. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia. Valencia, 1968, 81-89.

VILLACAMPA

1978

"Los berones a través de las fuentes literarias", Caesaraugusta, 45-46, 1978, 43-61.

VIVES

1967

"Inscripciones leonesas de época romana", Archivos Leoneses, XXI, 1967, 145-147.

VOGT

1963

La decadencia de Roma. Madrid.

VRIES

1975

La religion des celtes. Paris.

WALBANK

1978

La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente. Madrid.

WATSON y otros

1974

El método científico en arqueología. Madrid.

WHITE

1959

The Evolution of Culture. Chicago.

WOLF

1975

Los campesinos. 2ª ed. Barcelona.

INDICE

Introducción.....	1
I.- Romanización, contacto cultural y cambio cultural.....	7
Notas al capítulo I.....	34
II.- El punto cero del contacto.....	41
1.- Introducción.....	42
2.- Penetración Romana.....	44
3.- Factores propiciatorios del cambio.....	58
Notas al capítulo II.....	67
III.- La implantación romana en el Norte.....	73
1.- Aspectos generales.....	74
2.- Sobre las diferencias regionales dentro del Norte y Noroeste peninsulares: estado de la cuestión.....	82
3.- La implantación y su problemática a finales del Alto Imperio.....	104
A.- La Administración y los problemas de implantación urbana.....	108
B.- La presencia militar y la explotación minera.....	117
C.- La implantación agraria.....	126
D.- ¿Se puede establecer para el Norte la existencia de una estructura económico-social romana, a finales del Alto Imperio?.....	130
Notas al capítulo III.....	137
IV.- La sociedad tribal de los Pueblos del Norte.....	151
1.- Problemas generales, substrato, diversidad y lengua.....	152
2.- Los Pueblos del Norte como sociedades tribales.....	177

3.- Organización social y parentesco.....	191
4.- Aspectos económicos de la sociedad indígena.....	204
Notas al capítulo IV.....	210
V.- Sobre lo Sagrado entre los indígenas.....	222
1.- Introducción.....	223
2.- Fuentes. Validez y problemática.....	227
3.- Aspectos generales de lo Sagrado.....	236
4.- Indoeuropeísmo y celtismo. La ideología tripartita indoeuropea.....	251
5.- El Sacerdocio.....	265
6.- Guerreros y campesinos.....	275
7.- Las creencias y el Panteón.....	277
Conclusión.....	293
Notas al capítulo V.....	297
Apéndice al capítulo V: Relación de nombres de Divinidades Indígenas.....	311
VI.- Conclusiones.....	358
Notas al capítulo VI.....	373
Referencias Bibliográficas.....	375
Índice.....	423

426

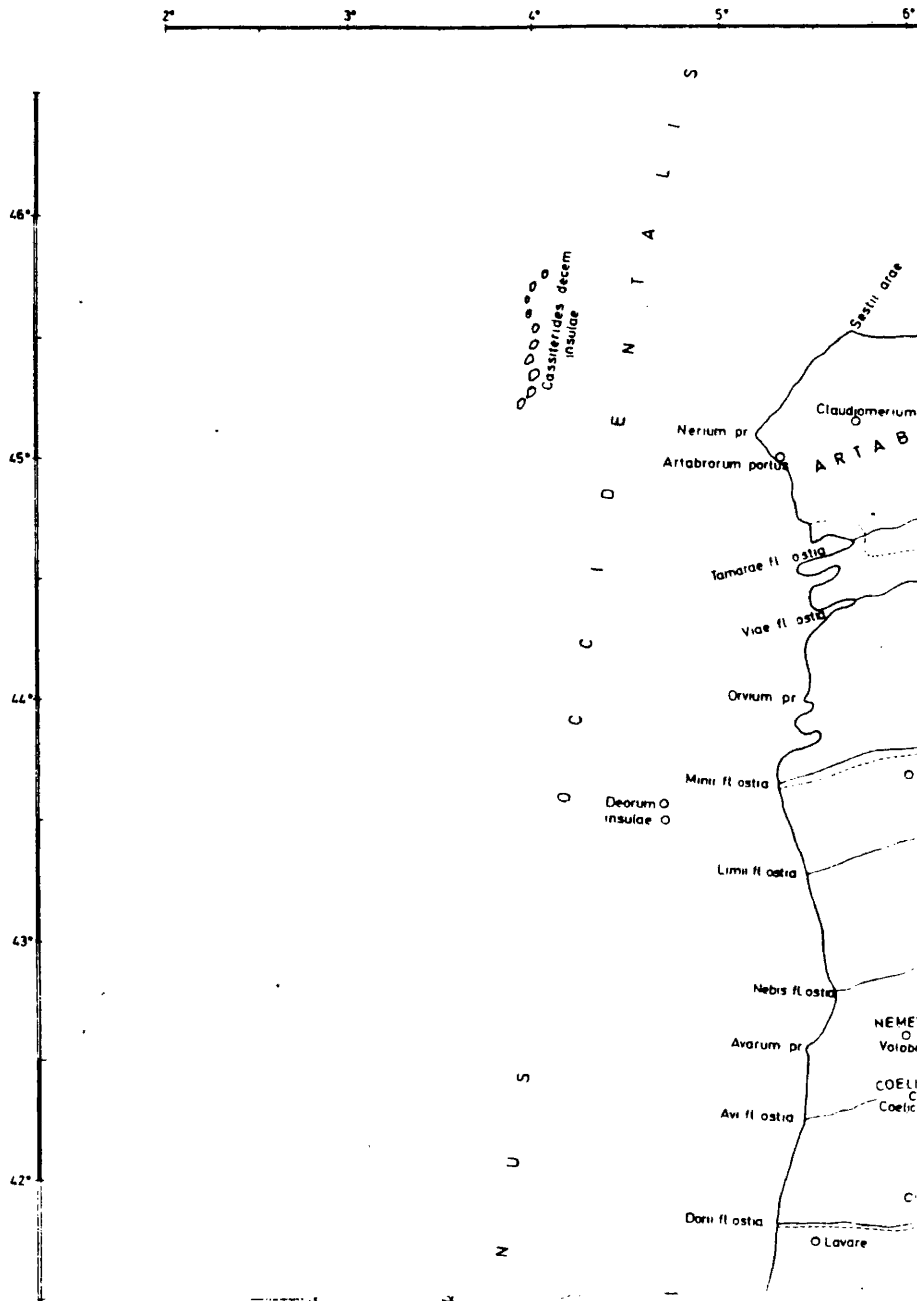
MAPA II

LA HISPANIA DE PTOLOMEO

según Tovar

428

429



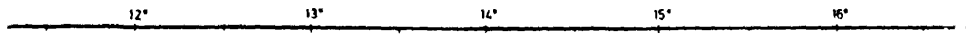
430

O C E A N U S C A N T

**Yabialavioniz
ostid**

[illegible]

432



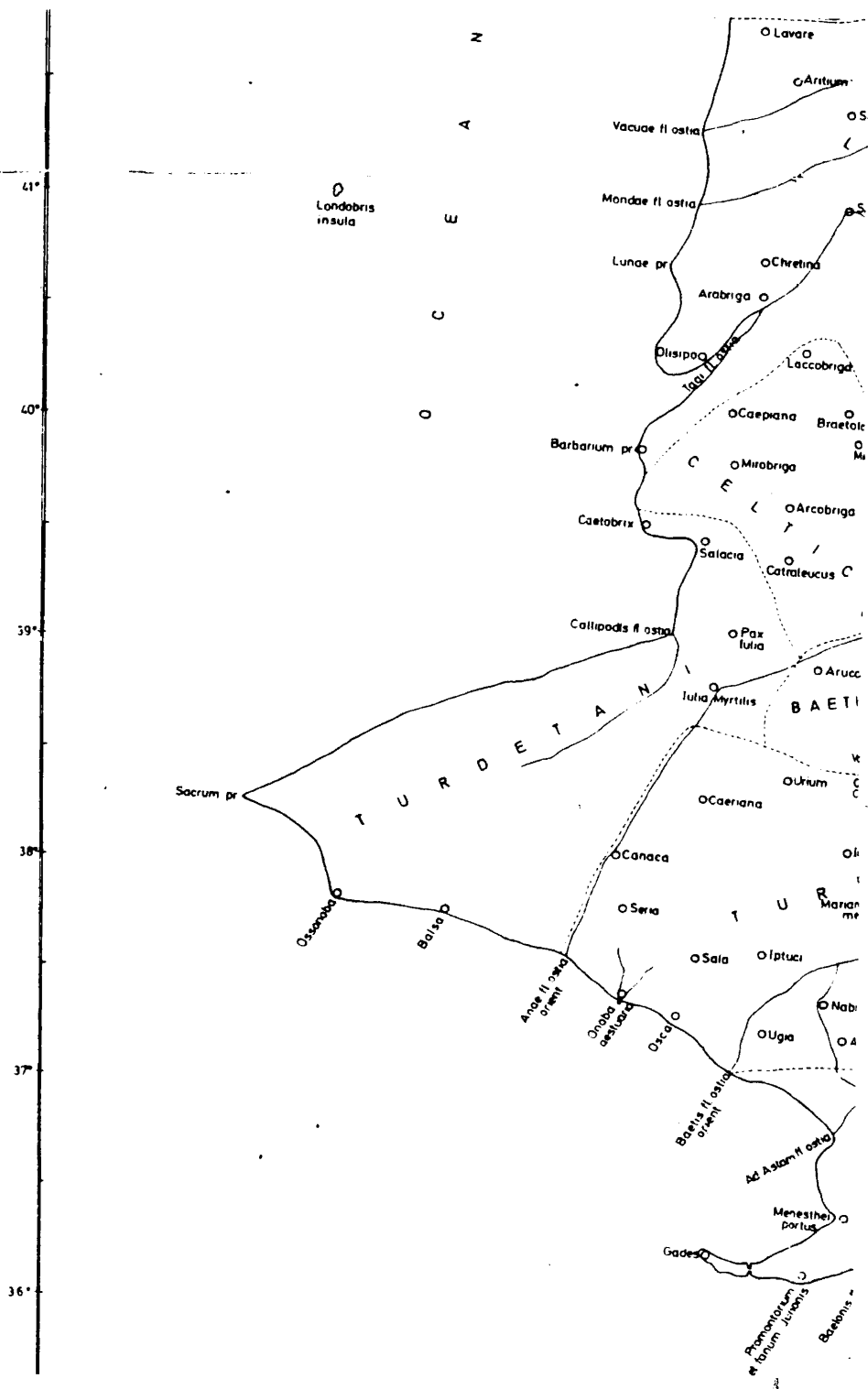
I N T A B R I U S



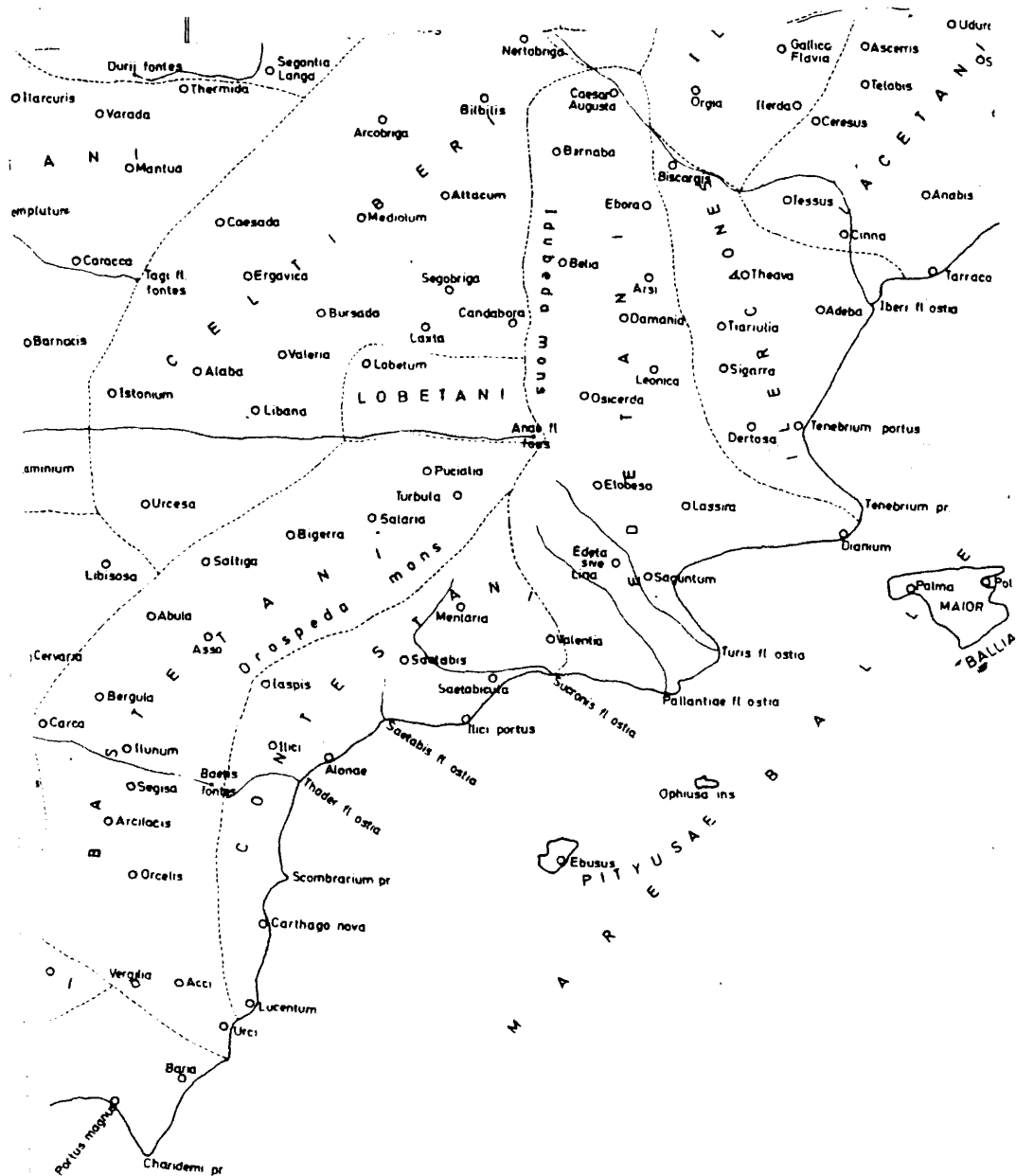
431



436

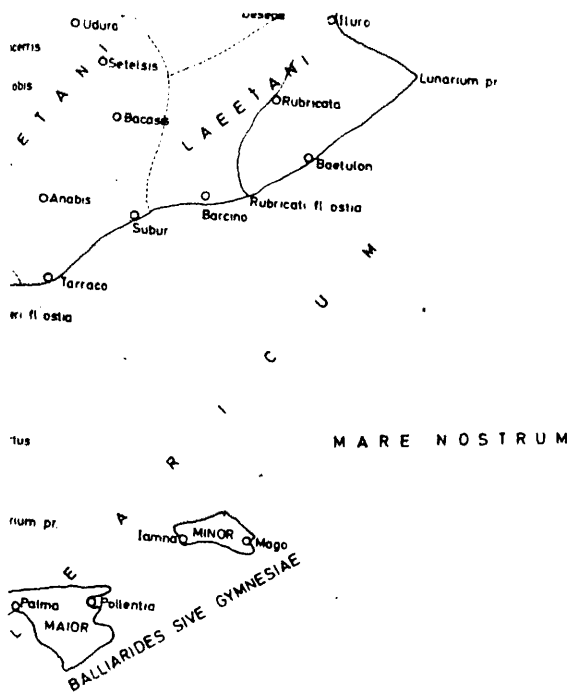


440



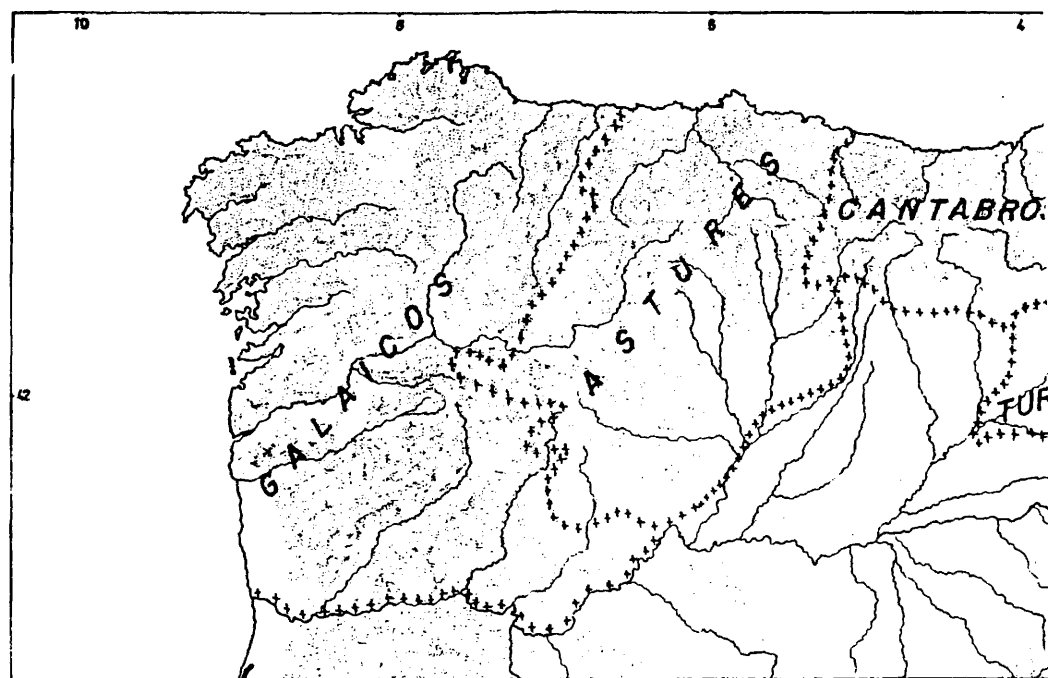
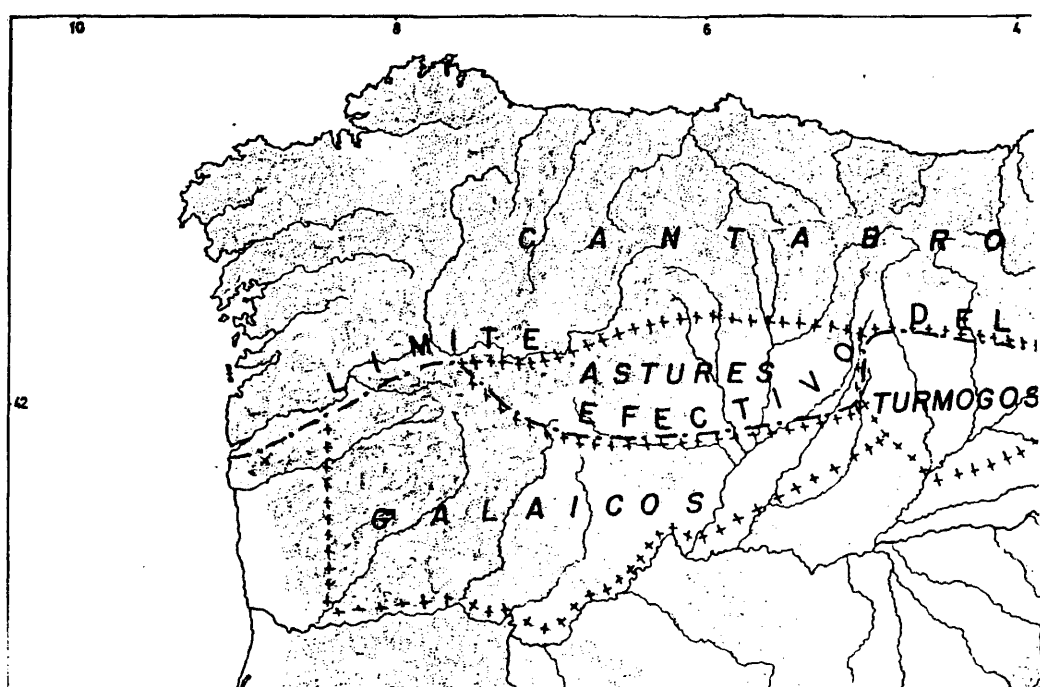
142

113

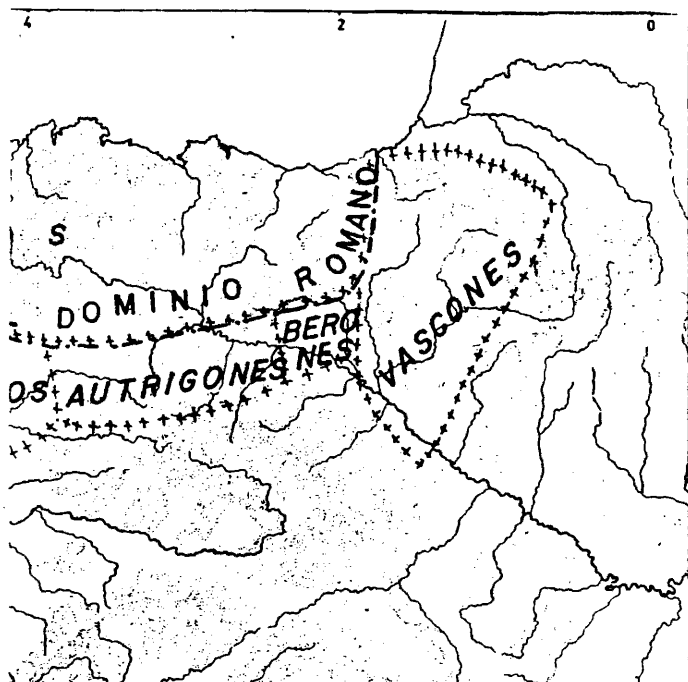


114

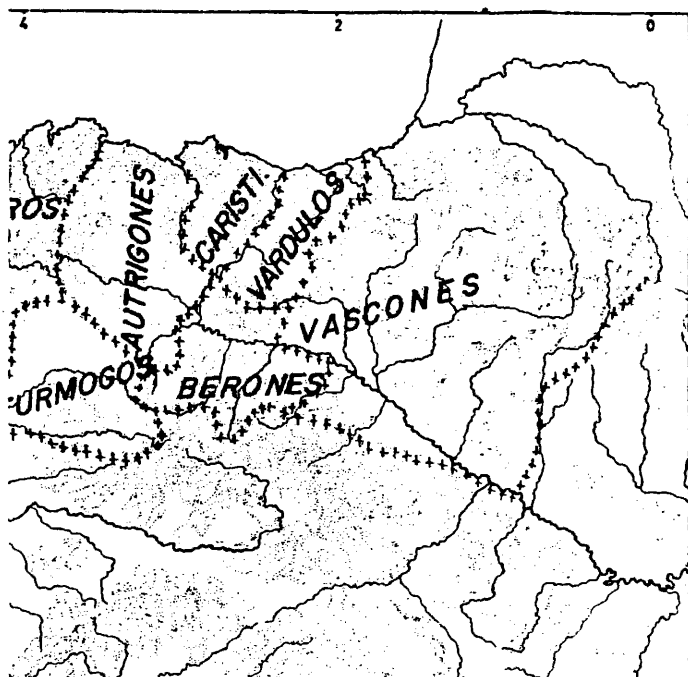
5



446



MAPA I
Los Pueblos del Norte
según la visión romana
antes del -27



MAPA III
Los Pueblos del Norte
según Ptolomeo

